

UNIVERSIDAD DE ALMERÍA

Facultad de Humanidades



TRABAJO FIN DE MÁSTER EN COMUNICACIÓN SOCIAL
(ITINERARIO DE INVESTIGACIÓN)

El Alfabeto: una aproximación histórica y arqueológica
a una revolución social y comunicativa en el Mediterráneo
durante la Edad del Hierro (siglos VIII-VI a. C.)

*The Alphabet: an historical and archaeological approach
to a social and communicative revolution in the Mediterranean
during the Iron age (8th-6th centuries B.C.E.)*

Autor: Enrique Gil Orduña.

Tutor: Juan Luis López Cruces.

Cotutor: José Luis López Castro.

Curso Académico: 2016-2017 (Convocatoria: 30 de junio).

RESUMEN – ABSTRACT

El alfabeto nace en la península del Sinaí y el pasillo siriopalestino durante el II milenio a. C. como un sistema de escritura más aparte de los existentes con anterioridad en todo Oriente. La particularidad de este nuevo sistema cananeo radicará en la reducción de sus signos a una veintena capaz de reproducir gran parte de la fonética completa de las lenguas, con lo que, a diferencia de los sistemas cuneiformes y los jeroglíficos egipcios, su nivel de accesibilidad resultó ser mucho mayor y trascendió el ámbito burocrático monopolizado por un cuerpo profesional de escribas. Comerciantes y artesanos fenicios harán uso del nuevo sistema para participar en una administración económica de sus propios bienes privados e iniciarán empresas mercantiles durante los siglos IX-VI a. C. que los llevarán a un estrecho contacto con las islas egeas y otros espacios de habla griega surgidos de la colonización eubea, tales como Pitecusa. Producto de esta *joint-venture* fenicio-eubea será el surgimiento de un nuevo sistema alfabético adaptado a la lengua griega, en cuyos signos se encuentran verdaderamente individualizados los fonemas lingüísticos. El uso dado al alfabeto en ese nuevo espacio se desvincula también del espacio burocrático y se canaliza hacia fines alternativos, tales como el ocio, la literatura e incluso la prosa filosófica. Más que en ningún otro sitio, el alfabeto griego parece revolucionar, no sólo la sociedad y la comunicación, sino la mente inclusive. Mas no resultó ser tan corto el trayecto de la transmisión del alfabeto en la Antigüedad arcaica, sino que se vio igualmente importado en la península itálica, donde, a partir del contacto con la colonización griega en Pitecusa y Cumas, surgirá un complejo social y político organizado en ciudades-estado totalmente institucionalizadas y donde también participará en el proyecto la creación de nuevos alfabetos adaptados a las exigencias de las diferentes lenguas: principalmente, el etrusco y el latino. El Mediterráneo central tampoco dejará de recibir más impulsos de escritura gracias a la intensa colonización fenicia desarrollada en el norte de África y las islas del Mediterráneo central. En importantes urbes como Cartago, Motya, Sulcis y Nora, la aparición de epígrafes fenicios será especial, aunque radicada en un uso religioso. En la península ibérica también se desarrollará una importante concentración de colonias fenicias que tendrán un gran impacto socioeconómico en las comunidades autóctonas que incluirá la transmisión del sistema escriturario alfabético y desembocará en el nacimiento del irresuelto enigma de la escritura tartésica.

The alphabet was born in the Sinai peninsula and the Syrian and Palestinian corridor during the second millennium BCE as one more writing system apart from the others previously existing in the Near East. The peculiarity of this new Canaanite system was the reducing of the signs number to little more than twenty, enough to reproduce almost all the sounds of the speech. Unlike the cuneiform writing or the Egyptian hieroglyphs, its level of accessibility proved to be much higher and transcended the bureaucracy monopolized by a professional group of scribes. Phoenicians traders and craftsmen will use the new system to participate in an economic administration of their own private goods, and they will begin trading enterprises during the 9th-6th centuries BCE which will lead them to a close contact with the Aegean islands and other Greek-speaking places emerged from the Euboean colonization, such as Pithecussae. As a product of this Euboean and Phoenician joint-venture a new alphabetic system adapted to the Greek language emerged, in whose signs the linguistic phonemes were truly individualized. The use of the alphabet in this new space was unlinked to the bureaucracy too and served for alternatives purposes, such as recreation, literature, or even philosophical prose. More than any other case, the Greek alphabet seems to revolutionize not just society and communication, but even mind. Anyway, it's not here where the travel of the alphabet ends during the archaic Ancient world, but it was equally transmitted to the Italic peninsula, where thanks to the contact with the Greek colonies of Pithecussae and Cumas emerged a social and politic body structured in city-states deeply institutionalized, and where new alphabetical systems appeared adapted to the linguistic needs and took part in the process: above all, the Etruscan and the Latin. The central Mediterranean received more writing imports thanks to the Phoenician colonization developed in North Africa and the islands of the Middle Mediterranean. In great towns such as Carthage, Motya, Sulcis or Nora, the appearance of Phoenician epigraphs is especially numerous, although limited to a religious use. In the Iberian peninsula an important concentration of Phoenician colonies takes a great development too. These will stimulate a great social and economic impact in the indigenous communities that included the import of the alphabetical writing system and led to the birth of the Tartesian writing, an unresolved enigma.

Palabras clave: Alfabeto, escritura, comunicación, colonización.

Keywords: Alphabet, writing, communication, colonization.

ÍNDICE

Introducción.....	5
1. <i>Ex Oriente lux</i> . Nacimiento y gestación del alfabeto en el pasillo sirio-palestino durante el Bronce final y los primeros siglos del Hierro.....	9
1. 1. La escritura en el Próximo Oriente antiguo.....	9
1. 2. Situación geopolítica del pasillo sirio-palestino en el Bronce final (siglos XIV-XII a. C.) y el nacimiento del alfabeto.....	12
1. 3. Del alfabeto protosinaítico al protocananeo (siglos XIV-XI a. C.).....	15
1. 4. <i>Phoinikika grammata</i> (siglos XI-VII a. C.).....	19
2. <i>La cólera canta, oh, diosa, del Pelida Aquiles</i> . Del origen del alfabeto griego entre <i>polis</i> , hoplitas y cantos homéricos.....	31
2. 1. Del rojo del Bronce al oscuro del Hierro (siglos XII-IX a. C.).....	31
2. 1. 1. Final del Bronce y la Grecia Micénica.....	31
2. 1. 2. Inicios del Hierro y época Oscura (siglos XII-IX a. C.).....	34
2. 1. 3. El comercio fenicio en Homero.....	39
2. 1. 4. Conclusiones.....	40
2. 2. Hacia el camino de la democracia. El surgimiento de la <i>polis</i> y la colonización (siglos VIII-VI a. C.).....	42
2. 2. 1. <i>Sinoikismós</i> y formación de la <i>polis</i>	42
2. 2. 2. La colonización griega.....	47
2. 2. 3. Conclusiones.....	48
2. 3. <i>La musa aprende a escribir</i> : el origen del alfabeto griego.....	49
2. 4. Los alfabetos epicóricos.....	60
2. 4. 1. Grupo Verde.....	60
2. 4. 2. Grupos rojos.....	62
2. 4. 3. Grupo azul oscuro.....	67
2. 4. 4. Grupo azul claro.....	70
2. 5. <i>Así celebraron los funerales de Héctor, domador de caballos</i> : Los funerales de la oralidad griega en la prosa de Heródoto y Platón.....	73
3. El alfabeto en el Mediterráneo central: escrituras etrusca y latina.....	77
3. 1. Las sociedades del Mediterráneo central y la presencia chipro-fenicia durante el Bronce Final.....	77
3. 2. El periodo orientalizante: el mundo indígena en contacto con la colonización griega (siglos VIII-VII a. C.).....	83
3. 3. La formación de las civilizaciones itálicas y sus alfabetos.....	89
3. 3. 1. La civilización etrusca entre los siglos VII-VI a. C.	89

3. 3. 2. La lengua y el alfabeto etruscos: un enigma por resolver	94
3. 3. 3. El Lacio: la formación de Roma y el alfabeto latino.....	99
3. 4. Conclusiones	104
4. El Norte de África y la colonización fenicia en el Mediterráneo central	107
4. 1. La colonización fenicia del centro mediterráneo y la ciudad de Cartago en su época arcaica.	108
4. 1. 1. Cartago: una colonia independiente	110
4. 1. 2. Motya y Sulcis: paradigmas de la colonización fenicia en Sicilia y Cerdeña.....	113
4. 1. 3. Conclusiones	114
4. 2. Las inscripciones fenicias en el Mediterráneo central	117
4. 3. Conclusiones	123
5. <i>Plus ultra</i> : el alfabeto en la península ibérica y más allá de las columnas de Heracles	125
5. 1. La sociedad ibérica del Bronce final anterior al horizonte colonizador	126
5. 1. 1. El Bronce final atlántico y el suroeste peninsular	126
5. 1. 2. El sureste y el levante peninsulares entre el círculo atlántico y el comercio mediterráneo.....	130
5. 1. 3. Campos de urnas en el noreste peninsular	132
5. 2. La colonización fenicia en Occidente	134
5. 2. 1. Gadir y el comercio atlántico	135
5. 2. 2. La colonización fenicia en el Mediterráneo peninsular y en Ibiza.....	146
5. 2. 3. Las inscripciones fenicias de la península ibérica.....	158
5. 2. 4. Conclusiones	162
5. 3. Tartessos: del mito historicista de Schulten al registro arqueológico de hoy ...	164
5. 3. 1. El periodo orientalizante en el suroeste peninsular	165
5. 3. 2. La escritura tartésica: un enigma por resolver	180
5. 3. 3. Conclusiones	188
5. 4. Conclusiones de la llegada del alfabeto a la península ibérica	192
6. Recapitulación final: conclusiones definitivas sobre la extensión del alfabeto en el Mediterráneo durante la Edad del Hierro antiguo	195
APÉNDICES: FUENTES ESCRITAS.....	203
BIBLIOGRAFÍA	231
WEBGRAFÍA	244

Introducción

Este trabajo nace de las líneas de interpretación histórica sobre el Mediterráneo protohistórico y antiguo dejadas caer en el curso de un trabajo anterior realizado por el autor (Gil Orduña 2016). En él intenté buscar una explicación general y coherente a la aparición esporádica de *ítems* de origen y tipología oriental en asentamientos del Bronce final en la Península Ibérica que, ya por datación relativa o absoluta, parecían insertarse en contextos muy anteriores al inicio de la Colonización Fenicia. Uno de los fenómenos que más me impactaron fue la posible datación temprana de algunas de las famosas estelas del Suroeste peninsular, donde quedan ejemplos de epigrafía tartésica y cuyos rasgos y características muestran, según la hipótesis manejada por M. Ruiz-Gálvez, relación con las muestras epigráficas fenicias más primitivas y, por ende, anteriores a los horizontes cronológicos de la Colonización (Ruiz-Gálvez 2008, 2009 y 2013). Me surge la cuestión, así, de cuáles fueron las líneas socioeconómicas principales que canalizaron la extensión del uso y disfrute del alfabeto en sociedades tan distantes y de condición cultural tan dispar como son las que habitaron el Mediterráneo antiguo, y a partir de qué tipo de contacto, si más empórico-comercial-igualitario, o colonial-hegemónico. Me pregunto si el alfabeto se convierte, así, en un elemento vehicular de las condiciones sociales con que vino asociado el fenómeno de la Colonización fenicia, es decir, la aparición y extensión de la administración del estado, o si, por el contrario, es acogido, adoptado y adaptado por las diferentes sociedades en función de su accesibilidad, versatilidad y funcionalidad comunicativa.

Para hacernos cargo de una investigación científica del calibre que nos haga capaces de dar una explicación *ad hoc* del fenómeno social del alfabeto en el Mediterráneo antiguo de los siglos VIII-VI a. C., necesitamos, primeramente, trazar las líneas generales con respecto a la metodología que aplicaremos en la observación, así como una reflexión ontológica sobre el elemento central que nos servirá de hilo conductor a lo largo del trabajo para realizar nuestra investigación: el alfabeto¹. La posición teórica con respecto al mismo va a basarse en un paradigma teórico concreto, a saber, el materialismo histórico, cuyas bases principales iré modelando –y posiblemente ignorando– a lo largo del trabajo, según las evidencias vayan guiando mi interpretación.

¹ Para ello haremos un necesario inciso principal en el contexto histórico de la aparición del alfabeto, en los últimos siglos de la Edad del Bronce en el pasillo siriopalestino.

Si se entiende que es imposible realizar un trabajo científico sin respetar los pilares más ortodoxos del paradigma teórico de base, atendiendo al problema de la *inconmensurabilidad paradigmática*, puesto que las reglas de juego de cada posición son irreconciliables, reconozco que hay casos en que una compartición del espacio teórico por varios paradigmas aporta un cierto enriquecimiento y, a mi modo de ver, más rigor al trabajo por someterlo a una continua crítica introspectiva. No obstante, partiendo de ciertas limitaciones de observación detallada para la realización de este trabajo por el gran espacio geográfico y cronológico que en él se insertan, intentaré hacer ejercicio de honestidad en mis observaciones y en la formulación de mis respuestas e interpretaciones. Además, desde las limitaciones empíricas que, al observar las piezas epigráficas desde las diferentes publicaciones académicas que hagan un mayor o menor esfuerzo en contextualizarlas, se me imponen. Como digo, la vía epistemológica básicamente será la observación de los ejemplos epigráficos principales y su contextualización histórica y arqueológica. Estos epígrafes nos permiten rastrear la extensión del alfabeto en los distintos núcleos geográficos del Mediterráneo en la Antigüedad arcaica y discernir así escenarios socioeconómicos diferentes o, más o menos, iguales. En función de lo que observemos más adelante, la adquisición y desarrollo del alfabeto en cada caso, podremos responder a la cuestión de fondo, de si se trata de un elemento determinante de una estructuración social concreta, o no. Este es un trabajo para el que no cabe investigación archivística ninguna por la ausencia de documentación contextualizada en el espacio y cronología que pretende investigar. El único material que sirve de fuente es el arqueológico y epigráfico, además de algunas referencias literarias de época mucho más tardía escritas por autores grecorromanos. Siendo estas las circunstancias, no podrá accederse a otro material que no sea el publicado, por lo que el único canal de aproximación a los vestigios que nos sirven de fuentes directas será un nutrido grupo de publicaciones académicas en las que trataré de desentrañar los datos de las interpretaciones personales de sus autores. Eso, cuando no tenga la oportunidad de recurrir a algunas piezas que se encuentren disponibles en el acceso online a los fondos de algunos museos. Estas son las limitaciones epistemológicas impuestas dadas las características especiales del tema.

Para hacer ejercicio de contextualización de las piezas epigráficas tendremos que realizar un repaso bibliográfico y observar cuál es el estado actual de la cuestión historiográfica y arqueológica de los distintos espacios donde aparece el alfabeto.

Comprender las bases históricas de las sociedades donde éste aparece nos servirá de elemento introductorio y contextual con el que, conocidas las piezas y su contexto arqueológico inmediato, realizar un ejercicio de dialéctica argumental para enriquecer las referencias conceptuales con que entender cada una de las piezas, y todas ellas en su conjunto. Aunque nos ayudaremos de la existencia de algunas fuentes textuales para la contextualización en el Mediterráneo Oriental, recurriendo principalmente a textos homéricos, bíblicos y de Heródoto, que someteremos a los ejercicios críticos pertinentes, la base elemental de nuestro trabajo será la observación de las evidencias arqueológicas. La Arqueología se particulariza por el estudio de una serie de objetos concretos: los efectos materiales de las actividades humanas de transformación de la naturaleza, de los cuáles, el arqueólogo debe inferir la singularidad fenoménica de la cultura y las relaciones sociales en que esta se inserta, partiendo de técnicas adecuadas para la obtención y registro de los datos. Éstos, aunque referentes al pasado, son observables y tangentes, coetáneos y presentes al investigador. De no ser así, se daría la inaccesibilidad al estudio del pasado humano². Por tanto, hablamos de una ciencia empírica en la que aplicar el método hipotético-deductivo e inferir explicaciones generales y particulares. El recurso del análisis crítico de las fuentes históricas, junto a las evidencias arqueológicas y epigráficas, serán nuestras bases epistemológicas y nuestros medios de aproximación para que los elementos observados sean transformados en datos manejables dentro del campo teórico e ideológico de nuestra mente y, así, poder responder a las hipótesis que se irán formulando.

Para que sirvan de ayuda a la comprensión del lector, acompañaré el texto de numerosas ilustraciones y tablas esquemáticas y explicativas. Esto, aunque determinará un mayor número de páginas que resultarán, tal vez, en una primera impresión, excesivas, ayudará mucho a la comprensión gracias a permitir visualizar los elementos más relevantes. Y es que en este trabajo no cabría otra cosa al basarse, eminentemente, en fuentes materiales.

La manera en que procederé será en una focalización de cada región geográfica y en su análisis por separado. En un primer capítulo analizaré el espacio próximo oriental y, en especial, el pasillo sirio-palestino para observar las circunstancias en que nace el sistema de escritura alfabético y cómo se encuentra el estado actual de la investigación

² Observar los fundamentos científicos en los que se apoya la Arqueología como ciencia social, en Bate (1998): 24-46.

sobre los inicios del Hierro en este gran espacio. Es importante que nos aproximemos, aunque sea superficialmente, al contexto historiográfico y arqueológico para que podamos entender las necesidades y estimulantes que empujan al desarrollo del sistema alfabético, y cuáles las que impulsaron el contacto comercial y marítimo que determinó la exportación de las letras fenicias. El siguiente punto a desarrollar será el espacio griego y egeo, de nuevo, analizando en la medida de mis posibilidades el contexto histórico de los inicios del Hierro en lo que conocemos tradicionalmente como épocas oscura y arcaica, por ser las fechas en que se surge el alfabeto griego tras un nutrido contacto con el comercio fenicio. En ese análisis histórico y arqueológico procederé de igual modo a la selección de yacimientos arqueológicos y necrópolis donde observe los elementos más ilustrativos de las características sociológicas de estas comunidades, así como los que señalen cualquier tipo de dialéctica material con el comercio oriental. Sólo reservando un espacio importante a las características sociales del entorno, entenderemos después las necesidades que estimularon el desarrollo del alfabeto griego. Un idéntico proceder será el que desarrolle en los siguientes puntos, destinados al mundo itálico, donde surgirán el alfabeto etrusco y latino gracias al contacto con la colonización griega, así como al norte de África y la península ibérica. Podrá haber ocasiones en las que parezca haber una atención algo excesiva al material arqueológico extra-epigráfico, por lo que aprovecho para adelantar en esta introducción que no será un proceder gratuito. En los momentos en que los vestigios epigráficos sean parcos y escasos, deberemos buscar en los testimonios alternativos las respuestas a esa escasez y las características sociológicas que nos permitan comprenderlo. Que exista un reducido número de testimonios escriturarios en un espacio dado no determina una alfabetización menor de la cultura en cuestión, sino el posible uso de soportes endebles y poco perdurables que no se reflejan en el registro arqueológico. En cualquier caso, como digo, a partir de otros elementos pertenecientes al contexto y que nos iluminen de las necesidades prácticas de cada sociedad, iremos respondiendo a los interrogantes conforme vayan apareciendo.

1. *Ex Oriente lux*. Nacimiento y gestación del alfabeto en el pasillo siriopalestino durante el Bronce final y los primeros siglos del Hierro

Como aproximación ontológica al elemento clave e hilo argumental de nuestro trabajo, el alfabeto, debemos aproximarnos a su esencia original en la medida de lo posible, es decir, a su génesis. Tal aproximación será un poco problemática, pues surge en el pasillo siriopalestino en condiciones, en gran parte, inciertas y sujetas a debate.

El alfabeto es un sistema de escritura más de entre muchos otros con los que convive a lo largo del tiempo. Si es cierto que los distintos sistemas de escritura de la humanidad surgen independientemente en núcleos geográficos distantes, pasando desde el sistema cuneiforme sumero-acadio, la escritura china o la mesoamericana precolombina, también lo es que, pese a la gran extensión global de los diferentes sistemas alfabéticos a día de hoy, todos comparten un único origen geográfico e histórico, es decir, que hablamos de una monogénesis (Calvet 2007:127-129).

1. 1. La escritura en el Próximo Oriente antiguo

La escritura, como signo gráfico, es un símbolo asociado al sonido verbal y a un significado implícito. Tiene sus precedentes más directos en las manifestaciones artísticas del Paleolítico Superior (*ca.* 35.000-8.500 cal a. C.), pues, en muchos casos, hablamos de representaciones esquemáticas y figuraciones más abstractas que naturalistas. Por tanto, según mi criterio, no resultaría muy aventurado imaginar que éstas tuvieran algún tipo de identificación verbal, aunque no tengamos registro material que nos lo evidencie. (Barandiarán 2012: 69-70, 98, 102-103, 107-109, 141 y 143-149). Hablamos, en definitiva, de una primera necesidad comunicativa del ser humano recurriendo a símbolos fijos cuyo plano temporal trascendiera la inmediatez del golpe de voz. Se infiere de esto que la escritura nacida durante el IV milenio a. C. entre los ríos Tigris y Éufrates (Lám. I, p. 8) es un hito convencional, aunque resultará la fuente directa de la que nos alimentaremos en este trabajo, y cuya evolución y desarrollo será primordial para la aparición del alfabeto. Esta escritura nació determinada por una gran densidad habitacional en núcleos de población urbanos en Mesopotamia, donde ya era tradición la práctica social del almacenamiento del excedente productivo agrario y donde se fueron

desarrollando nuevas y más complejas formas de adscripción económica. Es así en las ciudades mesopotámicas de cultura sumeria donde nace la escritura, asociada a necesidades derivadas de la práctica social de la adscripción y la administración económica de los incipientes estados. Con el paso del tiempo, las primeras muestras de escritura pictográfica, de desarrollo austero, irán dando paso a formas y funciones más especializadas hasta desembocar en las formas esquemáticas cuneiformes, más convencionales y basadas en los primitivos pictogramas (Calvet 2007: 49-56). Más adelante, durante el III milenio a. C., el espacio mesopotámico se dividió en dos ocupaciones culturales y lingüísticas: la acadia, de raíz semita, al norte; y la sumeria, al sur. La interacción consecuente de ambas culturas desembocó en la adaptación del sistema de escritura cuneiforme por parte de las ciudades-estado acacias (Lám. II y III, p. 11). Terminado el milenio, y desaparecido el Imperio sumerio, su lengua cayó en desuso, y toda Mesopotamia fue inundada de dialectos de raíz semita: el acadio, al norte, y el babilónico, al sur; que vieron extenderse el uso del sistema cuneiforme sumero-acadio, ya adaptado a las exigencias lingüísticas de la familia semita. Este sistema se convirtió, así, en la *lingua franca* del campo político y diplomático de todo Oriente, incluyendo el país del Nilo, durante el II milenio a. C. (Calvet 2007: 60-66). Durante el mismo, el sistema tendió a expandirse en las culturas que entraron en contacto con Mesopotamia, las cuales tuvieron la ocasión de observar y considerar su virtuosa utilidad. Es el caso, por ejemplo, de los sistemas de escritura minoico y micénico (Linear A y Linear B), que tendremos ocasión de comentar más adelante, como precedentes de la escritura alfabética en el Egeo.

Hasta ahora, hemos hablado de sistemas de escritura que tienen un origen común en la cultura sumeria y se relacionan con una situación socioeconómica especial. Se trata de sistemas complejos, complicados y casi inaccesibles, pues al basarse y originarse en pictogramas e ideogramas que acabaron teniendo un uso silábico, el número de signos podía elevarse al centenar. Así, al igual que el sistema pictográfico de los jeroglíficos en Egipto, también la escritura cuneiforme y otras del Bronce eran objeto de monopolio y control por parte de una comunidad muy minoritaria especializada en el uso de la escritura, que se componía por iniciados funcionarios y escribas familiarizados con las funciones del estado y sus instituciones -el templo y el palacio-, en el sistema político de los grandes estados territoriales de Oriente (Ruiz-Gálvez 2013: 37-47).



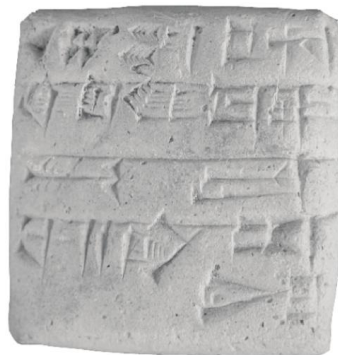
Lám. I: Mapa de la Mesopotamia antigua.

Fuente: Canseco Vincourt 2008: 2

Uruk tardío c. 3100	Djemet Nasr c. 3000	Protodinástico III c. 2400	Ur III c. 2400	Asirio antiguo c. 1900	Babilonio antiguo c. 1700	Asirio medio c. 1200	Neobabilónico c. 600	Significado en los textos arcaicos
								SAG «Cabeza»
								NINDA «Ración»
								GU ₇ «Alimento»
								AB «vaca»

Lám. II: Evolución de algunos signos cuneiformes.

Fuente: Feliu 2016: 27



Lám. III: Tablilla cuneiforme de la III Dinastía de Ur (siglo XXI a. C.).

Fuente: Feliu 2016: 33

1. 2. Situación geopolítica del pasillo sirio-palestino en el Bronce final (siglos XIV-XII a. C.) y el nacimiento del alfabeto

Durante el Bronce final la entidad estatal en el Próximo Oriente está en su cénit. Mientras la civilización micénica florece en la Grecia continental, el imperio nuevo egipcio está en el auge de su poder político bajo la dirección de las dinastías XVIII y XIX, con lo que se permite el control político directo del pasillo siriopalestino a partir de una serie de plazas fortificadas y un gobernador en la ciudad de Gaza, para, así, controlar el lucrativo comercio portuario de las ciudades costeras cananeas, entre las que destacaron Ugarit y Biblos (Lám. V p. 14). Unas de las principales fuentes de información de este contexto las constituyen las tablillas cuneiformes encontradas en Amarna, en Egipto Medio, que son principalmente correspondencia epistolar entre líderes extranjeros y egipcios en el siglo XIV a. C. Nos proporcionan, así, valiosa información sobre las relaciones con los dos grandes estados de Oriente, Mitanni y Hatti, así como con las ciudades mencionadas. Del interés puesto en las potenciales rentas que podían generar las estratégicas y pequeñas ciudades-estado cananeas también participaría el imperio hitita, otro gran estado territorial que medirá sus fuerzas bélicas con las del Egipto de Ramsés II y la Dinastía XIX, en la batalla de Qadesh (Aubet Semmler 2009a: 29-37; Prados Martínez 2007: 67-74; Ruiz-Gálvez 2013: 79-92; Shaw 2014: 424-426).

Ejemplo a parte de todo este entramado político merece la ciudad de Ugarit (Lám. VI p. 15). Como principal puerto comercial en la costa mediterránea siria, esta ciudad-estado fue una encrucijada multicultural y políglota, dada la especial confluencia de individuos procedentes de todo Oriente. De los niveles de derrumbe y ruinas datados hacia el colapso general de *ca.* 1200 a. C., de las excavaciones de Ras Shamra, hemos rescatado un gran archivo de tablillas de escritura. Éstas abarcan una gran cantidad de géneros y sistemas de escritura, que incluyen el cuneiforme acadio, el cuneiforme hitita e incluso el silábico chipriota, descendiente del Linear A minoico-cretense. También incluye el primer sistema alfabético conocido: el ugarítico (Lám. IV p. 14). Basado en las formas cuneiformes acacias, que, como hemos comentado más arriba, se adaptaban a la raíz consonántica semita, los escribas ugaríticos tomaron la innovadora medida de “amputar” los signos cuneiformes silábicos, de tal forma que tan sólo quedaban

representados los fonemas iniciales de las sílabas, estableciendo, así, una relación de acrofonía³ (Calvet 2007: 127-141; Prados Martínez 2007: 41-43).

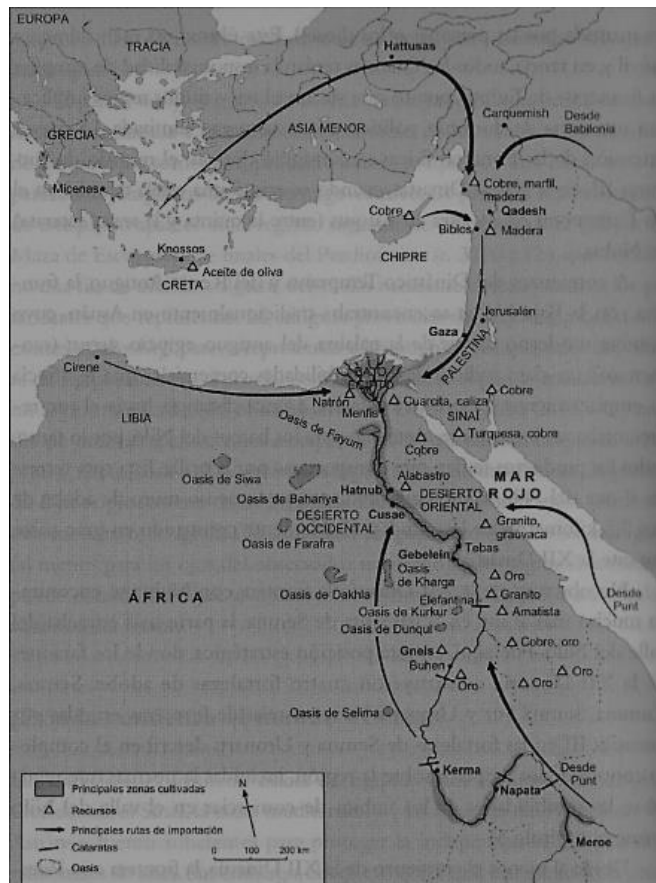
La ciudad de Ugarit nos ha legado, así, una gran cantidad de información epigráfica sobre su estructura sociopolítica y la organización del comercio. De esta estructura política y estatal serán herederas directas las ciudades fenicias durante la Edad del Hierro, por lo que resulta para nosotros de especial importancia. Bajo la soberanía de una monarquía hereditaria de talante netamente oriental, con una gran cantidad de poder político concentrado en la institución, en tanto era representante de la divinidad, el pequeño estado se gobernaba mediante una asamblea de ancianos que vendrían a ser las personas más notables de la ciudad. Los individuos directamente vinculados con el rey, como artesanos especializados, comerciantes o militares, llegaban a más de 6000 personas, según nos han testimoniado las tablillas en los archivos fiscales. Fuera de esta gran cantidad de administrativos dependientes de la economía de palacio, habría que situar a la población rural y de aldea, los campesinos que debían un tributo regular al estado para mantener su ingente maquinaria administrativa (Ruiz-Gálvez 2013: 69-78). Este tipo de presión fiscal sobre el pequeño campesinado provocaría, a mi juicio, una presión social insostenible dada la baja productividad agrícola que la climatología del siglo XIII a. C. impuso en esta zona, y sería un factor primordial para explicar los niveles de destrucción y derrumbe que acabaron con los edificios emblemáticos de la ciudad, como muchos otros casos, en el colapso de *ca.* 1200 a. C., ya que, en ejemplos como en el cercano palacio de Ras Ibn Hani, –a escasos kilómetros al norte de Ugarit, donde residía temporalmente su monarquía–, se levantan posteriormente nuevas estructuras habitacionales de menor entidad constructiva, pero que no muestran cerámica u otros materiales intrusivos provenientes del extranjero. La hipótesis de una destrucción provocada por una invasión externa por los aún indeterminados “pueblos del mar” queda, a mi juicio, algo injustificada, al basarse en unas pocas noticias textuales pertenecientes a la propaganda política egipcia en sus grandes templos conmemorativos tebanos (Aubet Semmler 2009a: 29-37; Finkelstein y Silberman 2011: 109-137; Ruiz-Gálvez 2013: 78).

³ Escritura que conserva el sonido inicial de una sílaba o palabra. Más adelante, los pictogramas fueron representando el sonido inicial de la palabra con que se designaba el objeto que representaban, y, así, nacerían los primeros alfabetos, tras el ugarítico, en el pasillo sirio-palestino (Calvet 2007: 285).

Carácter ugarítico	Valor fonético	Carácter ugarítico	Valor fonético
𐎀	a	𐎁	𐎁
𐎂	b	𐎃	𐎃
𐎄	g	𐎅	s
𐎆	h	𐎇	'
𐎈	d	𐎉	p
𐎊	h	𐎋	s
𐎌	w	𐎍	q
𐎎	x	𐎏	r
𐎐	h	𐎑	t
𐎒	t	𐎓	g
𐎔	y	𐎕	g
𐎖	k	𐎗	t
𐎘	s	𐎙	i
𐎚	l	𐎛	ú
𐎜	m	𐎝	s
𐎞	s		

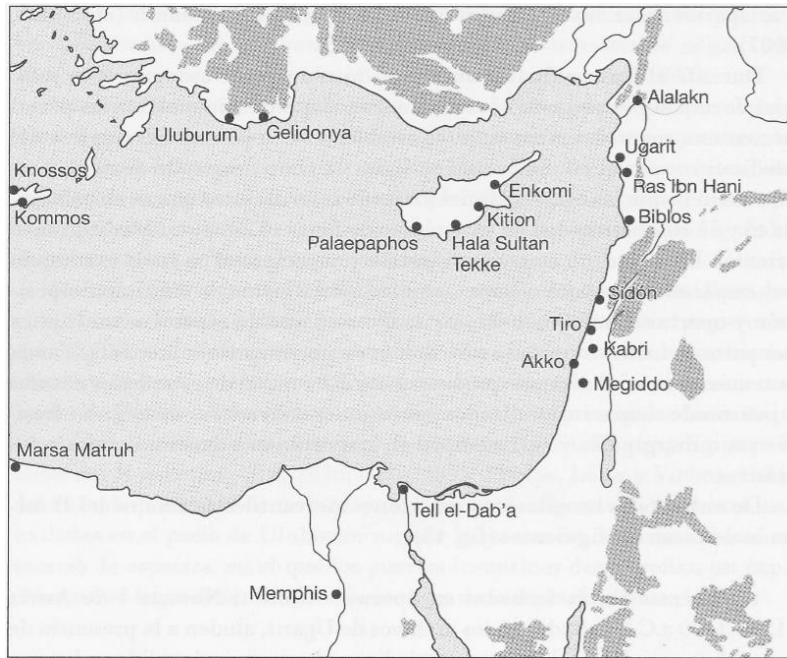
Lám. IV: Alfabeto ugarítico.

Fuente: Calvet 2007: 69



Lám. V: Rutas comerciales entre Egipto y Próximo Oriente.

Fuente: Shaw 2014: 416



Lám. VI: Ciudades canneas y sus ya posibles establecimientos comerciales durante el Bronce final.

Fuente: Aubet Semmler 2009a: 48

1. 3. Del alfabeto protosinaítico al protocananeo (siglos XIV-XI a. C.)

Hacia las mismas fechas de la aparición del alfabeto ugarítico se ha datado la aparición de otro sistema de escritura alfabética independiente, pero también asociado a la lengua semita noroccidental –para diferenciar de las lenguas del grupo oriental, tales como el acadio o el babilónico, y del suroriental, como el arábigo–. Se trata de los grafos descubiertos en las excavaciones de Serabit el-Khadem, –en un yacimiento de turquesa que explotaron con asiduidad los egipcios en la Península del Sinaí–, que no han sido descifrados en su totalidad, aunque han podido ser puestos en relación con el orden secuencial del alfabeto ugarítico, que compartirá el posterior fenicio. De aquí se infiere que el sistema debió de tener bases más antiguas⁴. Con respecto al nombre de las letras, aunque no tenemos su constatación hasta el siglo VI a. C., no significa que no existieran anteriormente nombres más tempranos en los que los tardíos se basaran. Se baraja la hipótesis de que el nombre de las letras de los alfabetos semitas noroccidentales

⁴ En 1999 el periódico norteamericano New York Times daba la noticia del hallazgo de nuevas inscripciones de este tipo en Egipto, en Wadi el-Hol, a unos 400 km al oeste de Luxor. Según sus descubridores, las inscripciones podrían datarse entre el 2000 y el 1800 a. C. (Vita 2004: 14).

entroncaría con el de las de este alfabeto primitivo que hemos denominado *protosinaítico*, de tal modo que se determinó por la relación acrofónica entre las letras y su pictograma originario⁵. Es decir, que si primero existió un pictograma que representaba la cabeza de un buey, se utilizaría el mismo para transcribir el sonido inicial de la palabra “buey” en semita: *Aleph* = /a/ (Calvet 2017: 132-134; Prados Martínez 2007: 27-30). Para comprobar si esta inferencia está justificada, podemos buscar la relación de los nombres que conocemos y su significado de raíz semita, y observar si coincide con la representación a la que creamos que aluden las líneas esquemáticas de las letras:

Egipcio	Protosinaítico	Fenicio

Tab. 1. Relación entre signos jeroglíficos y primeros alfabetos.

Fuente: Prados Martínez 2007: 29

Aleph significa “buey” en semítico, y en el signo protosinaítico se advierte, en efecto, la cabeza de un buey. Posteriormente experimentó una rotación de 90° a la derecha. *Bet* “casa” o “tienda”, tiene una forma cuadrada en el protosinaítico, con lo que podría ser el plano de una casa. *Gaml*, “camello”, ¿es la joroba de un camello? *Delt*, “batiente de puerta”, ¿por qué triangular?; ¿podría ser la entrada de una tienda? En protosinaítico representa a un pez. *Hé* es de etimología desconocida. *Wau*, “clavo”, tiene la forma de una posible clavija en protosinaítico y en fenicio. *Zai*, “arma” en arameo,

⁵ Es de opinión mayoritaria entre los estudiosos que estos grafemas se basaban en pictogramas egipcios (Prados Martínez 2007: 27-30).

“olivo” en semítico, tiene rasgos que no nos evidencian el origen pictográfico. *Hét* ¿podría ser un cercado? *Tét* tiene una etimología desconocida. *Yod*, “mano”, nos muestra en protosinaítico, fenicio y arameo una posible mano de perfil. *Kaf*, “palma”, también con origen gráfico evidente. *Lamd*, ¿es “aguijón”? *Mém*, “agua”, se representa con una línea ondulada en protosinaítico, como en fenicio. *Nun*, “pez” en arameo, no tiene evidente ningún origen pictográfico, aunque en protosinaítico parece una serpiente. *Ain*, “ojo”, resulta muy clara. *Pé*, “boca”, no parece sugerir un origen pictográfico; aunque que se denomine en etíope *af*, “nariz”, podría ser más convincente. Para *Sadé* se han propuesto diversos ejemplos de representación, como “anzuelo”, “hoz” y “nariz”, entre otras posibilidades, aunque ninguna se corresponda al sonido que transcribe ni en los grafismos fenicio ni arameo. *Qof* quiere decir “mono” en hebreo, pero no queda claro que el origen pictográfico fuera ese. *Res*, “cabeza”, de perfil en protosinaítico y fenicio. *Sin*, “dientes”, se advierte en fenicio y hebraico. *Tau*, “marca”, concuerda con la cruz fenicia (Calvet 2007: 134-138). Podemos concluir, así, que esta propuesta hipotética sobre el origen de los alfabetos protocananeos, que desembocarían directamente en el fenicio, es, con bastante probabilidad, acertada en el alfabeto protosinaítico de Serabit el Khadem.

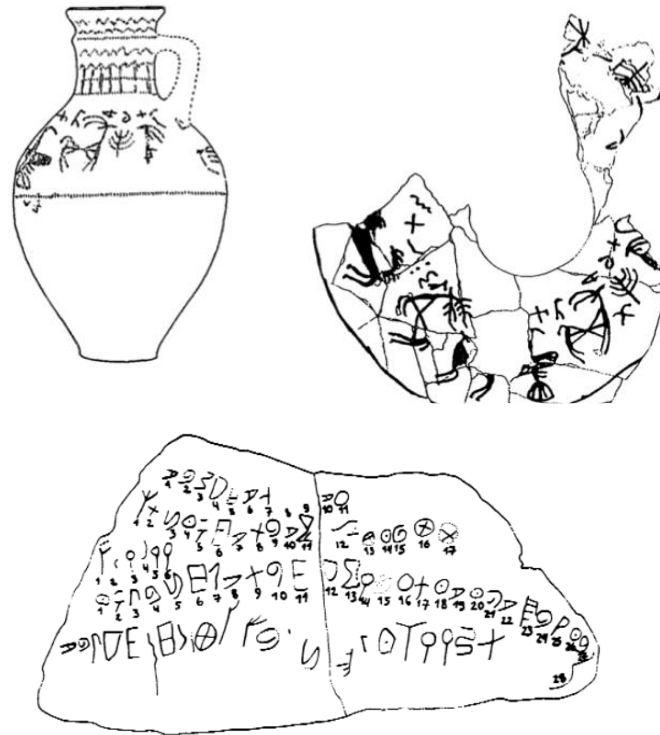


Lám. VII: Inscripción proto-sinaítica de Serabit el-Khadem.

Fuente: Vita 2004: 14

Si el corpus de inscripciones protosinaíticas no supera la treintena de ejemplares, del inmediatamente posterior, el protocananeo, tenemos, no más que 22 desperdigados por el sur de Canaán, con caracteres fácilmente homologables con los anteriormente

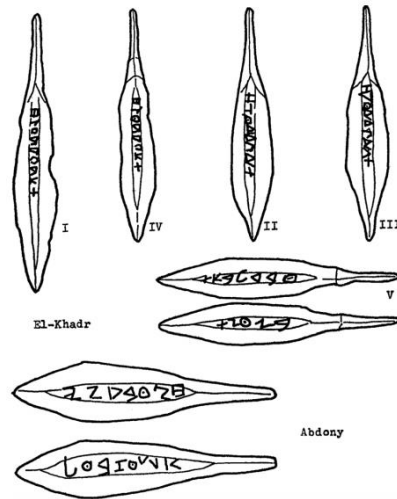
comentados. Existen, no obstante, muchos problemas para la datación y contextualización de estos documentos, así como para su desciframiento, aunque aceptamos alguna propuesta, como la del ejemplo sobre una jarra hallada en Lakish, datada por su contexto arqueológico hacia el siglo XIII a. C., o el ejemplo sobre *ostrakon* de ‘Izbet Sartah, aunque en este caso el contexto no está claro (Lám. VIII p. 18) (Vita 2004: 15-16).



Lám. VIII: Jarra de Lakish y *ostrakon* de ‘Izbet Sartah.

Fuente: Vita 2004: 16

Los siguientes ejemplos epigráficos de valor, posiblemente insertables entre la fase protocananea y la propiamente fenicia, son unas cincuenta puntas de flecha de bronce halladas a las afueras de Biblos, en una cronología que oscila entre los siglos XI y X a. C. (Lám. IX p. 18) (Vita 2004: 16; Cunchillos, J. L. y Zamora, J. A. 1997: 20-21).



Lám. IX: Varios ejemplos de puntas de flecha halladas en Biblos con inscripción “proto-fenicia”.

Fuente: Vita 2004: 17

1. 4. *Phoinikika grammata* (siglos XI-VII a. C.).

No obstante, antes de seguir repasando los ejemplos epigráficos fenicios, vamos a realizar un breve inciso de nuevo, centrándonos ahora en la situación sociopolítica acaecida en el Levante durante el transcurso de los últimos siglos del II milenio. Las puntas de flecha ya comentadas se encuentran insertas en un contexto sociopolítico concreto, para el que la historiografía ha manejado varias teorías, que, se han visto acompañadas de los últimos hallazgos arqueológicos y dataciones absolutas por C¹⁴. Mientras gran parte de la antigua tierra de Canaán es, teóricamente, invadida⁶ por tribus neosemitas que traen consigo una nueva forma de sociedad tribal alejada de la tradicional entidad centralizada estatal, las ciudades fenicias de Biblos, Sidón y Tiro mantienen su política de raigambre institucional. Aprovechando la ausencia y debilidad de los antiguos estados territoriales se ponen al frente de la política, aunque en un principio tendrán que lidiar con los peligros de la piratería filistea, por lo que el nivel de sus importaciones desciende estrepitosamente. No obstante, en poco tiempo, principalmente Biblos, reactiva su armada y marinería, así como los contactos comerciales con Egipto, del cual seguirá recibiendo grandes cantidades de papiro a cambio de un gran cargamento de maderamen

⁶ Realmente, hay continuidad poblacional en toda el área levantina, pese a los niveles de derrumbe en Lakish, Megiddo o Ashod, que deberían atribuirse a competencia y rivalidad entre las ciudades mercantiles vecinas. Y es que son rápidamente reocupadas con nuevos edificios y organización urbana, además de cultura material, lo que rechaza el carácter filisteo o israelí de su población (Ruiz Gálvez 2013: 122-123).

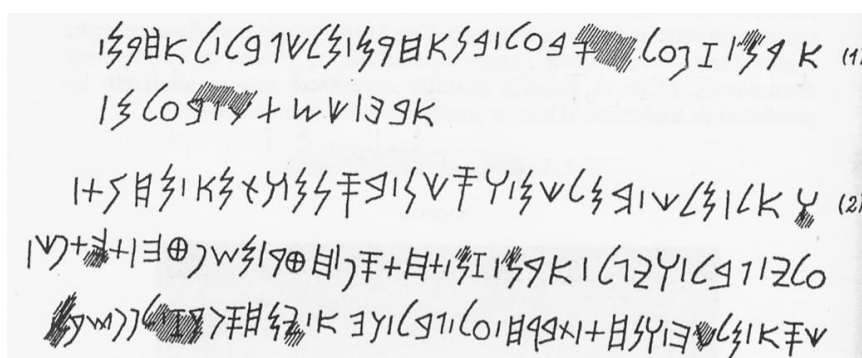
de cedro para la formación de los templos en el país del Nilo. Un ejemplo literario de gran importancia es el relato literario de Unamón (*ca.* 1076), que nos ofrece magníficos datos, como el de la explícita independencia económica de Biblos⁷. Además, la ciudad mantiene sus contactos con el Egeo y Chipre, atestiguados con la presencia de vasos creto-micénicos en su necrópolis. Estamos en un tiempo en que la ausencia general del control estatal propicia la descentralización económica y la iniciativa privada, así como cierta diversificación productiva como la del hierro.

A partir del final de este siglo, sin embargo, la ciudad irá cediendo terreno al avance del poderío de su vecina Tiro. En esta ciudad, los niveles del estrato XIII, que han venido asociándose al siglo XI, han mostrado la presencia de un barrio industrial dedicado a la producción alfarera y textil, destinada a la exportación de ítems a Chipre, el Egeo y Egipto. Una gran concentración de importaciones en la región de Kouklia (Chipre) hace pensar en la presencia de personal permanente fenicio dedicado al comercio con las élites de la zona. De esta época también destacan niveles de destrucción de Dor y Akko como parte de una estrategia coercitiva de Tiro para dominar la franja costera hasta el monte Carmelo y una región interior clave para el desarrollo de la agricultura comercial, la llanura de Akko (Aubet Semmler 2009a: 54-74; Prados Martínez 2007: 67-89; Ruiz-Gálvez 2013: 116-126). Atendiendo a estos sucesos que nos introducen en el contexto, podemos atender y comprender mejor las inscripciones sobre las flechas de bronce. En ellas se suele repetir el parámetro de “flecha” seguido de un nombre, tal vez de su propietario. Los nombres son muchas veces de origen extranjero, como egipcios, chipriotas o sidonios. A falta de una mayor contextualización de las piezas, no aventuraré una explicación sociológica por mi parte, aunque Ruiz-Gálvez ha querido inferir de ellas que son testigos de la extensión democratizadora del uso de la escritura entre individuos que han desarrollado una mayor autoconciencia y adscriben su persona a la posesión de sus elementos. No hablamos, en principio, de una necesaria adscripción de estas piezas a la ciudad de Biblos, puesto que se encuentran en sus afueras. Que estén relacionadas con

⁷ El relato de Unamón trata del viaje de un delegado egipcio proveniente del templo de Amón tebano para, en nombre del faraón, que ya no supone especial autoridad en Biblos, solicitar la compra de madera de cedro. Se nos describe la ciudad fenicia con un rey al frente, quien, sin embargo, participa del ejercicio de la política junto a un consejo de ancianos y grandes burócratas. También se menciona la existencia de sindicatos comerciales a quienes les está reservado un número concreto de buques en el puerto para realizar sus actividades comerciales de carácter privado, con la participación de capital de una nueva clase enriquecida a través del comercio, bajo la protección estatal y su armada. Luego, observamos una complementación y cooperación entre los poderes público y privado, tendentes ambos hacia la búsqueda de rentabilidad y beneficio, por ambas partes (Aubet Semmler 2009a: 357-361).

un intento de asalto por parte de tribus aguerridas, a imagen y semejanza de lo que se nos describe en *Jueces* o *Samuel*⁸, a la luz de las evidencias y el contexto, lo encuentro una proposición algo temeraria (Ruiz-Gálvez 2013: 116-118).

El siguiente ejemplo epigráfico de importancia es el de la inscripción sobre el sarcófago del rey Ahiaram de Biblos (Lám. X p. 21). Apareció en 1923 dentro de la tumba 5 del cementerio real de Biblos. De piedra calcárea, mide 1,52 m de alto y 3,05 m de largo. Puede datarse en los alrededores del 1000 a. C. La caja, sobre leones acostados y decorada con flores de loto y bajorrelieve de escenas procesionales, tiene una inscripción labrada en dos partes, en uno de los lados largos y en otro de los cortos.



Lám. X: Inscripción del sarcófago de Ahiaram de Biblos (ca. siglo XI).

Fuente: Cunchillos y Zamora 1997: 108

Siguiendo el trabajo epigráfico desarrollado en el manual de Cunchillos y Zamora y las reglas básicas de epigrafía y lingüística fenicia y semita, observando que las palabras están separadas por signos de puntuación –en este caso, una pequeña línea vertical–, la transliteración completa sería:

(1): 'rn zp'l []tb'l bn'hrm mlkgl l'hrm 'bh ksth b'lm - “Sarcófago que hizo Ithobaal, hijo de Ahiaram, rey de Biblos, para Ahiaram, su padre, como morada eterna.”

(2): w'l mlk bmlkm wskn bsnm wtm' mhnt 'ly gbl wygl 'rn zn thtsp htr mspth thtpk ks' mlkh wnht tbrh 'l gbl wh' ymhsprz lpp sbl - “Si un rey entre los reyes, o un gobernador entre los gobernadores o un comandante de ejército atacara Biblos y hallara este sarcófago, entonces, ¡que su cetro se quiebre, su trono se desplome! ¡Que la paz huya de Biblos y que él mismo sea barrido!” (Cunchillos y Zamora 1997: 107-114).

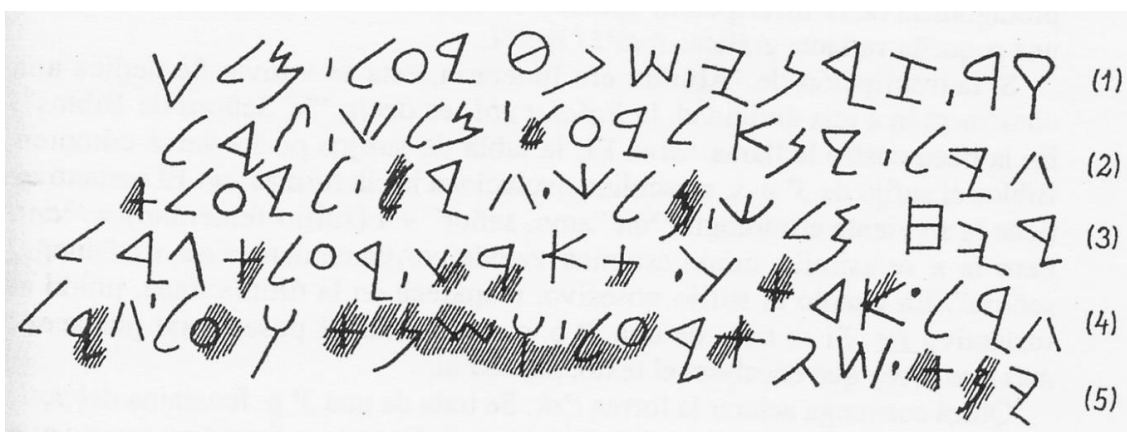
⁸ Jueces 9: 1-6 y Samuel 21-22 en Serafín de Aurejo (2004): 288 y 337-339.

La lengua fenicia, como semita, participa de una raíz consonántica para todas sus palabras, las cuales cambian el sonido vocálico dependiendo de las relaciones gramaticales y sintácticas que imperen en cada caso y contexto, y, así, se deducían claramente por un lector experimentado. Por eso, en las escrituras alfabéticas semitas del pasillo siriopalestino no existirán signos vocálicos en el alfabeto, pues eran innecesarios. Tendremos que esperar a la adopción del sistema por parte de los griegos para que aventuraran tal innovación para representar todos los verdaderos fonemas que formaban una palabra. Regla general, en casi todos los casos, es la dirección sinestrosa de los renglones escritos, sobre todo cuando, a partir de estos años, la escritura fenicia vaya regulándose y homogeneizándose (Cunchillos y Zamora 1997: 31-42). En el caso que tenemos entre manos, no podemos cuestionar la forma flagrante en que se presenta como un caso netamente estatal. Pese a tratarse de una escritura alfabética, las nuevas clases funcionariales se han hecho cargo de ella y la han asimilado, probablemente, por notar también sus facilidades de uso. No es un instrumento monopolizado por los nuevos comerciantes enriquecidos para sus negocios privados, sino que se dirige y estandariza en el seno de la producción literaria estatal.

Durante el siguiente siglo, X a. C., la extensión y acto de presencia de Tiro en política internacional será aún mayor. Es el siglo del conocido rey Hiram I (ca. 970-936 a. C.), quien, según diversos escritos del Antiguo Testamento, protagonizó una serie de pactos políticos con los reyes David y Salomón de Jerusalén. Entre los pactos realizados con el rey Salomón se observa la organización estatal y administrativa del comercio y el intercambio de una gran cantidad de bienes. Tanto Tiro como Jerusalén pactan la penetración conjunta en el mar Rojo para acceder de primera mano a las fuentes de recursos exóticos preciados, tales como el oro y el marfil, sin recurrir al tradicional intermediario egipcio. Además, la evidencia arqueológica de esta época confirma la apertura y extensión del alcance comercial tiro hacia nuevos horizontes, que trascienden la inmediatez de Chipre y Galilea, y se interna, además de en el mar Rojo, en el Egeo, partiendo de la consolidación de los contactos con la zona de Kouklia, en Chipre, y el establecimiento de una nueva estación comercial en Kommos, en Creta. En esta misma isla, se data hacia el 900 a. C. la aparición de un cuenco con inscripción fenicia, en una tumba de Tekke. Esta presencia de mercaderes fenicios en el Egeo, en fechas tan tempranas, coincide con la de una gran cantidad de cerámica geométrica griega en el sector de la catedral de Tiro (estratos X-VIII), incluyendo crateras áticas, *skýphoi* y

cuencos euboicos con semicírculos colgantes. Las tumbas de Lefkandi, en Eubea, que se datan en las mismas fechas, incluyen en sus ajuares objetos de lujo orientales y chiprofenicios, de tal forma que se sugiere cierto vínculo político y económico entre la casa real de Tiro y las élites aristocráticas de Amathus, Knossos y Eubea (Aubet Semmler 2009a: 64-68; Prados Martínez 2007: 91-98; Ruiz-Gálvez 2013: 126-170).

De este siglo tenemos ejemplos epigráficos que denotan la compartición de la escritura por parte de ambas esferas, la pública y la privada. Como primer ejemplo, tenemos la inscripción de Sipitba'al I, de finales del siglo X a. C. (Lám. XI p. 23), incisa en piedra y procedente de la ciudad de Biblos, ciudad que, para entonces, era de alcance comercial muy limitado en comparación con Tiro. Los trazos varían poco con respecto a los de la tumba de Ahiram, pero muestran singularidades, como el trazo final de la *bet* en sentido contrario al más normalizado. A partir de la autografía facilitada en el manual de Cunchillos y Zamora, podemos transcribir fácilmente la inscripción:



Lám. XI: Inscripción de Sipitba'al I (ca. siglo X a C.).

Fuente: Cunchillos y Zamora 1997: 115

- (1): *qr zbny sptb'l mlk* – “Muro que erigió Sipitba'al, rey de”
- (2): *gbl bn 'lb'l mlk gbl* – “Biblos, hijo de Eliba'al, rey de Biblos,”
- (3): *byhmlk mlk gbl lb'lt* – “hijo de Yehimilk, rey de Biblos, a la señora”
- (4): *gbl 'dtw t'rk b'lt gbl* – “Biblos, su dueña. ¡Que la señora de Biblos alargue”
- (5): *ymt sptb'l wsntw 'l gbl* – “los días de Sipitba'al y sus años sobre Biblos!”

(Cunchillos y Zamora 1997: 115-116).

La otra inscripción, mucho menos eminente, es, sin embargo, de un tipo más habitual en los ejemplos salidos de las excavaciones en asentamientos fenicios. Se trata de inscripciones sobre pequeños fragmentos cerámicos, que suelen hallarse deteriorados e incompletos. El caso que traemos es el del fragmento de una vasija que se grabó en Biblos hacia el 900 a. C. (Lám. XII p. 23).



Lám. XII: Inscripción de [...]bd' (ca. siglo X a. C.).

Fuente: Cunchillos y Zamora 1997: 117

La transliteración quedaría, finalmente: [...] bd' bklby h[...]: “[...] bd’, hijo de Klby, el [...]”. ¿Podría ser un regalo para bd’? ¿o un regalo de bd’? En cualquier caso, es evidente la relación de posesión personal entre el objeto y los nombres de sus oferentes o propietarios. La escritura fenicia tampoco es objeto de monopolio por las élites burocráticas, y parece ser, incluso, practicada por meros artesanos y alfareros, además de comerciantes (Cunchillos y Zamora 1997: 117).

El siglo IX será uno de fuerte crecimiento económico para Tiro, sobre todo, dado el empuje que significó el reinado de Ithobaal (887-856 a. C.). Éste marcó el comienzo de una auténtica expansión territorial para hacerse con el dominio efectivo de la ciudad de Sidón. Ambas ciudades estarán sujetas a partir de entonces a una política unitaria, bajo la soberanía del monarca tiro. La posición hegemónica de la ciudad llevó a Ithobaal a planificar el alcance de las fuentes de materias primas y el control más activo de las vías del mercado internacional, actuando directamente en Israel, Siria y la costa oriental de Chipre. De las políticas de alianza con Samaria, capital del reino de Israel, y la inundación en el palacio de esta ciudad de numerosos objetos de artesanía y ornamentación fenicia, podemos escuchar los oprobios proféticos de *Isaías*⁹. Sin embargo, durante la segunda mitad del siglo, los avances de los ejércitos asirios y el dominio territorial de las tierras sirias obligaron a Tiro a reorganizar su estrategia comercial y a canalizar sus energías políticas hacia Poniente, pasando por el control político directo de los territorios de

⁹ Isaías 23 en Serafín de Ausejo (2004): 980-981.

ultramar con los que hasta entonces había bastado una mera presencia comercial. Hacia 850 a. C., se funda la colonia de Kition en el sureste chipriota, quedando su territorio incorporado al reino tiro-sidonio. A partir de la presencia fenicia en Kition, parece que se canaliza una gran cantidad de importaciones fenicias hacia las necrópolis de Amathus y Salamis, con lo que la presencia fenicia es, más bien, general en la isla. Esta influencia tiria también alcanzaría la zona de Cilicia, en la península anatólica, donde diversos monarcas neohititas adoptan la escritura y la lengua fenicia a partir del siglo IX a. C. Nos queda como ejemplo la inscripción del rey Kilamuwa (825 a. C.), procedente del palacio de Zinjirli (Aubet Semmler 2009a: 72-82; Prados Martínez 2007: 95-98).

La historia fenicia del siglo VIII a. C. nos interesa sobremanera en este trabajo, pues es el siglo en que, por ahora, se consolida la política colonial y donde tenemos los primeros ejemplos epigráficos de alfabeto griego. Ambos fenómenos tuvieron que estar íntimamente ligados a las vicisitudes que le ocurren en estos momentos a la ciudad de Tiro. Y es que, con la llegada al trono asirio de Asurnasirpal II, las relaciones con Tiro se trastocaron, pues ya no bastaban los tributos anuales para mantener lejos la presencia de las fuerzas bélicas imperiales. Las antiguas escalas comerciales irán adquiriendo, a la par, una mayor importancia y multiplicación, conforme una gran cantidad de colonos agrícolas, artesanos y comerciantes, de clase social diversa, vayan conformando el grueso de población fenicia que inundará las costas del Mediterráneo occidental. Las causas podríamos buscarlas, además de en las líneas políticas de expansión tiria y la búsqueda de nuevas fuentes de materias primas que controlar políticamente, en la presión económica sobre los pequeños propietarios agrícolas a causa de la presión demográfica, el agotamiento del suelo y la tributación que estaban obligados a pagar a la entidad estatal (Prados Martínez 2007: 59-65 y 98-100). La influencia fenicia por entonces en Chipre es considerable, con tumbas de cámara en la necrópolis real de Salamina, donde se han encontrado numerosos objetos de manufactura lujosa tiria. Hay indicios arqueológicos de presencia de naves fenicias en Grecia, que sugieren un comercio más esporádico que organizado que opera, sobre todo, en Creta y las islas del Egeo; es un tipo de comercio, que, veremos, se encuentra muy reflejado en la literatura homérica. Con la llegada al trono asirio de Tiglatpileser III (745-727 a. C.) empiezan a darse problemas mayores, mientras podemos ver ya registradas en los anales asirios las mercancías que confluyen en los puertos tirios, con las que podemos hacernos una idea de su prosperidad económica. Tiglatpileser lleva la guerra a las ciudades fenicias y las integra en su totalidad en una

provincia de administración asiria, a excepción de Tiro, que en adelante vivirá en una situación política crítica, perdiendo inmediatamente grandes terrenos del *Hinterland* de su dominio continental. Como alternativa, la ciudad-estado consolida sus posiciones en Chipre y ultramar, también gracias a la instigación recibida por Assur, pues entendía que buenos flujos comerciales en su sierva tributaria significaban una hacienda saneada. Al poco tiempo, la política antiasiria del rey Elulaios de Tiro (729-694 a. C.), llevó a los monarcas asirios Salmanasar V y Sargón II a asediar la ciudad durante cuatro años, entre 724-720 a. C. La ciudad terminó siendo tomada y castigada, aunque Sargón evitó destruirla por completo. Mientras, Elulaios huyó a Kition, donde murió exiliado en 701 a. C., fecha que marca el final del poderoso estado unificado de Tiro-Sidón, con la mayor parte de sus habitantes deportados a Nínive, mientras su trono era ocupado por reyes proasirios. Todo ello obligó a Tiro a reforzar el poder y la autonomía de algunas de sus colonias de Occidente. Sucesivos asedios en adelante harán que en 640 a. C. todo el territorio continental pase a manos asirias. Esta es la época en que Cartago, en el norte de África, emprende su política de expansión por cuenta propia, mientras Tiro asiste a sus últimos años de existencia institucional como reino (Aubet Semmler 2009a: 82-88).

Como fase de atención principal, de estos siglos de crisis política tiria debemos sacar un ejemplo epigráfico que nos alumbre sobre las formas evolutivas gráficas que debieron ser las fuentes directas de alimentación para los receptores del sistema alfabético a lo largo del Mediterráneo, empezando por los griegos. Como ejemplo más llamativo, podemos recurrir a la famosa inscripción de Karatepe (Lám. XIII p. 27), encontrada en la región de Adana, en Turquía. Es una inscripción bilingüe fenicio-hitita. Aunque por contexto arqueológico puede ser datada entre los siglos IX-VII a. C., los especialistas epigrafistas han concentrado las posibilidades de su datación en el siglo VIII a. C. Se ha conservado en varios ortostatos, zócalos y estatuas, que decoraban las puertas de una ciudad hoy en ruinas. Es una inscripción conmemorativa, en la que 'Azitiwada relata sus hazañas como rey neohitita. Curiosamente, hay más texto en fenicio que en jeroglífico hitita. El texto seleccionado, como se observa, ocupa todo un ortostato y la parte derecha del siguiente.



Lám. XIII: Inscripción de Karatepe (siglo VIII).

Fuente: Cunchillos y Zamora 1997: 124

Con respecto a su transliteración y traducción, podemos, con la ayuda del volumen de Cunchillos y Zamora, determinarlas así:

(1): *'nk 'ztdw hbrk b'l 'bd* – “Yo soy Azitiwada, el bendecido de Baal, servidor de”

(2): *b'l 's 'dr 'wrk mlk dnnym* – “Baal, el que ha hecho poderoso Urikki, rey de los Adanios,”

(3): *p'ln b'l ldnnym l'b wl'm yhw 'nk 'yt* – “Baal me ha hecho, para los Adanios, como un padre y una madre. Yo he hecho vivir a”

(4): *dnnym yrhb 'nk 'rs 'mq 'dn lmms' s* – “los Adanios, yo he ensanchado el país de la llanura de Adana desde la salida del”

(5): *ms w'd mb'y wkn bymty kl n'm ldnnym* – “sol hasta su puesta. Y se estableció en mis días toda gracia para los Adanios,”

(6): *m wsb' wmn'm wml' 'nk 'qrt p'r wp'* – “y abundancia y bienestar. Yo he llenado los silos de Para y acumulé”

(7): *l 'nk ss 'l ss wmgm 'l mgn wmhnt 'l* – “caballo sobre caballo y escudo sobre escudo y ejército sobre”

(8): *mhnt b 'br b 'l w 'lm wsbmt mlsm* – “ejército gracias a Baal y los dioses. Yo he quebrantado a los rebeldes”

(9): *wtrq 'nk kl hr' 's kn b 'rs wytn' 'nk* – “y he destruido todo el mal que había en el país. Yo he establecido”

(10): *bt 'dny bn 'm wp 'l 'nk lsrs 'dny n 'm* – “la casa de mi señor en gracia y he hecho a la descendencia de mi señor el bien”

(11): *wysb 'nk 'l ks' 'by wst 'nk slm 't* – “y yo (la) he sentado sobre el trono de su padre. Yo he impuesto la paz a”

(12): *kl mlk w 'p b 'b tp 'ln kl mlk bsdqy w* – “todo rey y, además, todos los reyes me hicieron padre por mi justicia y”

(13): *bhkmty wbn 'm lby wbn 'nk hmyt'* – “mi sabiduría y por mi gracioso corazón. Yo he construido fortalezas”

(14): *zt bkl qsynt 'l gblm bmqmm b 's kn* – “ponderosas en todos los confines, en las fronteras, en los lugares donde existían”

(15): *'sm r 'm b 'l 'gddm 's bl 's 'bd* – “hombres malos, jefes de banda, hombre que no había sido hombre servidor”

(16): *kn lbt mps w 'nk 'ztdw stnm tht p 'm* – “en la casa de Mopsos. Y yo, Azitiwada, los he puesto bajo mis pies”

(17): *y wbn 'nk hmyt bmqmm hmt lsbtm dnn* – “y he construido fortalezas en esos lugares para que habiten los Adanios”

(18): *ym bnkt lbnm w 'n 'nk 'rst 'zt bmb'* – “en la tranquilidad de los corazones. Yo he sometido países poderosos en occidente”

(19): *sms 's bl 's kl hmlkm 's kn lpyw'* – “que no habían sometido todos los reyes que fueron antes de mí. Y”

(20): *nk 'ztdw 'ntnm yrnm 'nk ysbm 'nk* – “yo, Azitiwada, los he sometido, yo los he hecho descender y yo los he asentado”

(21): *bqst gbly bms sms wdnnym* – “en el extremo de mi frontera, en el oriente. Y los Adanios...”

(Cunchillos y Zamora 1997: 123-128).

Todo este repaso de la historia genética de alfabeto nos ha servido para tener una concepción ontológica del mismo, de tal forma que lo entendemos como un sistema más de escritura que, pese a coexistir con otros muchos, resultó ser una revolución comunicativa a partir de la facilidad de su uso y la democratización de su accesibilidad, pues la inferioridad del número de sus caracteres hacía del sistema uno mucho más eficaz que el resto, con creces. La cuestión que he venido a plantearme, no obstante, no es meramente semiótica ni lingüística, sino histórica y sociológica. Atendiendo a los contextos primeros donde aparece el uso del alfabeto, es decir, el ugarítico y los ejemplos de Serabit el-Khadem, observamos que nace de forma independiente en dos lugares distantes que utilizan distintos recursos gráficos: cuneiformes o pictográficos egipcios. No obstante, el orden secuencial de las letras del alfabético ugarítico con el posterior fenicio, directamente vinculado con el protosemítico, hace pensar en un origen y nexos común más antiguo. La práctica de la recitación ordenada de “letras” puede remontarse, así, a mediados del II milenio a. C. Los rastros sociológicos que quedan, no obstante, son diversos. Mientras en Ugarit el alfabeto es objeto de escritura cuneiforme por parte de funcionarios de palacio, los ejemplos de Serabit el-Khadem parecen ser confeccionados por habitantes de la zona de habla semita, pero no asociados, en modo alguno, con el sistema de escritura egipcio, aunque del mismo parece ser que tomaron prestados los pictogramas para darles un uso muy distinto al original. El desarrollo de los sistemas de escritura protocananea parece insertarse en un contexto de transición del sistema palacial del Bronce al sistema más heterogéneo del Hierro, durante los últimos siglos del II milenio, en los que asistimos a la práctica del alfabeto en ambientes muy distintos. Desde las puntas de flecha bronceas a las afueras de Biblos, cuya interpretación me ha resultado algo difícil de fijar, hasta el sarcófago pétreo de Ahirom, o el fragmento cerámico de *bd'*, todos muestran el uso y disfrute de la escritura alfabética tanto en espacios burocráticos como privados. Esto significa que, al contrario que en los estados del Bronce en los que la escritura era objeto de monopolio burocrático, la escritura se ha democratizado y un mayor sustrato poblacional ha alcanzado su uso para ponerlo a servicio de sus actividades más prácticas. Entre estas destacarían, por ejemplo, las

comerciales y mercantiles por parte de los propietarios de las grandes firmas comerciales que, gracias al relato de Unamón, tenemos constancia de su existencia desde muy temprano en cooperación directa con la protección brindada por el estado de Biblos.

2. *La cólera canta, oh, diosa, del Pelida Aquiles*¹⁰. Del origen del alfabeto griego entre *polis*, hoplitas y cantos homéricos

Este apartado tiene, dentro del cuerpo general del trabajo, una importancia crucial por tratar un fenómeno –el origen del alfabeto griego– sumamente complejo, en el que incide una serie muy numerosa de factores y variables que hacen que sea especialmente enigmático. Las características especiales con que se encuentra acompañado el surgimiento del alfabeto en la Grecia arcaica, con una gran variedad de tipos de texto que incluyen hexámetros poéticos, así como el contexto socioeconómico en que se inserta, hacen del caso uno tan particular, que no podemos obviarlo atendiendo a las pretensiones con que se realiza este trabajo. Es un tema arduo y complicado, cuyas principales líneas características aún no están sujetas, ni mucho menos, a un consenso historiográfico. Como adelanté en la introducción, haré al lector acompañarme en mis observaciones epigráficas, una vez hayamos reservado un cierto espacio al estado actual de la cuestión del contexto general histórico de la Grecia oscura (siglos XII-IX a. C.) y arcaica (siglos VIII-VI a. C.). La localización de las inscripciones, sus características intrínsecas y su contexto arqueológico serán las bases sobre las que trabajaremos para adelantar una cauta explicación general del proceso.

2. 1. Del rojo del Bronce al oscuro del Hierro (siglos XII-IX a. C.)

2. 1. 1. *Final del Bronce y la Grecia Micénica*

Durante el Bronce final la Grecia continental y el mar Egeo estuvieron insertos dentro del complejo sistema palacial. La forma característica en que este sistema se reproducía en Grecia era el mundo micénico, el cual contaba con el precedente minoico en Creta. De ambos sistemas palaciales nos han quedado buenos ejemplos de escritura silábica, que, sin embargo, a la luz del estado actual de la cuestión, están absolutamente inconexos con el posterior sistema alfabético, pues entre la desaparición de la escritura micénica, acaecida hacia el siglo XII a. C., y la aparición de los primeros ejemplos de

¹⁰ Primer verso de la épica *Ilíada* (Homero 2001: 1).

epígrafes alfabéticos, hacia el siglo VIII a. C., transcurren más de cuatrocientos años. Contamos, no obstante, con un caso excepcional, que iremos analizando más adelante, en Chipre. Los sistemas de escritura del Bronce en el Egeo se originaban en un sistema primitivo pictográfico que desembocó en las formas más esquemáticas del Linear A, sistema propio de la Creta minoica (ca. 1900-1450 a. C.), aún sin descifrar. La escritura micénica Linear B, propia del Bronce final (ca. 1500-1200 a. C.), estaba directamente inspirada en el sistema cretense del Linear A, y se destinaba a las mismas funciones de registro y administración económica desde el ámbito palacial. A diferencia del anterior, este sistema sí ha sido descifrado, y nos ha permitido observar que, al menos desde el Bronce final, se habla el griego en la Hélade (Tomas 2010: 340-341; Palaima 2010: 356-357). Derivación directa de estos sistemas de escritura egeos sería el chiprominoico, el cual ha presentado notables dificultades de desciframiento. Contamos en la actualidad con cerca de doscientas inscripciones de diverso género, insertas en una variada gama de tipos de soporte. El marco cronológico de vigencia de este sistema se insertaría entre los siglos XVI-XI a. C., con lo que vemos que sobrevive aún después de los convulsos siglos XIII-XII a. C. Una gran cantidad de estos ejemplos se encontró en las excavaciones de Ras-Shamra (Ugarit) (Hirschfeld 2010: 373).

Existen ciertas propuestas dentro del ámbito académico que circunscriben la aparición del alfabeto griego en la Edad del Bronce, por lo que no se me puede escapar hacer unas cuantas observaciones. Me refiero, en concreto, a la producción historiográfica surgida a la luz de la aparición del segundo volumen de *Black Athena*, de Martin Bernal (1996). Los alcances temáticos que aborda la obra van mucho más allá del alfabeto. En la pretensión de establecer las raíces culturales griegas en Egipto, basándose principalmente en las observaciones de Heródoto (V 58-61) y otras fuentes egipcias, llega a proponer la conquista de Grecia por Sesostri I y el establecimiento de una *Pax Aegyptiaca* durante los últimos siglos del Bronce en todo el Mediterráneo Oriental. Las evidencias arqueológicas que señalan a Bernal la conquista egipcia de todo el Mediterráneo se limitan a la presencia de cerámica griega en todo el mar y a la de diversos objetos de procedencia egipcia en ajuares de tumbas micénicas (Bernal 1996: 446-494). De estos objetos no se deduce más que un contacto comercial, el cual, como ya señalé en mi anterior trabajo, estuvo posiblemente monopolizado por intermediarios cananeos a partir de sus puestos comerciales en Chipre (Gil Orduña 2016: 6-8, siguiendo las líneas de Ruiz-Gálvez). Bernal reconduce, así, a este periodo de supremacía egipcia la

transmisión de las “letras cadmeas” a Grecia, con el asentamiento de Fenicios en Tebas, siguiendo al pie de la letra las referencias de Heródoto (Bernal 1996: 495-521). Ante la corriente afrocentrista dentro del ámbito académico historiográfico norteamericano de los años 90’, en cuyo seno se debe incluir la obra de Bernal, autores como Mary Lefkowitz esgrimen una serie de argumentos desmontadores de estas posiciones teóricas tan provocativas partiendo de las evidencias lingüísticas, textuales y arqueológicas. Así también recuerda que el objetivo del historiador es hacer una crítica de las fuentes lo más aséptica posible y libre de intromisión ideológica alguna (Lefkowitz 1997). Toda una serie de autores de la escuela norteamericana de estudios clásicos y egiptológicos trataron de responder a las hipótesis de Bernal evidenciando sus errores en la aplicación del método de investigación histórica y en la crítica de las fuentes consultadas. Le achacaron cierta credulidad frente a los documentos de carácter monumental provenientes de la administración palacial egipcia, al no presuponer en ellos cierta tergiversación con fines propagandísticos. También le señalaron graves equivocaciones en sus proposiciones lingüísticas para sostener su hipótesis afrocentrista, pues las semejanzas fonéticas entre determinadas palabras no implican directamente una supremacía cultural, sino mero contacto. Además, el préstamo de palabras semitas y egipcias en la lengua griega es mucho más reducido de lo que plantea (Baines 1996; O’Connor 1996; Morris 1996; Jasanof y Nussbaum 1996; Vermeule 1996). En su consiguiente respuesta, Bernal asigna a motivos personales e intereses político-ideológicos, así como al tradicional recelo hacia la intromisión de advenedizos en las materias de estudio –teniendo en cuenta que su formación era la politología–, la hostilidad con que su obra fue recibida por la mayoría de estudiosos del mundo antiguo (Bernal 2001: 21-24 y 51-52). Queda, después de todo, según mi parecer, una posibilidad nula de retrotraer la aparición del alfabeto griego a la Edad del Bronce.

Volviendo al Bronce final, los motivos aducidos para el colapso del mundo micénico han estado siempre muy determinados por la tradición historiográfica decimonónica. Ésta dio un protagonismo excesivo a los movimientos migratorios dóricos y a la actuación de los pueblos del mar como los responsables directos del derrumbamiento del sistema palacial micénico, a partir de la impresión producida en la consulta de fuentes diplomáticas próximo orientales y egipcias. No obstante, el avance de la investigación arqueológica está, cada día, matizando más las causas socioeconómicas internas del sistema y otorgándoles una mayor importancia a la hora de explicar su

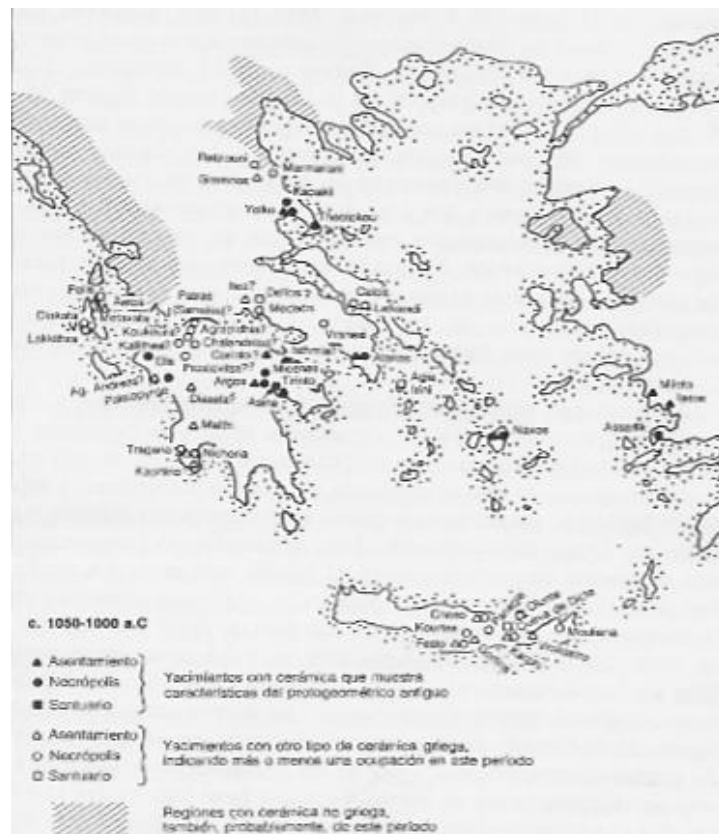
colapso. Las excavaciones han desvelado una creciente belicosidad durante los últimos siglos de supervivencia micénica entre las distintas ciudades que formaban el conglomerado cultural, con la aparición de grandes y ostentosas murallas ciclópeas. De hecho, si hubo cierta movilidad migratoria, ésta se produjo en fechas más tardías, durante el período postpalacial (Dickinson 2010: 45-82; Ruiz-Gálvez 2013: 52-64).

2. 1. 2. *Inicios del Hierro y época Oscura (siglos XII-IX a. C.)*

En el mar Egeo, durante la *Época Oscura* (siglos XII-IX a. C.), tenemos un caso de especial particularidad en la isla de Creta. Parece que en un principio cambia el modelo de poblamiento hacia mayores alturas, hasta que en el siglo X a. C. antiguos núcleos, como Knossos, recuperan su actividad y vitalidad económica. En uno de estos nuevos centros de población, Tekke, consta la aparición de un recipiente de bronce con caracteres fenicios en grafito, lo que ha servido de base para la hipótesis que establece el origen del alfabeto griego en esta isla (Ruiz-Gálvez 2013: 126-152). La teoría tradicional que aduce una paralización del contacto comercial durante estos siglos queda, en el caso de Creta, totalmente erradicada. En otro caso insular, Chipre, donde en estos siglos viene a asentarse población de habla griega, observamos la presencia de objetos fenicios y eubeos desde, al menos, el siglo X a. C. La presencia, también, de cerámica chipriota en el Levante, como en Lefkandi y Al-Mina, dificultan mucho saber quién es el principal intermediario marítimo (Karageorghis 2004: 143-152). Como señala Ruiz-Gálvez (2013), lo más probable es que, en estas fechas de ausencia de monopolio estatal del comercio, éste sea objeto de participación de una comunidad “internacional”, políglota y sin más origen geográfico que el mar. Lo que no terminamos de afirmar es qué tipo de dialéctica se produce entre los comerciantes que arriban a estas costas, si vienen acompañados de la protección estatal que vimos en el relato de Unamón, con qué tipo de élite vienen a establecer la transacción de los elementos foráneos y a cambio de qué.

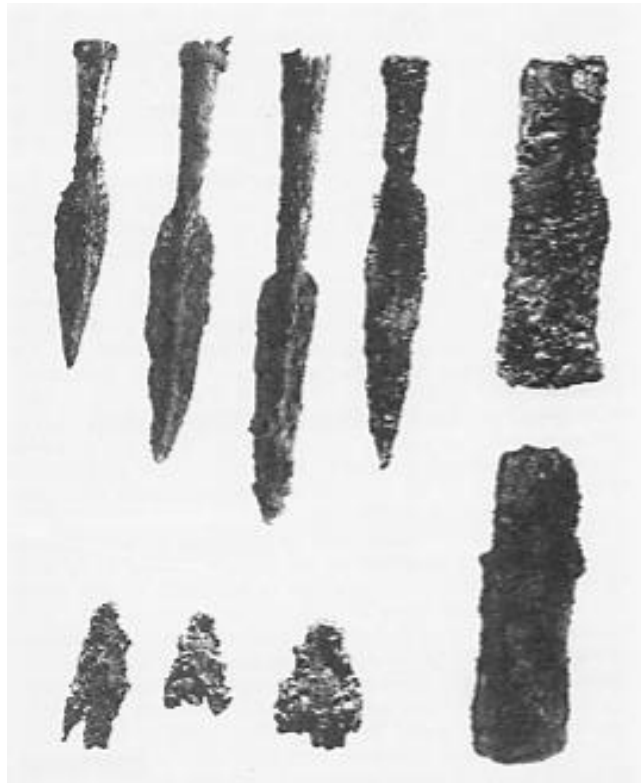
En la Grecia continental, tras el colapso palacial de *ca.* 1200 a. C., comienza el período postpalacial (1200-1050 a. C.), en el que no hay un total abandono de los centros anteriormente palaciales, aunque sobre las ruinas de palacios y almacenes vemos que lo que se levanta son nuevas estructuras más endebles y de funcionalidad muy diferente. A excepción de estos casos, la sociedad parece desperdigarse en multitud de nuevos centros

de habitación y se produce cierta atomización política que vendría acompañada de una aparente inestabilidad y descenso demográfico. Mientras se ocupan nuevos asentamientos en altura bien fortificados, se siguen construyendo necrópolis con ejemplos de ajuar que incluyen objetos exóticos y foráneos procedentes del Levante, Chipre, el norte de Italia y Cerdeña, regiones con las que, como vemos, no se pierde el contacto, aunque habría de preguntarse de qué tipo, y si es protagonizado por los mismos intermediarios que antaño y con las mismas circunstancias. Sin embargo, a finales del periodo postpalacial (*ca.* 1050 a. C.) es cuando observamos un descenso brusco de estas importaciones y, aparentemente, de la demografía. Dickinson apuesta por insertar en estas fechas las famosas oleadas de migración masiva dórica y jonia, que se hicieron eco en la isla de Chipre –donde a partir de ahora contaremos con un sustrato cultural de habla griega– así como en la costa egea de la península de Anatolia (Dickinson 2007: 83-105; Ruiz-Gálvez 2013: 152-170).



Lám. XIV: Mapa de la distribución de yacimientos en Grecia hacia el siglo X a. C.

Fuente: Snodgras 1900: 193



Lám. XV: Puntas de lanza, flecha y hachas de hierro procedentes de la necrópolis de Lefkandi.

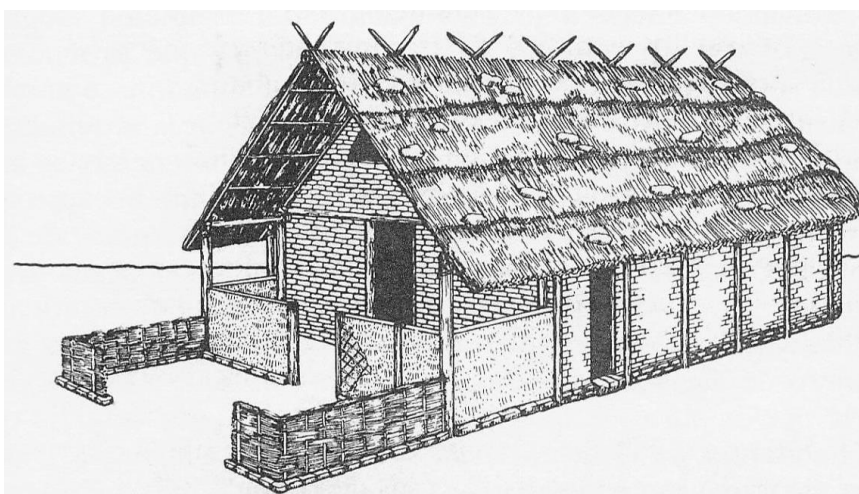
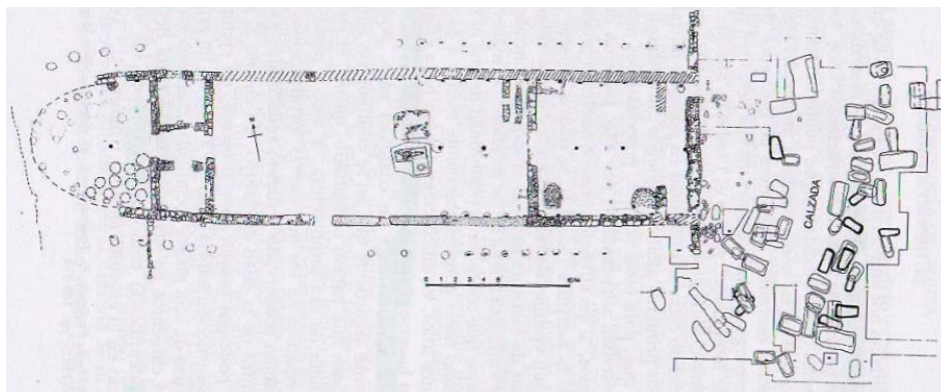
Fuente: Snodgrass 1900: 195

Estudiar la Grecia del Hierro antiguo presenta un serio problema para los arqueólogos que dificulta el acceso a su conocimiento sin tropezar con ciertas lagunas. Y es que el registro arqueológico, con respecto a la Edad del Bronce anterior y la época Arcaica posterior (*ca.* 800-500 a. C.), es tremendamente parco y laxo. Entre las características principales que podemos señalar es que se introduce, pese a la sensación general de “retroceso” en todos los aspectos, la innovación tecnológica de la metalurgia del hierro (Lám. XV p. 36). Además, parece que existe una cierta discontinuidad de ocupación de los asentamientos y necrópolis, que, por cierto, son difíciles de identificar dadas sus estructuras endebles. Podemos citar entre ejemplos importantes Grotta en Naxos, Zagora en Andros, Vroulia en Rodas, Lefkandi en Eubea, Nichoria en Mesenia, y Kalapodi en la Fócida (Lám. XIV p. 35 y XVII p. 38). Pasamos, en la mayor parte de los casos, de un patrón de asentamiento continuo y estratificado, a otro fragmentario y discontinuo. La extensión de la tecnología del hierro y este nuevo patrón de asentamiento han sido interpretados como indicadores de una nueva sociedad con necesidades prácticas diferentes a las que se daba en la Edad del Bronce, tal vez porque estamos ante una nueva forma de organización socioeconómica. El cambio de un sistema palacial y burocrático

de base eminentemente agraria a otro de atomización política, en el que se abandona la explotación intensiva agraria y, al parecer, se opta por una economía de trashumancia ganadera y pastoril, es una explicación más que sugerente. Además, se adapta bien a la ausencia de restos consistentes y monumentales, con excepciones como Lefkandi, que comentaremos más adelante. Otro cambio importante fue el patrón de enterramiento, que pasa de uno múltiple en tumbas colectivas a otro individual en el que conviven los ritos de inhumación y cremación. Todas estas características han sido explicadas por algunos autores como efectos de un nuevo sustrato poblacional llegado a partir de las oleadas de migración doria, mientras otros han optado por reconocer a los descendientes directos de la Grecia micénica. Éstos, simplemente, ante la ausencia de la estructuración socioeconómica palacial, ya colapsada, optan por adoptar organizaciones socioeconómicas alternativas en torno a bandas tribales de carácter aestival. Con este cambio tan drástico ya no sería necesario prolongar las prácticas culturales y simbólicas de un mundo que dejó de agonizar. No obstante, como digo, el conocimiento es limitado y se observan ciertas excepciones de ocupación longeva, como en los casos de Atenas, Argos o Lefkandi. Algunos de los testimonios arqueológicos más ricos que nos han quedado del momento más tardío son los depósitos en santuarios, como el de Olimpia, donde las figurillas de animales, tales como bueyes y ovejas, han sido vistas como una señal de veneración hacia estos medios de producción tan importantes en una economía eminentemente pastoril (Snodgrass 1990: 187-227).

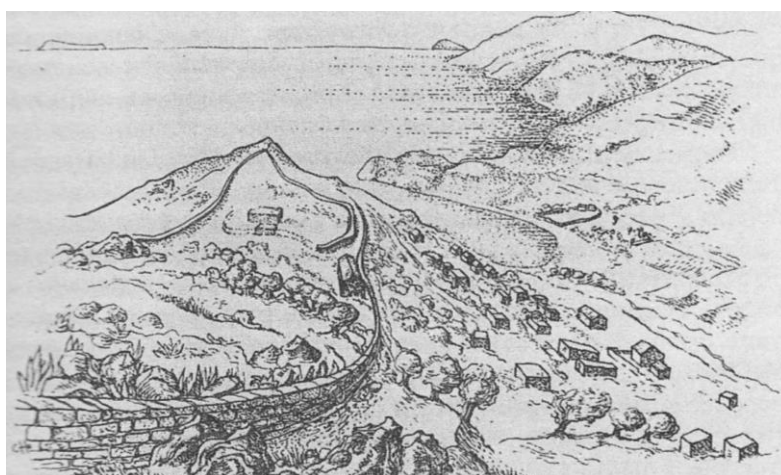
Un caso particular en todo este contexto es el que tenemos en la isla de Eubea, hacia el siglo X a. C., en el asentamiento de Lefkandi, que parece reiniciar unas relaciones de intercambio muy intensas con las ciudades fenicias. Si recordamos los estratos X-VIII de Tiro en el sector de la catedral, del siglo X a. C., donde aparecieron grandes cantidades de cerámica eubea, y observamos el caso de la necrópolis de Toumba, anexa al asentamiento de Lefkandi, las evidencias son muy sugerentes. Estructuras de lo que pareció ser un edificio longitudinal de planta absidial, que quedó enterrado bajo un túmulo, han sido interpretadas como un *heroon* –estructura funeraria– (Lám. XVI p. 38) que albergó un varón incinerado junto a una mujer inhumada, acompañados de un ostentoso ajuar que incluía elementos de procedencia foránea muy diversa (Ruiz-Gálvez 2013: 152-170). La cerámica eubea que hemos señalado en la ciudad de Tiro también aparece repartida por todo el Egeo y a partir del siglo siguiente se presentará en grandes cantidades en el puerto sirio de Al-Mina, lugar especialmente candidato de la gestación

del alfabeto griego, dada la especial convivencia fenicio-eubea que se produce en el lugar (Dickinson 2007: 246-260).



Lám. XVI: Plano del *heroon* del Lefkandi y reconstrucción de una cabaña absidial de Nichoria, Mesenia.

Fuente: Snodgrass 1990: 200 y 203



Lám. XVII: Reconstrucción del yacimiento de Emborio, Quíos.

Fuente: Snodgrass 1990: 207

2. 1. 3. *El comercio fenicio en Homero*

Una fuente primordial para conocer el comercio fenicio que se da en estos años en Grecia es Homero, autor que se ha solido encuadrar entre los siglos IX-VIII a. C. En sus cantos describe el contacto de la sociedad griega con estos navegantes semitas en un contexto geopolítico en constante transformación. En los versos de la *Ilíada* que señalaremos más adelante son perfectos artesanos del metal y textiles de lujo, se valoran sus dotes como marineros y aparecen en el Egeo en contadas ocasiones. La *Odisea*, compuesta dos o tres generaciones después que la anterior obra, ya señala a los fenicios como competentes marineros en pugna con los griegos y les describe, consecuentemente, en términos de muchísimo menos encomio. Se trata de un comercio de empresa individual que ofrece sus mercancías al mejor postor y que busca beneficios personales. Es un comercio de poco volumen llevado a cabo por naves que desarrollan más actividades complementarias como el transporte de pasajeros y el tráfico de esclavos. La Grecia arcaica consideraba el comercio incompatible con el concepto de aristocracia y la ética y, consecuentemente, el comerciante queda reducido a un estereotipo y a un estatus inferior y menospreciado, al contrario que el guerrero que adquiere el botín por medio de las hazañas de guerra. La impopularidad consecuente de los fenicios perdurará hasta época clásica. Estamos en un contexto de crisis política de la aristocracia griega en la que el comercio en general jugó un papel importante. Se adelantan las formas de contacto más propias de la época arcaica, que suponen el final del intercambio aristocrático de época oscura, que hemos visto en los ejemplos de Lefkandi y Knossos, vinculado a la oligarquía terrateniente. Avanza un nuevo comercio no aristocrático, especializado y en manos de profesionales –*émporos*–, aunque en Homero es todavía un fenómeno extraño y aparece asociado al factor externo fenicio. Sus obras artesanales y sus adornos finos y delicados son objeto de admiración y encomio continuamente. Son de gran interés los episodios de la *Odisea* referentes al porquero Eumeo, a quien Odiseo encuentra en Ítaca. Aristócrata de nacimiento, fue raptado y vendido de niño por mercaderes fenicios por instigación de una esclava de Sidón (*Od.* XV 415-428). Antes aún, Ulises dice haber encontrado un fenicio en Egipto, embaucador y tramposo, que le convence para ir con él a Fenicia, donde tenía bienes y hogar, aunque su verdadera intención era venderle como esclavo en Libia (*Od.* XIV 287-300). Más interesante es el episodio de la *Ilíada* referente al puerto de Lemnos, en el que se muestran formas de intercambio muy arcaicas. A raíz de los

funerales de Patroclo, Aquiles ofrece como recompensa una gran crátera de plata trabajada por “hábiles orfebres de Sidón”. Originalmente, el recipiente fue transportado por los fenicios y expuesto en varios puertos hasta llegar al de Lemnos, donde es ofrecido como presente y regalo a su rey Toante. El mismo rey lo ofrecería como rescate de una de las hijas de Príamo, capturada por Aquiles, a cuyas manos pasó finalmente. Se pone de manifiesto un comercio fenicio itinerante, en el que se transportan mercancías que se exhiben de puerto en puerto y pasan de mano en mano en calidad de rescates o regalos ceremoniales hasta convertirse en símbolos de estatus social en el seno de la aristocracia griega (*Il.* XXIII 740-745). En la Odisea (*Od.* IV 615-619) también se menciona otra crátera, obra de Hefesto, que el rey de Sidón ofreció como regalo a Menelao. Hablamos de bienes de prestigio que circulan en una cadena sucesiva de intercambios de tipo comercial y diplomático entre élites sociales y dentro de circuitos muy restringidos que han sido reconocidos en el registro arqueológico de estos siglos (Aubet Semmler 2009a: 148-159).

2. 1. 4. *Conclusiones*

Concluyendo, podemos definir las principales líneas características de la Grecia Oscura como las de una sociedad aestival, atomizada, de economía eminentemente pastoril y encabezada por una serie de aristócratas de carácter guerrero. Éstos están asociados a ostentosos espacios funerarios y, además, se hacen cargo de un contacto comercial con los fenicios arribados a sus costas a partir de una dialéctica material característica y diferenciada de la que se observará posteriormente. Es posible, incluso, que miembros de este sustrato poblacional tomen la iniciativa, al menos en Eubea, de protagonizar los intercambios comerciales allende los mares en participación conjunta con los navegantes fenicios, como vemos en los ejemplos de Tiro y Al-Mina en los siglos X-IX a. C., atestiguados por la presencia de cerámica eubea. Es importante anotar esta especial convivencia desde tan temprano a la hora de cuestionarnos el caldo de cultivo donde surgiría el alfabeto griego y cuáles fueron las causas más inmediatas, o las necesidades prácticas, que determinaron que surgiera tan tardíamente como en el siglo VIII a. C., cuando los contactos eran de una antigüedad, para ese entonces, ya seglar. Las necesidades que imperaron para la aparición del alfabeto, al menos el inscrito que nos ha llegado –contando con la posibilidad de la existencia de ejemplos producidos sobre

soportes percederos y endebles que no han sobrevivido, en fechas anteriores–, podrían determinarse en los vertiginosos cambios sociales acaecidos hacia finales del siglo IX a. C., y que en Homero hemos visto acompañados de la aparición de una nueva figura comerciante profesional en un marco de crisis de la aristocracia, de la mano, además, de la aparición y el desarrollo de instituciones netamente estatales.

2. 2. Hacia el camino de la democracia. El surgimiento de la *polis* y la colonización (siglos VIII-VI a. C.)

2. 2. 1. *Sinoikismós* y formación de la *polis*

A partir de finales del siglo IX a. C. comienza a vaticinarse una serie de cambios estructurales que alterarán la fisionomía absoluta de la sociedad y sus relaciones económicas. Tradicionalmente se ha pretendido observar un aumento repentino de la población a partir de estas fechas gracias a la extensión de una nueva economía con un mayor peso agrario y con mayores posibilidades alimenticias y de estabilidad sedentaria. Este gran número de personas repercutiría negativamente en la parca extensión de tierra por repartir, la cual se había destinado tradicionalmente al pasto y ahora sería objeto de métodos más intensivos de explotación agrícola. No obstante, los problemas estructurales que observaremos no provendrían, a mi juicio, tanto de un aumento de población que no deja de ser aparente –gracias a la potencialidad arqueológica que las sociedades más sedentes legan–, sino de una concentración algo desigual de la propiedad de la tierra. Esta apropiación temprana de los pastos más húmedos y potencialmente explotables desembocaría en la aparición de una nueva clase de grandes propietarios desahogados económicamente, frente a los cuales se situaría el grueso de la población campesina, propietaria de pequeños lotes de tierra para cuyo mantenimiento debe recurrir a continuos préstamos que la sujetan a una cierta dependencia. Las desigualdades serían, con el pasar de los años, tanto más notables como para propiciar el movimiento migratorio masivo que conocemos como la colonización, hacia Italia y Sicilia, así como más tarde, al mar Negro y el levante ibérico (Domínguez Monedero 2001: 23-60; Pomeroy *et alii* 2012: 99-101). Pero, además de este proceso socioeconómico, en el siglo VIII a. C. se produce un acrecentamiento de los intercambios comerciales y la extensión del alcance de éstos, incluyendo la península ibérica. Labradores, artesanos, marinos y comerciantes aprovechan la coyuntura para desarrollar sus actividades y sacar pingües beneficios, así como, principalmente, los grandes terratenientes, cuyo desahogo les permite reservar excedentes productivos de aceite, vino y otros productos agrícolas, y acceder, así, a productos manufacturados de lujo que fortalecen la simbología de distanciamiento social. Como nuevo recurso de ennoblecimiento, además, retoman el culto a los antepasados a partir de tumbas antiguas de época micénica, las cuales empiezan a recibir una serie de

ofrendas votivas, y de la construcción de nuevos santuarios en los que reciben culto estos personajes sujetos a la imaginaria legendaria de la época. El reflejo de esta idealización del pasado y el culto heroico es donde debería insertarse, a mi juicio, el canto homérico, del cual harán uso los grandes aristócratas para enterrarse bajo ritos semejantes al descrito en casos como el de Patroclo (Antonaccio 1998; Domínguez Monedero 2001: 23-60; Pomeroy *et alii* 2012: 101-102 y 108-109).

Pero el proceso más importante del que debemos hacer mención, producto de los cambios económicos, es el de la formación de la ciudad-estado *-polis-*, principal organización social y política de autogobierno cuyos principales centros ya existieron en la Edad Oscura. Estos nuevos organismos políticos se formaron de forma muy diversa, aunque la más general sería a partir de un proceso de sinecismo *-syn-oikismós-*, juntar los *oïkoi-*, en el que varias aldeas diseminadas por el territorio aceptaban sujetarse a la soberanía de un centro político urbano de referencia como en el caso de Atenas con toda la región ática, o casos mucho más pequeños como Sición. Casos de mayores extensiones fueron más complejos y se realizaron mediante métodos más característicos, como el establecimiento de templos y santuarios en el mundo rural para que sirvieran de elemento de identidad colectiva. Esta práctica estaría relacionada con el nacimiento del *panhelenismo* sobre estas fechas¹¹. En otros casos, el sinecismo fue producto de un esfuerzo más intimidatorio y bélico, como en el caso de las aldeas adheridas a Esparta, que quedan a ella subordinadas e inermes. A la altura de 700 a. C., así, el mapa político de las polis griegas ya ha quedado configurado (Lám. XIX p. 46) (Domínguez Monedero 2001: 61-95; *id.* 2006: 311-312; Pomeroy *et alii* 2012: 107-108 y 113-115). Estas polis nos han servido de laboratorio sobre el que llevar a cabo investigaciones sociológicas gracias a la buena disposición de niveles estratigráficos en una serie de necrópolis donde podemos observar la evolución general del patrón funerario. *Ca.* 775 a. C., casi todos los enterramientos ya se hacen extramuros de las rudimentarias urbes y en poco tiempo la cantidad de ajuares ostentosos empieza a disminuir hasta ir alcanzando, la necrópolis en general, un aspecto más extenso, pobre y homogéneo, propio de “ciudadanos” de a pie e iguales. Corinto, Argos y Atenas, entre otros muchos, son ejemplos claros. La

¹¹ El panhelenismo configuraría la formación de una serie de centros de entidad sacra de referencia para todos los habitantes de Grecia, y de cuyos ejemplos destacan los oráculos, o el templo de Zeus de Olimpia, en honor al cual se realizarían a partir del siglo VIII, los juegos olímpicos de participación conjunta entre todas las polis (Pomeroy *et alii* 2012: 107-108).

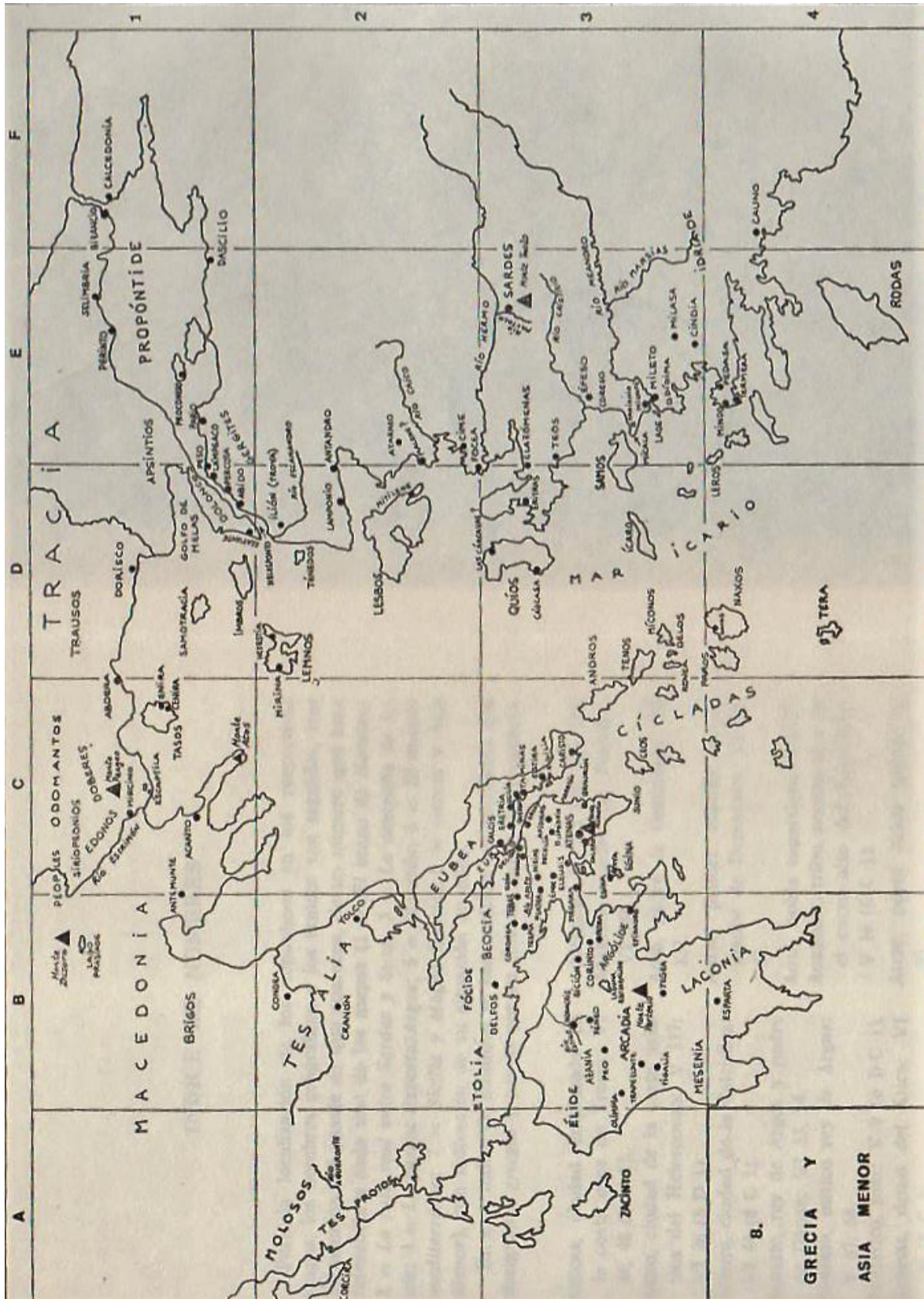
homogeneización del rito funerario era parte de un acto simbólico que adelantaba el sentimiento de comunidad (Morris 1998: 32-37).

Las *polis* fueron objeto de dominio político y gubernamental de la gran aristocracia terrateniente (*basileîs*), que se repartió el ejercicio de las magistraturas entre varios individuos de su clase bajo la reducida soberanía del *basileús* supremo, un *primus inter pares* que gobernaba codo con codo con el consejo de “ancianos” (*boulê*), cuyos miembros eran normalmente procedentes de las magistraturas superiores. La asamblea del resto de ciudadanos en el ágora tenía funciones e influencia política muy reducidas, aunque con el tiempo irá imponiéndose una cierta autoridad a la hora de decidir la política comunitaria. Este proceso de fortalecimiento del *demos* vino acompañado de su participación activa en la guerra mediante la formación de los ejércitos hoplitas, conformados por soldados de infantería pesada dispuestos en una formación de filas apretadas llamada falange. A partir de ahora el ejército hoplita sería el encargado de la supervivencia y emancipación política de la *polis*, a la que sus habitantes quedaban sagradamente vinculados. No obstante, la prioridad de los intereses aristocráticos en la guerra hizo al grueso de la población y los ejércitos hoplitas desencantarse con esta línea política y no esforzarse en absoluto en evitar la promoción de los *týrannoi* (tiranos), llegados al poder mediante golpes de Estado. Los tiranos supieron granjearse en su mayoría el favor del *demos* a partir de políticas sobre la propiedad que recortaban, en parte, la desigualdades y las tensiones sociales. Bajo sus gobiernos, muchas *polis* progresaron hasta alcanzar niveles impensables (Pomeroy *at alii* 2012: 116-118, 132-133 y 136-138). El caso de las tiranías es especialmente importante por ser el contexto en que parece darse un impulso especial al arte en general, incluyendo la poesía épica cantada por rapsodas, sobre todo durante la tiranía de Hiparco en Atenas (siglo VI a. C.). Sobre la existencia de rapsodas en estas fechas las evidencias son pocas y reducidas a ciertas representaciones iconográficas de pintura negra sobre ánforas y crateras de en torno a 540-500 a. C. (Lám. XVIII p. 45). Algunos autores han señalado éste como un ambiente muy propicio para la compilación de diferentes extractos poéticos que habrían de conformar la *Ilíada* y la *Odisea* que han llegado a nosotros (Shapiro 1998).



Lám. XVIII: Figuras negras sobre ánfora panatenaica, con un rapsoda en el centro (ca. 520-500 a. C.). Stadtmuseum, Oldenburg.

Fuente: Shapiro 1998: 100

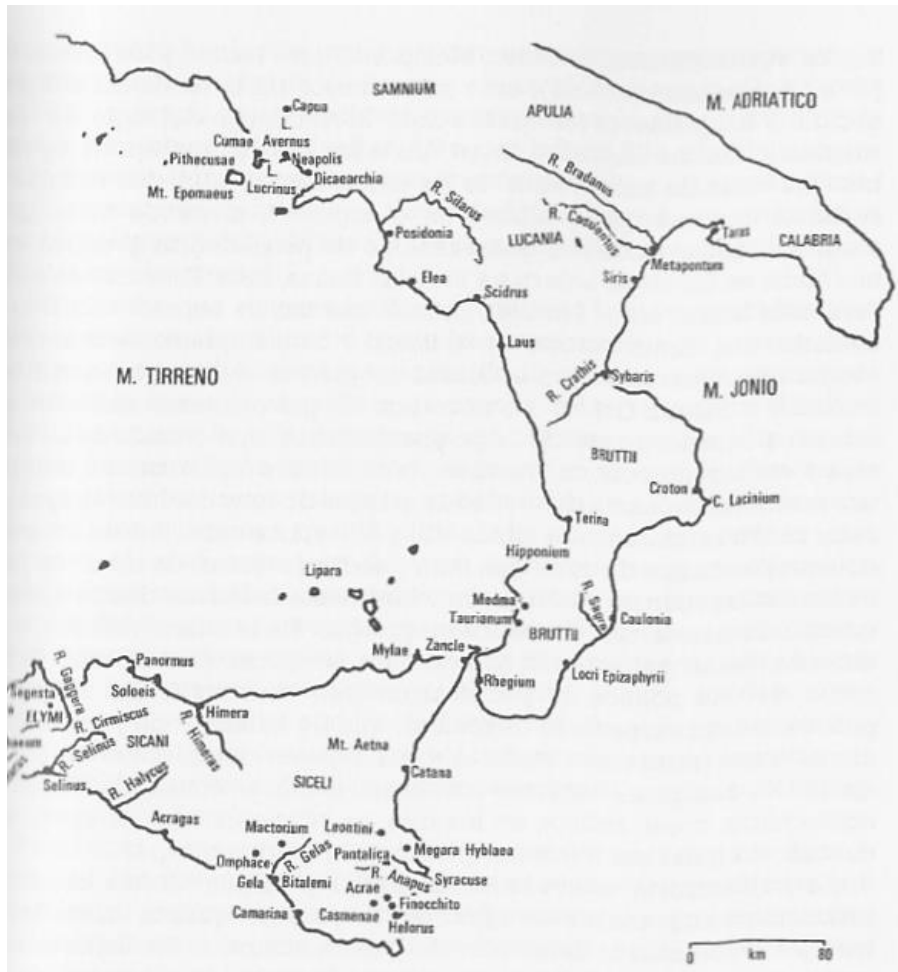


Lám. XIX: Grecia y Asia Menor.

Fuente: Heródoto 1981: 420

2. 2. 2. *La colonización griega*

Proceso de especial importancia en la elaboración de este trabajo, y que no quedó ajeno al de la construcción de la *polis*, es el de la colonización griega (Lám. XX p. 48). Los eubeos, ya participantes en el comercio a grandes distancias, habían desarrollado varios ensayos previos en la misma isla de Eubea, evacuando el antiguo asentamiento de Lefkandi y colonizando, al mismo tiempo, Eretria y Oropo, durante el siglo VIII a. C. Se trata de un proceso migratorio a corta distancia, sincronizado con otro de mayores distancias hacia el mar Tirreno, protagonizado por los mismos eubeos, y que dejó configurada en la actual isla de Ischia, frente a la ensenada de Nápoles, Pithecusa hacia 770 a. C. Esta primera colonia griega tiene una importancia crucial en nuestro trabajo por ser lugar de especial concentración de los epígrafes más antiguos en alfabeto griego. Durante el siglo VIII a. C., no obstante, aún no vemos una organización urbana regular en ningún lugar de Grecia ni en las colonias. En Pithecusa confluyen un tipo de explotación económica comercial y otro artesano de producción metalúrgica, así como agricultor, como nos han demostrado los sondeos arqueológicos, que nos hablan de la convivencia entre campesinos asentados en la tierra, comerciantes y artesanos. Para casos futuros se observó la necesidad de depositar la responsabilidad del éxodo sobre un sujeto en particular, en nombre de la metrópolis originaria, que se llamaría en adelante *oikistés* o fundador. No nos consta en los casos de Pithecusa ni Oropo, pero sí ya en Cumas (Estrabón V 4, 4), o en Naxos y Sicilia (Tucídides VI 3, 1), en la persona de Teocles. Caso paradigmático es el que Tucídides nos cuenta de Arquias, fundador de Siracusa, enviado al exilio por el oráculo de Delfos por haber participado en el asesinato de Acteón, en un acto de purificación bajo la protección de Apolo (Tucídides VI 3, 2). El *oikistés* debía velar, en la fundación de la nueva *polis*, por la igualdad de todos los colonos en condiciones y términos, lo que ha quedado atestiguado por las excavaciones en Mégara Hiblea, Naxos y Siracusa, en Sicilia. Sobre una primera ocupación de viviendas endebles se levanta una serie de calles y ejes principales que delimitan parcelas de igual extensión (Domínguez Monedero 2001: 97-134; *id.* 2006: 311-322; Dougherty 1998: 178-180; Pomeroy *et alii* 2012: 120-124).



Lám. XX: Colonias griegas en Sicilia y la Magna Grecia.

Fuente: Domínguez Monedero 2001: 121

2. 2. 3. Conclusiones

Podemos concluir que, en lo que toca a la Grecia arcaica (siglos VIII-VI a. C.), estamos ante un complejo fenómeno histórico en el que una serie de factores confluyen en la conformación de una sociedad mucho más dinámica que la anterior de la época oscura. El cambio económico hacia una supremacía agraria, el asentamiento en pequeñas aldeas que protagonizarán un proceso de sinecismo y conformación de *polis*, un nuevo colectivo de clase media especializado económicamente, que contaba con comerciantes profesionales y artesanos de las más variadas tareas, así como los tradicionales agricultores y grandes terratenientes aristócratas que se hacen con el poder de las instituciones políticas del nuevo Estado, originan un nuevo contexto en el que las

necesidades prácticas propician el desarrollo de una nueva escritura. El afianzamiento del contacto con los fenicios, ya antiguo, a pesar de la incipiente competencia marítima que con estos se desarrolla, dará pie a la transmisión de las letras *cadmeas* –como las llama Heródoto–. Pero sólo, como vemos, a partir de la presencia de una serie de necesidades concretas, y no antes, a pesar de la ya tradicional existencia del contacto comercio entre fenicios y eubeos.

2. 3. *La musa aprende a escribir*¹²: el origen del alfabeto griego

Y por cierto que, al instalarse en la región que he citado, esos fenicios que llegaron con Cadmo –entre quienes se contaban los Gefireos– introdujeron en Grecia muy diversos conocimientos, entre los que hay que destacar el alfabeto.

(Heródoto V 58, 1)¹³

El origen del alfabeto griego sigue, aún hoy, sujeto a debate y no llegamos a esclarecer del todo el lugar y las fechas exactas. No obstante, podemos hacer una aproximación mediante el descarte de las hipótesis menos fundadas, como el intento ya visto por parte de Bernal de retrotraer la cronología hacia fechas muy tempranas. Lo cierto es que, bajo la luz de las evidencias positivas, a día de hoy no se puede datar más allá de comienzos del siglo VIII a. C., momento en que aparecen los ejemplos más antiguos en Pitecusa.

Las líneas de Heródoto que asignan el protagonismo de la importación del alfabeto fenicio a Cadmo, no son más que un relato mítico cuyos reflejos históricos no podemos terminar de fijar. Lo cierto es que no se han encontrado niveles fenicios en la ciudad de Tebas, en Beocia, y el alfabeto localizado en este lugar parece ser proveniente de Eubea (Jeffery 1963: 5-12).

Se han elaborado diversas hipótesis en torno al foco o focos originarios del alfabeto griego, que en adelante denominaremos hipótesis monogenética y poligenética. No suele dudarse que la “invención” fue propiciada por un griego conocedor de su propia

¹² Principio del título de Havelock 1996.

¹³ Heródoto 1981: 105.

lengua y en estrecho contacto con fenicios, por lo que se suele deducir que el lugar debió ser uno de especial convivencia greco-fenicia. Así, han sido propuestos varios lugares como candidatos. M. Guarducci defiende la isla de Creta como el lugar más idóneo por su mezcla cultural y por la presencia de la pequeña inscripción fenicia en Tekke. Margit Falkner apuesta por Rodas, contando con su posición geográfica y especial vínculo comercial con los fenicios hacia estas fechas, además de contar con ejemplos epigráficos remontables al siglo VIII a. C. Por su parte, R. D. Woodard ha defendido a ultranza el origen del alfabeto en Chipre, isla de especial presencia greco-fenicia y donde no se dejó de aplicar la escritura silábica chipro-minoica adaptada a la lengua fenicia. El autor asocia casos especiales de alteración de formas en el alfabeto griego, que adscriben a una letra un valor de varias consonantes, a la existencia previa de estos valores en el silábico chipriota. No obstante, no han sobrevivido ejemplos alfabéticos en Chipre, donde, además, se sigue practicando la escritura silábica hasta época helenística (siglo III a. C.). El lugar que goza de un mayor consenso dentro del campo científico, y muy defendido por L. Jeffery, es el puerto comercial de Al-Mina, aunque hoy día sólo ha aportado una sola inscripción de cuatro letras, datada hacia 750-690 a. C. (Lám. XXI p. 51). El motivo por el que se ha propuesto esta ciudad es la especial convivencia fenicio-eubea –que ya hemos visto atestiguada desde el siglo IX a. C.– y en el especial protagonismo que se ha querido asignar a los eubeos como especialmente dedicados a la navegación, el comercio y la exportación. No es casualidad que la mitad de los ejemplos de inscripciones más antiguas, dentro del siglo VIII a. C., se encuentren en Pitecusa, Italia, colonia de origen eubeo. Se ha querido trazar, así, una hipotética línea de transmisión Al-Mina-Eubea-Pitecusa, aunque, a mi juicio, dada la especial presencia fenicia también en Pitecusa, nada desmiente una posibilidad que he visto poco reflejada en bibliografía y que concibe Italia, y no Grecia, como el lugar de origen del alfabeto griego. La línea de transmisión que propongo hubiera sido, probablemente, de Occidente a Oriente (Urías Martínez 1999: 33-50; Jeffery 1963: 1-42; Powell 1991: 5-20; Signes Cordoñer 2004: 17-26; Woodard 1997). Si pasamos al campo tipológico de las diferentes variantes regionales del alfabeto, el panorama se complica bastante, por lo que ahora dejaremos el debate hasta centrarnos en esas variantes, que llamaremos alfabetos epicóricos.



Lám. XXI: Fragmento de cerámica ática de estilo Geométrico Tardío procedente de Al-Mina (ca. 760-700 a. C.)

Fuente: Powell 1991: 129

Sobre la cuestión de las fechas, el consenso actual ronda el 800 a. C., a partir de los primeros ejemplos establecidos como *post quem* y un pequeño paréntesis temporal previo donde ubicamos una hipotética fase de aprendizaje. Del primer siglo no tenemos más que unas setenta inscripciones, la mayor parte muy fragmentadas. De ellas, nada más y nada menos que treinta y cinco proceden de Pithecusa. Relativamente lejos de la misma, en el cementerio de Osteria dell’Osa, en el Lacio, se ha encontrado una vasija en un estrato de un enterramiento femenino datado hacia el 770 a. C., que ha elevado algo las fechas (Lám. XXII p. 51 y LVI p. 87). El sentido de la inscripción, no obstante, no está claro; Holloway ha propuesto EYAIN (Ευλι[voς], “quien hila bien”), aunque tal vez no sea más que un nombre griego o etrusco en la línea de otros ejemplos en los que se pretende fijar la propiedad o posesión de las piezas (Signes Cordoñer 2004: 42-50).



Lám. XXII: Inscripción de Osteria dell’Osa (ca. 770 a. C.).

Fuente: Signes Cordoñer 2004: 47

Otro ejemplo temprano en Pithecusa se lee en un pequeño fragmento de ánfora en el que se inscriben dos líneas. La inferior se compone de letras más grandes y de menos habilidad, lo que ha hecho pensar en una posible copia de la superior por un aprendiz, lo que nos habla de una práctica de la escritura y su aprendizaje en Pithecusa (Lám. XXIII p. 52). Pero el caso más completo del que disponemos en esta ciudad es la conocida como copa de Néstor (Lám. XXIV p. 53), también de *ca.* 740 a. C. Se trata de un *skýphos* de estilo Geométrico Tardío importado del sureste egeo, y encontrado en un enterramiento de cremación de la necrópolis del Valle di San Montano. De 10x15 cm, está decorado con fondo negro y paredes rectangulares, con la inscripción a la altura del hombro, siguiendo la dirección de las líneas decorativas, en dirección sinestrosa:

- (1) Νέστορος : ε[ιμ]ι : ευποτ[ον] : ποτ[ο]εριον
- (2) Ηος δ'α<ν> τοδετπεσι : ποτερι[ο] : αυτικα κενόν νει
- (3) Ημερος Ηαιρεσει : καλλιστε[φα]νο : Αφροδιτες

“Yo soy la copa de Néstor, una alegría de la que beber. Quien beba de esta copa, directamente, ese hombre conseguirá el deseo de la bellamente coronada Afrodita”.

La escritura, en eubeo estándar, es única en estas fechas, completamente en sinestrosa y, además, con su métrica marcada a partir de dos puntos verticales que separan las palabras. Parece enmarcarse dentro de un acto de simposio o un acto público (Powell 1991: 163-167).



Lám. XXIII: Inscripción en un fragmento de ánfora. Necrópolis de San Montano, Pithecusa (*ca.* 740 a. C.).

Fuente: Signes Cordoñer 2004: 46



Lám. XXIV: Inscripción en la copa de Néstor, de Pitecusa (ca. 750-700 a. C.).

Fuente: Signes Cordoñer 2004: 46

Fuera del ámbito eubeo, tenemos otro caso particular con características parecidas a la copa de Néstor y de cronología aproximada en Atenas. La conocida como copa de Dipylon, también inscrita con caracteres en sinestrosa a la altura del hombro, fue hallada en 1871 y se presume que formara parte del ajuar de una tumba. De 15x12 cm, actualmente se data hacia 740-730 a. C. y se asigna al maestro Dipylon. Aunque la ausencia de signos de puntuación y algunas fracturas superficiales han dificultado la lectura, Powell lee:

Ἡὸς νῦν ὀρχεστον παντων ἀταλοτατα παίζει το τοδε κ{μ}μ{ν}ν

“El que de los bailarines baila ahora más vivamente, de él su...”.

Se trata de uno de los raros casos en los que la *alfa* está inclinada, como el *aleph* fenicio, así como una *iota* tumbada y una *lambda* con el brazo ganchudo en el vértice. Como en el caso de Néstor, el compositor del hexámetro parece ser un poeta oral con un lenguaje similar al homérico (Powell 1991: 158-163).

Ubicado temporal y especialmente el origen del alfabeto griego, procedemos a continuación con la descripción del fenómeno desde el punto de vista gráfico. Pruebas de la procedencia directa del alfabeto fenicio son, aparte de que los griegos llamaran a su propio sistema *phoinikikà grámmata*, que la base de los nombres de las letras es la misma, así como el orden secuencial del alfabeto. Las formas también son básicamente las mismas, pese alguna reversión o simplificación. La dirección sinestrosa semita, además, fue adoptada en los primeros experimentos, como hemos visto en los casos de Dipylon y Néstor. Los fenicios, como vimos, practicaban el habla de una lengua semita y, por tanto, de raíz consonántica y de características lingüísticas muy diferentes a las del griego, de

familia indoeuropea. Partiendo de esa base, la transmisión de los signos alfabéticos no pudo darse sin una serie de alteraciones de los signos fenicios. Lo que no se ha terminado de determinar es si esas alteraciones ya se encontraban en el alfabeto griego original, en el caso de que hablemos de una monogénesis, o si se fueron produciendo a lo largo del proceso de transmisión. Lo cierto es que, como señala Jeffery, una serie de características generales en todos los alfabetos epicóricos hace pensar en un sistema original “protogriego” que no ha sobrevivido y que resultaría la fuente principal de la que todas las variantes regionales bebiesen. En todos los casos se observa la adopción de las *matres lectionis* fenicias para transcribir las vocales. Éste será un fenómeno de innovación comunicativa sin precedentes, por tratarse, ahora sí, de la sistematización de una serie de signos reproductores de todos los elementos fonéticos del habla sin eludir las vocales, como se hacía en el sistema semita. A partir de la *aleph*, la *he* y la *‘ayin* se desarrollan las formas primitivas de la *alfa*, *épsilon* y *omicron* [A, E, O]. En todos los casos, también se aplica un sistema de dirección múltiple, empezando con una línea sinestrosa y siguiendo con otra dextrorsa¹⁴, y encontramos la duplicación de la semivocal fenicia *waw* en dos formas distintas: una semivocal –*digamma*– y una vocal –*upsilon*–. Pese a parecerse ésta última más a la original fenicia *waw*, será la *digamma* la que ocupe su lugar en el abecedario, dejando *upsilon* en el último lugar. A mí me hace pensar en una aparición posterior, producto del uso. Las formas divergentes del alfabeto fenicio que conocemos provendrían, según ciertos autores, de la existencia de formas cursivas sobre soportes endebles, que resultaron ser la fuente directa de la que bebieran los griegos, y donde tal vez se procediera a una serie de errores arbitrarios por parte de comerciantes desvinculados de la escuela profesional de escribas que daban al sistema un uso meramente práctico. Como argumento principal de un foco monogenético del que se ilustró el resto, Jeffery señala el caso de las sibilantes. El idioma fenicio tenía un uso diversificado de sibilantes que no existía en griego. En realidad, casi todos los fonemas fenicios eran imposibles de aplicar para una garganta educada en los fonemas griegos, y esta sería la explicación de las confusiones entre las sibilantes fenicias *zayin*, *samek*, *sade* y *shin*. Las formas y el orden alfabético se adoptan exactamente igual, pero los valores fonéticos serán completamente distintos y, según Jeffery, confundidos. Si bien de la *zayin* fenicia (/z, s/) surge la *zeta* griega (/dz, zd/), los valores consonánticos no coinciden. Se ha pensado que la fuente fonética de *zeta* fuera, realmente, la *sade* fenicia (/ts/), cuya

¹⁴ Sistema *boustrofedon*.

forma derivó en la *san* griega. Sin embargo, el sonido de esta misma *san* (/s/) se ha asociado a la *zayin* fenicia. Si bien la *samek* fenicia (/s/) fue la fuente gráfica de la *xei* griega (/ks/), vemos que los fonemas aludidos no coinciden de nuevo. De hecho, se ha pensado en que la verdadera letra que bebiera fonéticamente de la *samek* fuera la *sigma* (/s/), cuya forma provendría de la *shin* (/sh/). Ésta última sería, por su parte, la fuente fonética de la *xei* griega (Jeffery 1963: 22-42; Powell 1991: 44-48; Woodard 1997: 136-139).

Letra fenicia	Correspondencia gráfica en griego	Correspondencia fonética en griego
𐤆 <i>zayin</i> : /z s/	Ζ <i>zeta</i> : /dz zd/	Ϻ <i>san</i> : /s/
𐤌 <i>samek</i> : /s/	Ξ <i>xei</i> : /ks/	Ϸ <i>sigma</i> : /s/
𐤑 <i>sade</i> : /ts/	Ϻ <i>san</i> : /s/	Ζ <i>zeta</i> : /dz zd/
𐤔 <i>shin</i> : /sh/	Ϸ <i>sigma</i> : /s/	Ξ <i>xei</i> : /ks/

Tab. 2: Correspondencias gráficas y fonéticas entre las sibilantes fenicias y griegas.

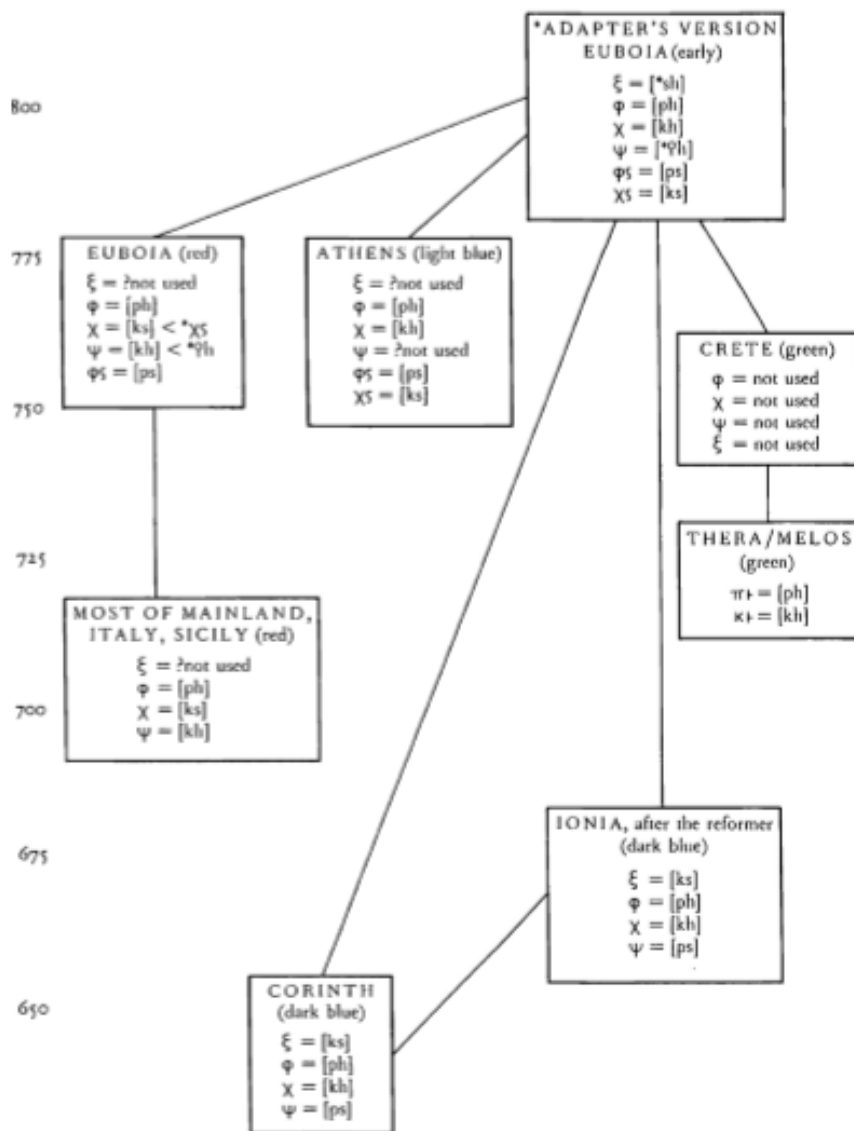
Fuente: Elaboración propia a partir de los datos en Powell 1991: 46-47

Una explicación alternativa, que no observa equivocación alguna en esta correspondencia de signos, mas sí un origen derivado de los usos silábicos en el sistema chipro-minoico, será la que proponga Woodard, que veremos más adelante.

La siguiente característica del alfabeto griego es la presencia de una serie de letras añadidas al original fenicio, llamadas complementarias y de las que, ahora sí, se verá un uso diferido en función del alfabético epicórico en que nos situemos. Las letras son Φ, Χ y Ψ. Estas diferencias han dado lugar a numerosas explicaciones alternativas sobre el proceso de transmisión del alfabeto que se han decantado por un origen poligenético. Desde el estudio sobre estas diferencias realizado por Adolf Kirchhoff (1877), se han tomado como modelo para dividir los alfabetos epicóricos los grupos de colores en que el alemán los catalogó. Los dos grupos básicos serían el Occidental –o rojo– y el Oriental –o azul–, éste último dividido entre azul claro y oscuro (Lám. XXVI p. 58). La diferencia entre el azul oscuro y claro radicaría en que en uno se usará Ψ para /ps/ y en el otro, para el mismo sonido, ΦΣ. Del mismo modo, mientras uno usa Ξ para /ks/, el otro vuelve a

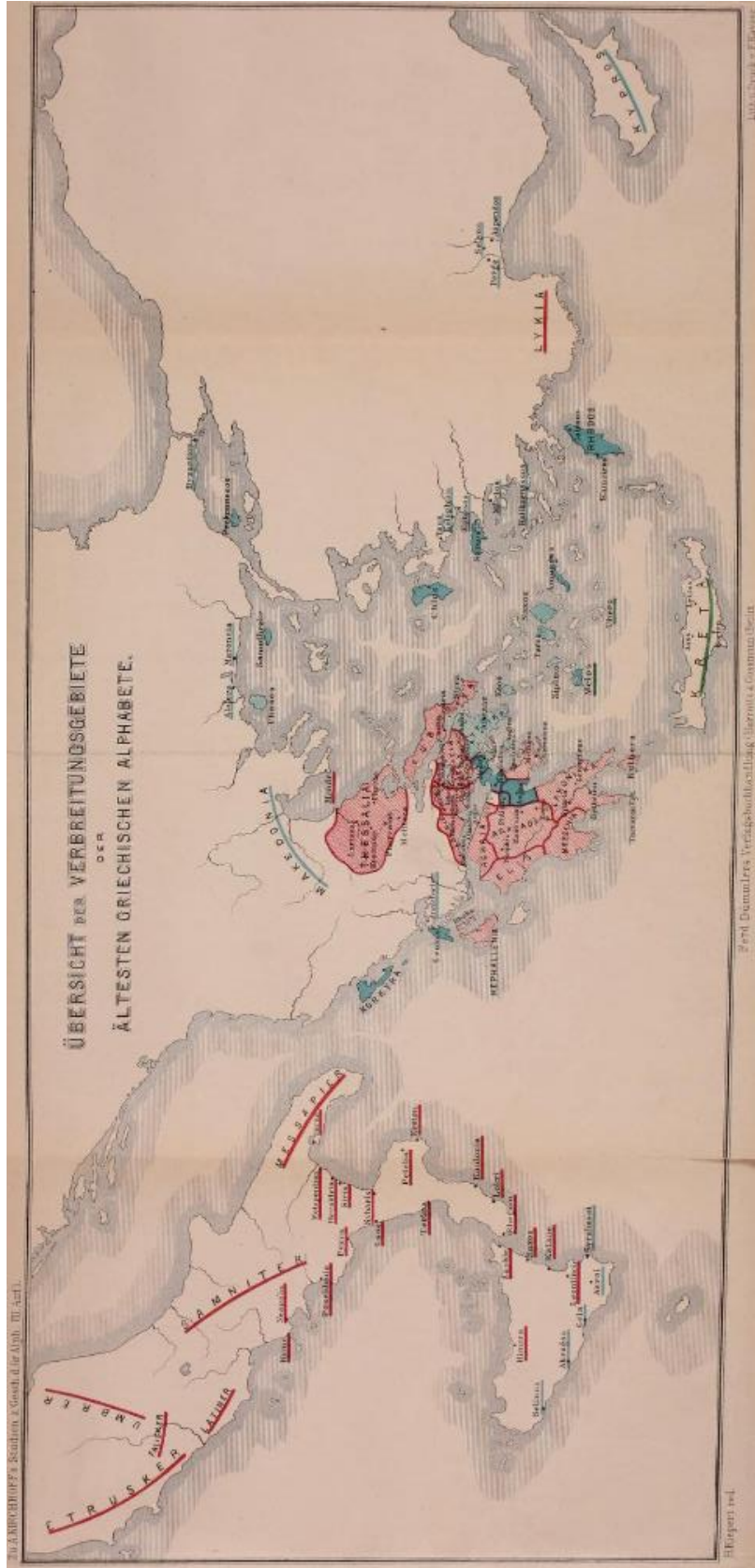
optar por dos consonantes: ΚΣ. Claro y oscuro sí están de acuerdo en el uso de la X como /kh/.

En ambos bloques principales, rojo y azul, se usa Φ para /ph/. En el grupo rojo, sin embargo, la X transcribe el sonido /ks/, y la Ψ, /kh/, manteniendo en común con el grupo azul claro el uso compuesto de ΦΣ para /ps/. Aparte de estos dos grupos principales, Kirchhoff añadió otro llamado *primitivo*, al que otorgó el color verde. Se trata del grupo de islas dóricas –Creta, Tera y Melos–, cuya similitud en sus signos con las letras fenicias y la antigüedad de sus ejemplos hicieron pensar en esta variante como la original, en tanto también se ausenta en ella el uso de las letras complementarias. Sí se dan otros signos de invención propia, como ΠΜ –aquí, Μ como *san-*: /ps/; ΚΜ: /km/; ΠΗ: /ph/ y ΚΗ: /kh/. No en Creta, donde Κ es usada, además de como /k/, como /kh/, y Π como /p/ y como /ph/. Y es que en el dialecto cretense se perdió el fricativo /h/, con lo que, en este caso, la *eta*, derivada de la *het* fenicia, sólo tendrá un valor puramente vocal, a diferencia del resto de alfabetos griegos, donde también tendrá un valor fricativo como /he/. Las explicaciones que se han dado han sido varias. Jeffery y Powell, contando con los ejemplos de Dipylon y Néstor, han apostado por la llegada a Creta de un alfabeto originario “protogriego” que ya incluía las complementarias y la Ξ –que también falta en el grupo verde–, pero que se optó aquí por usarlo de una manera propia y trasladarlo, así, a las islas adyacentes de forma “amputada”. Woodard, por su parte, apuesta por la existencia del fricativo en el cretense, y que tal vez el alfabeto manipulado fuera el que llegara a la isla desde un principio (Jeffery 1963; Powell 1991: 48-62; Woodard 1997: 139-147).



Lám. XXV: Cuadro tipológico y cronológico propuesto por Powell.

Fuente: Powell 1991: 59



Lám. XXVI: Grupos de alfabetos epicóricos.

Fuente: Kirchoff 1877: 169

Los lugares concretos de los grupos son, pues:

A. Grupo azul oscuro: Corinto, Mégara, Sición, Pilos, Cleonás, Tirinte, Argos, Micenas, Mégara Hiblea, Selinunte; algunas islas jónicas como Ceos; la Dodecápolis jónica y sus colonias, Cnido y Halicarnaso, Eólida, Cálcida, Calcedonia y otras áreas del norte. En Etolia y Siracusa convivieron el alfabeto azul y el rojo.

B. Grupo azul claro: Ática, Egina, Cidonia y algunas islas egeas como Paros, Tasos y Naxos.

C. Grupo rojo: Eubea y sus colonias, Beocia, Tesalia; Fócide, las Lócridas y sus colonias, Acaya, la Argólida oriental, Arcadia, Laconia, Tarento, Mesenia, Ítaca, Cefalonia, Gela, Acragante y Rodas.

D. Grupo verde: Creta, Tera y Melos (Woodard 1997: 141).

Antes de avanzar en el análisis de los diferentes grupos epigráficos, señalaré que la explicación que Woodard ha dado a la presencia de las letras complementarias y todos los casos de consonantes compuestas es el precedente existente en la isla de Chipre y su sistema de escritura silábico, monopolizado por un cuerpo burocrático de escribas encargado de adelantar los avances del alfabeto, aunque sin terminar de interiorizarlo como sí harían las comunidades griegas con las que entraran en contacto (Woodard 2004: 205-245). A mi parecer, mientras sigan ausentándose evidencias positivas de la formación del alfabeto griego en Chipre, esta hipótesis queda invalidada y seguiré coincidiendo con las líneas de Jeffery en torno a Eubea y sus colonias.

No obstante, ahora deberíamos de preguntarnos cuáles fueron los motivos y las necesidades prácticas que llevaron al desarrollo de este sistema alfabético dentro del mundo griego. La interpretación más extendida ha solido asociar el fenómeno al ámbito meramente comercial, y reducido a una serie de registros de transacción. No obstante, la falta de este tipo de registros y, más aún, de los numerales durante los primeros momentos, hace tambalearse esta proposición. Del mismo modo, inscripciones legales relacionadas con el ámbito estatal, realizadas por una escuela de escribas, no aparecen hasta *ca.* 650 a. C., y no se generalizan hasta el siglo VI a. C. Tampoco hay inscripciones funerarias anteriores al siglo VII a. C. Los usos que parecen darse sobre los primeros ejemplos de escritura griega son la señalización nominal de la propiedad o posesión del objeto y la inscripción de hexámetros poéticos, como hemos visto en los casos de Dipylon

y Néstor. No obstante, es una aproximación muy limitada, dado el escaso número de ejemplos al que tenemos acceso. Tampoco debemos obviar que en estos momentos primigenios el alfabeto fuera de dominio universal y no se tratara más que de un adelanto experimental por parte de sectores marginales de la población que lo aplican a unas necesidades algo vanas y poco prácticas, que no trascienden lo simbólico. La sistematización, homogeneización y hegemonía de la escritura irán dando pasos hacia delante con el pasar de los siglos arcaicos hasta desembocar en la compilación por escrito de grandes compilaciones legales de raíz oral y consuetudinaria como en el caso de Solón (Signes Cordoñer 2004: 66-122).

2. 4. Los alfabetos epicóricos

2. 4. 1. *Grupo Verde*

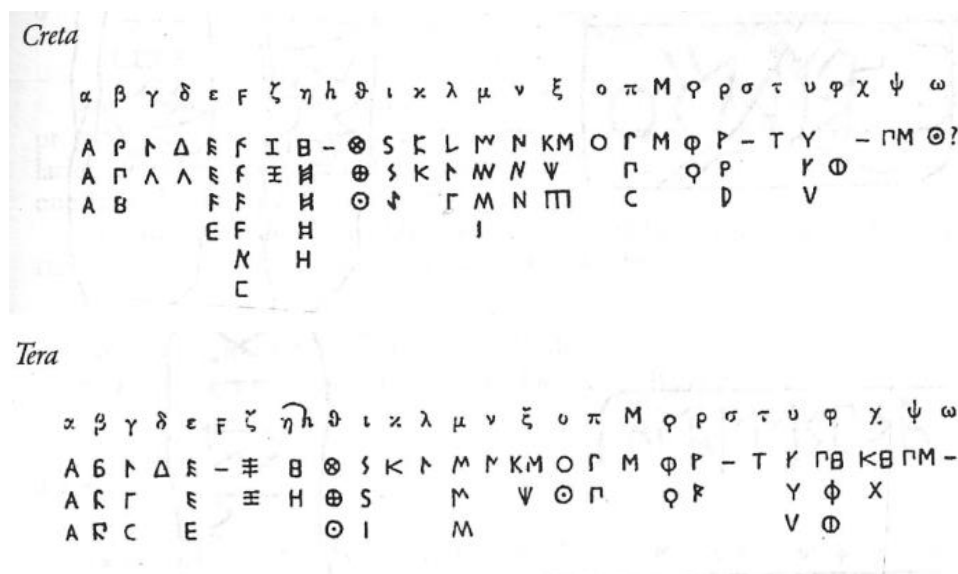


Lám. XXVII: Creta, Melos y Tera.

Fuente: Kirchhoff 1877: 169

Como hemos adelantado más arriba, el grupo verde de los alfabetos epicóricos ha sido tradicionalmente interpretado como el sistema más antiguo por la ausencia de las letras complementarias y el aspecto arcaico de sus signos, que le aproximan a las formas fenicias. No obstante, a partir del siglo VI a. C, tal vez por influencia de las islas Cícladas, en Tera se adoptaron los signos complementarios del grupo azul claro. En esta isla, además de una serie de inscripciones cortas con nombres de dioses y hombres, destacan

escritos sobre roca en los que confluyen temas poéticos en hexámetro en los que la mención de actos homosexuales es continua (Cortés Copete 1999: 51; Powell 1991: 171-180).



Lám. XXVIII: Signos más frecuentes en los alfabetos epicóricos verdes.

Fuente: Cortés Copete 1999: 51

De Tera podemos destacar para el análisis algunas estelas funerarias en las que se graba el nombre del difunto. En los dos ejemplos seleccionados, dos estelas pétreas poco trabajadas procedentes de la necrópolis de Sellada y expuestas en el Museo de Tera, podemos leer: *Ἡάδιμα* y *Ετεόκληια* -*Eadima* y *Eteokleia*-. En la acrópolis de Tera, de finales del siglo VIII a. C. e inicios del VII a. C., se hallaron otros dos ejemplos de escritura corta referentes a divinidades: *Ζεός* y *Βορειαός* -*Zeus* y *Boreaios*-, una dextrosa y otra sinestrosa (Cortés Copete 1999: 51-53).



Lám. XXIX: Inscripciones votivas en la acrópolis de Tera (finales del siglo VIII-inicios del VII a. C.).

Fuente: Cortés Copete 1999: 53



Lám. XXX: Estelas sepulcrales procedentes de la necrópolis de Sellada (siglo VII a. C.). Museo de Tera.

Fuente: Cortés Copete 1999: 52

2. 4. 2. Grupos rojos



Lám. XXXI: Grupos epicóricos rojos.

Fuente: Kirchhorff 1877: 169

Como hemos anotado más arriba, los grupos rojos u occidentales se determinan por dar a Φ un valor de /ph/, a Ψ un valor de /kh/ y a X un valor de /ks/, así como por optar por un compuesto de consonantes para el valor /ps/ con ΠΣ. Dentro del bloque

observamos que se incluye el alfabeto eubeo, por lo que, a mi parecer, es este sistema el más indicado para ser concebido como el más primigenio y ortodoxo con respecto al hipotético original. Tanto en Eubea como en Pitecusa han sobrevivido numerosos ejemplos remontables al siglo VIII a. C., la mayor parte de los cuales son pequeños fragmentos de cerámica en los que se inscriben nombres o partes de ellos. De Eretria proceden, entre otros muchos, estos tres ejemplos:

En dirección sinestrosa: Αισχρη[ού?]

Otro es aquel donde Powell pretende transcribir Σαμ[ος? o ιος?] en el caso de ser sinestrosa, o [- -]μας si se lee en dextrorsa. Lo cierto es que, realmente, no se lee más que [---]Σα[---] o [---]Ας[---]. Ignoramos si se trata de parte de un nombre, aunque es lo más probable.

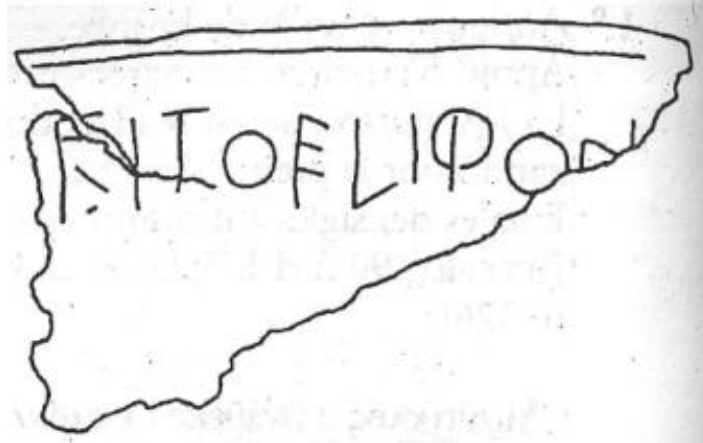
Del otro caso tampoco queda clara la dirección de lectura, por lo que, siguiendo a Powell, podemos leer, bien [---]Σα[---] o [---]αμ[---], pues tampoco está claro que la letra que observamos parcialmente sea una *sigma* o una *mu* (Powell 1991: 123-124).



Lám. XXXII: Fragmentos de cerámica procedentes de Eretria (siglo VIII a. C.).

Fuente: Powell 1991: 123-124

De fechas más tardías, podemos destacar dos fragmentos de piedra procedentes de Eretria que formaban parte de un bloque mayor perdido, y en los que se producen cuatro inscripciones de fechas y manos distintas, y de las que aquí aportamos una, de mediados del siglo VI a. C.



Lám. XXXIII: Bloque de piedra inscrito procedente de Eretria (siglo VI a. C.).

Fuente: Cortés Copete 1999: 63

Contando con la presencia de la antigua *qoppa* (ϙ) podemos leer: [Ἡιαρόν ἐ]μι τό Ελιφόνιο: “Estoy consagrado a Heliconio” (Cortés Copete 1999: 61-62).

De la colonia eubea de Pithecusa tenemos fragmentos tan arcaicos y fragmentarios que, en principio, no parecen mostrar diferencias con las formas fenicias. El ejemplo siguiente, con una *alfa* inclinada, puede leerse hacia ambos lados, como los casos que acabamos de ver, cambiando, así, el valor de la letra que acompaña a la *alfa*: [---]πα[---] o [---]αλ[---]. Incluso, en fenicio, podría ser [---]ʿl[---] (Powell 1991: 124-125).



Lám. XXXIV: Fragmento de cerámica procedente de Pithecusa (ca. 710 a. C.).

Fuente: Powell 1991: 125

La inscripción más larga sobre fragmento cerámico de Pithecusa sin signos de puntuación y en dirección sinestrosa, también el primero hecho en grafito y perteneciente a una crátera de estilo Geométrico Tardío, se transcribe: [---]ινοσμεποιεσε. Powell ha querido leer: ινοσ μ’ εποιεσε: “[...]inos me hizo” (Powell 1991: 127-128).



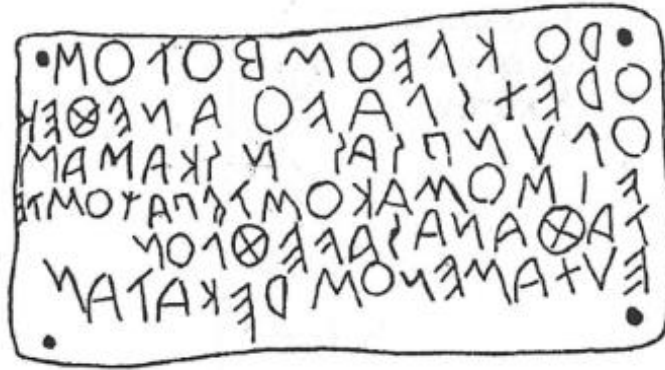
Lám. XXXV: Fragmento de crátera de estilo Geométrico Tardío procedente de Pithecusa.

Fuente: Powell 1991: 128

De la región de Acaya no nos han quedado muchos ejemplos, pero sí de las colonias italianas originarias de esta región, como Síbaris, Crotona, Metaponto y Posidonia. En Síbaris contamos con una tabla de bronce procedente de las ruinas de un santuario fechable hacia finales del siglo VII a. C. e inicios del VI a. C, escrita en dirección sinestrosa. Como característica especial, vemos que incluye la letra *digamma* (Ϝ), de valor semivocálico /w/. En ella podemos leer:

- (1) Δο. Κλεόμβοτος
- (2) ὁ Δεξιλάφο άώέθεκ'
- (3) Ὀλιμπίαι νικάσας
- (4) Ϝίσομ μακος τε πάχος τε
- (5) ταθάναι άρέθλον
- (6) εύξάμενος δεκάταν

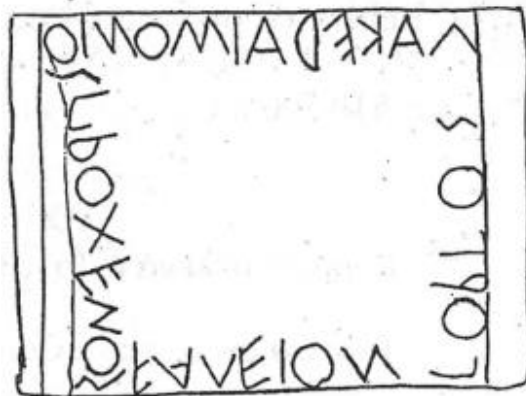
“Do. Cleómboto, hijo de Dexilao, lo dedicó habiendo vencido en Olimpia en una competición de igual tamaño y grosor, tras haber hecho voto a Atenea del diezmo” (Cortés Copete 1999: 54-55).



Lám. XXXVI: Tabla de bronce de Síbaris (siglos VII-VI a. C.).

Fuente: Cortés Copete 1999: 55

En la región laconia se contaba con un único alfabeto producto de la hegemonía política de Esparta, que, además, se fue extendiendo sobre áreas próximas, como Olimpia o Mesenia, entre otras. De Olimpia contamos con uno de los pocos ejemplos de este grupo alfabético, inscrito en los márgenes de un asiento de mármol y datado *ca.* 600-550 a. C.



Lám. XXXVII: Inscripción laconia en un asiento de mármol de Olimpia (siglo VI a. C.).

Fuente: Cortés Copete 1999: 58

En el mismo podemos leer, en dirección sinestrosa: Γοργός Λακεδαιμόνιος πρόξενος φαλείων: “Gorgos, lacedemonio, próxeno de los eleos” (Cortés Copete 1999: 56-58).

Caso inusual es el de la isla de Rodas, cuya posición geográfica la hace ser uno de los principales lugares de recepción fenicia y, además, uno de los principales candidatos de la hipotética gestación original del alfabeto. Su alfabeto, en principio, pertenece al grupo rojo, aunque a finales del período estudiado la influencia jonia se dejó notar, pues

se importó el uso de Ξ y Ω ¹⁵. Además, en esta isla contamos con ejemplos epigráficos remontables al siglo VIII a. C., como un fragmento de copa de estilo subgeométrico, localizado en el Museo Nacional de Copenhague. Presenta la peculiaridad de una X con el valor del grupo azul oscuro y la presencia de una Ξ muy adelantada a la influencia jonia.



Lám. XXXVIII: Fragmento de copa de estilo subgeométrico procedente de Rodas (siglo VIII a. C.). Museo Nacional de Copenhague.

Fuente: Cortés Copete 1999: 68

En el fragmento podemos leer: $\varphi\varrho\alpha\varrho\omicron \epsilon\mu\acute{\iota} \varphi\acute{\upsilon}\lambda\iota\chi\tau$ [---]: “Soy la *kýlix* de Córacos” (Cortés Copete 1999: 68-69).

2. 4. 3. Grupo azul oscuro



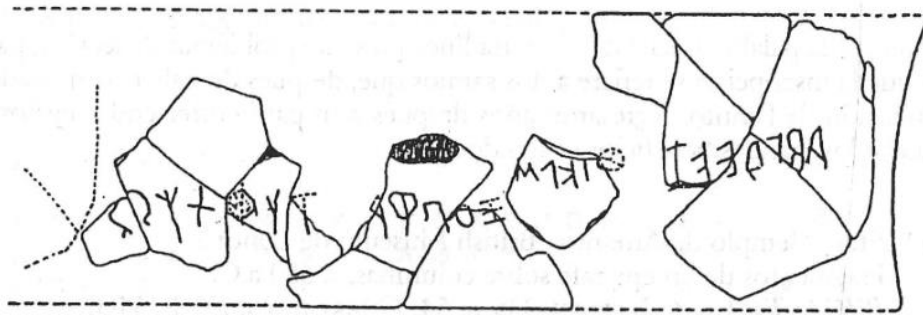
Lám. XXXIX: Grupo epicórico azul oscuro.

Fuente: Kirchhoff 1877: 169

Del grupo azul oscuro destacan las doce ciudades jónicas de la costa anatolia, convertidas en el centro cultural de la Grecia arcaica y donde se dio una familiarización

¹⁵ La *omega* fue un producto tardío surgido de la *omicron* para designar una vocal larga, mediante una apertura hacia abajo de la forma cerrada redonda (Jeffery 1963: 37-38).

temprana con la escritura. La variante aquí formada será la que, a partir del siglo V a. C., Atenas adoptará y expandirá a lo largo del mundo griego para convertirla en el alfabeto griego por antonomasia. Es el alfabeto que ha llegado a nosotros, con el valor de las letras complementarias que conocemos y la incorporación de la *omega* para designar una /o/ larga. De la primera mitad del siglo VII a. C. tenemos el primer ejemplo jonio de serie alfabética inscrita en dirección sinestrosa contando con la presencia de la *digamma* y la *omega*. La inscripción se encuentra sobre una serie de fragmentos de un vaso pequeño procedente de la ciudad de Samos.



Lám. XL: Fragmentos de vaso con serie alfabética inscrita. Samos (ca. 660 a. C.).

Fuente: Cortés Copete 1999: 69

A este grupo epicórico, curiosamente, también pertenecen las regiones de Corinto y la Argólida, en la Grecia continental. El de Corinto será objeto de la influencia ejercida por los alfabetos epicóricos verdes –*beta* abierta, *iota* de tres o cuatro trazos y el uso de la *san*–, aunque el uso de las letras complementarias sea propio del grupo azul oscuro. En poco tiempo, este sistema fue exportado a sus colonias occidentales, concentradas en Sicilia. En el templo de Apolo, en Corinto, contamos con un vaso votivo de 6 cm de alto y datado hacia 580 a. C. En él se aplica una decoración de figuras negras y una inscripción en *boustrofedon* bordeando los contornos de las figuras. Éstas representan una serie de bailarines o coristas y un músico.

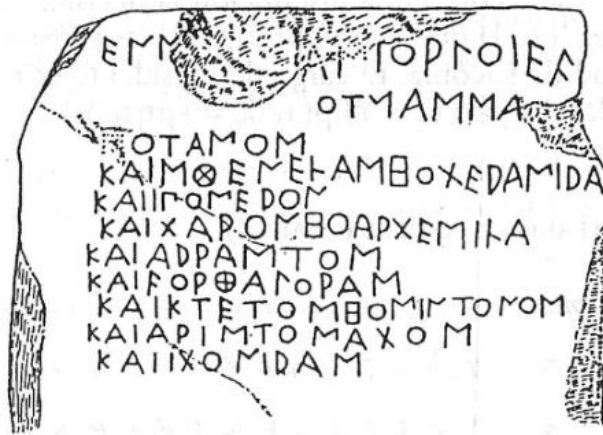


Lám. XLI: Inscripción sobre un vaso votivo en el templo de Apolo. Corintos (580 a. C.).

Fuente: Cortés Copete 1999: 72

En la inscripción podemos leer: Πολύτερπος πυρρίας προχορευόμενος αὐτο δέ φοι
 ὄλπα: “Políteρpos. Purias, director del coro, suya es la olpa” (Cortés Copete 1999: 72).

En el caso de Argos, hay muchas similitudes con Corinto, aunque bajo una cierta influencia de las formas arcadias y laonias –*beta* abierta, *delta* redonda, entre otras–. Procedente de la acrópolis de Argos, se encontró en los muros de la fortaleza veneciana una estela en la que se grababan los nombres de los demiurgos que gobernaron un año incierto de inicios del siglo VI a. C.



Lám. XLII: Estela pétrea procedente de la acrópolis de Argos, con la lista de nueve demiurgos (inicios del siglo VI a. C.).

Fuente: Cortés Copete 1999: 75

Podemos leer en la misma:

- (1) ἐν[εφα δ]αμιοργοί ἐφ-
- (2) [αν]άσαντο
- (3) Πόταμος

- (4) καί Σθενέλας ηόχεδαμίδα
- (5) καί χαρον ηο Αρχεσίλα
- (6) καί Αδραστος
- (7) καί φορθαγόρας
- (8) καί κτετος ηο μιντονος
- (9) καί Αριστόμαχος
- (10) καί Ιχονίδας

“Nueve demiurgos gobernaron: Potamos, Estenelas Hocedamida, Caronte hijo de Arquesilas, Adrasto, Ortágora, Kteto hijo de Mintono, Aristómaco e Icónidas” (Cortés Copete 1999: 75).

2. 4. 4. Grupo azul claro



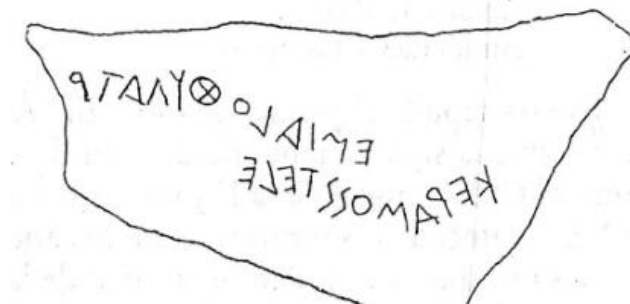
Lám. XLIII: Alfabetos epicóricos del grupo azul claro.

Fuente: Kirchhoff 1877: 169

Atenas es, junto a Pitecusa, uno de los principales centros en los que nos ha quedado el mayor número de epígrafes de época arcaica. En su sistema es posible observar la influencia conjunta de Eubea, Egina y Mileto. De los signos complementarios destaca que para /ps/ y /ks/ se utilicen ΦΣ y ΚΣ, mientras se mantiene el uso natural de Φ y Χ, y la sibilante más habitual es la *sigma*, no la *san*.

Ya hemos comentado más arriba el caso del *oinochoe* de Dipylon, encuadrable en el siglo VIII a. C. Pese a encontrarse en la ciudad de Atenas, los rasgos arcaicos con que fue

realizada la inscripción –*iota* de varios trazos, *lambda* con el ángulo arriba y *alfa* inclinada– hacen pensar en su formación fuera del lugar, o a manos de un oriental. De aproximadamente cien años después del *oinochos* de Dipylon contamos con la Estela de Cerano, encontrada junto a la puerta de Adriano. Se trata de un tipo de estela muy común en el mundo funerario de entonces, con o sin inscripción.



Lám. XLIV: Estela de Cerano (ca. 625-600 a. C.).

Fuente: Cortés y Copete 1999: 77

En la misma podemos leer:

- (1) Ενιαλο θυγατρ[ός]
- (2) Κεραμος στέλε

“Estela de Ceramo, hija de Enialo” (Cortés Copete 1999: 76-78).

Otro ejemplo de la misma ciudad algo más tardío –mediados del siglo VI a. C.– y de carácter más burocrático y religioso es una tablilla de bronce encontrada en la acrópolis con cuatro agujeros para clavarse en la pared. Es el primer ejemplo ático con escritura completamente progresiva, aunque la *sigma* mantiene un sentido contrario, y es uno de los últimos en que encontramos el uso de la *qoppa*. Su lado derecho está algo dañado, pero podemos leer, siguiendo a Cortés Copete:



Lám. XLV: Tablilla de bronce de la acrópolis de Atenas (siglo VI a. C.).

Fuente: Cortés Copete 1999: 78

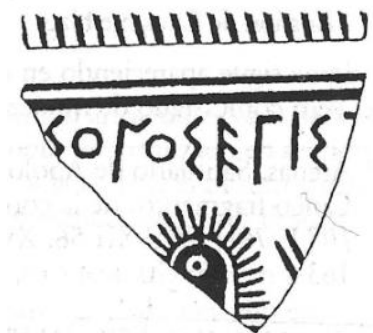
- (1) Ηοι ταμίαι : τάδε χαλκία : [- -χ]-
- (2) συνλέχσαντες : Διος κρατερ[οφρονη ρόπει - -]
- (3) Άναχσίον : καί ευδίφος καί Σ[- -]
- (4) καί Άνδοκίδες : καί Λυσίμαχ[ος- -]

“Los tesoreros estos bronceos [...] habiéndolos recontado, a la valiente hija de Zeus Anaxion, Eudicos, S[...], Andócides y Lisímaco [...]” (Cortés Copete 1999: 76-78).

A pesar de que el dialecto de la isla de Egina era el dorio y de que está especialmente cerca del Peloponeso, el alfabeto que adopta es el oriental, tal vez a causa del estrecho vínculo comercial con las ciudades jonias y el Ática. De esta última, sólo le diferencian la forma de la *gamma* y la *lambda*. Esta isla nos ha aportado algunos ejemplos verdaderamente arcaicos remontables al siglo VIII a. C., como un fragmento cerámico de un recipiente votivo de estilo geométrico tardío (ca. 720-700 a. C.) encontrada en el santuario de Apolo. Es el ejemplo más antiguo de Egina y el primero pintado de Grecia. La transcripción hecha por Jeffery, encontrada en el manual de Cortés Copete, resulta así:

[- - Αὐ]σονος Ἐπιστ[αμὸν ἀνέθεκε], aunque realmente no vemos más que: [- -]σονος Ἐπιστ[- -] (Cortés Copete 1999: 80).

De las islas Cícladas destacan Naxos y Paros, que durante todo el período arcaico mantuvieron una intensa rivalidad por el dominio de Delos. Cada isla desarrolló su propio alfabeto, que exportó a sus respectivas colonias. La principal característica de Paros será el uso de la *omega* para una /o/ corta y el diptongo /ou/, y la *omicron* para una /o/ larga.



Lám. XLVI: Fragmento de cerámica pintado procedente del santuario de Apolo, Egina (ca.720-700).

Fuente: Cortés Copete 1999: 80

Naxos



Lám. XLVII: Rasgos más habituales en el alfabeto epicórico de Naxos.

Fuente: Cortés Copete 1999: 81

2. 5. *Así celebraron los funerales de Héctor, domador de caballos*¹⁶: Los funerales de la oralidad griega en la prosa de Heródoto y Platón

Concluyendo, vistas las observaciones sobre la Grecia de época oscura y arcaica, la colonización y los diferentes grupos epicóricos del alfabeto primigenio griego, las principales líneas explicativas que yo propongo son las siguientes:

El alfabeto griego se origina en un sistema original protogriego formado en uno o varios lugares a la vez dentro del ámbito de redes comerciales de tráfico controlado por eubeos y fenicios, y con un diferente peso en cada uno de estos lugares. Si bien podemos contar con la posibilidad de un sistema más primitivo aún, remontable al siglo IX a. C. y realizado sobre soportes perecederos, mantengo que mientras no haya evidencias positivas no podemos respaldarlo, aunque, dado el especial vínculo eubeo-fenicio remontable al siglo X a. C., es una hipótesis muy tentadora que puede seguir abierta y, desde luego, no pretendo rechazarla del todo. No obstante, me ciño a que, contando con el peso de los números epigráficos más arcaicos, los principales centros donde parece formarse el alfabeto son Eubea y Pitecusa, y en especial esta última, no antes del siglo VIII a. C. Hablamos de un contexto arqueológico en el que convive una pequeña población campesina huida de la tensión social creada en su tierra de origen con artesanos dedicados a la metalurgia del hierro y la producción alfarera, como han demostrado los sondeos arqueológicos, y con mercaderes que interactúan con fenicios. La práctica de la escritura y la enseñanza de la misma son palpables en algunos de los ejemplos epigráficos sobre soportes de cerámica. El uso que parece darse en este contexto es, así, uno marginal

¹⁶ Últimas palabras de la *Iliada* XIV 805 (Homero 2010: 687).

y de experimentación minoritaria por parte de un grupo de alfareros y, tal vez, comerciantes que pretendían asignarse la propiedad de los objetos o la autoría de su creación, buscando meramente reconocimiento social a su labor. No es un uso centrado en las operaciones comerciales el que tenemos en mano, así como tampoco los ejemplos tempranos de la copa de Néstor y la *oinochóe* de Dipylon. Estas inscripciones de hexámetros poéticos que parecen evocar un ambiente lúdico y de diversión en un simposio de carácter aristocrático y similar a los que observamos en los cantos homéricos, refuerzan más el carácter meramente simbólico con el que inicialmente se procede al uso del alfabeto en el ámbito griego. No hay cuerpo sacerdotal ni burocrático que adopte su uso, vistas sus posibilidades, hasta bien entrado el período. Ejemplos de estos avances tímidos en el cuerpo sacerdotal y burocrático, éste perteneciente a las rudimentarias magistraturas desarrolladas en las *polis*, pueden ser las diversas tablas bronceas y demás inscripciones sobre exvotos en contexto religioso, así como el asiento de mármol reservado al próxeno de los eleos. Tampoco podemos olvidar que, aunque no nos han quedado vestigios del mismo, es hacia el siglo VI a. C. cuando se datan las leyes de Solón en Atenas¹⁷.

Parece ser que el alfabeto, desde sus inicios experimentales en los que se observa una falta ingente de homogeneización y profesionalización de su práctica, va avanzando hacia una paulatina uniformidad y claridad, sobre todo en las ciudades del Dodecaneso jonio. En ciudades como Mileto el uso del alfabeto se ha extendido tanto que surgen cuerpos extensos y maduros del mismo en los que la escritura de hexámetros, de raíz oral, da paso a la prosa de Tales y Heródoto, en la que se abandona la necesidad rítmica de la poesía. Como sugiere Havelock, esta tradición poética oral, en un ambiente iletrado sólo podía conservarse mediante el uso de la memoria ayudándose de diversas fórmulas y estructuras rítmicas que observamos en los cantos homéricos (Havelock 1996). No obstante, la concienciación para con la funcionalidad del alfabeto y la posibilidad de registrar las ideas en un soporte sin necesitar memorizar las oraciones dio paso a la composición de estructuras literarias más extensas que reservaba más energías psíquicas a la reflexión teórica, y no al continuo ejercicio de la memoria. No obstante, gracias a la voluntad por parte de ciertos círculos vinculados a las tiranías de compilar y escribir los

¹⁷ En ellas que se procede a una compilación de leyes y normas consuetudinarias de tradición oral (*eunomía*) junto a otras que venían a recortar los excesos de poder de la aristocracia para con el campesinado endeudado y, así, esclavizado. Estamos en un contexto avanzado en el que el empoderamiento del *demos* consigue en estos momentos la igualdad de todos los ciudadanos ante la ley (*isonomía*) como precedente de la revolución democrática de Clístenes de 508-507 a. C. (Szedy-Maszak 1998 y Ober 1998).

cantos orales recitados por los rapsodas y cuya antigüedad no podemos fijar con exactitud, quedó fijada en alfabeto la oralidad de los cantos de Homero y Hesíodo. Es así, como vemos, que el alfabeto resulta ser una revolución comunicativa y, además, de pensamiento. La alfabetización de éste determina las estructuras y relaciones lógicas insertas dentro de las normas sintácticas y abre el intelecto al mundo de la teorización hasta unos alcances a los que la tradición oral no puede esperar. Fue con estas bases con las que surgieron los primeros titubeos de filosofía en las ciudades jónicas, que dieron paso a la conformación del pensamiento legado por Sócrates, Platón y Aristóteles, principales pilares del pensamiento filosófico occidental.

3. El alfabeto en el Mediterráneo central: escrituras etrusca y latina

La presencia del alfabeto griego en la Magna Grecia tendrá como resultado la apropiación del sistema por las sociedades autóctonas de la península itálica, como ya vimos en el fragmento cerámico inscrito de la necrópolis de Osteria dell'Osa, hasta desembocar en la formulación de sistemas propios directamente derivados del eubeo. De ellos, centraremos nuestra atención en el etrusco y el latino, este último con el que se escribe aquí. Como se ha venido haciendo en los apartados anteriores para comprender el fenómeno de forma íntegra, entendemos que no puede terminarse de explicarse la aparición de estos alfabetos sin atender a las particularidades de las sociedades nativas y sus relaciones con los pueblos colonos y comerciantes. Para ello debemos insertarnos en los precedentes del Bronce final en que se configuran las culturas nurágica en Cerdeña y villanoviana en la zona etrusca, al calor de un cierto contacto con navegantes chipriotas y fenicios que transmiten nuevas técnicas e innovaciones económicas –introducción de utilería agrícola y metalurgia del hierro–, así como diversos ítems de estilo oriental que vinieron a allanar el camino para la posterior presencia tiria, eubea y corintia en el mar tirrénico a partir del siglo VIII a. C. La previa evolución social de las sociedades en Cerdeña e Italia hacia formas de organización protoestatal será clave para, una vez introducida la presencia colonial greco-fenicia, se haga uso del alfabeto, vistas sus posibilidades comunicativas y de control social.

3. 1. Las sociedades del Mediterráneo central y la presencia chipro-fenicia durante el Bronce Final

La actividad marítima y comercial del Mediterráneo oriental, protagonizada por intermediarios chipriotas, ya alcanzaba el central de forma regular durante la época micénica, con especial relevancia en Cerdeña, sobre todo en centros donde posteriormente se asentarán las colonias fenicias y griegas –cerámica micénica en Ischia, golfo de Nápoles y Cerdeña– (Lám. XLIX p. 81) (Botto 2008, Ruiz-Gálvez 2013: 179-181). A partir de estos contactos y los posteriores de origen chipriota, en la isla de Cerdeña se configura una sociedad compleja, organizada y jerárquica que será capaz de canalizar por su cuenta sus propios productos al mercado mediterráneo y hacerlos aparecer en las

colonias fenicias y en Etruria. En la Italia peninsular, en las regiones de Umbria y Toscana, florecerá por su lado lo que conocemos como cultura villanoviana, la cual abarcará cronológicamente una gran extensión de tiempo, desde el Bronce final, el tránsito hacia la primera edad del Hierro, el inicio de ésta y la transición hacia el periodo Orientalizante. Los trabajos realizados sobre el C₁₄ de algunos yacimientos de zona y fase Lacial –ésta paralela a la villanoviana en el Lacio–, basados en amplias series de dataciones radiocarbónicas acompañadas de calibración dendrocronológica, han establecido tres fases cronológicas diferenciadas:

- Fase Lacial I / Protovillanoviano: *ca.* 1100-950 cal a. C.
- Fase Lacial II / Villanoviano: *ca.* 950-825 cal a. C. –fase de comercio chipro-fenicio–.
- Fase Lacial III / Villanoviano II: *ca.* 825-750 cal a. C. –fase de arribada de material eubeo y fenicio–.

Durante la época Protovillanoviana comenzó a darse un paulatino cambio en el patrón de asentamiento hacia el interior en posiciones en altura y defensivas. Conocidos más de setenta hábitats, algunos con más de 5 ha –como Vetulonia o Populonia–, se observa en ellos un crecimiento demográfico y una explotación agrícola más intensiva de estos fértiles suelos de origen volcánico. Conocemos de esta fase mucho más las necrópolis que los centros de habitación, ya que aún permanecen en su mayoría sin excavar. En estas necrópolis prepondera el rito de la incineración y no se presenta más que un reducido número de tumbas, lo que nos señala un acceso social restringido al rito funerario. Se utiliza como recipiente habitual una urna sencilla cubierta con un cuenco y acompañada de ajuares sencillos cuando éstos existen. A partir de la transición entre las fases Protovillanoviana y Villanoviana (siglo X a. C.) se multiplica la presencia de urnas con forma de cabaña, mientras que las pequeñas aldeas diseminadas por el territorio comienzan a desarrollar un proceso de sinecismo que desembocará en el nacimiento de las futuras ciudades etruscas –Vetulonia, Populonia, Tarquinia, Vulci, Veyes, etc.–, y en cuya periferia se presentan las necrópolis. En un periodo avanzado del Villanoviano ya es perceptible la concentración de poder en una clase aristocrática a partir del avance de sistemas clientelares y de sumisión que determinó la propiedad de la tierra, germen de la aparición del espacio urbano. Es perceptible este proceso sobre todo en las necrópolis, las cuales se agrupan en torno a tumbas centrales principales de mayores dimensiones, mayor antigüedad y riqueza, que ya presentan simbología aristocrática en torno al guerrero de

estilo homérico y múltiples objetos relacionados con él –armas, copas etc.–, incluyendo las cenizas envueltas en un rico paño de lino –exactamente como pudimos observar en el *heroon* de Lefkandi (Eubea)– (Ruiz-Gálvez 2013: 183-187 y 222-226). El desarrollo es similar en la zona del Lacio, con una serie de centros habitacionales sobre el sustrato volcánico de los *Colli Albani* entre los que destaca la misma Roma, que ya cuenta con huellas de ocupación habitacional durante el Bronce final –Fase Lacial I– en la zona del Foro, el Palatino y el Capitolio. Se repite aquí el patrón funerario de la zona villanoviana, que a partir del Lacial II contará con casas-urna, algunas de calidad realista excepcional. Durante estas fases cronológicas avanza paulatinamente un proceso de sinecismo y urbanización en las ciudades del Lacio que hace extender el suelo urbanizado de Roma y Veyes gracias a su posición en torno al Tíber. En la cercana necrópolis de Osteria dell’Osa, o en la de Castiglione, durante el Lacial II se pasa de un pequeño grupo de tumbas aisladas a auténticas necrópolis inclusivas de todos los miembros de la sociedad, para deparar, en el Lacial III, a causa de la evolución socioeconómica al calor de la presencia greco-fenicia, en la formación de un sistema gentilicio-clientelar que diferenciará a los distintos linajes articulados en torno a aristócratas de carácter guerrero que encontramos en la posición principal de las necrópolis. De los siglos IX-VIII a. C. tenemos cierta información habitacional útil de Fidene para apoyar esta hipótesis sociológica. En ella contamos con un almacén de tres grandes *dolia* que exceden las necesidades de almacenamiento para una familia reducida y nuclear, lo que Ruiz-Gálvez interpreta como señal del avance de familias extensas propias del proceso de clientelismo en torno a grandes linajes, casas y propietarios (Ruiz-Gálvez 2013: 226-229).

Durante todas estas fases posteriores al comercio micénico, y anteriores al horizonte colonizador, se da la presencia de ciertos navegantes de origen chipriota y fenicio que mantienen las rutas ya seguidas anteriormente. Se ha querido observar un cierto paréntesis entre los siglos XII-IX a. C. en los que no habría actividad comercial alguna, con lo que se explican las importaciones aparecidas en niveles de estos siglos como residuales y llegados en fechas más tempranas. No obstante, Massimo Botto (2008: 124-127) no termina de aceptar esa hipótesis y observa en estas y otras presencias el mantenimiento de las líneas de contacto. Hallazgos de esta fase de contacto precolonial se hallan en la península itálica, en Torre Galli (Tropea, Calabria). Se trata de una necrópolis protohistórica donde se presentan escarabeos de fayenza de finales del siglo X a. C., con paralelos egipcios y levantinos, así como siete copas de lámina broncea con

paralelos en Chipre –el caso de la tumba 150 con la 239 de Jourion y la 7 de Amathos– (Lám. LI p. 82). Este tipo de copa *a calotta* se difunde rápidamente en el Lacio y Etruria, aunque en Torre Galli sólo se encuentra en tumbas femeninas asociadas a un cuchillo curvo de bronce o hierro –característico de la aristocracia egea– (Botto 2008: 129-130). Será gracias a esta presencia oriental en la zona cómo se introduzca la metalurgia del hierro y otros avances tecnológicos que ya hemos señalado.

Una fase posterior de comercio será la del protagonismo eubeo y fenicio a partir de finales del siglo IX a. C. La interacción entre ambos pueblos ya era observable en los niveles del siglo X de Tiro y en el palacio de Lefkandi, así como su presencia conjunta en Chipre –cerámica eubea en Amathus–. El reflejo de esta relación se percibirá también en Occidente, incluyendo Huelva y Cartago, así como en Sant’Imbenia (Cerdeña). Aunque el acceso a la Italia meridional se verá facilitado por la inexistencia de una potencia política capaz de acaparar ese territorio y la canalización de su comercio, fenicios y eubeos se encuentran con la dificultad de acceder a la Etruria septentrional a partir de la presencia nurágica en Cerdeña. Solo a través ella se canalizarán los objetos orientales, junto a los propiamente nurágicos, hacia Vetulonia¹⁸ y otras ciudades de la Etruria norteña. En Cerdeña, el golfo de Cagliari lleva siendo punto de embarque crucial desde época micénica, desde el cual surgen dos rutas hacia la península italiana. Si bien la meridional, hacia la Baja Calabria y el Lacio, era de fácil acceso para los navegantes orientales, no lo sería la septentrional, que pasaba por la zona minera de Nurra hasta llegar a la Etruria Septentrional. Paulatinamente, conforme se vaya afianzando la presencia tiria en estos mares y su control político a partir de sus primeras colonias, se irá avanzando cierto dominio sobre Cerdeña y la posibilidad de romper su monopolio con Etruria septentrional y su riqueza minera. De la nueva relación entre la aristocracia etrusca y la fenicia ha quedado la paradigmática copa broncea en relieve de Vetulonia (Lám. LII p. 82), encontrada en una tumba de pozo de la necrópolis de Poggio alla Guardia y datada entre 750-720 a. C. Al mismo tiempo se incrementan, a partir de estas fechas hasta mediados del siglo VII a. C., los objetos orientales en otras ciudades de la zona, como Populonia (Botto 2008: 127-129 y 130-135)¹⁹.

¹⁸ Entre los siglos VIII-VII a. C. llegan a Vetulonia, además de los sardos y orientales, productos procedentes del mar Báltico, como cuentas de collar de ámbar (Camporeale 2007).

¹⁹ A pesar de la fuerte presencia fenicia, hasta avanzado el siglo VII a. C. habrá que contar con una verdadera participación marítima y comercial sarda, que se verá reflejada en la extensión de su cerámica –especialmente jarras *askoi*– en numerosos centros del Mediterráneo, incluyendo colonias fenicias como Cartago y Aldovesta (Tarragona), e incluso núcleos como Huelva (Lám. LIII p. 83). Realmente, Cerdeña



Lám. XLVIII: Mapa con los yacimientos y lugares más importantes en el texto.

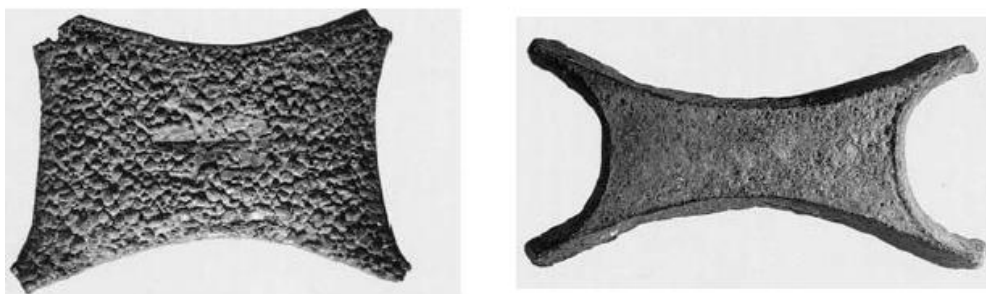
Fuente: Ruiz-Gálvez 2013: 180



Lám. XLIX: Fragmentos de cerámica micénica pintada (Mic IIIb y IIIc) en Nuraghe Antigori (Cerdeña).

Fuente: Bernardini 2008: 162

llevaba tiempo inserta dentro de las relaciones de comercio del Bronce Atlántico, y participó, como Sicilia, en el intercambio de ítems como hachas de talón y espadas pistiliformes, al mismo tiempo que llegaban a sus costas los lingotes en forma de piel de buey chipriotas (Botto 2007; Bernardini 2008; Albanese Procelli 2008 y Lo Schiavo 2008).



Lám. L: Lingotes de cobre de estilo chipriota.

Fuente: Bernardini 2008: 163



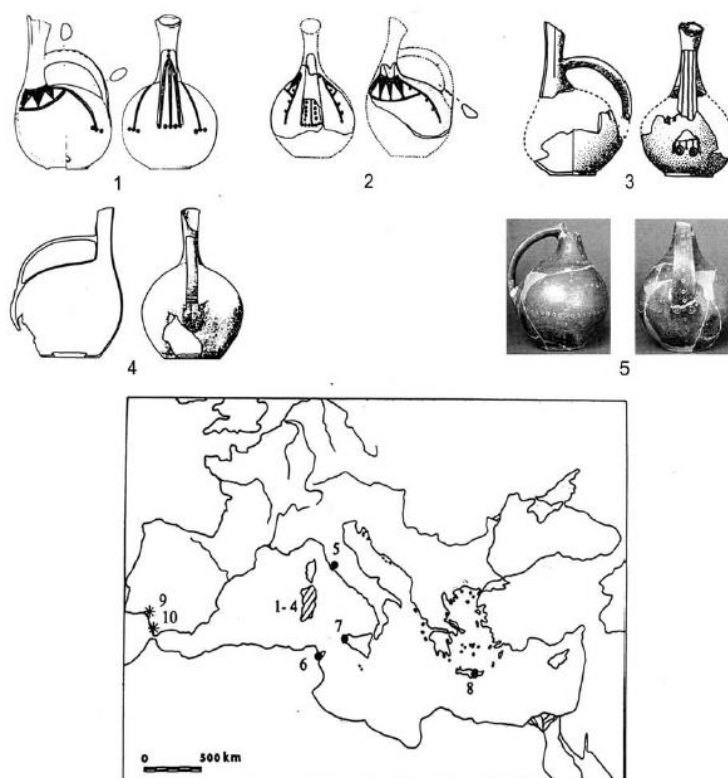
Lám. LI: Escarabeos de fayenza de estilo egipcio y levantino en la necrópolis de Torre Galli (t. 67 y 54).

Fuente: Botto 2008: 129



Lám. LII: Copa de la necrópolis de Poggio alla Guardia (Vetulonia).

Fuente: Botto 2008: 133



Lám. LIII: Jarras sardas *askoi* y su distribución en el Mediterráneo.

Fuente: Lo Schiavo 2008: 436

3. 2. El periodo orientalizante: el mundo indígena en contacto con la colonización griega (siglos VIII-VII a. C.)

Con la instalación de las colonias eubeas en el Mediterráneo central se acelera la transformación social de las comunidades autónomas hacia formas más complejas y jerárquicas. Aunque por ahora no disponemos de dataciones radiocarbónicas que envejecen las fechas de esta colonización tal y como ha ocurrido con la fenicia en extremo Occidente, sí disponemos de la presencia de *skýphoi* eubeos desde finales del siglo IX a. C. en contexto indígena de la península itálica –necrópolis de Quattro Fontanili en Veyes, Pontecagnano y Roma–, Sicilia y Sant’Imbenia –Cerdeña– (Lám. LIV p. 86). Aquí, en los niveles del Hierro I, asociados a estos fragmentos de cerámica eubea, encontramos otras muchas importaciones foráneas y lingotes de cobre. Entre estas importaciones destacan fragmentos de cerámica de cocina levantina, de la cual hemos detectado dos que portan, en un caso, inscripción fenicia, y en otro, inscripción semita sin

poder concretar si aramea o fenicia (Ruiz-Gálvez 2013: 229-231). Por la disposición espacial de estos hallazgos podemos notar que se circunscriben a zona italiana alejada del control nurágico que hemos comentado ya. Pero, sin embargo, la concentración de numerosos fragmentos de cerámica eubea en Sant'Imbenia, situada en el estratégico golfo de Cagliari, es especial. No debemos olvidar los nexos de unión entre esta sociedad nurágica con la península ibérica y el círculo comercial atlántico, a cuyas fuentes de aprovisionamiento tal vez busquen acceder los navegantes semitas y eubeos en estas fases precoloniales a partir de rutas ya practicadas por la sociedad indígena. Tal vez este sea el mismo nexo que explique la presencia de *skýphoi* eubeos en lugares tan lejanos como Huelva en estos mismos momentos.

En cualquier caso, una vez madurada esta fase de contacto entre eubeos y autóctonos, hacia 770 a. C. se funda la colonia de Pitecusa en la isla de Ischia, que ya hemos comentado en los apartados anteriores (Lám. LV p. 87). Es de señalar la especial convivencia entre autóctonos griegos y semitas en el mismo espacio donde se presenta cerámica muy variada entre la original e imitaciones locales de formas fenicias. Entre los ejemplos numerosos de inscripciones sobre fragmentos cerámicos también contamos con inscripciones semitas y arameas. Todo parece indicar una convivencia regular y estable entre distintas etnias que comparten el espacio urbano (Ruiz-Gálvez 2013: 231-234). En la necrópolis de San Montano, de Pitecusa, encontramos múltiples importaciones procedentes de Oriente, así como objetos metálicos itálicos, especialmente en tumbas femeninas, con paralelos significativos en Quattro Fontanili, en Veyes y Tarquinia. Esta especial concentración ha hecho pensar en un probable papel social de la mujer indígena como nexo de unión entre colonos y autóctonos para fortalecer los pactos comerciales a través del matrimonio mixto, y explicar así la presencia de estos objetos metálicos. Como consecuencia de esta interacción étnica, en la nueva colonia de Cumas fundada hacia 730 a. C. en el golfo napolitano, podemos observar la conformación de una sociedad mixta de segunda generación donde ya se dan tumbas de excepcional riqueza de objetos importados y de lujo en sus ajuares. La llegada de estos hijos de segunda generación a sus sociedades de origen materno podría ser la explicación de la presencia de vasos griegos de fabricación local en Etruria, además de la transmisión del alfabeto (Coldstream 1993 y Ruiz-Gálvez 2013: 235-237).

Volviendo al protagonismo femenino como principal nexo de unión y canal de transmisión alfabética, es de señalar la presencia en tumbas femeninas etruscas de carretes

de hilo, fusayolas, pesas de telar y fragmentos de cerámica con grafitos y, a veces, auténticos alfabetos completos. Uno de estos casos sería el de la tumba doble n.º 482-483²⁰ de Osteria dell'Osa –ya comentado en el apartado 2 (*vid.* p. 51)– en su Fase IV, momento en que la tendencia hacia la diferenciación social está ya consolidada en la sociedad etrusca, así como el cambio del ritual funerario hacia la inhumación (Ruiz-Gálvez 2013: 238-243).

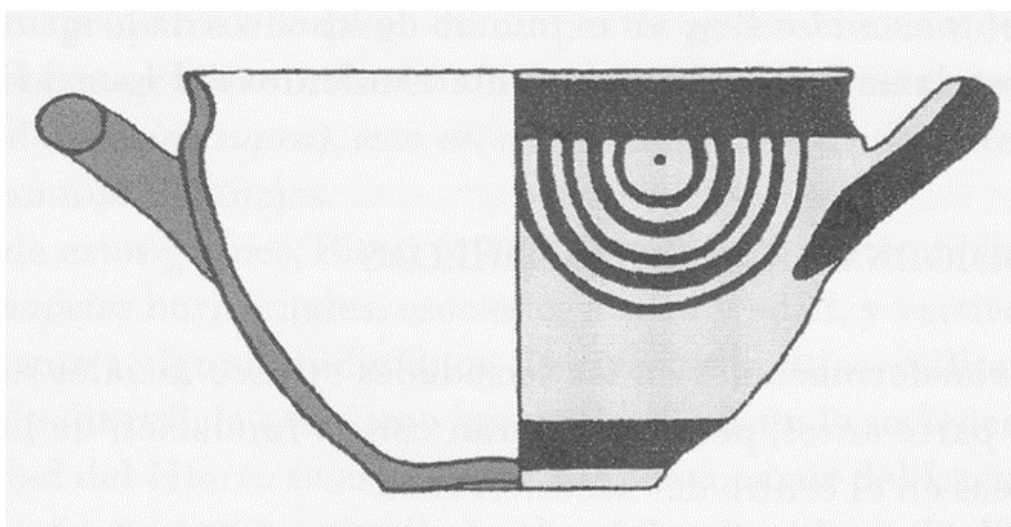
Así, gracias a esta especial confluencia e interacción cultural, la aristocracia etrusca adquirirá, aprenderá y usará el alfabeto a lo largo del siglo VII a. C. Uno de los ejemplos más antiguos e importantes lo encontramos en la tumba LXVII de Marsiliana d'Albegna, datada *ca.* 700-650 a. C., con tres inhumaciones en fosa rodeadas por un círculo de piedras calcáreas y acompañadas de fragmentos de un carro, un escudo de bronce y dos lanzas de hierro –como vemos, un ajuar de exuberancia notable–. Encajado en un bloque de piedra de la pared se encontraba un recipiente con pie que contenía un enorme conjunto de objetos de oro, plata y marfil. Entre estos últimos se incluía una pequeña tablilla para escribir sobre cera, trazas de la cual se conservaban aún, junto a dos estilos y borradores, también de marfil. En uno de los lados mayores de la tablilla aparece un alfabeto inscrito de 26 letras correspondiente al modelo eubeo (Lám. LVII p. 88). Otros muchos ejemplos de alfabetos e inscripciones aparecen durante las mismas fechas en otras tumbas aristocráticas sobre recipientes cerámicos de estilo etrusco *bucchero sottile* y otros soportes como tinteros (Ridgway 1996). De poco más tarde, durante la segunda mitad del siglo VII a. C., disponemos del olpe de la tumba n.º 2 de San Paolo de Caere, que indica una familiarización con la mitología griega y la escritura. El olpe, de *bucchero sottile*, relata varios episodios del mito de los Argonautas (Ridgway 1996; Ruiz-Gálvez 2013: 246-248).

Observamos en estos casos toda una serie de ejemplos de culturización y helenización de los círculos aristocráticos etruscos, que hacia mediados del siglo VII ya están en gran parte alfabetizados. Aunque en todos estos casos se ha querido observar un fin ritual o de carácter simbólico para reforzar la posición social, una cierta utilidad

²⁰ Caso paradigmático de todo lo dicho, la tumba 482-483 de Osteria dell'Osa, de la Fase IV, con la tendencia a la diferenciación social ya consolidada y el cambio ritual a inhumación. Dos individuos de momentos distintos, el segundo incinerado en una urna y de edad avanzada (482) con un ajuar de cerámicas locales. Uno de los recipientes llevaba un grafito de letras griegas en uno de los lados, datado hacia 775 a. C. No había importación alguna griega, sólo el grafito (Ruiz-Gálvez 2013: 243).

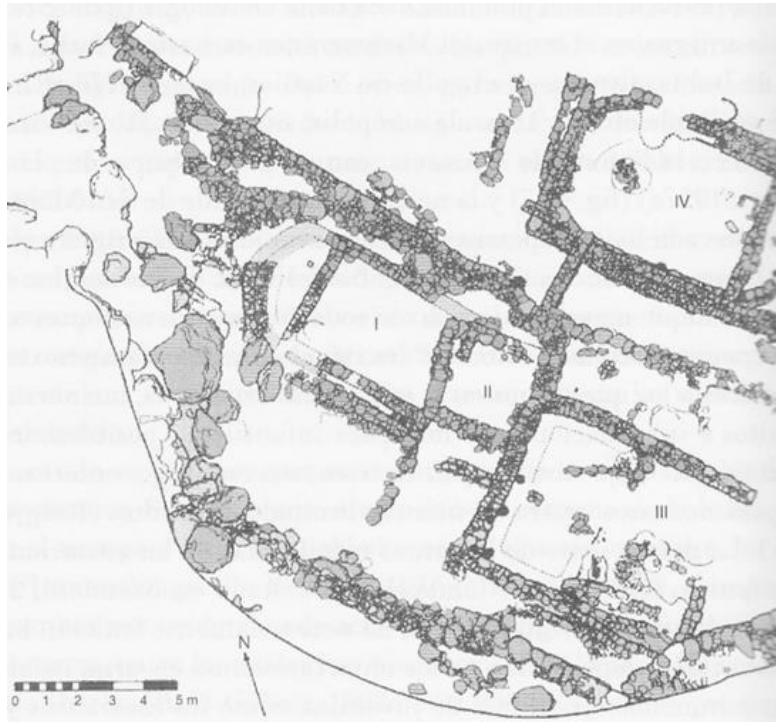
burocrática ha podido mantenerse desconocida si se realizó sobre soportes endebles, tales como tablillas de cera, cuya existencia nos evidencia el caso de Marsiliana d'Albegna.

A lo largo de estos siglos de formación de la sociedad etrusca aparecerán múltiples fragmentos de ánforas griegas en los que se encuentran insertos signos alfabéticos o grafitos. Si bien en Etruria se concentran en espacio aristocrático, en Sicilia aparecerán en una mayor variedad de contexto espacial. En ninguno de los dos casos, no obstante, es significativa esta presencia de grafitos y signos, pues no dejan de ser mayoría las ánforas y otros objetos importados sin ningún tipo de inscripción. Es, por tanto, considerable la hipótesis que apunta a un uso de estos signos como uno reforzador de la posición social por su carácter exótico y desconocido para la mayoría. La selección de material y objetos para incluir en las tumbas es general y no se reduce a ninguna tipología. Cualquier objeto exótico y de lujo sirve, independientemente de la presencia de signos grabados (Lám. LVIII p. 88). Estas inscripciones podían hacerse a lo largo de la vigencia del uso de estos recipientes, aunque Cordano (2007) piensa en que la mayoría se realiza en su lugar de origen –casi todas proceden de Atenas y Corinto–. Su presencia en la sociedad etrusca es, pues, constante e influirá durante todo el tiempo en la conformación del alfabeto propiamente etrusco. Sin embargo, que éste esté directamente basado en el eubeo señala la colonización primitiva griega de Pitecusa y Cumas como el foco original y principal desde el que se transmitiría.



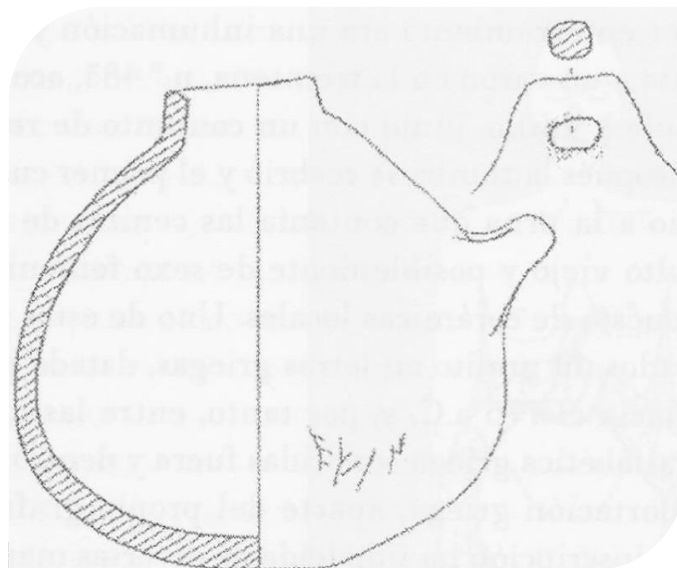
Lám. LIV: *Skýphos* eubeo con decoración pintada de semicírculos colgantes.

Fuente: Ruiz-Gálvez 2013: 230



Lám. LV: Zona industrial de Pitecusa.

Fuente: Ruiz-Gálvez 2013: 234



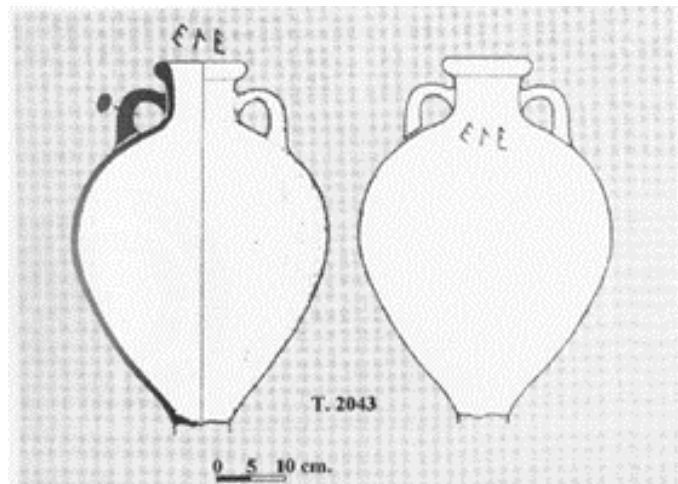
Lám. LVI: Inscripción griega de Osteria dell'Osa.

Fuente: Ruiz-Gálvez 2013: 244



Lám. LVII: Tableta de marfil de Marsiliana d'Albegna.

Fuente: Ruiz Gálvez 2013: 248



Lám. LVIII: Ánfora griega con inscripción de la necrópolis de Camarina.

Fuente: Cordano 2007: 30

3. 3. La formación de las civilizaciones itálicas y sus alfabetos

3. 3. 1. *La civilización etrusca entre los siglos VII-VI a. C.*

Con los precedentes ya indicados del siglo VIII a. C., los centros villanovianos iniciarán un proceso de urbanización y nuevas formas institucionales estatales durante un nuevo periodo que conocemos como Orientalizante desde un criterio estilístico en la Historia del Arte, a partir las claras influencias estéticas provenientes de Oriente (*ca.* 700-575 a. C.). Producto de las transformaciones internas y la introducción de elementos de importación extranjera a partir del contacto con las colonias griegas, se configura, así, una nueva estructura social y una aristocracia bien diferenciada y asociada a bienes propios (Neil 2015: 15; Plácido Suárez *et alii* 1993: 23).

Durante el periodo Orientalizante ya se cuenta con grandes centros urbanos – Veyes, Tarquinia, Caere, Vulci, entre otros muchos–, formados a partir de un proceso de sinecismo de pequeñas aglomeraciones villanovianas. En estas ciudades el cambio socioeconómico es perceptible desde el registro arqueológico del que disponemos hoy. Observamos el acrecentamiento de la desigualdad en la distribución de la riqueza – contando de nuevo con innumerables importaciones mediterráneas– en los ajuares funerarios, mientras por otro lado el rito de cremación se ve sustituido por el de la inhumación –excepción hecha de las ciudades del norte y de Chiusi²¹–. Estamos en unos años en los que surge, dentro del proceso de la conformación de linajes económicamente diferenciados, el nombre gentilicio como identificador consanguíneo y del estatus social. En este marco de desarrollo urbano nace un nuevo sistema de relaciones sociales sobre esta base gentilicia basado en el acaparamiento de grandes extensiones de tierra y medios de producción. Se controla, así, por parte de esta incipiente aristocracia, la producción económica y el acceso a los recursos. Gracias a la acumulación de capital y poder, estos aristócratas son capaces de acceder a bienes de lujo que les son propios y los identifican simbólicamente. Se crea un nuevo cuerpo social solidarizado consigo mismo y sus intereses, los cuales protegen con fuerzas militares formadas a su servicio. Y es que,

²¹ En estas nuevas ciudades se tenderá a la diferenciación de espacios y su función especializada, incluyendo la necrópolis, distanciada del espacio de los vivos. En ellas se observa aún la construcción de túmulos monumentales que acrecentaban la simbología de poder del difunto enterrado en ellos. En ocasiones se encuentran cerca de ciudades, como Caere, y otras más apartados, como el caso de Marsiliana d'Albegna (Comeana) (Neil 2015: 17).

paralelo a esta conformación socioeconómica será el desarrollo de redes clientelares sobre masas de campesinos y trabajadores al servicio de los grandes linajes, explotadores de sus vastas extensiones de tierra y protectores armados de las mismas. La ciudad etrusca se convierte, así, en el centro de cohesión social e identidad comunitaria. Se conforma, gracias al avance de las instituciones y construcciones monumentales creadoras de esa identidad colectiva, una ficción de confluencia de intereses que permite la reproducción de un sistema de explotación no tan ficticio (Elvira 1994: 25-33; Neil 2015: 15-17; Plácido Suárez *et alii* 1993: 23-24). Gracias a este proceso de formación de linajes enriquecidos y la politización de la comunidad a partir del avance de la institucionalización y estatalización de las ciudades, pronto aparecerá el poder real. No obstante, sabemos aún muy poco sobre las funciones concretas de esta figura regia – *Lucumón*– (Plácido Suárez *et alii* 1993: 24-25).

No todas las ciudades avanzan uniformemente en estos procesos. Mientras que las ciudades del sur son pioneras en el proceso de urbanización –Tarquinia, Veyes, Caere, así como la misma Roma en el Lacio–, junto a las situadas en la costa noroeste gracias a su proximidad con la actividad minera de la isla de Elba, las ciudades del norte y el interior se mantendrán durante este periodo como meras acrópolis rodeadas de pequeñas aglomeraciones de cabañas (Plácido Suárez *et alii* 1993: 25-26). Como podemos observar, son las ciudades que menos contacto tradicional han tenido con el comercio marítimo y la importación directa de productos alógenos, al contrario de lo que ocurría en las ciudades de la costa. Que sean las ciudades del sur, alejadas de la intermediación tradicional sarda y nurágica, las que protagonicen los primeros impulsos urbanísticos es un fenómeno que no puedo dejar de relacionar con la especial presencia, de antigüedad secular por entonces, de fenicios y eubeos en sus costas. El contacto continuo con las sociedades jerarquizadas del Mediterráneo oriental y sus modos de vida habrían sido un acicate propiciatorio del desarrollo de la complejidad social hacia formas más jerárquicas y diferenciadas, contando, eso sí, con las transformaciones internas que eran propias en estas sociedades.

Producto de todo este cambio general serán también las novedades en el campo artesanal, cuyas producciones vienen a identificar materialmente este periodo. Como elemento principal destaca la nueva tipología cerámica del *bucchero*, originada en Caere y formada por cocción reductora –bajo condiciones de ventilación y oxigenación reducidas–, lo que le aporta un tono negruzco muy característico. Una de las producciones

más tempranas será la del *bucchero sottile*, de finas paredes y superficie bruñida para asemejarse a los valorados vasos metálicos importados (Neil 2015: 18).

Pero el elemento más importante como conformador de la cultura e identidad etruscas sería la adaptación del alfabeto eubeo hacia estas fechas. La mayor parte de estas primigenias inscripciones se encuentran en el sur y en torno a 700 a. C., de las que podemos señalar la ya comentada tablilla de Marsiliana d'Albegna. Serán muy habituales en estos primeros ejemplos epigráficos las tablillas de marfil con nombres inscritos, en Poggio Civitate y otros lugares. Se siguen en todas fórmulas muy corrientes y homogéneas, muy parecidas a las adscripciones de propiedad que observábamos en los fragmentos cerámicos griegos de Pitecusa y Cumas: “Soy [el objeto] de [nombre personal]” (Neil 2015: 19-20).

Durante el siglo VI a. C. los centros urbanos continuarían acaparando población rural y avanzando en su proceso de urbanización, creando un sistema jerárquico entre ellos de especial relevancia. Se levantan grandes murallas en los perímetros –aunque ya contamos con precedentes en Roselle y Vetulonia ca. 650 a. C.–. Se intensifica durante este periodo la producción agrícola para dar soporte a los sobrepoblados centros urbanos, mientras se construyen mejoras en las vías de comunicación fuera de ellos –calles y caminos pavimentados y otras obras de ingeniería, como puentes– (Neil 2015: 20).

En el siglo VI a. C. también emerge la figura del santuario monumental, símbolo fortalecido de la identidad comunal y mantenido con rituales y celebraciones periódicas. En ejemplos como Pian di Civita, cerca de Tarquinia, se encuentran depósitos de votivos, sacrificios de animales y otras ofrendas de alto valor. Estos templos desarrollan rápidamente espacios internos especializados, más sacros o profanos. El templo de Portonaccio, en Veyes, contaba con una *cella* triple y un estanque adyacente, así como un santuario externo acompañado de un sistema de drenaje y canalización. Evidencias epigráficas del contexto señalan la dedicación de este espacio sacro a Minerva y la diosa etrusca Aplu. Los santuarios eran útiles también para simbolizar espacios de control de la ciudad-estado repartidos en el territorio adyacente –contamos con ejemplos de estas características en los alrededores de Caere y Tarquinia–. Situados también en *zona franca*, facilitaban los intercambios económicos de forma pacífica. En ellos, pues, disponemos de votivos provenientes de muchos lugares geográficos y especialmente griegos –copas jónicas, corintias, lacónicas y áticas–, así como *buccheri*, figuras egipcias de fayenza, relieves de marfil y otros muchos ítems (Neil 2015: 21).

En las necrópolis de estas fechas encontramos ya cierta evolución, con los grandes túmulos de época orientalizante sustituidos por un mayor número de tumbas más pequeñas y homogéneas. Las necrópolis llegan a estar organizadas en trazados ortogonales que también se aplican a nuevos trazados urbanos –como la zona N de Acquarossa–. Los mejores ejemplos de los que disponemos son la necrópolis del Crocifisso del Tufo (Orvieto) y Banditaccia (Caere) (Neil 2015: 22). Esta nueva disposición de las tumbas y sus nuevas características son muy semejantes al proceso general que vimos en la evolución funeraria griega hacia finales del periodo arcaico en un avance del cuerpo ciudadano medio (*vid* p. 43 y Morris 1998: 32-37).

El siglo VI a. C. es en el que la civilización etrusca se encuentra en su mayor auge y protagoniza movimientos de expansión. La actividad marítima de sus ciudades costeras es de cierta relevancia, codo con codo con fenicios y griegos. Sus objetos son encontrados, así, en la costa del sur de la Galia y en la península ibérica. Del mismo modo, los etruscos protagonizan un movimiento migratorio y colonizador que lleva a la extensión de su presencia hacia otros espacios, como la llanura del Po y la zona de la Campania, al sur del Lacio, donde nacen centros como Pompeya, Herculano, Capua y Nola (Plácido Suárez *et alii* 1993: 27-29). Producto de esta extensión de la presencia etrusca sería la instauración de la dinastía tarquinia en la ciudad de Roma, que tendremos ocasión de comentar más adelante.



Lám. LIX: Mapa de Italia a finales del siglo VI a. C.

Fuente: Elvira 1994: 43

3. 3. 2. *La lengua y el alfabeto etruscos: un enigma por resolver*

En el campo de la etruscología ha existido desde sus comienzos un caluroso debate sobre el origen genético y lingüístico de los etruscos. El idioma permanece en gran parte aún sin descifrar, aunque gracias a la investigación hemos podido avanzar cierto conocimiento.

Desde la Antigüedad la mayor parte de los autores coincide en asignar al pueblo etrusco un origen exógeno, principalmente lidio y anatolio, a excepción de Dionisio de Halicarnaso. Esta hipótesis fue retomada por la ciencia moderna y numerosos autores del siglo XX, que relacionaron el etrusco con la familia indoeuropea basándose en ciertas similitudes lingüísticas. Al frente se sitúa, aún hoy, la hipótesis autoctonista de la escuela italiana, con Pallottino a la cabeza (López Montero 2010: 66-67).

En la primera mitad del siglo XX destaca la figura de A. Trombetti, autor de la primera gramática moderna etrusca en 1928, y Hrozni, con quien coincide en la relación del etrusco con el hitita. M. Charsekin, por su parte, señala importantes relaciones con el griego, y V. I. Georgiev vuelve a apuntar las semejanzas con el hitita a partir de una comparación sistemática morfológica y ciertas afinidades gramaticales. M. Pittau, sin embargo, se fijará en similitudes con el latín (1997), y A. Morandi (1984), de nuevo con el griego. En estos y otros autores, las que coinciden en sus propuestas de múltiples idiomas son las claves de la familia lingüística indoeuropea. Las últimas tesis y más elaboradas son las del español F. R. Adrados, quien sitúa el etrusco en una fase intermedia entre la protoindoeuropea, carente de flexiones (IE I), y la flexional de tipo más antiguo (IE II). Es así como explica ciertos rasgos y ausencias de flexiones que la escuela autoctonista utiliza para esgrimir contra la hipótesis indoeuropeísta. En general, a día de hoy éstas están superadas, aunque se mantienen algunos puntos sin mucha contestación. La escuela italiana reconoce la presencia de algunos rasgos indoeuropeos en el etrusco, pero los señala como hechos puntuales que dejan sin explicar todo lo que no se puede asignar a la familia indoeuropea (Ernout 1964 y López Montero 2010). Para mi criterio, hasta que el conocimiento de la lengua etrusca no sea más avanzado, estas hipótesis se mantendrán sin validación posible. En todo caso, dentro de las pretensiones de este trabajo, el origen geográfico o lingüístico de los etruscos no es un tema de máxima relevancia, ya que nos limitamos a un análisis sociológico a partir de la presencia del alfabeto. Quede así establecido que el tema del origen etrusco se mantiene aún en gran

parte enigmático por ciertas lagunas de conocimiento, aunque ya señalamos que entre las últimas fases arqueológicas villanovianas y las primeras etruscas se observa una cierta continuidad (*vid.* p. 78).

La civilización etrusca ha sido señalada como especialmente enigmática precisamente por la imposibilidad de leer sus textos. De ellos sólo han sobrevivido inscripciones pétreas que ascienden hoy a más de 10.000. Desde 1789, gracias al *Saggio di lingua etrusca* de L. Lazi, contamos con la posibilidad de conocer el valor fonético de las letras, pero no entendemos en gran parte el significado de las palabras. Aunque disponemos de miles de epígrafes, tenemos que entender que se distribuyen entre los siglos VII a. C.-I d. C., y de ellos nos interesan tan sólo los más antiguos, por otra parte, de número más reducido. Suelen ser, además, inscripciones funerarias y dedicatorias con fórmulas prefijadas, por lo que no es material idóneo para profundizar en el conocimiento de la lengua etrusca (Elvira 1994: 80-81).

Los etruscos tomaron su alfabeto del modelo eubeo y lo adaptaron a sus necesidades lingüísticas a partir de una serie de innovaciones ortográficas. El sonido /k/ quedaría transcrito mediante *gamma*, *kappa* y *qoppa* en función de la vocal con que se acompañara. Así mismo, se crearía un nuevo signo para el sonido /f/ con forma de 8. Este alfabeto serviría como base para la creación de otros muchos itálicos, incluyendo el latino. Conforme se extendió desde su foco original en las ciudades del sur –Caere, Veyes y Tarquinia– se fueron mostrando diferencias regionales. En las ciudades del sur se mantienen durante un tiempo la *gamma*, la *kappa* y la *qoppa* para el sonido /k/, y más tarde, hacia el siglo VI a. C., se añadiría la *f*. Así, a la altura de *ca.* 500 a. C., se ha reducido el número de letras a 20, una vez se eliminaron la *kappa* y la *qoppa* en el centro y el sur, y la *gamma* y la *qoppa* en el norte (Wallace 2015). Existe un verdadero problema con la transcripción de las sibilantes, que en el sistema tradicional se limitan a *s* y *š*. Las variaciones cronológicas y regionales obligan, según Wallace, a un sistema de transcripción más especializado que permita leer sin caer en confusiones. En el norte, la sibilante postdental (*s*) se transcribe mediante la *tsade*, y la palatal (*š*), con una *sigma* de tres trazos. Más al sur de Vetulonia, el uso de los dos signos se invierte, aunque en Caere y Veyes la cuestión es más compleja en sus inscripciones más antiguas. La sibilante postdental se representa con *sigmas* de tres, cuatro y hasta cinco o seis trazos, como ocurre con la *xi*. Hacia finales del siglo VI a. C., sin embargo, en Caere veremos toda esta

variedad reducida a una *sigma* de tres trazos. La *samek*, aunque aparece muy raramente, se incluye en *abecedaria* tempranos (Wallace 2015).

El campo más conocido de la lengua etrusca es, como vemos, el fonético (Lám. LX p. 97). De las palabras que conocemos destacan los nombres propios, los cuales dispondrán de gentilicio a partir de mediados del siglo VII a. C. –incluso de un segundo apellido, el latino *cognomen*, cuando se trataba de familias muy amplias–. También identificamos muy bien nombres que indican parentesco (*Api*: padre; *ati*: madre; *clan*: hijo, entre muchas otras), así como del mundo sacro (*ais*: dios) y prestaciones alógenas como las del griego (*eleiva*: aceite; *vinum*: vino, entre otras) (Elvira 1994: 82).

Sistema fonético etrusco				
	Grafía normal	Variantes principales	Transcripción	Valor fonético
Vocales	A 𐌆 I V	V (reciente y septentrional) (1)	a e i u	a e i u
Semivocal	𐌗		v	w inglesa
Oclusivas sordas	𐌘 T 𐌚 𐌛 𐌜	𐌘 y 𐌙 (reciente) 𐌚 (reciente)	p t c k q	p t k (2) k (2) k (2)
Oclusivas aspiradas	𐌝 𐌞 𐌟 𐌠	𐌝 (reciente) X (Chiusi y v. del Po, h. 530 a. C.) O, ⊕ y ⊙ (en varias circunstanc.) 𐌠 (reciente)	ph, th, kh,	ph th kh
Nasales y líquidas	𐌡 𐌢 𐌣 𐌤	M (rec.), 𐌢 (rec., en Cortona) n (reciente) 𐌣 (septentr.), 𐌤 (reciente)	m n l r	m n l r
Aspirada y africada	𐌥 I	𐌥 (arcaica), 𐌦 (reciente) 𐌧 y 𐌨 (reciente)	h z	h acaso ts
Fricativas	𐌩 𐌪 𐌫 𐌬 𐌭 (4)	𐌩 (arcaica) 𐌮 (reciente), 𐌯 (septentrional)	f ś s ś s	f s (3) s (3) s (3) s (3)

NOTAS

(1) Arcaico: siglos VII-V a. C.; reciente: siglos IV-I a. C.; septentrional: Chiusi y zonas más al norte; centro: Tarquinia, Vulci y Orvieto; sur: Caere y Veies.

(2) En el norte se usa siempre 𐌛 hasta el siglo IV, en que es sustituida por 𐌚. En las zonas meridionales, se usa 𐌛 ante 𐌆, 𐌚 ante I y 𐌗, y 𐌜 ante V en época arcaica; después desaparecen 𐌛 y 𐌜, quedando sólo 𐌚.

(3) Los distintos tipos de s son de difícil distinción. X sólo aparece en las zonas meridionales, y hasta mediados del siglo VI. Los otros tres tipos de s corresponden a dos sonidos diferentes que se oponen de distinta forma según las regiones: en el sur se opone 𐌮 (s) a 𐌯 (ss); en el centro se oponen 𐌮 y, en época arcaica, 𐌰 (s) a M (ss), y en la zona septentrional se opone M (s) a 𐌯 (ss).

(4) Cuidado: no confundir esta letra con la de misma grafía y sonido th que se usa en Chiusi y el valle del Po.

Lám. LX: Sistema fonético etrusco.

Fuente: Elvira 1994: 92

Sabemos menos de la gramática, aunque sí ciertos detalles. El plural se señala con el sufijo *-r* (*ais*: dios / *aiser*: dioses), y el genitivo con *-s* (*apa*: padre / *apas*: del padre). También conocemos bien el uso de los distintos pronombres, aunque no la flexión verbal –de ésta solo se repite la tercera persona del singular del pretérito con el sufijo *-ce* (*turuce*: dedicó) – (Elvira 1994: 82-83).

Gracias a estos pocos conocimientos y la sencillez de las fórmulas de la mayor parte de las inscripciones podemos desentrañar una gran parte de éstas. Los epitafios suelen tener una extensión mínima, limitándose al nombre de sus difuntos y familiares, aunque en Tarquinia y Vulci observamos más detalles –linaje del difunto, edad, oficio, etc.–. Las inscripciones más antiguas suelen limitarse a señalar propiedad y dedicaciones votivas, por lo que sus fórmulas son realmente sencillas y fáciles de seguir. A veces sólo se trata de signos y marcas de artesano, incisos o pintados sobre la superficie de los vasos.

Mi çuntheruza spurias mlakas (ca. 625-600 a. C.): “Soy el pequeño pyxis de la bella Spuria”.

Mini kaisie θannursiannas mulvannice (ca. 600 a. C.): “Kaisie Thannursiannas me dio como regalo”.

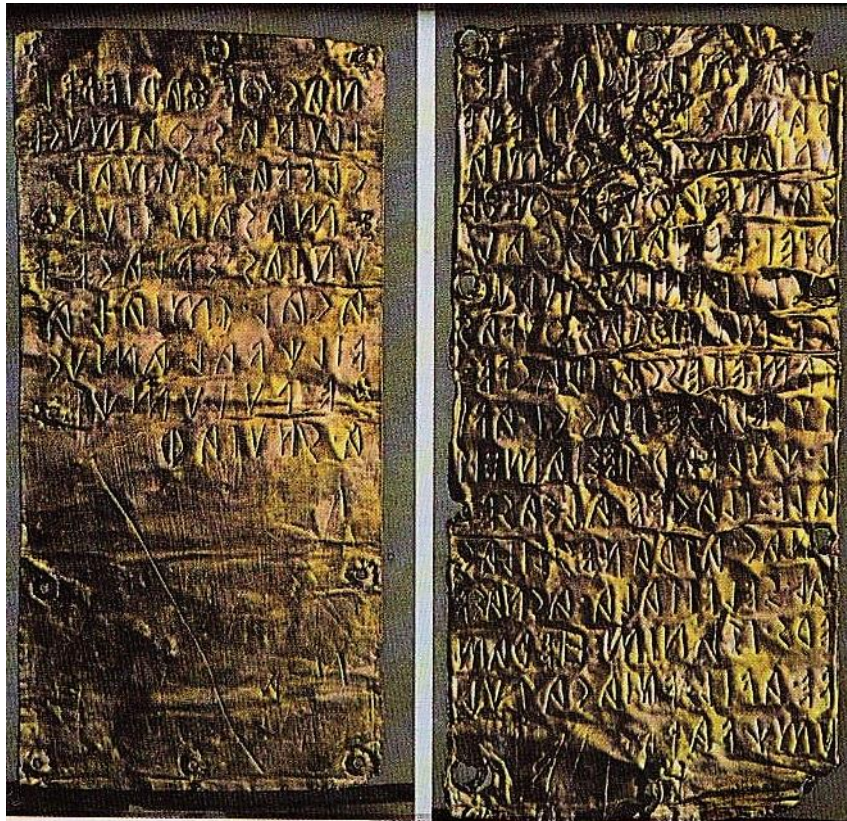
Mini zinace aranθ arviniza mlaχu mlacasi (ca. 625-600 a. C.): “Avanth Arunzina me hizo, un bello vaso para una noble persona”

(Wallace 2015)

Mención especial merecen las tablillas de Pyrgi, de 36 y 15 palabras cada una. Realizadas en oro, se datan ca. 500 a. C. y se acompañan de una tercera en fenicio (Lám. LXI p. 99). Aunque no es una traducción de las otras dos, ayudó a interpretar el lugar como santuario dedicado a la diosa Uni etrusca y Astarté fenicia. Se trata de la inscripción conmemorativa de una dedicación del rey de Caere, Thefarie Velianas (Elvira 1994: 83-84 y Wallace 2015). El texto fenicio se pudo leer sin problema:

A la señora Astarté. Este es el santuario que ha hecho y ha donado Thefarie Velianas, rey de Caere, en el mes de ZBHSM, como donativo en el templo y en su recinto; porque Astarté lo elevó con su mano a la función regia hace tres años, en el mes de KRR, el día del entierro de la divinidad (¿Adonis?). (Sean tantos) los años de la estatua de la diosa en su templo como las estrellas.

(Elvira 1994: 84).



Lám. LXI: Láminas de oro de Pyrgi.

Fuente: Elvira 1994: 95

3. 3. 3. *El Lacio: la formación de Roma y el alfabeto latino*

Caso aparte de la civilización etrusca lo representaría la región del *Latium Vetus*, al sur del Tíber y habitada por pueblos originados en la primera oleada indoeuropea que se hizo eco en Italia. Producto de la revolución urbanística y social que también acaeció aquí, se formará una entidad latina muy fuerte en torno al *ius Latii*, un derecho pactado por las comunidades que logran así una protección mutua en confederación. Destacará la importancia, durante estos siglos, de la ciudad de Alba, donde se encontraba el importante templo de Júpiter Lacial. Sin embargo, en lo que a avance urbano se refiere, Roma llevará la delantera a partir del siglo VII a. C., formada a partir de una serie de *oppida* dispersos sobre sus montes que se verán sucedidos por una nueva ocupación del llano y una explotación agrícola más intensa. Son momentos en los que la aristocracia gentilicia avanza en su posición social y se identifica a partir de la *gens*. En este siglo Roma protagonizará una serie de cambios importantes gracias al reinado de la monarquía

Tarquinia, de origen etrusco, la cual dotará a la ciudad de una verdadera estructura urbana y una nueva composición social a partir de las *gentes* formadoras de las curias y tribus (Lám. LXII p. 102). Mientras desaparecen las últimas cabañas, se pavimenta el Foro y se convierte en espacio destinado a las actividades públicas y al comercio, mientras que se construyen nuevos templos como el de Júpiter Capitolino y la extensa muralla serviana como delimitadora del espacio de la *civitas*. Esta revolución urbanística no fue posible sin la social que vio conformada, además de la aristocracia gentilicia, un nuevo cuerpo social mayoritario: la *plebs*, formada a partir de la población dedicada a las labores del comercio y el artesanado (Plácido Suárez *et alii* 1993: 32-34; 40-43; 45-46).

Estas comunidades romana y latina no se mantuvieron al margen del mundo que las rodeaba, con el que mantuvo continuas relaciones y contactos recíprocos que se vieron acompañados de la transmisión del alfabeto y la creación del latino. El mismo se conformaría a partir de dos focos, el etrusco y el eubeo. Roma acepta el alfabeto etrusco, que era básicamente el eubeo con la excepción de excluir la *beta*, la *delta* y la *ómicron*, letras, por otro lado, que sí se conservarían en el alfabeto latino. No significa esto que utilizara como única fuente el alfabeto calcídico de los eubeos, pues del mismo también excluyó letras que no servían a sus convenciones –la *theta*, la *phi* y la *khi*–. Hacia el siglo VII a. C., al igual que el etrusco, el alfabeto latino debió verse ya incipientemente formado (Tamayo 2012: 73-74).

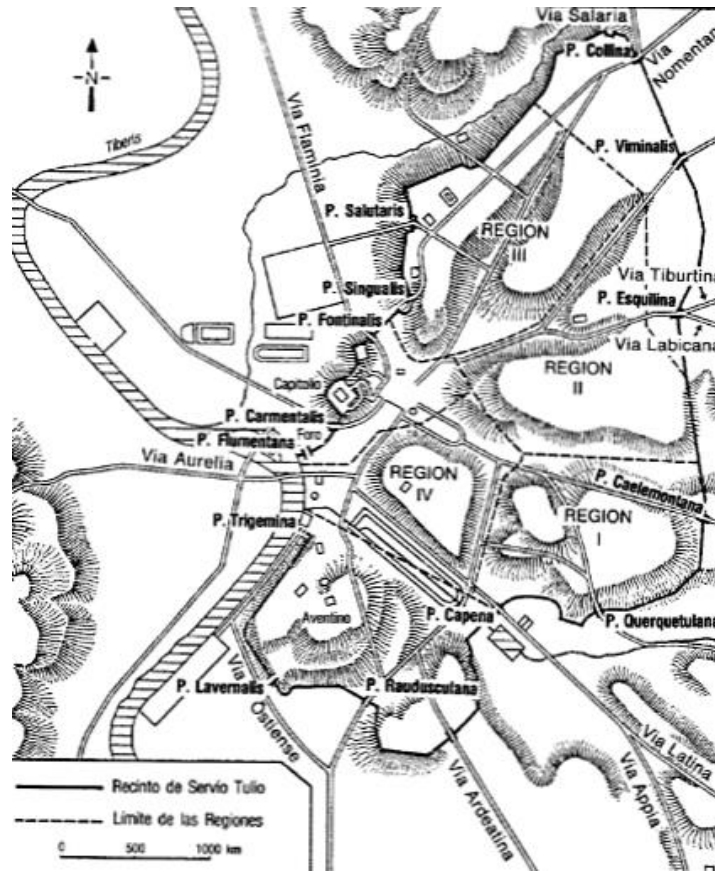
Las inscripciones más antiguas de las que disponemos reflejan un alfabeto primitivo nada formal ni estabilizado, muy próximo al alfabeto eubeo. Sus formas sufrieron ciertas transformaciones a lo largo de los siglos venideros hasta adoptar las formas con que las conocemos a día de hoy. Las 21 letras originales ascenderían a 23 en el siglo I a. C., una vez se añadieran la *y* y la *z* (Tamayo 2012: 75-79). Destacan varias piezas de los siglos VII-VI a. C. que se caracterizan por un arcaísmo y la falta de uniformidad ya señalada.

La fíbula prenestina –encontrada en la antigua Preneste–, realizada en oro y de forma alargada, se data a finales del siglo VII e inicios del VI a. C (Lám. LXIII p. 102). Incluye una inscripción en dirección sinestrosa que se lee: *Manios : med : fhefhaked : Numasioi*. Se ha querido interpretar, según nos señala A. Tamayo, como *Manius me fecit Numerio*, es decir: “Me hizo Mario para Numerio”. Cabe destacar que para representar la /f/ se vale de un recurso utilizado a veces por los etruscos que se basó en unir la *digamma* y la *eta* (FH) (Tamayo 2012: 79).

El vaso de Duenos (Lám. LXV p. 103), hallado en las proximidades del Quirinal en 1880, se ha datado en el siglo VI a. C. Se trata de una pieza cerámica oscura de tres cántaros unidos en forma triangular que contienen una inscripción en sus caras exteriores escrita en dirección sinestrosa y con caracteres semejantes a los usados en la fíbula prenestina. También destaca la conocida como *lapis niger Romuli*, restos de un cipo hallado en el Foro romano en 1899 y datado entre finales del siglo VII e inicios del VI a. C. (Lám. LXIV p. 103). En este caso se trata de una inscripción en bustrófedon, aunque también con caracteres muy arcaicos. Cabe señalar como característica la ausencia de la *b*. Puede leerse:

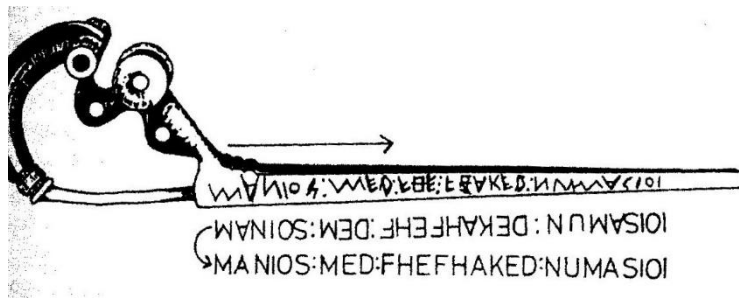
QUOIHOI
AKROSES
EDSOR
IAIIAS
RECEII
EYAM
QYOSR
MKVLALO
VHMED
ODIOXYMEN
TAKAIIADOTAY
MITERII
NOYOIHA
YELORNEQY
DIOVESTOD

(Tamayo 2012: 79-81)



Lám. LXII: La Roma de los reyes.

Fuente: Plácido Suárez *et alii* 1993: 55



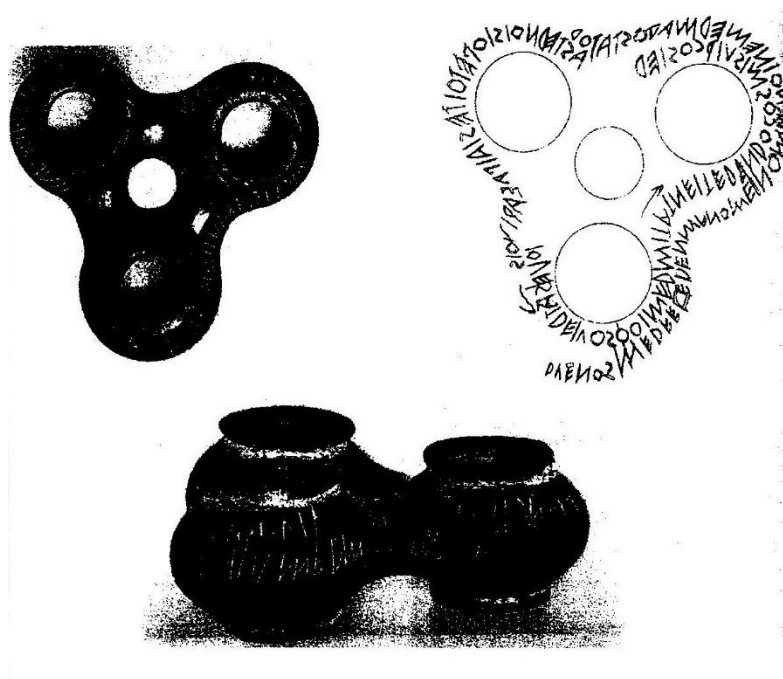
Lám. LXIII: Fíbula prenestina.

Fuente: Tamayo 2012: 75



Lám. LXIV: *Lapis niger Romuli*.

Fuente: Tamayo 2012: 78



Lám. LXV: Vaso de Duenos.

Fuente: Tamayo 2012: 80

3. 4. Conclusiones

Podemos concluir que, en la península itálica, el alfabeto se difunde de forma especial. Como posible núcleo de formación del alfabeto griego, o al menos uno de los más activos según muestra el registro arqueológico, las colonias eubeas de Pithecusa y Cumas se convierten en el centro irradiador del alfabeto que adoptarán las sociedades italianas. Si bien el contacto con las letras pudo ser anterior y remontarse al comercio chipro-fenicio de inicios del Hierro, la adopción de las mismas no se produce hasta finales del siglo VIII a. C., hasta donde llegamos hoy. Los primeros ejemplos epigráficos etruscos y latinos del siglo VII a. C. no dejan de mostrar signos eubeos. No se innova más que en la selección de los más pertinentes para reflejar las lenguas autóctonas –exclusión de la *beta* y otras letras en etrusco, por ejemplo–.

La adopción del alfabeto por estas sociedades autóctonas y su adaptación a sus lenguas no puede comprenderse desligando el fenómeno de los procesos históricos y socioeconómicos por los que pasan estas comunidades indígenas. El contacto con el alfabeto puede retrotraerse hasta sus verdaderos inicios griegos, como muestra la pieza cerámica en Osteria dell’Osa, y a partir de este momento la interacción entre indígenas y colonos sería tal que se desembocaría en una rápida transmisión. Ya hemos señalado el posible papel social de las mujeres autóctonas como intermediarias entre ambas culturas gracias al rito matrimonial y a la conformación de generaciones mestizas proclives a un contacto fluido entre ambas sociedades. El gusto indígena por los objetos importados griegos y el lujo exuberante de los productos exóticos provenientes de Oriente es un elemento más que acentúa la conexión entre griegos y autóctonos como engranaje fundamental en el funcionamiento del sistema. Éste es uno en continua revolución de cambio a partir de la paulatina conformación de nuevas estructuras de linaje en torno a grandes personajes aristócratas que son capaces de acaparar para sí y sus familias el control de grandes extensiones de tierra. El avance de la institucionalización de la sociedad y la aparición de la propiedad privada protegida son consecuencias del sistema estatal y político simbolizado en la ciudad. La formación de clientelas subordinadas a los grandes linajes y masas de trabajadores destinados a la explotación y protección de las grandes propiedades termina de confeccionar el nuevo sistema de explotación en el que la desigualdad social es la clave, una vez se configurara una clase aristocrática consciente de sus propios intereses. Para proteger éstos, se crean las instituciones estatales y

religiosas que sirven para desarrollar una identidad colectiva ficticia que impulse a las masas trabajadoras a aferrarse a la ciudad-estado y sus símbolos como valores supremos.

Éste es el contexto de adaptación del alfabeto eubeo a las lenguas etrusca y latina. Si bien en el momento de sus primeros ensayos, hacia el siglo VIII a. C., quedaba aún por avanzar en este nuevo sistema socioeconómico, el siglo VII a. C. verá acelerarse el proceso de urbanización al mismo tiempo que se disponen los primeros ejemplos epigráficos. Su uso, como hemos podido observar, se reduce a la realización de marcas de propiedad, marcas de artesano, o bien inscripciones algo más largas de carácter votivo y funerario. En todos los casos se siguen fórmulas muy sencillas y prefijadas. A excepción de casos algo más tardíos, como las tablillas de Pyrgi, no contamos con textos más largos, por lo que podemos contar con la posibilidad de que, a no ser que hayan desaparecido soportes alternativos más perecederos sobre los que hicieran un uso más habitual de la escritura en un ámbito burocrático –una posibilidad muy plausible, vistos ejemplos de tablillas de marfil como el de Marsiliana d’Albegna–, el uso de la escritura en estos momentos tempranos fue reducido y marginal, limitado al campo simbólico del espacio funerario y votivo. También podemos imaginar que fueran tan solo estos campos de escritura sobre los que hubiera pretensiones de prolongación temporal dado su carácter sacro, y que otro tipo de textos más habituales y cotidianos carecieran de la misma importancia. No obstante, mientras no aparezcan evidencias positivas, no podemos validar ninguna de estas hipótesis a día de hoy.

El alfabeto no puede ser entendido como el elemento central y determinante para la aparición del nuevo sistema político y social, pero sí parece ser un acicate para el desarrollo de las instituciones sacras y estatales con la conformación de nuevas leyes que seguramente tendrían un carácter previamente oral. El uso primitivo del alfabeto en un campo privado y alejado de la utilización institucional se verá sucedido, pues, por un uso de sus letras por parte de las incipientes instituciones con fines de comunicación social, para desarrollarse. Ejemplos de este nuevo uso podemos verlo en el *lapis niger Romuli*, aunque la fragmentación del cepo dificulte su lectura.

4. El Norte de África y la colonización fenicia en el Mediterráneo central

El fenómeno del alfabeto en el Mediterráneo central no se limitó a su adaptación por las sociedades itálicas a partir del eubeo. Este espacio geográfico fue también escenario de la aparición de otra civilización urbanizada y letrada, también consecuencia de los contactos con oriente y la llegada de masas colonizadoras provenientes de las ciudades fenicias. Existen varios autores clásicos que aportan fechas para la fundación de la que sería la ciudad fenicia más importante de la zona, Cartago, pero en este trabajo nos centraremos más en la cronología absoluta ya disponible de los primeros niveles de ocupación.

El alfabeto en África del Norte y las islas del Mediterráneo central será el directamente importado por los fenicios y obedecerá, como veremos más adelante, a los usos tradicionales de esta comunidad semita.

Existe cierta falta de material de estudio si tenemos en cuenta la antigua presencia de archivos administrativos que fueron destruidos con la conquista romana de la ciudad en 146 a. C. (Aubet Semmler 2009a: 235). No obstante, ha sobrevivido una cierta cantidad de soportes epigráficos que, si bien son muy homogéneos y obedecen a fórmulas sistemáticas, nos aportan buena información sobre la presencia de la escritura en estos espacios. Existe el problema, no obstante, de que el grueso de esas inscripciones es muy tardío (siglos III-II a. C.) y no se inserta en el contexto cronológico que estudia este trabajo.

También se da el problema de la inexistencia de un corpus o catálogo completo de inscripciones fenicio-púnicas, lo que impide realizar estudios de investigación con el suficiente rigor. Todos los que existen son parciales y están escritos en multitud de idiomas, lo que hace del tema uno muy fragmentado y de difícil acceso para el investigador. La publicación más amplia disponible sigue siendo el clásico *Corpus Inscriptionum Semiticarum I* (SIC I), publicado entre 1881 y 1964, cuyo principal problema es que está escrito completamente en latín. No obstante, si se estima que el número total de epígrafes fenicio-púnicos con los que contamos ronda en torno a los 10.000 (Cuncillos y Zamora 1997: 20), este amplio catálogo cuenta con más de 6.000. La mayoría ingente, además, proviene de Cartago. Existen más catálogos parciales escritos en idiomas modernos que también me han servido de ayuda para llevar a cabo este trabajo

dentro de las pretensiones del mismo, así como publicaciones de piezas específicas de especial importancia.

Como he venido haciendo en anteriores apartados, no entraré en la cuestión del alfabeto fenicio y sus epígrafes sin hacer previa mención al estado actual de la cuestión de la colonización fenicia en el norte de África y en las islas del Mediterráneo central.

4. 1. La colonización fenicia del centro mediterráneo y la ciudad de Cartago en su época arcaica.

Tras un periodo de reconocimiento de las costas que pudimos ver en la fase de comercio chipriota en el Mediterráneo central, entre los siglos VIII-VI a. C. –y parece hoy que mucho antes– se inicia el establecimiento de centros de habitación colonial fenicia en la costa del norte de África y las islas del Mediterráneo central. Es en este espacio donde se documentan hoy las fechas más antiguas de la diáspora fenicia, que comentaremos en breve. Tal cual está el estado actual de la cuestión, se reconocen colonias fenicias fundadas en estos años previos a la hegemonía política de Cartago, como Leptis Magna o Útica. Al contrario de lo que se ha venido pensando a veces, estas ciudades no se fundan por intermediación cartaginesa, sino que son producto de la acción de las metrópolis fenicias en oriente. También lo serán otras ciudades de la costa norafricana en el Mediterráneo occidental y la vertiente atlántica –Mersa Madakh, Les Andalous, Tánger, Lixus, Mogador, y otras más–. Existe en todo este espacio africano otra serie de asentamientos de los que desconocemos aún autoría y fecha, pero cuya futura excavación tal vez pueda modificar el escenario que tratamos aquí (Maldonado López 2013: 82-87).

Recientemente se han aportado para Útica dataciones revolucionarias que han envejecido sobremanera la presencia fenicia en estas cosas. Un proyecto de investigación tunecino-español ha localizado un pozo vinculado a un edificio parcialmente excavado y que fue cegado de forma intencionada, lo que permitió que se conservase intacto su interior –el cual parece ser que funcionó en ciertas ocasiones como basurero–. Su contenido incluye, junto a los restos faunísticos que han permitido establecer las dataciones radiocarbónicas, un depósito de cerámica fenicia, geométrica griega, villanoviana, libia y tartésica que testimonia una especial actividad comercial fenicia en

la zona cuyo horizonte ha sido elevado a *ca.* 925-900 cal a. C. –fechas que también se han documentado en otros depósitos de Huelva, El Carambolo y la Rebanadilla, en la península Ibérica (Lám. LXVI y Tab. 2 p. 109) (López Castro *et alii* 2016).



Lám. LXVI: Corte 20 de Útica, con un pozo y un edificio parcialmente excavado.

Fuente: López Castro *et alii* 2016: 72

Yacimiento	Localización	B.P.	±	B.C.	Máx. CAL	CAL B.C.	Min. CAL	nº Lab. & Material
Útica, corte 20, UE 20017, -2.77-2.67 m.	Túnez	2795	35	845 a.C.	1025 1013	981-908 967 963 923 AC	842 834	CNA-2403-AMS/S
Útica, corte 20, UE 20017, -3.17-3.07 m.	Túnez	2765	35	815 a.C.	998 1000	903 AC	832 828	CNA-2402-AMS/S
Útica, corte 20, UE 20017, -3.36-3.32 m.	Túnez	2790	35	840 a.C.	1016 1000	981-903 966 964 921 AC	840 833	CNA-2400-AMS/S

Tab. 3: Dataciones calibradas de Útica (Corte 20, UE 20017).

Fuente: López Castro *et alii* 2016: 82

4. 1. 1. *Cartago: una colonia independiente*

Caso aparte en todo este conglomerado merece la ciudad de Cartago (Lám. LXVIII p. 116), cuyas referencias en las fuentes históricas serán mucho más numerosas por la importancia política que adquirirá la ciudad. Según Dionisio de Halicarnaso (I 74, 1), la ciudad nació en 814 a. C. El relato semilegendario de Pompeyo Trogo, conservado en el epítome de Justino, nos aporta la historia de la fundación de la ciudad por la mítica Elvira, huida de la ciudad de Tiro gobernada por su hermano Pigmalión. Al negarse a contraer matrimonio con el caudillo indígena que controlaba la zona donde se asentó, se le impuso la limitación de levantar la ciudad en el espacio que le permitía una piel de buey extendida, para lo cual tuvo la ingeniosa idea de cortarla en tiras y así ampliar el perímetro amurallado de la ciudad. Tenemos el problema, no obstante, de la ausencia de más referencias históricas de la ciudad hasta el siglo VI a. C. Las dadas a partir de esta fecha se basarán en una serie de acciones políticas que protagonizó la ciudad, pero para informarnos de tiempos previos sólo contamos con lo que nos aporta la Arqueología (Plácido Suárez *et alii* 1993: 94-96).

Los nuevos hallazgos de Cartago entre los siglos IX-VII a. C. demuestran su temprana ascensión la categoría de ciudad una vez se dotó de instituciones propias y elementos clave de su propio funcionamiento político²² (Aubet Semmler 2009: 231). Sondeos realizados al pie de la colina de Byrsa demostraron que en sus laderas meridionales se asentó la ciudad arcaica, que ya ocupó 55 hectáreas entre los siglos VIII-VII a. C. –muros de adobe, pozos y calles que nos dejan ver grandes casas aisladas y situadas entre plazas y jardines– (Aubet Semmler 2009a: 235). Contamos también con barrios industriales extramuros en los que se trabaja la metalurgia, el múrex y la cerámica. La presencia de cerámica griega tardogeométrica –*kythai* protocorintias y copas euboicas– se sitúa en fechas convencionales *ca.* 775-750 a. C. y se ve acompañada de cerámica chipriota y ánforas fenicias de tipo andaluz, lo que demuestra la temprana vinculación comercial de la ciudad cartaginesa con el resto del Mediterráneo (Aubet Semmler 2009a: 236).

²² Tras la conquista romana de la ciudad en 146 a. C. y la remoción de Augusto en 29 a. C. para fundar la *Colonia Concordia Iulia Cartago* se removieron más de 100.000 m³ de cascotes y ruinas de la anterior ciudad. No obstante, los niveles más arcaicos quedaron a salvo a 5 metros de profundidad de la nueva ciudad romana (Aubet Semmler 2009a: 235).

De la Cartago de los siglos IX-VI a. C. conocemos la presencia de tres grandes necrópolis, lo que nos indica una densidad poblacional mucho mayor de lo normal con respecto a otros centros fenicios. La más antigua (*ca.* 730-720 a. C.), situada al norte –necrópolis de Junon–, incluye urnas de incineración que se verán sustituidas por enterramientos de inhumación en las otras dos necrópolis de Byrsa y Dermech-Douïmès, iniciadas hacia 700-680 a. C. Pero, además, en el último cuarto de este siglo ya parece estar en funcionamiento el *tofet*²³ de Salammbô. Vemos, pues, que tan pronto como el siglo VIII ya disponemos de espacios organizados y diferenciados con función específica, incluyendo una acrópolis sobre la elevación del Byrsa fortificada. Si las nuevas dataciones radiométricas de los niveles más antiguos elevan las fechas a 835-800 cal a. C. –con lo que vemos la concordancia con las fechas propuestas por Dionisio–, se ha tardado poco menos de un siglo en convertirse en un verdadero centro urbano desde el levantamiento de las primeras estructuras (Aubet Semmler 2009a: 239-241).

En el siglo VII a. C. la situación parece dar un cambio repentino a partir de la situación política de las ciudades fenicias en Oriente –acosadas e invadidas en su mayoría por el ejército asirio– y la presencia de piratas foceos en el centro mediterráneo. La oleada de migración proveniente de las metrópolis sobrepobladas vino a engrosar más aún la población cartaginesa y de otros centros fenicios, que pasan a convertirse en verdaderas ciudades cuando hasta entonces no parecen trascender la categoría de meras factorías portuarias. Sin embargo, no parece haber una verdadera hostilidad hacia el comercio griego, pues las importaciones de sus colonias acrecientan su número y consistencia en todos los centros fenicios, y más aún durante el siguiente (Plácido Suárez *et alii* 1993: 98-101). Tanta población en un territorio tan limitado como Cartago obligó a la búsqueda urgente de recursos externos con los que abastecer su alimentación y producción industrial, con lo que se activa una política de acción comercial más consistente. Según referencia de Timeo (en Diodoro Sículo V 16, 2-3), establece una colonia propia en Ibiza –Ebusus– en 635 a. C., aunque recientes descubrimientos señalan un origen previo fenicio (Plácido Suárez *et alii* 1993: 101), y sorprende una ubicación tan alejada de su ámbito de acción inmediato en las islas del Mediterráneo central. Según Tucídides (I 13, 6), se enfrentaría a los focenses de Massalia hacia 600 a. C., y las nuevas relaciones con los autóctonos del entorno llevarán a la construcción de una potente muralla que, según las fuentes, ya existía en el siglo VI a. C., con lo que podemos retrotraer su posible origen

²³ Recinto sagrado de enterramiento de incineraciones infantiles rituales (Aubet Semmler 2009a: 239).

en las postrimerías del VII a. C. (Plácido Suárez *et alii* 1993: 103). El alejamiento de la metrópolis tiria se observa en el abandono de las embajadas anuales y la entrega del diezmo en el templo de Melqart, mientras se acentúa la cohesión social interna y se crea un nuevo vínculo de identidad ciudadana y comunitaria en torno a problemas comunes que diferenciarán a esta ciudad del resto de las fenicias²⁴ (Plácido Suárez *et alii* 1993: 101-106).

El siglo VI a. C. cartaginés es uno para el que disponemos de una mayor información gracias a la aparición de primeras referencias históricas. Durante este siglo se intensifica aún más la política comercial a partir de una mayor intervención en las islas del Mediterráneo central para intentar mantener a raya la presencia focea²⁵, mientras al mismo tiempo inicia una ocupación efectiva de las llanuras circundantes a la ciudad y las somete a una explotación agraria más intensa tras el acaparamiento de su propiedad por parte de una oligarquía aristocrática que vemos reflejada en la epigrafía (Aubet Semmler 2009a: 244 y Plácido Suárez *et alii* 1993: 106-107). Son los momentos de la figura del general Malco –iniciador de una hipotética dinastía malgónida–, a quien Pompeyo Trogo (en Justino VIII 7, 1. 8) asigna una serie de campañas militares en Sicilia, Cerdeña y África. También es el contexto de la fundación de la colonia de Heraclea por parte del espartano Dorico, quien puso en marcha una política de acción antipúnica junto a otras ciudades griegas que desembocó en una derrota a manos de una coalición de autóctonos, púnicos y cartagineses. Tras este altercado, quedaba Sicilia de nuevo como escenario de confluencia comercial internacional, que tan importante era para mantener la estructura cartaginesa (Plácido Suárez *et alii* 1993: 108-110).

Se ha discutido mucho en la literatura científica la naturaleza del poder de la supuesta dinastía magónida. Mientras algunos lo interpretan como representantes de un régimen de oligarcas –*sufetes*–, otros les asignan un poder real. Esta última hipótesis suscita bastantes dudas, pues no aparece tal título en las fuentes púnicas –*mlq*–. No obstante, parece ser que estos personajes descendientes de Macón ocuparon altos puestos en el funcionariado militar y en el sacerdocio, lo que, sin duda, hizo de ellos figuras de gran influencia política. A juzgar por la documentación epigráfica, se constata la

²⁴ Llegará a desaparecer la cerámica de “barniz rojo” hacia 600 a. C. para verse sustituida por otras tipologías nuevas, así como por nuevos objetos como huevos de avestruz decorados y trabajados en forma de pequeñas máscaras, y máscaras funerarias de terracota que evidencian los influjos culturales procedentes del mundo libio y africano (Plácido Suárez *et alii* 1993: 105).

²⁵ La presencia focea en Alalia –Córcega– y Olbia –Cerdeña– estimulará la acción política cartaginesa que desembocará en la batalla naval de Alalia (Heródoto I 165).

presencia de una clase alta –*b'lm* “señores”– cuyo papel social es el de grandes propietarios de tierras, armadores, funcionarios, sacerdotes y jueces –una oligarquía que se hace con el control del poder político y económico–, quedando en un nivel social inmediatamente inferior los comerciantes y mercaderes –*mskr* y *mhsbm*– (Aubet Semmler 2009a: 244 y Plácido Suárez *et alii* 1993: 112-113).

4. 1. 2. *Motya y Sulcis: paradigmas de la colonización fenicia en Sicilia y Cerdeña*

Con la llegada griega a Sicilia y la fundación de Naxos y Siracusa (Lám. LXVII p. 115) (*ca.* 734-733 a. C.), los fenicios, que ya ocupaban promontorios e islotes, se replegaron a la costa occidental y fundaron las colonias de Motya, Panormo y Solunto, según nos informan Tucídides (VI 2, 6) y Diodoro (XX 51, 1 y 58, 2). Si hoy apenas tenemos información arqueológica sobre Salunto y Panormo, no ocurre lo mismo con Motya. Ubicada en un islote frente a la costa de Marsala, se asemeja en su patrón de asentamiento al modelo tirio y gaditano. Sus buenas relaciones con los autóctonos y la proximidad de Cartago hicieron de su posición una muy privilegiada durante sus años de ocupación (siglos VIII-IV a. C.). Parece que hasta *ca.* 650 a. C. su área habitacional es reducida y tiene una población escasa –a juzgar por los pocos enterramientos localizados hasta hoy en necrópolis–. Sin embargo, a partir de esta fecha, como vimos que ocurría en la ciudad cartaginesa, se produce un aumento estimable de la población. El fenómeno tal vez estuviera relacionado con la nueva diáspora fenicia ocasionada por la agresión asiria a las ciudades libanesas. De cualquier modo, observamos que se levantan nuevas instalaciones portuarias, complejos industriales y almacenes, así como dos recintos sagrados –templo de Cappidazzu y un *tofet*–. La consolidación del centro urbano durante el siglo VI a. C. se observará con nuevas construcciones públicas de gran envergadura, como un nuevo puerto cerrado, una imponente muralla y la construcción de un dique en la Puerta Norte que unía la isla a Sicilia. El avance poblacional en la nueva ciudad alcanzará una cifra estimada de 15.800 habitantes en el siglo VI a. C. Así, la ciudad llegará también a 40 ha de extensión y una muralla de 2.500 m de longitud (Aubet Semmler 2009a: 246-247).

En Cerdeña (Lám. LXIX p. 116), tras una primera etapa de contacto distante, ya vista en el apartado anterior, a partir del siglo VIII a. C. observamos el establecimiento

de centros fenicios en sus costas suroccidentales siguiendo patrones muy similares a los del sureste ibérico –pequeños puertos y factorías a poca distancia entre sí–. De todos estos centros fenicios –Nora, Tharros, Bithia y otros–, Sulcis es el que más información arqueológica nos ha dado del periodo arcaico. Dominando un excelente puerto natural, poseía un recinto fortificado y una extensa necrópolis en las laderas del Cresia, así como un *tofet* que empieza a funcionar a comienzos del siglo VII a. C. Los niveles más antiguos localizados hasta ahora en el casco urbano de Sant’Antioco se sitúan hoy entre *ca.* 750-670 a. C. Tan pronto como el siglo VII, cuando vimos que el engrosamiento de las ciudades fenicias del centro mediterráneo era un hecho, se levanta una red de fortificaciones en el *Hinterland* –rico en plomo y plata– de las que destacará Monte Sirai. Levantada hacia 600 a. C. sobre los niveles de una anterior fortificación nurágica, el nuevo centro fenicio sustituirá su dominio político y territorial. Cerca del mismo se ha documentado la existencia de una necrópolis arcaica de incineración en funcionamiento entre los siglos VII-VI a. C. (Aubet Semmler 2009a: 249-254).

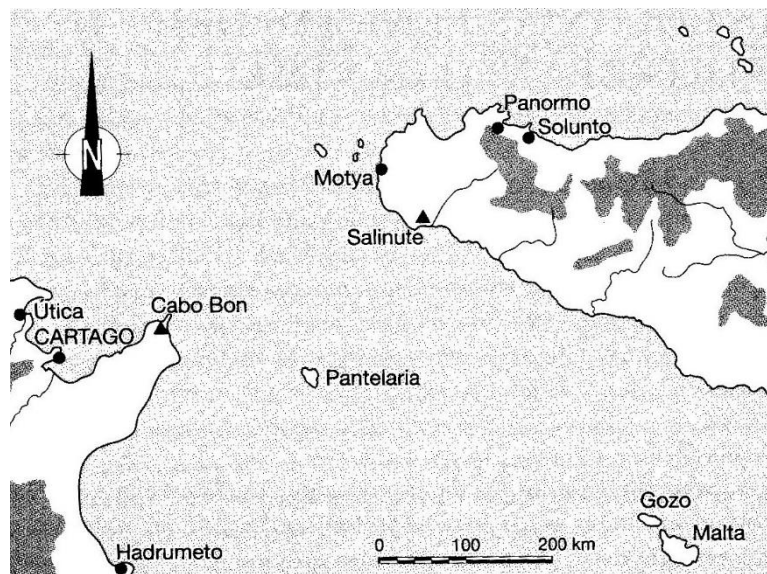
4. 1. 3. Conclusiones

Como podemos observar, Cartago no es el único ejemplo urbano en el Mediterráneo central surgido de la colonización fenicia. Aunque protagonizará un proceso de evolución muy personal y diferenciado del resto, observamos igualmente la presencia de pequeños centros portuarios en la costa del norte de África, como Útica, y en las grandes islas del Mediterráneo central²⁶, que tendrán su propio devenir histórico y avance hacia la urbanización gracias al engrosamiento general de la población fenicia durante el siglo VII a. C.

Por circunstancias cuyas variables desconocemos en gran medida, aunque hemos relacionado con la existencia de una clase oligarca de sufetes en Cartago que se hace con el control paulatino del comercio y la propiedad de la tierra circundante, la ciudad norafricana protagonizará un avance de sus instituciones estatales propias que se harán cargo de tomar decisiones políticas de especial importancia. La insuficiencia del autoabastecimiento para mantener una población tan ingente y la producción artesanal

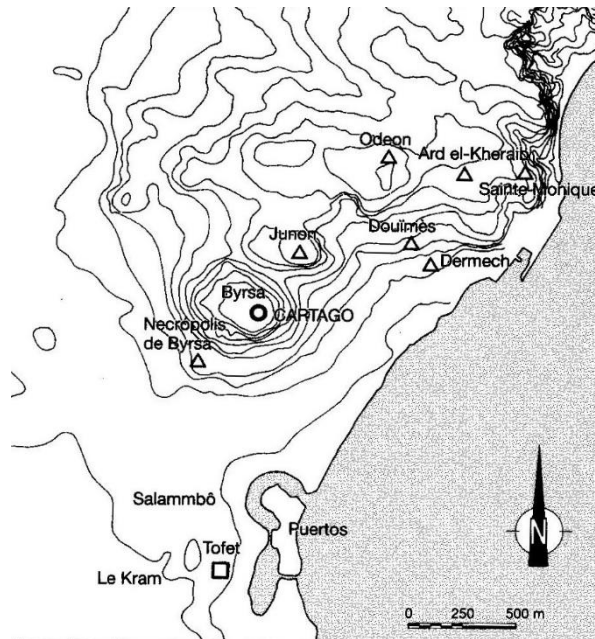
²⁶ Así como en las pequeñas islas de Malta, Gozo y Pentalaria, donde se han documentado puertos de escala y presencia fenicia desde el siglo VIII a. C. (Aubet Semmler 2009a: 248-249).

cuya exportación era de máxima importancia para conquistar el mercado mediterráneo, llevó, a mi juicio, a esta nueva clase social y política a identificar rápidamente sus intereses y objetivos para mantener esta nueva estructura política. Una que, gracias a la concentración de esfuerzos de toda su población y la de sus aliados púnicos hacia un mismo objetivo, teniendo en cuenta que a partir del siglo VI a. C. parece ser que la ciudad comienza a intervenir en el exterior con campañas militares, se convirtió en la principal potencia y autoridad en los mares del Mediterráneo central. No obstante, la actividad de navegantes foceos fuera de su control amenazó estos intereses comerciales y políticos, vitales para la supervivencia cartaginesa, lo que empujó a tomar iniciativas armadas que desembocaron en batalla de Alalia. Este episodio marca, a mi parecer, el principal símbolo que identifica el desarrollo estatal en el Mediterráneo central. La formación de una superestructura institucional capaz de aunar esfuerzos de trabajo y militares para la consecución de sus objetivos inmediatos es lo que queda demostrado, como consecuencia de un proceso de evolución propia a partir de las experiencias en Oriente. Un proceso de evolución propia de una sociedad compleja, jerarquizada, estatalizada y alfabetizada.



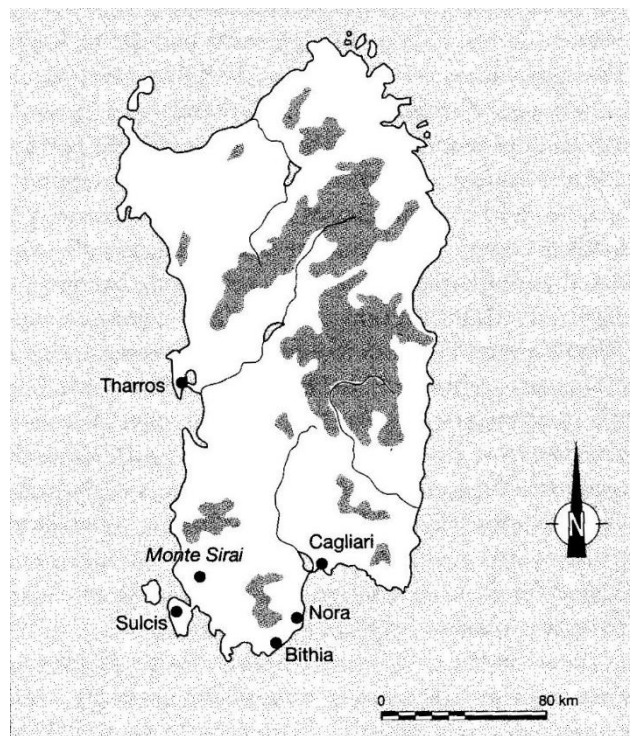
Lám. LXVII: Colonias fenicias en el Mediterráneo central.

Fuente: Aubet Semmler 2009a: 230



Lám. LXVIII: Plano de Cartago.

Fuente: Aubet Semmler 2009a: 237



Lám. LXIX: Colonias fenicias de Cerdeña.

Fuente: Aubet Semmler 2009a: 250

4. 2. Las inscripciones fenicias en el Mediterráneo central

Como ya he comentado, el grueso de la epigrafía fenicio-púnica se encuentra en el Mediterráneo central, pero se data entre los siglos III-II a. C. (Cunchillos y Zamora 1993: 21). Si restamos el número de epígrafes cuya datación es dudosa, los originados entre los siglos VIII-VI a. C. son mínimos, aunque contamos con algunos ejemplos emblemáticos que testimonian la importación del alfabeto en estos lugares desde el primer momento de la presencia fenicia.

Existe el problema, como vimos en las inscripciones etruscas, de una cierta homogeneidad y sencillez en las inscripciones, las cuales siguen fórmulas prefijadas que las asemejan en función de la tipología. Dentro de ésta destacan las inscripciones funerarias, votivas y conmemorativas, todas realizadas sobre estelas. En el norte de África, el principal núcleo de concentración epigráfica es Cartago, especialmente en el *tofet* de Salammbô, de donde se han recogido miles de estelas con la misma fórmula dedicatoria: “A la señora Tanit, de cara a Baal, y al señor Baal Hammon, a quien ha votado [sujeto oferente], hijo de [nombre], hijo de [nombre]²⁷” (Lám. LXX p. 118) (Fantar 1993: 147). Gracias a varias de estas inscripciones dedicatorias sabemos que la mujer no estaba excluida del ejercicio sacerdotal, y podía igualmente ofrecer sacrificios: “A la señora Tanit (...) a quien ha votado Muthunbaal, esposa de Ithano, hija de Himilk, sufete, porque él ha escuchado su voz”, así como CIS I: 5941 y 5942²⁸: “Tumba de Arishatbaal, la sacerdotisa, esposa de Melqarthilles” y “Tumba de Germelqart, sacerdotisa de Nuestra Señora” (Fantar 1993: 148-149). Como rasgo general y llamativo en todas estas inscripciones funerarias y votivas destaca la señalización del oficio y papel social de los sujetos difuntos u oferentes, lo que convierte este campo en uno privilegiado donde realizar las investigaciones sociológicas pertinentes. También destacan otras inscripciones de carácter más civil, en las que se nos testimonia la construcción de nuevas obras de urbanización y sus responsables (Fantar 1993: 152), así como signos sobre fragmentos cerámicos que siguen patrones muy parecidos a los greco-fenicios de Pitecusa (Lám. LXXI p. 119). Entre ellos, un caso excepcional es el de un grafito sobre un ánfora que ha sido tratado por P. C. Schmitz (2011). Compuesto de tres letras en tinta rojiza y

²⁷ Caso de CIS I: 438: “A la señora Tanit, de cara a Baal, y al señor Baal Hamon a quien vota Amatmilcata, hija de Safati” (CIS I, vol. 2: 2).

²⁸ Numeración de las inscripciones en el *Corpus Inscriptionum Semiticarum* (I).

con más de 7 cm de largura, esta inscripción se encuentra sobre un ánfora anaranjada que, por su forma y tipología, es situada por Joann Freed en ciudades fenicias del sur, datada hacia 650-600 a. C. y destinada al transporte del vino. Las tres letras escritas en dirección sinestrosa son *samek*, *nun* y *pe* [*snp*], cuyas formas no son muy habituales –una *samek* parecida se encuentra en el segundo coloso de Ramsés II en Abu Simbel, de ca. 593 a. C., y en una copa ática del siglo V a. C. conservada en el Museo del Louvre (A0 3986)–, por lo que se ha propuesto que se tratara de la forma más corriente en escritos cursivos sobre papiro. La *nun*, aunque con una primera impresión parece una *mem* cursiva, una observación más detallada llevó a Schmitz a rechazar tal posibilidad. La *pe* está formada por un arco suave que la aproxima a otra encontrada en una estela cartaginesa datada hacia finales del siglo VIII y comienzos del VII a. C. El inicio y final de los trazos en esta ánfora son redondeados y borrosos, lo que indica su realización a partir de un pincel. Bajo un criterio paleográfico, Schmitz apuesta por una datación de entre 750-650 a. C. para el grafito. Sobre el significado de las letras, señala la posibilidad de relacionarse con la palabra acadia *sanapu*, que pasó al griego y al latín como *sinapi* para designar a la conocida especie vegetal cuyas hojas eran incluidas en recetas culinarias para hacer mostaza, aunque a mí me desconcierta si hacemos caso a las indicaciones de Joan Freed en el apéndice de la misma publicación de Schmitz, que indica la función del recipiente para el transporte del vino (Schmitz 2011: 54-58). No obstante, no tenemos base sobre la que saber si el grafito se realizó en el lugar de origen del ánfora o muy posteriormente, estando vinculada a otra funcionalidad.

<p> 9 לל לללל לללל לל ללל ללללל לל לללללללל ללל לל לללל לללל </p>	<p> לרבת לתנת ולב עלן לאדן לבעל ח כן אש נדרא ש לכה בת קטן </p>
--	---

Lám. LXX: CIS I: 438, estela a Tanit y Baal Hamon, y su transcripción en alfabeto hebreo.

Fuente: *Corpus Inscriptionum Semiticarum*, pars prima, vol. II (1890): 2



Lám. LXXI: Grafito sobre ánfora de Cartago MC 91.65 (Museo Nacional de Cartago, Túnez).

Fuente: Schmitz 2011: 56

Fuera del ámbito cartaginés, aunque en mucha menor medida, también se han detectado numerosos epígrafes fenicios. De las pequeñas islas han sobrevivido ejemplos arcaicos como el de Marsa Scirocco (Malta), cuya transcripción sólo he conseguido encontrar en alfabeto hebreo²⁹, sin traducción, en el manual de Donner y Röllig (2002: 12):

(1) נדר אש צר בעל מלקרת ננדלא

(2) אמרשמר ואחי עבדאמר עבדך

(3) שמע כ עבדאמר בן אמרשמר בן

(4) יבכם קלם

También han sobrevivido estelas en Cerdeña y Sicilia de una cierta antigüedad que se insertan dentro de nuestro contexto. Además de inscripciones votivas y funerarias, destaca la presencia de otro grupo de inscripciones no monumentales, como aquellas encontradas sobre escarabeos o anillos, así como nombres propios inscritos sobre copas y ánforas de entre los siglos VIII-VII a. C., y otros signos identificativos en asas de ánforas comerciales (Amadasi Guzzo 1990: 26-27).

²⁹ Como alfabeto semita actual más próximo al fenicio, ciertos autores lo utilizan en las transcripciones como método de aproximación más fiel, como en este caso (Donner y Röllig 2002)

De entre el grupo de inscripciones más antiguas destaca la conocida estela de Nora (Lám. LXXII p. 121), la cual muestra rasgos paleográficos que los especialistas sitúan en torno a los siglos IX-VIII a. C. –una tendencia a la verticalidad, formas toscas y astas poco alargadas– (Amadasi Guzzo 1990: 28-30). Encontrada en 1773 incrustada en un muro de Capo di Pula, situada en el lugar de la antigua Nora, fue objeto desde entonces de una continua investigación durante los siglos XIX y XX. Sus 44 letras repartidas en ocho líneas aún se mantienen sin una transcripción y traducción definitivas a causa de las dificultades de lectura determinadas por la fragmentación del texto y la falta de espacio o signos de puntuación que separen las palabras (Schmitz 2011: 15-16). De las muchas propuestas, he optado por proporcionar aquí la transcripción en alfabeto latino, y la traducción, hechas por P. C. Schmitz (2011: 16):

(1) *btršš*

(2) *wgršh'*

(3) *bšrdnš*

(4) *lmh'šl*

(5) *mšb'm*

(6) *lktnbm*

(7) *šbnngr*

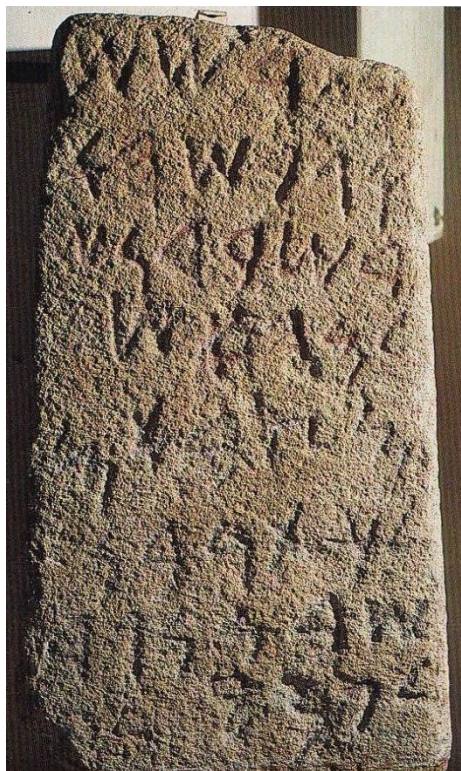
(8) *lpmv*

“[...] en/de Tarshish, y ellos expulsaron a sus enemigos de Cerdeña. Nuestra reina compensó a sus milicias por la deuda entre nosotros. Su asignación (de tierra) está aquí, en el mar”.

Si bien otros muchos autores han querido ver en la inscripción la conmemoración de la erección de un templo al dios Pumai, Schmitz prefiere reconocer en ella la venida de milicias auxiliares desde un lugar llamado Tarshish –¿acaso en la península ibérica?– y una recompensa otorgada por una figura regia desconocida (Amadasi Guzzo 1990: 41-42; Schmitz 2011: 19-21).

Las inscripciones de Cagliari ascienden a un número importante, pero las más antiguas no trascienden el siglo V a. C. (Amadasi Guzzo 1990: 42-45). Sí disponemos de

algunas inscripciones reseñables en Sulcis. La más antigua, ubicada en su *tofet*, se ha datado por su situación estratigráfica y criterio paleográfico en torno a los siglos VIII-VII a. C. (Lám. LXXIII p. 122). Realizada sobre una lámina de oro muy fragmentada, que no permite traducción por su pequeñez, Amadasi Guzzo indica la probabilidad de que se trate de un tipo de texto mágico. El resto de inscripciones proviene también del *tofet* y se encuentran insertas en estelas y cipos. Destaca del siglo VI a. C. (Lám. LXXIII p. 122) una estela con una formulación típica del periodo arcaico, similar a las vistas en la ciudad cartaginesa, cuya traducción nos facilita Maria G. Amadasi: “Esto (es) un cipo de (sacrificio) MLK B^c/L, para el señor Baal Hamon, que ha puesto Ari/sh, hijo de Labo, / hijo de Elam; / porque (el dios) ha escuchado la voz de sus palabras”. Es un caso especialmente interesante en el que se observa el sacrificio ritual, bien de un niño o un animal sustituto, dentro de las prácticas habituales de los *tofets* (Amadasi Guzzo 1990: 45).



Lám. LXXII: Estela de Nora.

Fuente: Amadasi Guzzo 1990: 103



Lám. LXXIII: Cipo del *tofet* de Sulcis (siglo VI a. C.).

Fuente: Amadasi Guzzo 1990: 109

Por otro lado, las inscripciones fenicias sicilianas más numerosas y antiguas provienen de Motya –especialmente de su *tofet*–. Hablamos del grupo de inscripciones más consistente del siglo VI a. C. en territorio italiano, conservadas en el Museo Whitaker de Mozia. Todas ellas consisten en dedicatorias a Baal Hamon, y como en los anteriores casos, presentan fórmulas sencillas y repetitivas. Del estrato V, datado hacia el siglo VI a. C., destacan inscripciones en grafito rojizo sobre la superficie de los cipos, de los que Amadasi nos ofrece el ejemplo traducido MT 69 /187 (n.º 23): “Al señor Baal / Hamon / (esto es el) regalo / que ha dedicado Azor” (Lám. LXXIV p. 123) (Amadasi Guzzo 1990: 56). El resto de grupos de inscripciones de Motya y otros lugares de la isla no trascienden el siglo V a. C. (Amadasi Guzzo 1990: 57-63).



Lám. LXXIV: Inscripción en grafito sobre una estela de Motya (MT 69 /187, siglo VI a. C.).

Fuente: Amadasi Guzzo 1990: 57

4. 3. Conclusiones

Vista la presencia de epígrafes fenicios en las colonias del Mediterráneo central, concluimos que es manifiesta su presencia desde momentos tempranos en la instalación colonial fenicia en estos mares³⁰. Es producto, en efecto, de la familiarización con el alfabeto fenicio de las metrópolis libanesas por parte de los colonos arribados a estas costas. La presencia de artesanos y comerciantes que inscriben iniciales y nombres propios en sus objetos cotidianos, tales como recipientes cerámicos, es una práctica que vemos llevarse a cabo en el ámbito mediterráneo general y, en concreto, en la colonia griega de Pitecusa, una además bastante frecuentada por fenicios que residen en sus barrios. Diferente caso es el de la presencia desde temprano de estelas conmemorativas, votivas y funerarias en las nuevas ciudades fenicias del norte de África y las islas centrales del Mediterráneo. Este tipo de inscripciones sugieren la presencia de un cuerpo burocrático especializado en el uso de la escritura sobre soportes pétreos para darles una monumentalidad y perduración mayores a las escrituras que también debieron ser

³⁰ Cabría esperar a la posibilidad de que aparecieran ejemplos epigráficos de antigüedad similar a las fechas recientemente obtenidas de Útica, que han elevado sobremedida el horizonte colonizador fenicio hasta el siglo X a. C. (López Castro *et alii* 2016).

habituales sobre soportes endebles, si recordamos ejemplos como la tablilla de Marsiliana d'Albegna, en Italia. Este cuerpo burocrático especializado en un uso institucional de la escritura parece pertenecer, al menos en el caso de las inscripciones que podemos observar, al ámbito sacerdotal, a juzgar por la preponderancia de inscripciones de carácter votivo y funerario. Ya he señalado más arriba la importancia de la institución estatal dentro de la civilización fenicia. No debemos olvidar que en la tradición de los Estados del Próximo Oriente antiguo el templo y el palacio son dos instituciones que funcionan de la mano y se apoyan con vistas a un mismo fin. La religión fenicia funciona en estas nuevas colonias de occidente como un elemento más de identidad colectiva, la cual adquiere características muy propias y diferenciadas en el caso cartaginés a causa de su localización africana, distanciamiento de la metrópolis tiria y formación de una clase dirigente con objetivos políticos propios, de la cual ha quedado constancia epigráfica en las estelas cartaginesas.

De forma muy distinta a lo que muestran los fragmentos cerámicos inscritos por personal independiente en lugares como Pitecusa, o la inscripción de hexámetros en copas como la de Néstor, que parecen tener un uso más lúdico y alternativo, estas estelas fenicias de Cartago, Motya, Sulcis y Nora se mantienen dentro de la órbita estatal, institucional y burocrática, por lo que se acentúa la formulación sistemática de las oraciones. Es un caso parecido al etrusco, cuyo avance estatal también he señalado como evidente en el apartado anterior, aunque a partir de un proceso de diferenciación genealógica como característica particular y diferenciada del caso fenicio.

5. *Plus ultra*: el alfabeto en la península ibérica y más allá de las columnas de Heracles

El alfabeto en la península ibérica será producto de un proceso histórico complejo y acompañado de infinidad de variables que trataremos de incluir aquí. La península es un espacio geográfico relativamente enorme en comparación con los tratados en los apartados anteriores. La gran extensión de sus suelos y las condiciones orográficas impusieron a sus sociedades prehistóricas un cierto atomismo y aislamiento general, con lo que las características culturales materiales en cada región fueron muy particulares. Otra característica de la Prehistoria reciente peninsular es que conviven en el mismo espacio sociedades insertas en modos de vida y economía variados y alternativos que desembocarán en la aparición de comunidades más o menos complejas y jerarquizadas. A lo largo del capítulo tendremos ocasión de observar que los precedentes sociales en algunas de estas comunidades hacia la jerarquización y la distinción social serán claves para que se desarrolle un tipo u otro de dialéctica con los comerciantes provenientes del Mediterráneo –chipro-fenicios en un primer momento, con el comercio eubeo-fenicio más adelante y, finalmente, con las colonias fenicias fundadas en suelo peninsular–. Esta presencia oriental y los distintos modos con que las sociedades indígenas conectan con ella serán determinantes para la adaptación o no del uso del alfabeto por parte de estas comunidades autóctonas, así como otros elementos con los que la escritura vendrá acompañada, tales como la urbanización y el avance del distanciamiento social, de forma muy paralela a la observada en la península itálica.

Para poder llegar a una explicación íntegra del fenómeno del alfabeto en el extremo occidental mediterráneo y resolver los interrogantes que estimulan este trabajo, comenzaré reservando un apartado a resumir las líneas esenciales del conocimiento arqueológico actual sobre las sociedades autóctonas en los horizontes previos a las colonizaciones fenicia y griega, para conocer así el sustrato sobre el que estas actuarán y comprender mejor las diferencias que podamos observar en los efectos socioculturales. Acto seguido, trataré de aportar un estado actual de la cuestión sobre la colonización fenicia en la Península entre los siglos VIII-VI a. C. y observar las inscripciones que acompañan al registro arqueológico, de tal forma que podamos comprender las características del alfabeto fenicio en la península, aquél con el que entraron en dialéctica las sociedades que lo adoptaron. Otro espacio quedará reservado a tratar el caso

paradigmático del alfabeto tartésico, una vez establezcamos qué entendemos por Tartessos haciendo un seguimiento de la tradición historiográfica sobre el concepto.

5. 1. La sociedad ibérica del Bronce final anterior al horizonte colonizador

5. 1. 1. *El Bronce final atlántico y el suroeste peninsular*

La vertiente atlántica peninsular ha venido incluyéndose en la literatura científica dentro del Bronce final atlántico, el cual se extiende por todas las tierras europeas bañadas por el océano. Este complejo cultural se ha venido identificando a partir de una serie de ítems metálicos característicos que se extienden por todo su ámbito geográfico gracias a una serie de avances tecnológicos en la navegación a partir de mediados del II milenio a. C. Siguiendo esos ítems metálicos y otros objetos como fósiles guía, se ha solido seguir un esquema cronológico tripartito en su datación, aunque en los últimos decenios las dataciones calibradas han venido a alterar la cronología convencional. Tras la fase primigenia de Bronce final atlántico I (1250-1100 cal a. C.), en la que los objetos guía tienen una reducida presencia en suelo peninsular, el Bronce final atlántico II (1100-940 cal a. C.) se caracteriza por una especial concentración de la espada pistiliforme en la península, la cual ya se encuentra más integrada dentro de los círculos del comercio atlántico. En el Bronce final atlántico III (940-750 cal a. C.) destacará la presencia de grandes depósitos metálicos cuyo elemento más característico será la espada de lengua de carpa, especialmente presente en el yacimiento de Baiões (Maya 2012: 386-389).

La sociedad atlántica se caracteriza por una especial importancia de la ganadería como principal fuente económica, aunque en estas fases cronológicas se irán incorporando novedades tecnológicas dentro de la agricultura, así como nuevos cultivos, que propiciarán una mayor sedentarización de las comunidades. Mientras, se presentan numerosas pruebas que evidencian un avance sin paliativos de la complejidad social en gran parte de la vertiente oceánica –abundancia de armas y poblados fortificados en altura que controlan el tráfico de los recursos en torno a los valles de los ríos, sobre todo en las regiones de las Beiras y en la Extremadura portuguesas, así como la presencia de una metalurgia de tecnología muy avanzada que produce ítems de alta calidad y que sugiere la presencia de un cuerpo artesanal especializado—. En estos poblados hegemónicos, cuyo

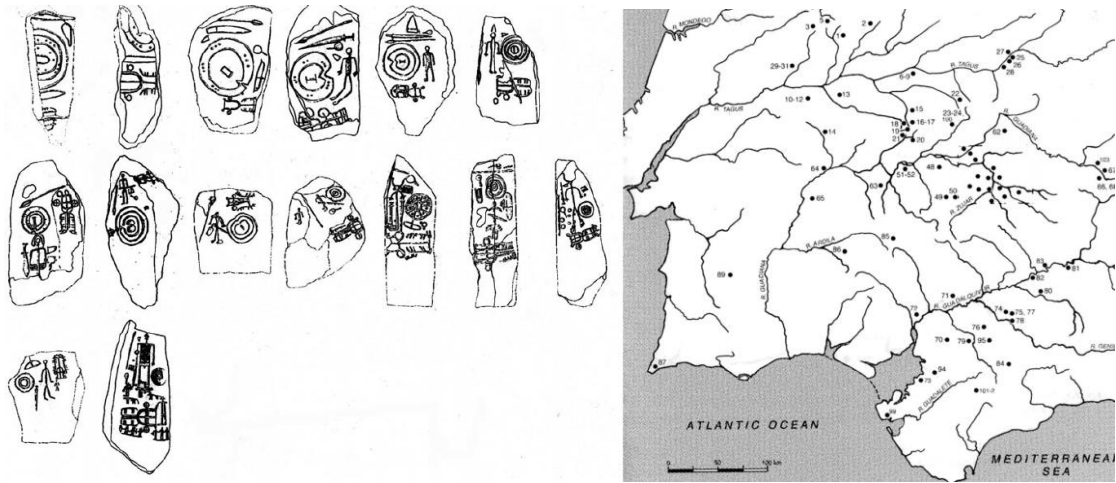
principal paradigma es Baiões, se concentran elementos importados desde grandes lejanías atlánticas y mediterráneas desde fechas muy previas al horizonte colonizador fenicio –es la fase de comercio mediterráneo que conocemos como precolonial–, que vienen a asociarse, como elementos de lujo, a un incipiente cuerpo social distinguido. Éste parece ser consciente de sus intereses materiales al protagonizar contactos sistemáticos e intercambio de dones de alta categoría asociados a prácticas aristocráticas presentes en todo el Mediterráneo. En este sentido, las armas, los grandes calderos de estilo chipriota y los asadores de bronce sugieren un sistema de pactos de alianza sellados a partir de banquetes y simposios en los que estos sujetos distinguidos exhibían su riqueza personal. Sin embargo, la principal fuente de información sociológica dentro de la Arqueología –la necrópolis– es un elemento que, misteriosamente, no se presenta en el Bronce final atlántico. Parece sugerente que el rito funerario fuera de tal modo que no quedaran huellas ni restos materiales del difunto. Existen excepciones que se han interpretado como intrusismo alógeno dentro de la sociedad autóctona, como el *tholos* de Roça do Casal do Meio (Sesimbra), donde además aparece una gran cantidad de importaciones mediterráneas (Maya 2012: 398-401; Ruiz-Gálvez 2013: 290; Vilaça 2008).

El Bronce final del suroeste peninsular, conocido como *tartésico* (ca. 1150-900 cal a. C.) sigue siendo hoy día especialmente discutido entre quienes sostienen la hipótesis de la existencia de una sociedad compleja y jerarquizada desde horizontes precoloniales y quienes asignan estas características al impacto fenicio. De cualquier modo, destaca en estas fechas un registro arqueológico parco y laxo que viene a señalar la presencia de una sociedad aldeana asociada a estructuras de habitación endebles y una economía centrada en el pastoreo. El elemento arqueológico más característico de esta fase cronológica del suroeste peninsular será la estela decorada con iconografía incisa (Lám. LXXV p. 129). Aunque parece originarse en la cuenca del Tajo a partir de influencias atlánticas, este fenómeno cultural se trasladará progresivamente hacia el sur hasta desembocar en el valle del Guadalquivir en sus últimas fases. Paulatinamente, además, durante este proceso irá sustituyendo los iconos de elementos característicos del Bronce final atlántico –espadas de lengua de carpa, hachas de talón, etc.– por otros más relacionados con el comercio mediterráneo –espejos, guirnaldas, fíbulas, etc.–. El siglo IX a. C. verá, no obstante, un cambio significativo a partir de un aparente aumento demográfico –o más bien consistencia de las estructuras habitacionales– en todo el suroeste peninsular. Si bien se

ha pretendido explicar señalando el repunte de la actividad minera, parece ser que ésta se limitaba a la región onubense (Celestino Pérez 2001: 261-277). Autores que apuestan por la complejidad social autóctona, como Diego Ruiz-Mata, señalan la presencia de grandes poblados fortificados en altura y hegemónicos que controlarían una red de otros asentamientos medianos y aldeas destinadas a la producción agrícola (Lám. LXXVI p. 129), tanto en los llanos de Huelva –Los Castrejones (Aznalcóllar), Niebla y Huelva– como en las llanuras del Guadalquivir, entonces en gran parte inundadas por enorme golfo –*lacus Ligustinus*–, en las que se levantarán asentamientos como Setefilla, Mesas de Asta, Carmona y, probablemente, El Carambolo –aunque muchos de estos yacimientos se asocian a población fenicia por parte de otros autores– (Ruiz Mata 2001a: 45-66; Ruiz Mata y Gómez Toscano, 2008). En los niveles que se han podido excavar hasta hoy en estos yacimientos destaca la presencia de cabañas de plantas curvas y alzado realizado a partir de entramados vegetales, adobes y tapial. Con respecto al material cerámico que podemos usar como fósil guía distinguido de otros aparecidos también en horizonte colonial, sólo disponemos de los recipientes tipo Carambolo (Castro, Lull y Micó 1996: 195-209).

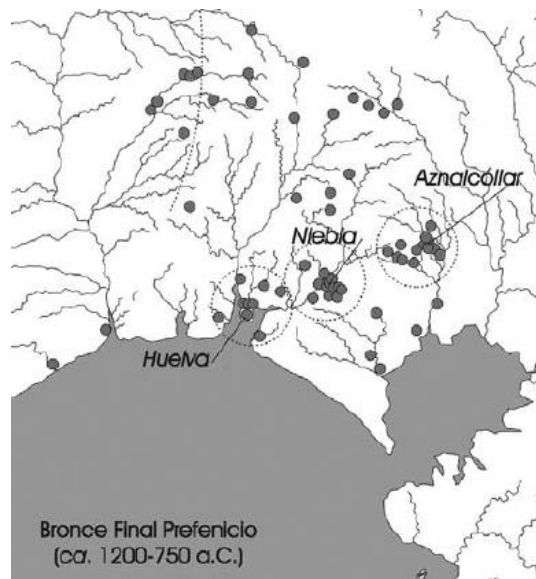
Un núcleo de especial importancia para este trabajo, por la relevante presencia de importaciones mediterráneas precoloniales, así como por un evidenciado desarrollo autóctono de la minería del cobre y la metalurgia, conectadas con el círculo comercial atlántico, será el de Huelva. En la ría de la ciudad se halló en 1922 un depósito metálico que incluía más de cien piezas –la mayor parte amortizadas– que se ha querido relacionar con otros depósitos marinos de chatarra en el Bronce final atlántico. El conjunto, no obstante, incluye piezas de tradición atlántica –espadas de lengua de carpa, regatones y puntas de lanza tubulares–, así como mediterráneas –fíbulas de codo y algún material de hierro–, cuyo análisis de isótopos de plomo indican la procedencia del material de algunas de estas piezas de Cerdeña. Dataciones radiocarbónicas han elevado las fechas del depósito a *ca.* 1000-950 cal a. C., con lo que podemos relacionarlo con la fase comercial observada en las piezas de cerámica del pozo de Útica y las importaciones mediterráneas de Baiões (Castro, Lull y Micó 1996: 195-209 y Maya 2012: 393-398). Recientes excavaciones en el casco antiguo de la ciudad de Huelva han revelado también la existencia de un poblado autóctono con niveles entre finales del II milenio a. C. y el horizonte colonizador, en los que aparecen objetos relacionados con el comercio chipriota y fenicio, así como cerámica villanoviana y sarda –no olvidemos la relación ya señalada

entre la sociedad nurágica de Cerdeña y el círculo atlántico–, cuyas cronologías convencionales basadas en la tipología se ubican en torno a los siglos XI-IX a. C. (Ruiz-Gálvez 2009 y 2013: 283-284).



Lám. LXXV: Estelas decoradas del suroeste y su distribución geográfica.

Fuente: Mederos Martín 2008: 443 y 444



Lám. LXXVI: Localización de los yacimientos del Bronce final en la Tierra Llana de Huelva.

Fuente: Ruiz-Mata y Gómez Toscanos 2008: 327

5. 1. 2. *El sureste y el levante peninsulares entre el círculo atlántico y el comercio mediterráneo*

El sureste y el levante alicantino peninsulares serán dos regiones de gran importancia por la especial concentración de factorías fenicias a lo largo de sus costas, especialmente en la costa malagueña.

Entendemos como sureste peninsular la región acompañada de los sistemas montañosos béticos, cuya orografía la diferencia sobremanera de los llanos del suroeste bañados por el Guadalquivir. El periodo previo al horizonte colonizador es conocido a día de hoy en esta región como Bronce final y se ha datado *ca.* 1300-900 cal a. C., aunque incluiremos aquí la fase del Bronce final pleno de F. Molina (*ca.* 900-800 a. C.) para no dejar paréntesis cronológico sin tratar antes de la presencia fenicia. La región que más información arqueológica nos ha aportado hasta hoy es la Vega de Granada, cuyos yacimientos –Cerro de la Encina y Cerro de la Miel– nos han proporcionado estratigrafías muy completas, así como otros de territorio granadino y almeriense –Cerro del Real, Cerro de los Infantes, Gatas, etc.–. Se presentan en todos ellos cabañas de planta oval con zócalos de piedra y alzado de tapial o adobe (Castro, Lull y Micó 1996: 185-190). El registro funerario señala una serie de innovaciones con respecto al Bronce tardío (*ca.* 1600-1300 cal a. C.), como la reutilización de sepulcros megalíticos del Calcolítico en el Bajo Andarax desde finales del siglo X e inicios del IX a. C. Durante el siglo IX a. C. aparecen pequeñas necrópolis de incineración –asociadas a urnas de cerámica con decoración acanalada en el cuello, lo que nos señala una gran influencia del norte peninsular– en yacimientos de la Cuenca de Vera, como La Encantada, junto a otras necrópolis de inhumación que también reutilizarán el espacio megalítico en todo el territorio almeriense. Numerosas tumbas de estas necrópolis incluyen ajuares con piezas como brazaletes inspirados en formas mediterráneas, cuentas de cornalina y algún objeto de hierro en La Encantada. Se ha querido observar en esta convivencia entre usos funerarios tan distintos la presencia de comunidades diferentes en el mismo espacio: autóctonos participantes de una economía más pastoril y nuevos migrantes procedentes del complejo cultural de los Campos de Urnas asentados en la cuenca de Vera (Lorrio Alvarado y Montero Ruiz 2004; Lorrio Alvarado 2011). Cabe destacar también la presencia de cerámicas con decoración interna bruñida y la incrustación de botones de bronce –un tipo cerámico muy presente en el Bronce *tartésico*–, que señalan la existencia

de relaciones entre ambos espacios geográficos, así como la presencia de ítems metálicos de especial importancia y relacionados con líneas de comercio mediterráneas³¹ y atlánticas³². Especialmente lo estará el taller metalúrgico descubierto en el poblado alicantino de Peña Negra, en el que se producía, a partir de chatarra importada, piezas de tipología atlántica –lanzas Vénat, espadas de lengua de carpa y hachas de apéndices laterales entre otras piezas características–, que nos muestran la existencia de un cuerpo artesanal especializado y una complejidad social homologable al observado en núcleos del círculo comercial atlántico (Maya 2012: 404).

Por su parte, las tierras malagueñas tendrán una periodización paralela a la del sureste en general. Dada la especial concentración de asentamientos fenicios en sus costas desde fechas tan tempranas, no debemos ignorarlas. En ellas se produce en estos siglos una nueva dinámica social en la que se articula el espacio en torno a poblados en altura asociados a estructuras de amurallamiento y con un buen dominio visual del territorio. Podemos destacar entre ellos Capellanía, en la costa oriental, el Llano de la Virgen y Castillejo de Almogia en el valle del Guadalorce, y Castillejos de Alcorrín en el litoral occidental (García Alfonso 2007: 76-82, 84-87, 116-122, 166-169, 179-181, 193-202).

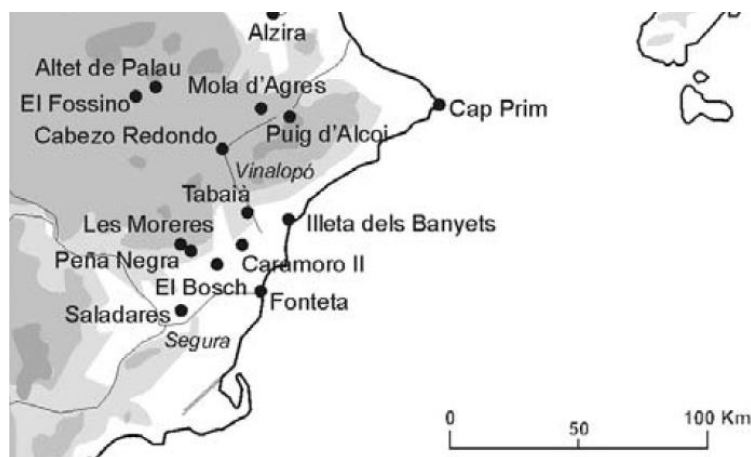


Lám. LXXVII: Principales yacimientos del sureste peninsular en el Bronce final.

Fuente: López Castro 2008: 285

³¹ Fíbulas de codo, y alguna de hierro, en Cerro de la Mora, Peña Negra, Cerro de la Miel; y hachas de apéndices laterales en Cerro del Real, Guadix y Campotéjar (Maya 2012: 404).

³² Especialmente en la costa y en las llanuras del Vinalopó –hachas de talón y anillas, y espadas de lengua de carpa– (Maya 2012: 404).



Lám. LXXVIII: Principales yacimientos del levante alicantino en el Bronce final.

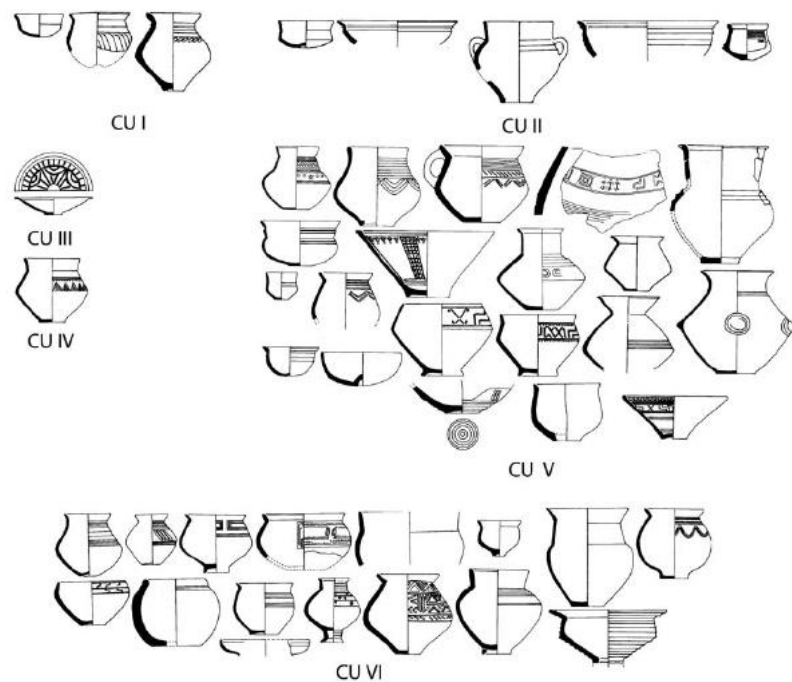
Fuente: Rafel et alii 2008: 257

5. 1. 3. Campos de urnas en el noreste peninsular

El noreste peninsular se inserta dentro de la conocida como Cultura de los Campos de Urnas –en adelante, CCUU–, procedente de Centroeuropa. La puesta al día del registro arqueológico de la cultura de CCUU señala como sus elementos más característicos el rito de la incineración y la cerámica acanalada usada como urna de enterramiento (Lám. LXXIX p. 133) –ambos elementos presentes en las necrópolis de incineración almerienses, hasta donde podemos extender el espacio perteneciente a CCUU–. Sin embargo, las últimas dataciones establecen la anacronía entre el rito de incineración –primeros casos en Centroeuropa a partir del siglo X cal a. C.– y la cerámica acanalada –hallazgos más antiguos del siglo XIII cal a. C.– Sobre este fenómeno cultural hay un debate interpretativo sobre si se trata de una movilización démica masiva o un mero fenómeno de culturización parcial como producto del contacto y las redes de intercambio regional. En el caso del noreste peninsular, existe hoy día un consenso general que habla de pequeños movimientos poblacionales a cortas distancias desde pasos pirenaicos como el valle de Cerdaña o el del Segre. No obstante, se da una gran fragmentación cultural entre regiones y localidades en el territorio actualmente catalán que se ve acrecentada por las desigualdades de investigación entre los distintos territorios (Maya 2012: 415-425).

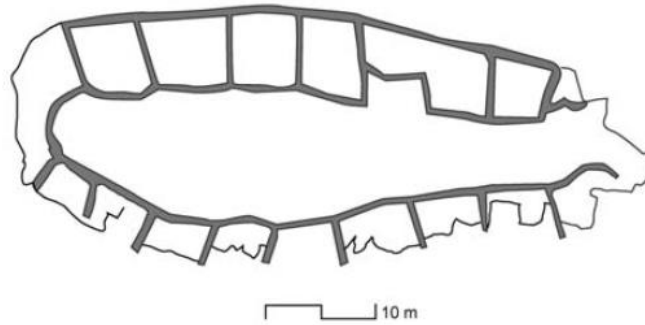
El Bronce final del noreste peninsular (1350/1300-800/750 cal a. C.) es, así, muy heterogéneo. Muchas zonas mantendrán una cultura material y modos de vida similares a los del Bronce medio, mientras en otros lugares –en el bajo Segre-Cinca– se desarrolla

un hábitat semiurbano de cabañas pseudo-rectangulares adosadas entre sí y formando un espacio interior de forma longitudinal y de uso común (Lám. LXXX p. 134). Por otro lado, el registro funerario ve, como se viene señalando, la introducción del rito de la incineración que se generalizará hacia 1100 cal a. C., aunque se presentará bajo estructuras de enterramiento diversas. Junto a la cerámica tradicional del Bronce medio se presentará la característica de CCUU –cocción reductora, acabado pulimentado y perfil bicónico–. También se generalizará a partir de estas fechas (1100-1000 cal a. C.) la proliferación de nuevos poblados gracias a la introducción de mejoras agrícolas y a la mayor sedentarización de las comunidades, las cuales consolidan la producción metalúrgica del bronce. El proceso de consolidación de estos poblados semiurbanos y la introducción de la metalurgia del hierro se darán durante el inicio del Hierro antiguo con la presencia fenicia en Aldovesta (siglos VIII-VII a. C.) (Rafel *et alii* 2008).



Lám. LXXIX: Cerámica de CCUU del noreste peninsular clasificada según la periodización de Sperber.

Fuente: Rafel *et alii* 2008: 243



Lám. LXXX: Planta del poblado de Venó.

Fuente: Rafel *et alii* 2008: 242

5. 2. La colonización fenicia en Occidente

La colonización fenicia en la península ibérica ha sido objeto de un gran debate desde su redescubrimiento en la década de 1960 a raíz de las excavaciones de Niemeyer y Schubart en los yacimientos de la costa malagueña. Desde entonces, las aportaciones han ido en aumento y el tema en cuestión se ve sujeto a una continua actualización y a la aparición de nuevos enfoques teóricos. Habrá posiciones que darán un mayor o menor peso a la aportación oriental o a la autóctona en los diferentes yacimientos. En especial los del interior, tales como Carambolo o Carmona, siguen siendo objeto de un enconado debate sobre si hablamos de poblamiento fenicio o indígena, lo que dificulta sobremanera el estudio delimitado y diferenciado de la presencia fenicia y la sociedad autóctona. Así, del mismo modo, existen nuevos enfoques teóricos a la hora de abordar la colonización, además de paradigmas clásicos como el materialismo. Me refiero, en concreto a la nueva postura del *poscolonialismo*, que apuesta por una revisión de la perspectiva con que se ha atendido la colonización fenicia en la historiografía, la cual pecaría de cierta intromisión ideológica por parte del colonialismo europeo moderno y contemporáneo, y de la idea que tenemos de este tipo de movilización démica (García Alfonso 2007; Marín Aguilera 2012; Pappa 2013).

Así pues, la fragmentación de perspectivas en torno a la colonización fenicia entre los siglos VIII-VI a. C. dificulta en gran medida una aproximación acomodada al tema. En este trabajo no dejaré de observar, en cualquier caso, las condiciones sociológicas que refleje el contexto arqueológico en general y el de la aparición de epígrafes en particular.

Llevaré a cabo mis propias conclusiones a partir de la observación del registro en publicaciones que vea lo suficientemente nutridas para los objetivos de este trabajo, y no reservaré más que sucintos espacios al debate de la colonización.

El espacio tan ingente en que se desarrolla la colonización fenicia en la península me ha empujado a diferenciar dos grandes bloques, aunque realmente conectados. Por un lado, hablaré de la presencia fenicia en la vertiente atlántica y su centralización en torno a la colonia de Gadir, en la actual Cádiz. A continuación, hablaré de la red de pequeñas factorías y núcleos de hábitat en la costa mediterránea, concentrados en tierra actualmente malagueña, pero igualmente presentes en el Levante.

5. 2. 1. *Gadir y el comercio atlántico*

De Gadir tenemos una gran cantidad de referencias literarias, aunque tardías, pero muy poca información arqueológica a causa de la continuidad de población en el lugar hasta a día de hoy.

Según nos informan las fuentes grecorromanas –Veleyo Patérculo, Diodoro de Sicilia, Estrabón, etc.–, escritas muy tardíamente con respecto a los sucesos que relatan, las causas que impulsaron el nacimiento de la colonia de Gadir fue el comercio de la plata encontrada en los filones del suroeste peninsular. Sin embargo, mantienen una gran confusión en torno al origen geográfico concreto de la ciudad, localizada en un complejo archipiélago en torno a la Bahía de Cádiz, que hoy se encuentra en gran parte colmatado por la sedimentación del río Guadalete en su desembocadura. Gracias a las reconstrucciones paleogeográficas y paleotopográficas hemos podido identificar la antigua existencia de tres islas principales formando el actual istmo gaditano, en las cuales parece existir un complejo de pequeños asentamientos y espacios con funciones específicas, lo que explica que en muchas ocasiones que las fuentes nos hablen en plural de las *gadeiras* (Aubet Semmler 2009a: 267-279; Domínguez Monedero 2012: 153-156; Ruiz Mata 2001b: 155-170).

Sobre el origen fundacional de Gadir, Estrabón y Veleyo Patérculo –en torno a los siglos I a. C y d. C.– son quienes más información nos aportan a partir de fuentes secundarias de otros historiadores y viajeros. Veleyo asoció en un mismo relato de

carácter mítico la guerra de Troya, los viajes de Hércules y la colonización fenicia, elevando así las fechas de la fundación de Gadir a 80 años después de la guerra de Troya (1104-1103 a. C.). Posidonio, en Estrabón III 5, 5, dice escuchar *ca.* 100 a. C. el relato de la fundación de Gadir en boca de sus mismos ciudadanos. Éstos asignan al mandato de un oráculo la empresa tiria para la fundación una colonia en las *Columnas de Heracles*, levantando previamente dos asentamientos en la actual Almuñécar y en Huelva que fracasaron (Aubet Semmler 2009a: 269-270; Ruiz Mata 2001b: 155-157). *Y los que llegaron con la tercera expedición fundaron Gades y erigieron un santuario en la parte oriental de la isla y la ciudad en la occidental* (Estrabón III 5, 5, en Domínguez Monedero 2012: 157-158).

En el mismo pasaje (III 5, 5) Estrabón nos señala la existencia de una isla principal –*Kotynousa*– alargada y estrecha en dirección noroeste-sureste, terminada en dos promontorios. En el occidental, como vemos, dice que se funda la ciudad, mientras que, en el oriental, un santuario. Pero también nos consta la existencia documental de otra isla de pequeñas dimensiones –*Erytheia*–, al noroeste de la principal, donde Plinio (*Nat. Hist.* IV 120) establece la existencia de una acrópolis. Los últimos trabajos paleogeológicos han zanjado la problemática de la topografía antigua de Gadir al identificar un antiguo canal (Bahía-Caleta) de 150 m de ancho que dividió en perpendicular la isla de Cádiz. Este canal delimitaba un pequeño islote –*Erytheia*– al noroeste del complejo insular, donde se ubica el actual casco histórico gaditano y donde se tiende a localizar la antigua colonia, que no trascendía las 10 ha, sobre el elevado promontorio de Torre de Tavira. Al otro lado del canal, ya en la isla de *Kotynousa*, hemos localizado la existencia de una necrópolis fenicio-púnica –zona de Puertas de Tierra– con tumbas arcaicas de incineración. En el extremo sureste de *Kotynousa*, en el islote de Sancti Petri, parece que se levantó un antiguo templo de Melqart, en cuyas cercanías se han documentado restos monumentales sumergidos en el mar, así como numerosas estatuillas de bronce de divinidades con estética oriental –*smiting gods*–. Junto al flanco sur del islote de San Sebastián se descubrió un capitel protoeólico calcáreo datado hacia los siglos VIII-VII a. C., con paralelos en Meggido, Jerusalén y Tiro, y que se ha pretendido relacionar con un hipotético templo de Baal Hamon. Una tercera isla, la del León, estuvo deshabitada hasta época romana (Aubet Semmler 2009a: 271-276).

Además de Gadir, se cuenta con la presencia de dos asentamientos más que completan el complejo gaditano hasta ahora: el Carro del Castillo de Chiclana, en el

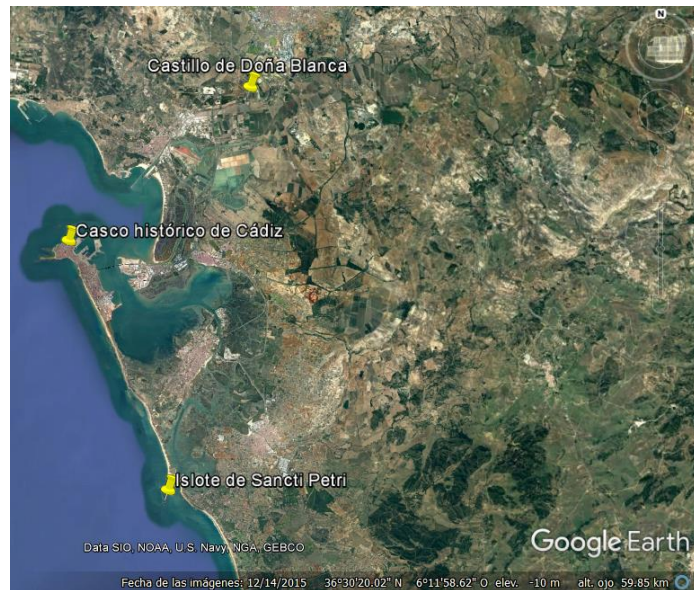
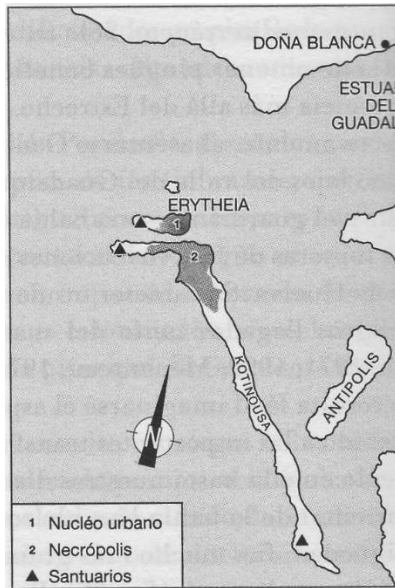
acceso meridional de la bahía, que incluye una muralla de casamatas de 3 m de grosor y otras estructuras del siglo VIII a. C., y más al norte, en tierra firme, el Castillo de Doña Blanca, también con niveles remontables el siglo VIII a. C., que en breve comentaremos (Domínguez Monedero 2012: 177).

Observamos, pues, una verdadera multiplicidad de espacios que formaba el complejo gaditano, el cual no se limitó, desde sus primeros momentos fundacionales, a la mera ciudad en *Erytheia* (Láms. LXXXI, LXXXII y LXXXIII p. 139). De esta hipotética ciudad sólo tenemos conocimientos arqueológicos limitados a partir de varios sondeos realizados en excavaciones de urgencia dentro del casco histórico de Cádiz, aunque los niveles más antiguos localizados aquí, así como las tipologías cerámicas, no remontan la presencia fenicia más allá de finales del siglo VIII a. C. Atendiendo a las complicaciones para desarrollar un estudio sistemático debidas a la imposibilidad de llevar a cabo excavaciones en área abierta sin impedimentos, debemos ser conscientes de la gran falta de información que tenemos sobre la antigua Gadir en su núcleo habitacional, por lo que considero que no sería apropiado formular hipótesis que difícilmente puedan sustentarse (Domínguez Monedero 2012: 170-176; Rodríguez Muñoz 2008: 19-51).

Aparte del mundo habitacional y artesanal, existió en Cádiz un complejo sacro del que cabe destacar, a parte de una hipotética cueva-santuario de Astarté aún sin localizar arqueológicamente y un templo de Baal Hamon que se ha querido relacionar con una tumba monumental hallada en la “Casa del Obispo” (plaza de Fray Félix nº 5), un templo de Melqart cuya importancia se comenta numerosas veces por numerosos autores grecorromanos. Aunque se suele situar en el islote de Sancti Petri, hay pocos indicios materiales de su existencia (Rodríguez Muñoz 2008: 56-68). Es de notar que la existencia de un templo de estas características sería lógica atendiendo a la fundación de la colonia dentro de un plan de expansión comercial por parte del estado tirio –más concretamente, por parte del templo de Melqart si atendemos al supuesto mandamiento del oráculo–, para organizar un comercio regular de la plata tartésica, si este fue el motivo principal que empujó a la fundación de Gadir.

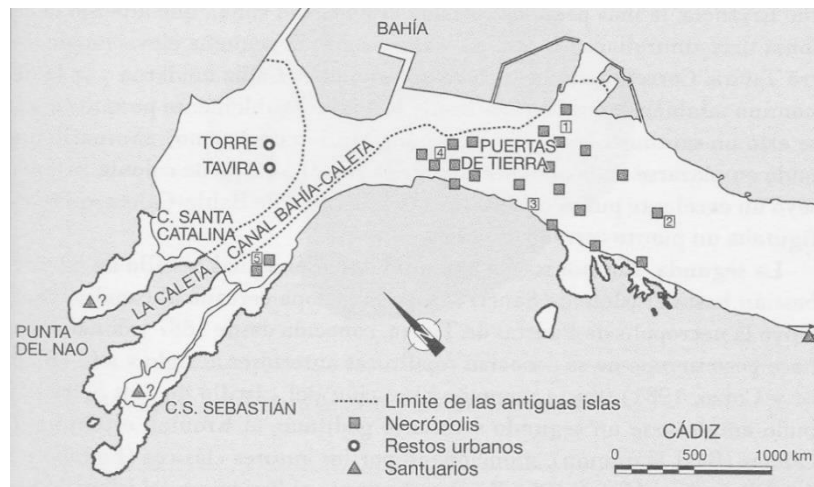
Pero el complejo gaditano no se limita a esto, sino que se ve complementado con la presencia de otro centro habitacional, en lo que era plena desembocadura del Guadalete –Castillo de Doña Blanca (El Puerto de Santa María, Cádiz)–, con niveles remontables también al siglo VIII a. C. (Lám. LXXXVII p. 142) Situado sobre una elevación natural a 15 m sobre el nivel del mar, disponía de un puerto y control visual sobre las islas de San

Fernando y Cádiz, así como de agua potable en las serranías de alrededor. Su proximidad a Gadir, al Guadalete y al Guadalquivir –principal vía de comunicación hacia el interior tartésico–, hacían del asentamiento un centro de comunicaciones de gran importancia, como demuestran los hallazgos cerámicos desde sus primeros niveles de ocupación –especial concentración de grafitos y signos sobre los fragmentos cerámicos de estos niveles, que incluyen nombres de propiedad, de ciudades de origen y, a veces, alfabetos completos–. También contará con una necrópolis –Las Cumbres– situada más al norte, en las laderas de la Sierra de San Cristóbal. El asentamiento alcanzó desde sus primeros momentos 5 ha y algo más de 1.000 habitantes, y contó, además, con un sistema de amurallamiento de casamatas acompañado de un foso de 4 m de profundidad. En este sistema defensivo y en un barrio intramuros de más de 1.000 m² se han documentado los niveles más antiguos, además de en el túmulo 1 de la necrópolis de Las Cumbres. El barrio fue abandonado a finales del siglo VIII a. C. –tal vez a causa de movimientos sísmicos– y sobre sus ruinas se fueron colmatando varios estratos de relleno depositados por la exposición a la intemperie y su utilización como basurero, y cuyo material cerámico y faunístico nos informa muy bien sobre la evolución de la cultura material entre los siglos VII-VI a. C. Lo cierto es que durante el siglo VII a. C. asistimos al auge del comercio fenicio y la actividad productiva en la península ibérica, observable en la gran cantidad de ánforas que aparecen en estas fechas en el Castillo de Doña Blanca. Durante el siglo VI a. C., no obstante, asistimos a la introducción de numerosos cambios al tiempo que el comercio del suroeste peninsular sufre una crisis profunda, sobreviviendo aún copas hechas a mano, engrosando más aún las formas de los platos y mostrando mínimas diferencias en las formas de las urnas y las ánforas (Ruiz Mata 2001b: 170-198).



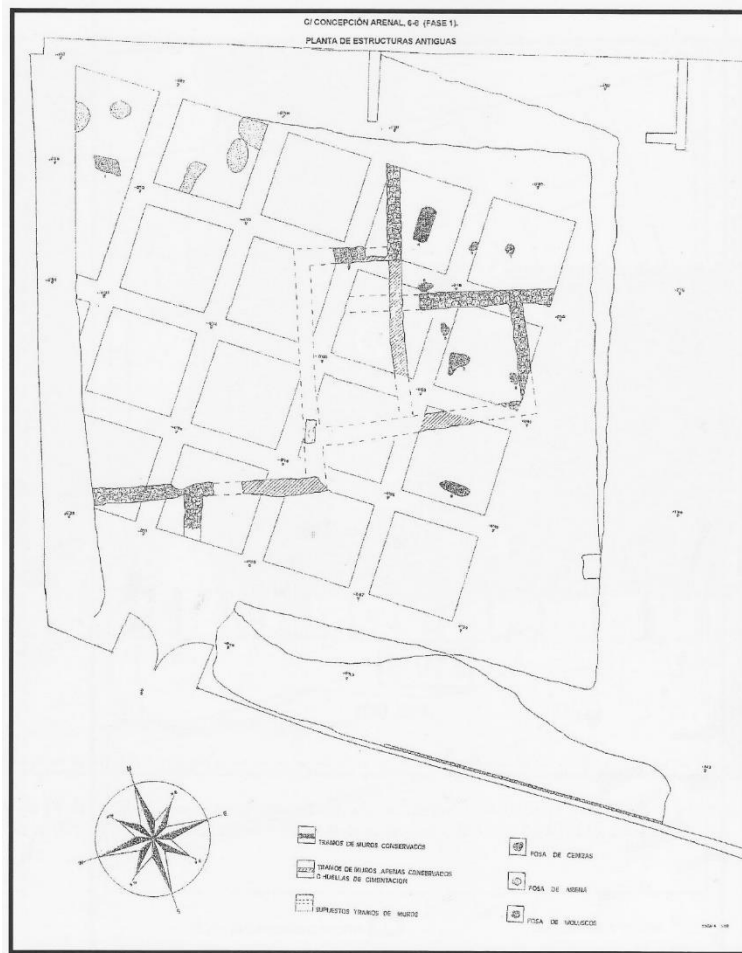
Láms. LXXXI y LXXXII: Reconstrucción paleogeográfica de Cádiz y localización de los principales yacimientos en la geografía actual.

Fuentes: Aubet Semmler 2009a: 272 y elaboración propia a partir del SIG en el programa informático *Google Earth*



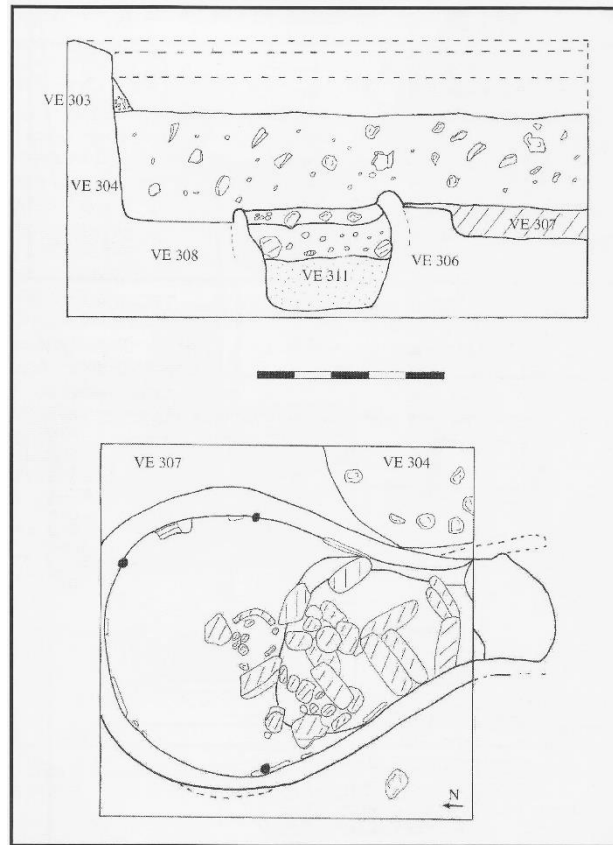
Lám. LXXXIII: Reconstrucción de las antiguas islas de Gadir y situación de algunos restos arqueológicos.

Fuente: Aubet Semmler 2009a: 275



Lám. LXXXIV: Restos de muros y fosas con cecinas en C/Concepción Arenal, 6-8, Cádiz.

Fuente: Rodríguez Muñoz 2008: 88



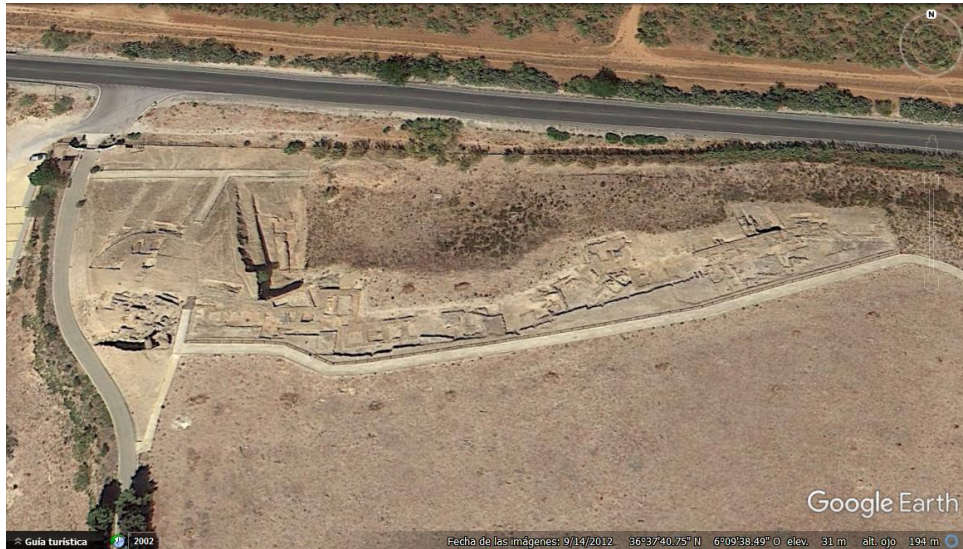
Lám. LXXXV: Sección y planta del horno 1 de La Milagrosa en San Fernando.

Fuente: Rodríguez Muñoz 2008: 93



Lám. LXXXVI: Algunas de las estatuillas de bronce encontradas en la bahía gaditana.

Fuente: Aubet Semmler 2009a: 277



Lám. LXXXVII: Castillo de Doña Blanca (2015).

Fuente: Fotografía por satélite obtenida a través del programa informático *Google Earth*

La presencia fenicia en la vertiente atlántica no se limitó al complejo insular gaditano. En lo que es hoy gran parte del valle del Guadalquivir, los trabajos paleogeólogos y paleogeográficos han identificado también la existencia de un antiguo estuario que conocemos por las fuentes como *lacus Ligustinus*, en cuya antigua línea de costa observamos la presencia de múltiples asentamientos cuyo origen fenicio o autóctono sigue siendo muy discutido por la comunidad científica. Algunos se han interpretado como santuarios localizados en línea de costa –Carmona, Cerro de San Juan y Carambolo–. Por otro lado, en la costa portuguesa también se documentan posibles asentamientos fenicios, aunque más dispersos y de menores dimensiones. Tavira, Abul (Alentejo) y Santa Olaia (Coimbra) son los principales centros considerados fenicios con mayor seguridad. En todos los casos, incluyendo Gadir, vemos un patrón de asentamiento característico por situarse siempre próximamente a la desembocadura de un río o en estuarios, normalmente en islas frente a la costa o en promontorios separados por estrechos istmos, fácilmente defendibles y acompañados, a veces, de estructuras de defensa (Pappa 2013: 58-59).

Hay una gran diversidad de funciones que cada uno de estos lugares cumple – lugar de hábitat, comercio y producción artesanal, un mero puesto comercial o un complejo sacro como Carambolo–. Todos los puestos, desde su función particular, están centralizados en un mismo sistema de comercio con las comunidades autóctonas, con los ojos puestos sobre la potencialidad minera de las serranías de la zona. Gracias a esta

presencia fenicia y a su estímulo comercial, el área minera de Ríotinto se convertirá en uno de los principales focos de metalurgia del mundo antiguo. También tendrán importancia las minas de Aznalcóllar (Sevilla), situadas junto al asentamiento indígena de Tejada la Vieja. El destino último de todos sus productos metálicos eran los puertos de Huelva y Gadir, situados dentro de un sistema comercial organizado por la burocracia fenicia y la élite indígena que beneficiaba a ambas partes en cierto sentido. A cambio de esta obtención metálica, las élites adquirirían ánforas y contenedores de aceite y vino, así como joyas y ungüentos. Los objetos artesanales de alta calidad quedaban insertos en la preexistente red de intercambio de bienes de prestigio en la sociedad autóctona, con lo que cobraban una importante función social. Pero además de metales, la demanda de las nuevas colonias fenicias incluía productos agropecuarios y otros que abundaban en los llanos del Guadalquivir y el Guadalete –numerosas ánforas de Gadir testifican la importación de esta clase de productos del interior–. Gadir y el sistema colonial de la vertiente atlántica se interesa por incluir el sistema comercial preexistente en el suyo propio, influyendo en la creación de formas organizadas de poder político y la consolidación de los cuerpos aristocráticos en la sociedad autóctona. Y es que son de especial interés para el comercio gaditano esos individuos que en un principio controlan el acceso a las rutas de intercambio y a los recursos mineros y agropecuarios, por lo que rápidamente son integrados ideológica y socialmente en el sistema comercial tirio y gaditano, de tal forma que se garantiza la aportación regular y estable de excedentes productivos (Aubet Semmler 2009a: 286-295).

Además de intentar acaparar la plata y otros metales provenientes de las minas de Ríotinto, Huelva y Aznalcóllar, el sistema fenicio también tratará de presentarse en la costa de la actual Portugal, donde hemos visto indicios de presencia precolonial desde el siglo IX a. C., en busca de las fuentes de estaño localizadas en el noroeste peninsular. Así, durante los siglos VIII-VII a. C. se fundarán varios centros fenicios dentro de este otro sistema comercial, en el estuario del Tago, el cual, junto a sus afluentes, era un privilegiado medio de comunicación y desplazamiento hacia el interior peninsular. Y es que, además de estaño, el sistema comercial del Bronce final atlántico ofertaba productos como el estaño, el marfil, el cobre, el plomo, la sal y otros muchos. El centro fenicio más importante de los documentados sería Abul, ocupado desde finales del siglo VII a. C. en el estuario del Sado, y relacionado con las colonias fenicias del sur peninsular según indica la especial concentración de ánforas andaluzas (Aubet Semmler 2009a: 295-301).

En el sistema comercial no debemos olvidar la importancia del templo como centro garantizador de un intercambio justo, amparado por la presencia de la divinidad y la contabilidad ejercida por sus sacerdotes. La especial presencia de santuarios en el espacio fenicio del suroeste peninsular obedece a esta explicación, es decir, al intento fenicio por organizar y burocratizar, en cierta medida, el flujo comercial con las comunidades autóctonas (Aubet Semmler 2009a: 282-284). Uno de ellos ha sido localizado en la moderna ciudad de Carmona (Barrio de San Blas), con niveles superpuestos, de los cuales el más antiguo (siglos VII-VI a. C.), hecho de paredes de adobe sobre zócalos de piedra, ya presentaba una planta rectangular. Cucharas de marfil y *píthoi* decorados con flores de loto fueron los materiales que empujaron a interpretarlo como un santuario, aunque bajo mi percepción podría tratarse simplemente de un edificio de almacenamiento. Otro ejemplo se encuentra en el Cerro de San Juan (Coria del Río), con otra serie de estructuras superpuestas entre los siglos VIII-VI a. C., en torno a un patio pavimentado con guijarros. La presencia de un altar con forma de lingote chipriota –de “piel de toro”– desde la segunda mitad del siglo VII a. C., exvotos y anclas de piedra depositados en el interior del edificio señalan importantes paralelos con otros espacios sacros de Chipre y Próximo Oriente. La forma del altar es también reproducida en dos de las piezas áureas del tesoro de El Carambolo, en cuyo “fondo de cabaña”, además, también se encontró una estatuilla de bronce de la diosa fenicia Astarté (Lám. LXXXVIII p. 145) –dedicada a la misma diosa por dos hombres, según la inscripción en su base–. El Carambolo resulta tener, según las últimas excavaciones, cinco niveles superpuestos de un complejo santuario³³, con diferentes estructuras rectangulares interconectadas y patios que proporcionan elementos similares a los encontrados en los pozos de Tavira –restos cerámicos, faunísticos, etc.– (Pappa 2013: 66-67).

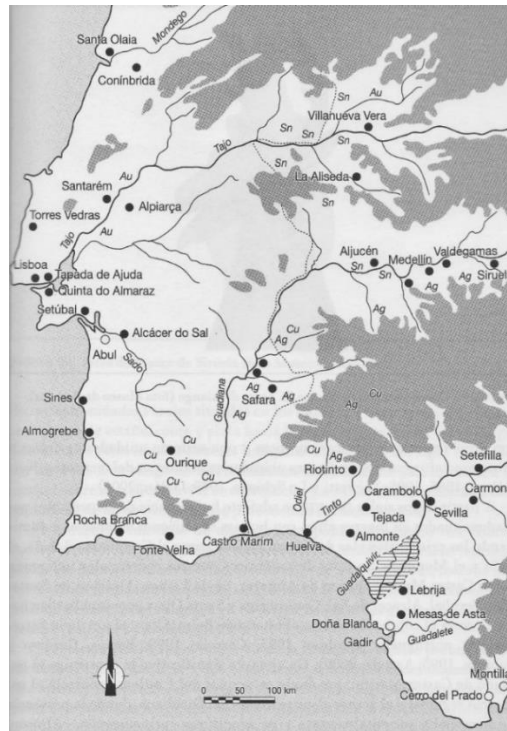
³³ Las dataciones radiocarbónicas elevan las fechas de la fase V, con cerámica griega de tipo Geométrico Medio II con paralelos en los hallazgos de c/Méndez Núñez (Huelva), a los siglos X-IX a. C., lo cual eleva bastante la presencia fenicia en el lugar, si no resulta ser una fase autóctona precedente a una ocupación fenicia (Pappa 2013: 67).



Lám. LXXXVIII: Inventario CE11136 (Museo Arqueológico de Sevilla).

Pequeña estatua broncea de Astarté con inscripción en la base, localizada en El Carambolo.

Fuente: Acceso a los fondos del Museo Arqueológico de Sevilla a través del sistema *Domus*³⁴



Lám. LXXXIX: Localización de los yacimientos fenicios (círculos blancos) y autóctonos (círculos negros) en la vertiente atlántica peninsular.

Fuente: Aubet Semmler 2009a: 297

³⁴ Museo Arqueológico de Sevilla: acceso a fondos: nº de inventario CE11136 (5/6/2017): <http://www.juntadeandalucia.es/cultura/WEBDomus/fichaCompleta.do?ninv=CE11136&volver=busquedaSimple&k=Astarte&lng=es>

Vemos, pues, que la presencia fenicia es un hecho más que atestiguado en la vertiente atlántica peninsular. Si disponemos de una mayor información de Gadir que de cualquier otro centro fenicio en esta vertiente se debe a la mayor importancia que ha recibido en la literatura científica, en paralelo a la que recibió en las fuentes grecorromanas. Si bien no podemos determinar los detalles fundacionales de la ciudad ni una cronología evolutiva muy rigurosa por falta de conocimiento arqueológico, podemos confirmar al menos su indudable origen fenicio y la complejidad con que se desarrolló su espacio desde fechas muy tempranas. Sin embargo, la llegada temprana de individuos pertenecientes al sistema oligarca fenicio está poco atestiguado en el parco registro funerario del que disponemos. En Gadir sólo contamos con 20 fosas datadas en el siglo VII a. C., pero en Las Cumbres se han documentado *ca.* 100 túmulos, de los cuales la mayoría permanece sin excavar. En el túmulo 1 se documentaron en torno a 58 urnas de cremación –tipos *à chardon* y Cruz del Negro– de los siglos VIII-VII a. C. Casi la mitad incluía un elemento bronceo junto a sencillos recipientes cerámicos. Las urnas de tipo *à chardon* han solido considerarse de tipo indígena, por lo que se ha propuesto una sociedad mixta en el Castillo de Doña Blanca –recordemos, en este sentido, la presencia de cerámica indígena en el barrio intramuros–. Aunque la necrópolis interior de Cruz del Negro suele ser considerada indígena, la presencia de paralelos rituales con la necrópolis de Al-Bass, en Tiro –enterramiento modesto de urnas cinerarias tipo Cruz del Negro acompañado de un parco ajuar–, hace reconsiderar a algunos su adscripción cultural. Otras necrópolis, como la de Tavira o la de Senhor dos Mártires, presentan las mismas características que dificultan diferenciar entre presencia fenicia o culturización de la sociedad indígena. Así, no contamos con más necrópolis inequívocamente fenicia que la de Gadir y sus fosas del siglo VII a. C. No obstante, la presencia temprana de diferencias sociales en las necrópolis más consideradas autóctonas sugieren la importación de una organización social concreta ya vista en otros lugares con presencia fenicia (Pappa 2013: 75-77).

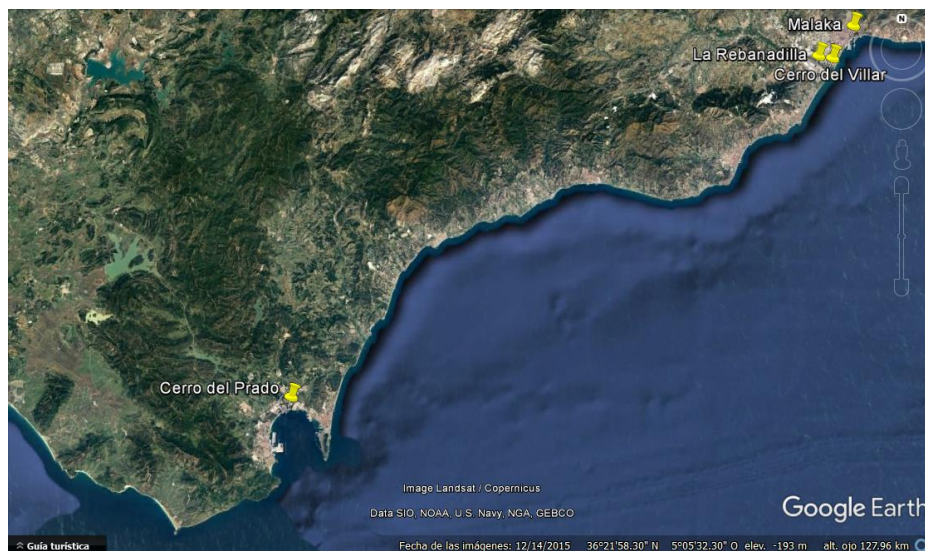
5. 2. 2. *La colonización fenicia en el Mediterráneo peninsular y en Ibiza*

La Arqueología de los últimos decenios, desde la actividad de los arqueólogos Niemeyer y Schubart en los yacimientos malagueños en la década de 1960, ha recuperado para la investigación una gran cantidad de asentamientos fenicios en la costa mediterránea

andaluza que no habían recibido ninguna atención por parte de las fuentes grecorromanas. La documentación arqueológica de los siglos VIII-VI a. C. en esta serie de asentamientos nos aporta una gran cantidad de datos de interés que no dejan de actualizarse cada pocos años (Harrison 1989: 67-76; Aubet Semmler 2009a: 307-309).

No hablamos, no obstante, de una sola oleada colonial. Observaremos en las siguientes páginas un proceso evolutivo en la aparición y desarrollo de diferentes asentamientos, así como su desaparición, y una dialéctica especial con las sociedades indígenas del *Hinterland*. Se caracterizan, sobre todo en la costa malagueña, por una gran concentración y proximidad entre ellas, a escasos kilómetros. El patrón de asentamiento es similar en todos los casos, sobre promontorios en las ensenadas de la desembocadura de diferentes ríos, con buenas condiciones portuarias y de defensa –a excepción de Cerro del Villar, en la desembocadura del Guadalhorce, que se fundó sobre una pequeña isla que hoy se encuentra tierra adentro a causa de la sedimentación provocada por las corrientes fluviales–. Empezando por occidente, destaca en la bahía de Algeciras el poblado en el Cerro del Prado –desembocadura del Guadarranque–. Le siguen, en la desembocadura del Guadiaro, Montilla; y en la del Guadalhorce, Cerro del Villar y el yacimiento recientemente descubierto en las obras de ampliación del aeropuerto de Málaga (2008-2009), La Rebanadilla, la cual nos ha aportado las dataciones más elevadas hasta mediados del siglo IX a. C.³⁵ (Aubet Semmler 2009a: 312; Pappa 2013: 56-57). Próximo al Cerro del Villar y la Rebanadilla, en plena desembocadura del Guadalmedina, se presenta en el mismo casco histórico de Málaga la antigua colonia de Malaka, fundada a inicios del siglo VI a. C. y acompañada desde entonces de una potente línea de fortificación según lo visto en las excavaciones del palacio de Buenavista (García Alfonso 2007: 123).

³⁵ Asociada a la recientemente hallada necrópolis del Cortijo de San Isidro, La Rebanadilla cuenta con una primera fase (fase IV) de carácter metalúrgico que se ve sustituida por la fase III, aún a finales del siglo IX a. C, donde se documenta el desarrollo de una trama urbana plenamente desarrollada y acompañada de cerámica fenicia, indígena y de importación proveniente de numerosos puntos del Mediterráneo –*skýphoi* de estilo Geométrico medio II–. También existen numerosos espacios destinados al culto religioso, con presencia de quemaperfumes y altares (Sánchez-Sánchez Moreno *et alii* 2012).



Lám. XC: Localización del Cerro del Prado y los asentamientos de la bahía de Málaga.

Fuente: elaboración propia a partir del SIG en el programa informático *Google Earth*

En la costa oriental de la provincia malagueña destacarán los asentamientos de Morro de Mezquitilla y Chorreras en el valle del Algarrobo. En el Morro se documentan también las dataciones más antiguas, que elevan su ocupación entre 894-835 cal a. C. con un promedio de probabilidad del 93%. En sus primeros niveles –nivel B1, siglo VIII a. C. por cronología convencional– observamos cerámica similar a la encontrada en los niveles V/IV y III/II de Tiro, es decir, de engobe rojo muy final, aunque también se observa una especial presencia de cerámica indígena a mano, como también fenicia hecha a mano (Aubet Semmler 2009a: 309-311; García Alfonso 2007: 87-91). Más tardíamente, hacia 750 a. C., aparece Chorreras sobre el promontorio de las Ballenas, con mejores condiciones de visibilidad y defensa, pero peores de carácter portuario. En Chorreras observamos una arquitectura de mayor calidad, con fosas de cimentación y zócalos de piedra, llegando a alcanzar las 3 ha. Vinculada a este poblado, se encontraría la necrópolis de Lagos, con enterramientos del siglo VIII a. C. Pese a todo lo prometedor del lugar, Chorreras no será objeto de una ocupación muy prolongada, quedando totalmente abandonada hacia 700 a. C., lo que se ha querido relacionar con la fundación de Toscanos en la desembocadura del Vélez desde 730-720 a. C. De cualquier modo, queda desde entonces el Morro de Mezquitilla como principal centro de la desembocadura del Algarrobo, con lo que comienza una nueva fase de auge testificado por la nueva necrópolis de carácter aristocrático en Trayamar y el surgimiento de nuevos poblados agrícolas satélites dedicados a la actividad agropecuaria –ejemplo de Los Pinares–, que han sido considerados por algunos autores como indígenas, aunque la relación con el

Morro es incuestionable por la preponderancia de cerámica fenicia (García Alfonso 2007: 92-95).



Lám. XCI: Localización de yacimientos en torno a la desembocadura del Algarrobo.

Fuente: García Alfonso 2007: 89

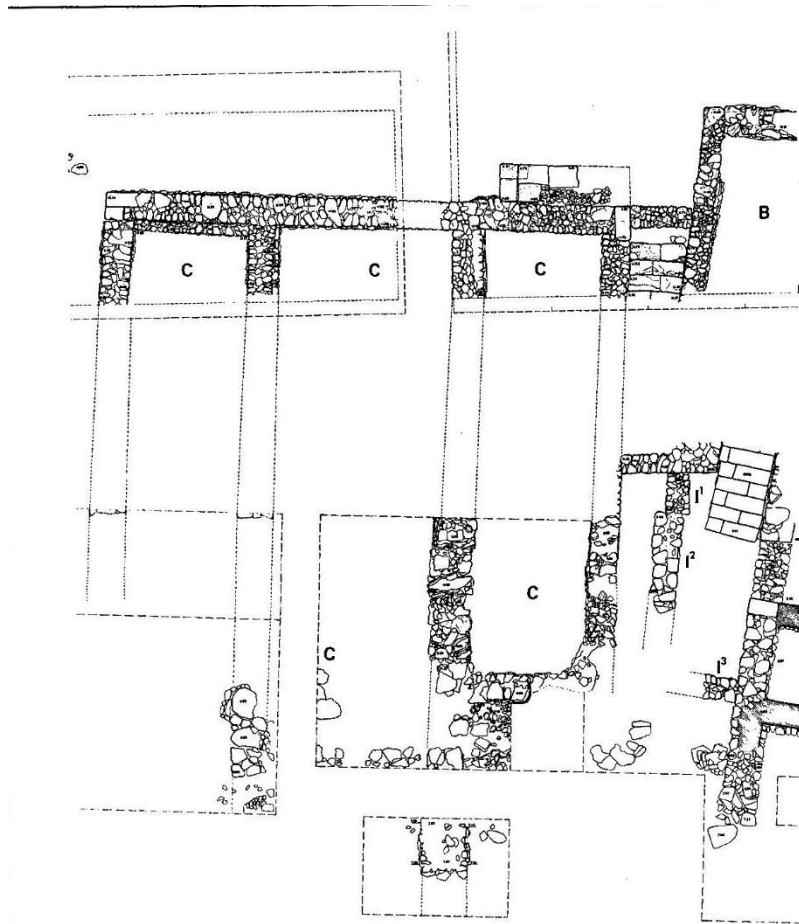
A unos pocos kilómetros al oeste se encuentra la desembocadura del río Vélez, donde los fenicios establecen una nueva colonia hacia 730-720 a. C. que conocemos como Toscanos. Una situación estratégica, próxima a vegas de óptima fertilidad, y buenas condiciones portuarias serían claves para decidir instalarse en este nuevo lugar cuando ya se llevaba tiempo habitando en la desembocadura del Algarrobo. En Toscanos, como en Chorreras, la cerámica a mano se documenta en mucho menor porcentaje que en el Morro. Su relación con el entorno indígena está atestiguada por la cercana presencia de asentamientos como Cerca Niebla, situado a escasos kilómetros al norte en medio de la vega del estuario, o en la Alcazaba de Vélez Málaga, un poco más al interior (García Alfonso 2007: 96-102). Durante el siglo VII a. C., Toscanos llega a su periodo más floreciente, pudiendo llegar sus habitantes a más de 1.000 y quedando rellenado un previo foso que funcionaba como perímetro para extender el área de hábitat hasta las laderas del Alarcón, en torno al cual se levanta un muro de adobe hacia 600 a. C. Destaca la presencia de un enorme edificio de 11x15 m y tres naves internas en cuyo interior se hallaron ánforas SOS áticas y vasijas protocorintias con asas (Lám. XCIII p. 151). La capacidad de almacenamiento de este edificio trasciende las necesidades que debieron radicar en

este poblado. Asociado al mismo se documenta la presencia de tres estancias de alta calidad, junto a otras tres mucho más modestas (Harrison 1989: 69-70).



Lám. XCII: Yacimientos en torno a la desembocadura del río Vélez.

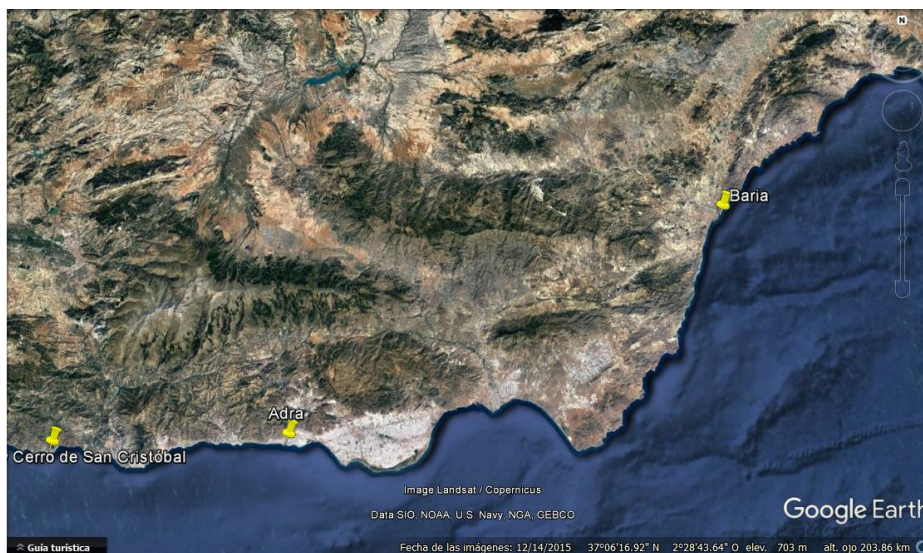
Fuente: García Alfonso 2007: 97



Lám. XCIII: Planta del almacén de Toscanos.

Fuente: Aubet Semmler 2009a: 322

Más al este de la costa malagueña se dará una menor concentración de yacimientos. En la desembocadura de los ríos Verde y Seco se fundará tempranamente otra colonia ubicada en la actual Almuñécar –antigua *Sexi*–; ya en la provincia almeriense, en la desembocadura del Adra se levantará otra colonia sobre el Cerro de Montecristo, de la que hemos podido hallar fases constructivas remontadas al siglo VII a. C. En la depresión de Vera, bañada por las desembocaduras del Almanzora, del Antas y del Aguas, se documenta otra fase urbana inicial (siglos VII-VI a. C.) en la colonia de Baria sobre la que se superpone una gran cantidad estratos y sedimentos gracias a la continuidad de habitación, hasta el siglo II a. C. (Aubet Semmler 2009a: 312; López Castro 2007).



Lám. XCIV: Colonias fenicias en la costa granadina y almeriense.

Fuente: elaboración propia a partir del SIG del programa informático *Google Earth*

En todos estos asentamientos, que no superan las 5 ha a excepción de Toscanos, que alcanzará las 12-15 ha, se evidencia la práctica de una economía de autoabastecimiento a partir de la pesca –restos de atún, esturión, murena y otros peces– y el trabajo de los pastos y suelos agrícolas. La producción de excedentes les permitirá, además, dedicarse a la exportación de sus productos en ánforas que vemos en asentamientos indígenas y en otros lugares del Mediterráneo. El tamaño de los asentamientos y sus necrópolis sugieren una población reducida que se ve obligada a tratar con la mayoritaria sociedad indígena que, como vimos, desde el Bronce final cuenta con una élite aristocrática que controla los recursos y los pasos de su transporte. El contacto temprano con los principales asentamientos indígenas se atestigua con la presencia de una gran cantidad de ánforas y otras piezas cerámicas, desde la segunda mitad del siglo VIII a. C. El comercio fenicio depende, pues, de pactos y acuerdos con esta élite indígena a cambio de consolidar su estatus en el seno de su sociedad. Algunos poblados incrementan tanto su producción económica en el marco de estas relaciones comerciales, que desarrollan una nueva dinámica centralizadora que hará de ellos verdaderos centros de control político³⁶ (Aubet Semmler 2009a: 329-331).

³⁶ El poblado de Acinipo, en la depresión de Ronda, se ve rodeado entre los siglos VIII-VII a. C. de una veintena de aldeas que cultivan cereales, vid y olivo, mientras comienza una tala sistemática de los bosques de la zona. Acinipo llegará a alcanzar las 10 ha en el siglo VII a. C., contando con una estructura urbana jerarquizada (Auber Semmler 2009a: 331).

A diferencia de lo observado en el caso de los asentamientos en la vertiente atlántica, en estos de la vertiente mediterránea contamos con numerosas necrópolis que nos dan la oportunidad de aproximarnos a la sociología de estas comunidades fenicias. Las estructuras arquitectónicas en Toscanos y en Cerro del Villar, como en el resto, evidencian la presencia de mercaderes, arquitectos, mineros, metalúrgicos, alfareros, pescadores y trabajadores encargados del puerto y los almacenes. Con la presencia de un cuerpo social tan especializado podemos deducir que los objetivos de los allegados no eran meramente comerciales, sino que contaban con la pretensión de habitar indefinidamente el lugar. La presencia de grandes almacenes como el de Toscanos, una trama urbana ortogonal y sistemas de amurallamiento señalan una organización administrativa centralizada y, por tanto, la presencia de algún tipo de autoridad rectora. Si bien se suele señalar a hipotéticos grandes comerciantes como los más indicados para representar tal autoridad, vista la especial vinculación del estado tirio en la extensión marítima, no me parece descabellado pensar, al menos en los primeros momentos, en un cuerpo burocrático perteneciente al templo –se documentan varios posibles santuarios en los primeros niveles de la Rebanadilla– (Aubet Semmler 2009a: 332; Pappa 2013: 60-66).

Contamos con seis necrópolis en las costas de las actuales provincias de Málaga y Granada. Todas se encuentran situadas al lado opuesto de los valles fluviales y separadas del núcleo habitacional. Hablamos de tumbas de incineración³⁷ con urnas depositadas al fondo de un sencillo pozo vertical y acompañadas de ajuares muy uniformes –jarros, platos y alguna lucerna en pasta de engobe rojo, así como algunas ánforas y joyas en un nicho aparte–. Sin embargo, también nos encontramos con tumbas excepcionales por su ostentación. En el Cerro de San Cristóbal (Almuñécar, Granada) serán numerosas las incineraciones dentro de lujosas urnas de alabastro de fabricación egipcia, contando en algunos casos con cartuchos jeroglíficos que identifican a faraones de la dinastía XXII (874-773 a. C.) (Lám. XCV p. 154). En Trayamar, vinculada a la fase floreciente del Morro de Mezquitilla, destaca la presencia de grandes hipogeos monumentales hechos con sillares que revelan la existencia de arquitectos especializados que construyen con arquitectura eminentemente oriental (Láms. XCVI y XCVII p. 155). En estas tumbas se depositan varias generaciones entre *ca.* 650-600 a. C., lo que se ha

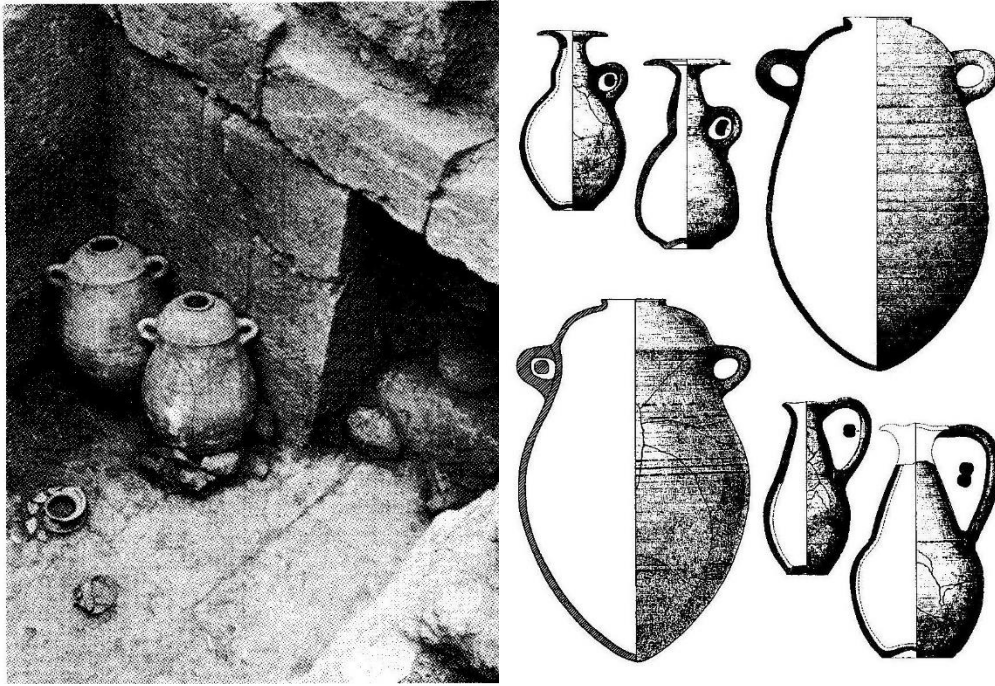
³⁷ Recuérdese la preponderancia del rito de inhumación en Cartago, a la vez que la incineración en Tiro (Aubet Semmler 2009a: 334).

interpretado como el uso de un espacio funerario reservado a un núcleo familiar muy distinguido socialmente. Y debían serlo, pues hablamos de personas con el suficiente capital para canalizar una gran cantidad de trabajo social, material y la contratación de arquitectos cualificados para la construcción de estos monumentos, cuyo mantenimiento y enterramiento continuo de las sucesivas generaciones sería una reproducción continua de su distancia social. Tal vez en estos momentos más tardíos ya sí hablemos de comerciantes enriquecidos con la explotación agrícola, pesquera y la comercialización de sus productos hacia el *Hinterland* indígena y el Mediterráneo. No obstante, el mundo funerario de la colonización fenicia se ve seriamente mermado para la investigación si atendemos al escaso número de tumbas con las que contamos en total, con varias decenas por necrópolis. Esto señala, bien una población muy reducida que no concuerda con el tamaño de algunos asentamientos, o la existencia de un rito alternativo que no dejara huella del difunto (Aubet Semmler 2009a: 333-338; Harrison 1989: 72-73; Pappa 2013: 72-73; Sánchez-Sánchez Moreno *et alii* 2012).



Lám. XCV: Ajuar de la tumba 20 del Cerro de San Cristóbal,
con cartuchos egipcios sobre un escarabeo y la urna de alabastro.

Fuente: Aubet Semmler 2009a: 333



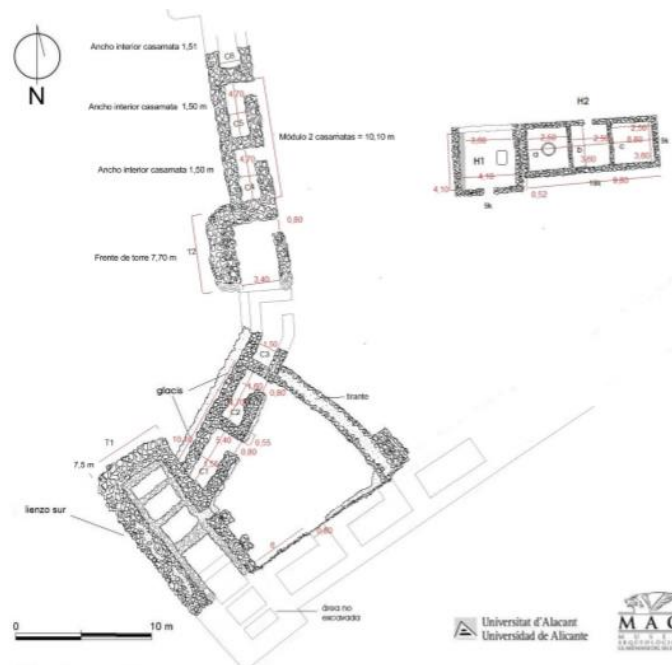
Láms. XCVI y XCVII: Tumba 1 de Trayamar y su ajuar.

Fuentes: Harrison 1989: 74 y Aubet Semmler 2009a: 337

Aunque con mucha menos concentración de asentamientos, el Levante ibérico, así como la isla de Ibiza, fueron también objeto de una colonización temprana desde el siglo VIII a. C. En las cuencas del río Segura y Vinalopó existía, como hemos visto desde el Bronce final, una red tupida de asentamientos indígenas –Peña Negra y Los Saladares, entre otros– con una especial vinculación al comercio atlántico y mediterráneo, así como a una actividad minera y metalúrgica especialmente desarrollada. Sin necesidad de observar la costa, la presencia fenicia se documenta en estos poblados indígenas con la aparición de grandes cantidades de ánforas de vino y aceite a partir del siglo VIII a. C. El interés por contactar con este núcleo de especial importancia metalúrgica determinaría una temprana instalación colonial en la desembocadura del Segura, sobre el Cabezo Pequeño del Estaño³⁸, en la primera mitad del siglo VIII a. C. (Lám. XCVIII p. 156). El asentamiento se abandonará a finales del mismo siglo mientras se funda una nueva colonia con mejores condiciones portuarias, de mayor tamaño y un potente sistema defensivo: La Fonteta (Lám. XCIX p. 156). Este centro parece funcionar como un foco

³⁸ Pequeño asentamiento de poco más de una hectárea, pero que cuenta con un potente amurallamiento y una desarrollada urbanización interna. De estas características y sus dataciones, deducimos no se trata de un fortín vinculado a la Fonteta. El Cabezo es un enclave colonial de corta duración, cuyo abandono a finales del siglo VIII a. C., tal vez a causas sísmicas, se vio acompañado de una nueva colonia mejor situada de cara al mar y de mayor tamaño: La Fonteta (Guardamar del Segura, Alicante) (García Menárguez y Prados Martínez 2014).

de distribución comercial desde el círculo atlántico hacia las Baleares y las colonias del centro mediterráneo. El pecio del Bajo de la Campana, en el mar Menor –hallazgo de lingotes de estaño y plomo, así como marfil en bruto–, así lo sugiere (Aubet Semmler 2009a: 341-342; García Menárguez y Prados Martínez 2014).



Lám. XCVIII: Planta de las secciones excavadas en Cabezo Pequeño del Estañ (Guardamar del Segura, Alicante).

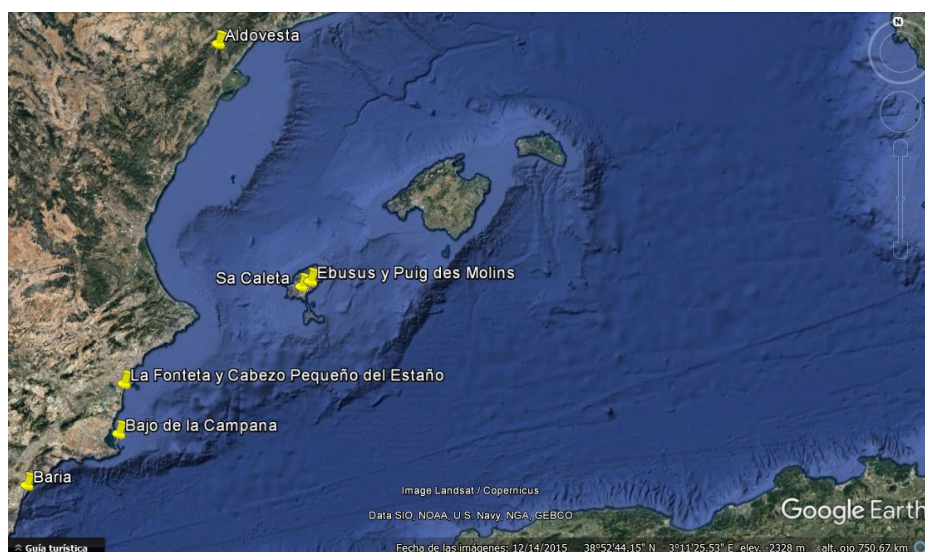
Fuente: García Menárguez y Prados Martínez 2014: 121



Lám. XCIX: Restos arqueológicos de La Fonteta (Guardamar del Segura, Alicante) (2015).

Fuente: fotografía por satélite proporcionada por el programa informático *Google Earth*

Un caso excepcional será la ocupación de la isla de Ibiza por la gran riqueza arqueológica que nos ha proporcionado. Según Diodoro (V 16), se funda aquí una colonia cartaginesa en 654-653 a. C., aunque el registro arqueológico retarda la vinculación cartaginesa hasta el siglo VI a. C. Hasta ahora, lo que encontramos es un asentamiento comercial en Sa Caleta fundado en el siglo VII a. C. y especialmente vinculado, según vemos en las características cerámicas, con las colonias más allá del Estrecho. Más tarde, durante el siglo VI a. C., el asentamiento se abandonaría mientras se funda un nuevo centro habitacional en la bahía de Ibiza, Ebusus. Este nuevo centro, vinculado a la importante necrópolis de Puig des Molins³⁹, se convertirá en un importante centro urbano durante los siguientes siglos. El comercio ibicenco con el círculo comercial de CCUU se documenta con la presencia de ánforas en poblados situados en la desembocadura del Ebro –Amposta y Coll del Moro–, así como de un almacén de ánforas en Aldovesta, el pecio de Rochelonge y cerámicas fenicias en los principales centros indígenas del sur francés y el noroeste peninsular (Aubet Semmler 2009a: 339-344).



Lám. C: Principales asentamientos y hallazgos fenicios en el Levante ibérico e Ibiza.

Fuente: elaboración propia a partir del SIG del programa informático *Google Earth*

El periodo fenicio en Occidente conocerá su final durante el siglo VI a. C., cuando se produce una serie de cambios estructurales que afectan a todas las colonias. Si bien los cambios eran mínimos en el Castillo de Doña Blanca, en Ebusus, como ocurre en Sicilia

³⁹ La necrópolis fenicia más extensa de extremo occidente, con 4.000 tumbas de cremación de entre *ca.* 625-525 a. C. Casi todos los enterramientos se acompañan de un ajuar modesto, con unos pocos ítems depositados en el interior de las urnas –tipo Cruz del Negro, como en las necrópolis fenicias y autóctonas del suroeste peninsular–, aunque en algunos casos vemos la presencia de material algo más rico –oinochoe, platos y lucernas– (Pappa 2013: 75).

y Cerdeña, se evidencia una gran influencia cultural de impronta cartaginesa en la evolución de las formas cerámicas y en la formación de nuevos santuarios dedicados a la divinidad cartaginesa Tanit, mientras se asiste al momento de mayor auge urbanístico del centro ibicenco. Por otro lado, aunque se mantiene la ocupación de algunos centros como Villaricos, Adra y el Morro de Mezquitilla, no sucederá lo mismo con el Cerro del Villar, cuya población se trasladará a Malaka. Toscanos, por su parte, verá una gran transformación de su espacio interno. El patrón general a partir de mediados del siglo VI a. C., en transición a la fase cronológica que conocemos como púnica, será el de una mayor concentración en asentamientos de una mayor importancia, como Gadir, Malaka y Ebusus. Al mismo tiempo, como veremos, la sociedad autóctona del interior también sufrirá una profunda crisis que transformará el orden y el espacio habitado (Aubet Semmler 2009a: 344-348).

5. 2. 3. *Las inscripciones fenicias de la península ibérica*

Si por algo se ha caracterizado tradicionalmente en el estudio epigráfico el corpus de inscripciones fenicias en la península ibérica ha sido por su escasez y falta de epígrafes “monumentales” y alargados. No obstante, no debemos entender, como bien señala J. A. Zamora, que esto se deba a una ausencia del ejercicio de la escritura en el extremo occidente, sino la práctica de otro tipo de escritura que obedeciera a objetivos distintos a los que se desarrollan en la metrópolis tiria. En los últimos años, no obstante, el número de inscripciones ha ido en aumento hasta alcanzar más de dos centenares, los cuales han sido objeto de una buena catalogación por el proyecto *CIP (Corpus Inscriptionum Phoenicarum necnon Punicarum)*. En cualquier caso, la densidad de epígrafes fenicios en suelo peninsular sigue siendo reducida en comparación con otros lugares del universo colonial fenicio, lo cual no parece corresponderse, a simple vista, con la densidad poblacional que parece habitar las costas ibéricas. Como única respuesta posible recurrimos a la hipótesis que señala la posibilidad de un mayor alcance de la escritura en soportes más endebles que sabemos utilizaban los fenicios, como hojas de papiro, pieles o tablillas de arcilla. De hecho, las formas paleógrafas de los grafitos que se han hallado sugieren un estilo de escritura cursiva que sólo se podía desarrollar con una práctica habitual sobre ese tipo de soportes (Zamora López 2005a y Zamora López 2005b).

Aunque hablemos en su mayoría de hallazgos dispersos y limitados a uno o dos signos sobre fragmentos cerámicos, no dejan de tener interés como testimonios de una forma de escritura propia y diferenciada del resto del Mediterráneo fenicio, en el que el “género” epigráfico andaría mucho más reducido. Tampoco se documentan inscripciones funerarias ni apenas votivas, lo que vendría a diferenciar en gran medida este espacio con el ámbito cartaginés. No marca esto un menor grado de “fenicidad”, sino simplemente patrones de conducta adaptados a las circunstancias y necesidades locales. La epigrafía no debe limitarse a estudiar los ejemplos alargados y monumentales propios de la actividad estatal y religiosa. Esta perspectiva parcial marcada por fuertes prejuicios hacia otras formas de escritura ha llevado a considerar por mucho tiempo como nulo el ejercicio de la escritura en las colonias fenicias de extremo occidente, teoría que, como veremos, no se corresponde al registro de hoy.

Los restos epigráficos se reparten en varios lugares, de entre los que destacan Abul, Peña Negra, el Morro de la Mezquitilla, Santa Olaia y Castillo de Doña Blanca – en los dos últimos, más de una cuarentena de ejemplares–. Casi exclusivamente hablamos de meras marcas de propiedad o comerciales sobre fragmentos cerámicos de platos de engobe rojo, a veces sobre cerámica gris de pasta local indígena o incluso sobre soportes metálicos. Ocasionalmente, veremos la presencia de verdaderos *óstraka* –fragmentos cerámicos destinados a ser objeto de inscripción administrativa– con varias líneas de texto. En otras pocas ocasiones observamos inscripciones sobre objetos valiosos seguramente importados, y que por tanto pudieron recibir la inscripción fuera del ámbito colonial ibérico. Destaca, en este sentido, un anillo de Cádiz fechado a finales del siglo VIII e inicios del VII a. C., con un sello en el que se lee *N'm'l*. Tampoco cabe dejar de hablar de la estatuilla de Astarté encontrada en El Carambolo, en cuya base se incluye una inscripción que ha solido ser fechada, por criterios paleográficos, en torno al siglo VIII a. C., aunque su procedencia original es desconocida. Por último, destaca una urna de alabastro en la necrópolis de Almuñécar, con una inscripción pintada de difícil lectura, que podría ser el antropónimo del difunto. La tipología de la cerámica corintia presente en la tumba sitúa sus fechas en la primera mitad del siglo VII a. C., y no más tempranamente (Hoz Brazo 2010: 424-425). Con respecto a los epígrafes más sencillos y de uso más aparentemente habitual, destacan los cinco grafitos hallados en Abul, todos ellos en el interior de recipientes de cerámica gris, y uno de ellos con 5 signos. Casi todo el resto se limitan a nombres personales o iniciales, y se encuentran en asentamientos

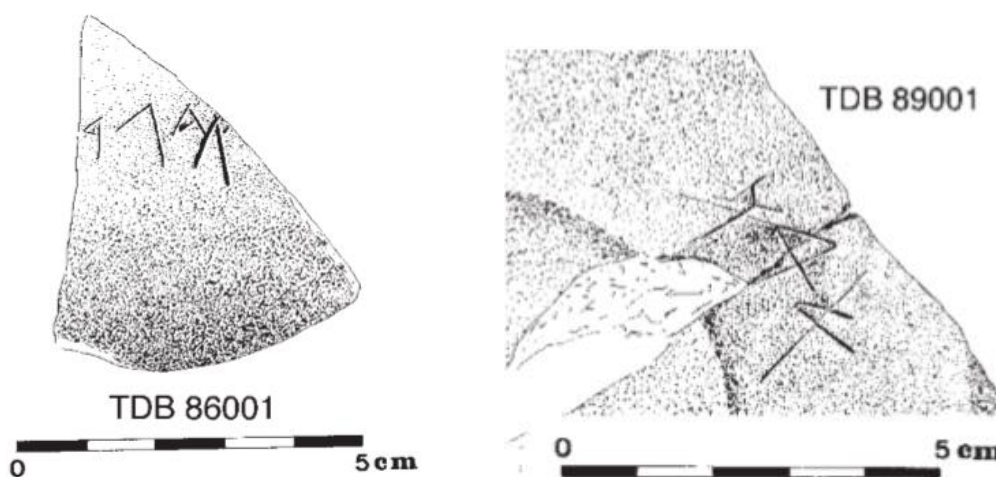
fenicios, a excepción de Peña Negra (Crevillente, Alicante), donde la inscripción hallada se presenta sobre un plato de tipología fenicia, aunque hecha con pasta local⁴⁰. El plato de barniz rojo será el soporte más habitual, aunque también observamos casos sobre jarras o cuencos, así como ánforas –en ellas hay una tendencia a aparecer en el pie, o cerca del mismo– (Hoz Bravo 2010: 426-429; Pappa 2013: 68).

La mayor concentración de epígrafes ha aparecido en los niveles más antiguos del barrio fenicio en el Castillo de Doña Blanca, en su mayor parte, fragmentarios sobre cerámica –a veces sobre piedra o metal–. De entre ellos, unos 25 presentan varios grafemas, e incluso algunas líneas completas. En su mayoría se encuentran incisos, aunque a veces pintados sobre la superficie. Es de notar que aparecen en todos los sectores, cortes y estratos del área, en todas sus fases de ocupación, aunque habrá una especial concentración en los niveles de los siglos VIII-VII a. C. Contamos, así, con este especial hallazgo, con el primer ejemplo de un uso regular y cotidiano de la escritura en la península ibérica, atestiguado por el origen local de la pasta con que se confecciona la cerámica –tan sólo hay un caso importado–. Ignorando los casos con menos de dos grafemas o dudosos en cuestión de cronología o tipología, seguimos contando con una quincena de inscripciones, de las cuales, sólo una (TDB 82003) apareció descontextualizada en superficie, aunque por tipología no puede ser más reciente que el siglo VII a. C., y tres en un basurero localizado al norte, en zona extramural. La mayor singularidad se observa en el caso de TDB 91008, un *óstrakon* que incluye, al menos, cuatro líneas de texto. Cabe destacar en las formas paleográficas de todos estos ejemplos epigráficos, que se asimilan, según J. A. Zamora y de Hoz, al estilo cursivo que debió desarrollarse en los soportes habituales –una posibilidad muy tentadora, aunque, a mi parecer, para terminar de confirmarla habría que esperar a recuperar uno de esos hipotéticos rollos de papiro–. No obstante, parece cierta la presencia de manos experimentadas que trazan las líneas con pericia y decisión, ausentándose así esquematismos y simplificaciones escuetas. El trazado es siempre correcto, y las letras, muy reconocibles. La habilidad con que parece realizarse la inscripción del *óstrakon* antes mencionado parece pertenecer a las manos de un escriba experimentado. No hablamos, como hemos visto en otros contextos –en Grecia o en Pitecusa–, de un ejercicio por parte de individuos semiletrados con habituales errores a la hora de impregnar los signos, sino

⁴⁰ La convivencia de la escritura fenicia con la sociedad autóctona es visible en el caso del Peña Negra, así como la presencia de, al menos, catorce nombres personales no fenicios, más otros cinco dudosos, entre los grafitos fenicios que estamos comentando (Hoz Bravo 2010: 429).

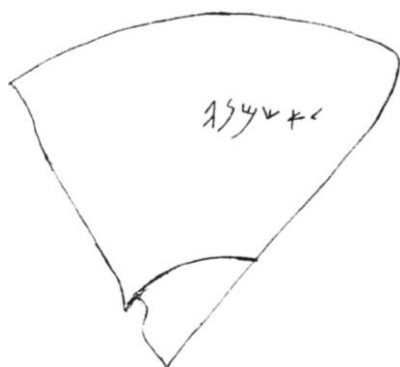
de una correcta confección de la escritura lineal con soltura y decisión, por parte de individuos que, como señala la presencia de *óstraka*, estaban relacionados con la administración, pública o privada, de mercancías comerciales. En cualquier caso, no podemos negar que la ingente mayoría pertenecen al ámbito privado al limitarse a señalar la propiedad mediante nombres propios o sus iniciales (Zamora López 2005b: 271-282).

Aunque tradicionalmente se han querido interpretar como escrituras de origen autóctono, existe otra serie de fragmentos cerámicos en asentamientos indígenas con signos manifiestamente fenicios y de los que se han propuesto lecturas alternativas a las señaladas por los autoctonistas. No obstante, sus formas abreviadas e incompletas, cuando no se tratan de meros símbolos, dificultan mucho su adscripción cultural. Es el caso del Cabezo de San Pedro, Puerto, 6 y Puerto, 9, así como Méndez Núñez, 8, en Huelva; también en el Carambolo, considerado en los últimos años fenicio, donde han aparecido platos de borde estrecho similares a los de Castillo de Doña Blanca, con grafitos. En un caso vemos perfectamente una *yod* fenicia, y en otro una estrella de ocho puntas –símbolo vinculado a la divinidad Astarté, la misma a la que se dedicó la estatuilla encontrada en el “fondo de cabaña” del mismo yacimiento que, recordemos, parece ser un complejo santuario—. Cerro Macareno (La Rinconada, Sevilla) y Medellón (Badajoz) también incluyen este tipo de hallazgos (Mederos Martín, A. y Ruiz Cabrero, L. 2001)



Láms. CI y CII: Piezas inscritas de Doña Blanca.

Fuente: Zamora López 2005b: 177 y 179



Láms. CIII y CIV: TDB 91001 y el óstrakon TDB 91008.

Fuente: Zamora López 2005b: 180 y 183

5. 2. 4. Conclusiones

El registro epigráfico fenicio, aunque sea poco significativo en relación con el registro arqueológico completo del que disponemos sobre la colonización en la península ibérica, no deja de ser, en sus silencios también, característico e ilustrador. Según mi criterio, no evoca en su reducida presencia una inexistencia o marginalidad de la escritura, sino una forma particular de llevarla a cabo atendiendo a objetivos distintos de los que imperaban en circunstancias aparte, como las habidas en la misma metrópolis tiria. En cualquier caso, debemos ser cautos a la hora de pensar en el hábito de la escritura holísticamente y tratar de reducirlo a los vestigios y evidencias positivas de los que disponemos. Si bien es cierto que no podemos confirmar la existencia de otros soportes usados hasta que aparezcan, al menos, referencias directas a ellos en suelo peninsular, sí podemos presuponer su existencia vista la pericia con que se efectúan los signos en ciertos *óstraka*. La presencia de escribas profesionales dedicados a la conformación de documentos administrativos y la gestión de recursos es un rasgo cultural que llevaba inserto en el colectivo siriopalestino desde una antigüedad milenaria a la altura del siglo VIII a. C. Un comercio tan especializado y extenso como el que se observa dirigido hacia las comunidades indígenas del *Hinterland* ibérico no podía ser ajeno a una cierta actividad administrativa en la que debieron presenciarse documentos de contaduría sobre soportes más habituales que la cerámica o la piedra.

La existencia de personajes distinguidos socialmente es observable en el registro arqueológico desde, al menos, el siglo VII a. C. –hipogeos de Trayamar y ostentosos

ajuares en el Cerro de San Cristóbal–, y en la diversificación profesional desde los primeros momentos de la Rebanadilla, el Morro, Chorreras, Toscanos y Cerro del Villar –presencia de comerciantes, alfareros, metalúrgicos, pesqueros, sacerdotes, etc.–. Pero además será manifiesta la presencia de estructuras arquitectónicas que podemos considerar “públicas”, en tanto funcionan como lugares centrales de redistribución económica. Edificios como el almacén de Toscanos o el santuario de El Carambolo, así como el hipotético templo de Melqart en Gadir, son ejemplos de una verdadera presencia burocrática basada en la legitimación religiosa. El templo es un elemento axial en el funcionamiento de la economía próximo oriental, al convertirse en lugar proclive a un intercambio justo bajo el amparo de la divinidad hacia la que se consagra el templo. El pago de una tasa a cambio de los servicios prestados por el personal dependiente del templo era un trámite habitual en el funcionamiento del templo en Próximo Oriente –en este contexto se entiende la presencia de la estatuilla broncea de Astarté–. Esta canalización paulatina de capital será la responsable de una concentración tal que permita la adquisición de grandes riquezas como la observada en el Tesoro del Carambolo, también aparecido en el “fondo de cabaña” donde se presentó la estatua de Astarté y los restos cerámicos (Aubet Semmler 2009: 291-295). Será el funcionamiento de este sistema tendente hacia la concentración de capital en un colectivo concreto –sacerdotal, administrativo y comercial– el que desembocará en la formación social de individuos lo suficientemente enriquecidos para canalizar fuerza de trabajo social, material y capital en la construcción y mantenimiento de monumentos funerarios con funcionalidad simbólica. Que no haya epígrafes funerarios a la manera de Cartago no resta importancia a estas tumbas, sino que las diferencia y caracteriza. Se evidencian, así, serias diferencias culturales dentro del universo colonial fenicio, lo que señala, a mi parecer, su conformación a partir de oleadas distintas protagonizadas por diferentes personas en busca de objetivos particulares. En cualquier caso, poco más podemos concluir sobre la sociología colonial fenicia a partir del registro arqueológico disponible, en especial del funerario y el epigráfico, ambos en cierto modo muy reducidos en relación a los múltiples asentamientos y la densidad poblacional que sugieren.

5. 3. Tartessos: del mito historicista de Schulten al registro arqueológico de hoy

Tartessos fue y es un tema muy peliagudo en la historiografía por la controversia tan difícilmente resoluble que sus debates han mantenido. Tenemos constancia de este nombre en fuentes grecorromanas –autores como Avieno, Heródoto, Silio Itálico, Plinio y otros muchos– que tampoco tienen claro a qué se refieren, ya que durante los siglos de ocupación romana el nombre ya se relacionaba con una cierta antigüedad de límites cronológicos desconocidos, así como con una gran confusión sobre su significado –¿un reino, una ciudad o un río?–. A estas referencias se añaden otras herodoteas (I 163 y IV 152, 1-5) que relacionan el término con episodios de historicidad dudosa, así como múltiples pasajes bíblicos donde se menciona la desconocida tierra de *Tarshish* –término que, si recordamos, también se encontraba en la estela fenicia de Nora–. El halo de misterio y exotismo que en todas estas referencias antiguas se tienen de la mítica Tartessos fue, desde los inicios de la historiografía española en el siglo XVI, un tema recurrente que pasó a ser un tema de investigación más seria en el siglo XX bajo la figura de Adolf Schulten. Perteneciente a la clásica escuela historicista alemana, Schulten contaba con el precedente de Heinrich Schliemann, afamado arqueólogo en su época por haber hallado la mítica ciudad de Troya. Contando con esta inspiración, Schulten se propuso enconadamente hallar la mítica ciudad, aunque sus esfuerzos fueron en balde. No obstante, a partir del propio análisis de las fuentes y los pocos hallazgos arqueológicos con los que se contaba, pese a no ser de adscripción cultural muy clara, no dudó en afirmar una serie de líneas hipotéticas de calidad científica ciertamente deleznable. Procede en su famosa publicación *Tartessos* (1922) a una constante idealización y sensacionalismo en torno al concepto de Tartessos como primer y más antiguo núcleo de la inevitable Europa de las naciones configuradas por el devenir de las fuerzas históricas. Fijó, así, una perspectiva incongruente y manifiestamente tergiversada que hoy se encuentra absolutamente superada. No obstante, sus afirmaciones no dejaron en los siguientes años de inspirar en la historiografía una idea similar, sobre todo durante el periodo del nacional-catolicismo, en una búsqueda constante de raíces históricas que sirvieran de encomio para la “nueva” nación española. Esta carga subconsciente a favor de una idealización fue canalizada hacia el gran público una vez se hallaron las 21 piezas de oro del Tesoro del Carambolo en 1958 por la exuberancia del material. En los últimos decenios, no obstante, ha existido un acercamiento más serio hacia la cuestión gracias al

gran avance que se ha desarrollado en la investigación arqueológica y al movimiento de renovación existente desde la década de 1970, conocido como *Nueva Arqueología*. El registro, no obstante, no termina de ser claro en numerosas ocasiones, y sigue habiendo un enconado debate sobre si hablamos de asentamientos y necrópolis indígenas o fenicias. A partir de las clásicas obras de M.^a E. Aubet (1977-1978)⁴¹ y C. González Wagner (1983)⁴² se marcan las dos líneas esenciales de interpretación del complejo cultural tartésico que se mantienen a día de hoy. Mientras Aubet, influida por la *Nueva Arqueología* y los nuevos esquemas de la Arqueología funcionalista, observa Tartessos como una cultura autóctona protourbana que ha protagonizado una serie de transformaciones socioeconómicas a partir de una dinámica propia que sería acrecentada con la presencia colonial fenicia, Carlos González Wagner observa el inicio de Tartessos a partir de la colonización fenicia, haciendo uso de esquemas provenientes de la antropología y estudios materialistas de economía antigua. Partiendo de una sociedad rural de carácter preurbano y una estructura social simple, será la demanda de plata tartésica por parte de los fenicios y su estimulación colonial las que propicien un nuevo ciclo de transformaciones culturales de la sociedad indígena (Álvarez Martí-Aguilar 2005 y 2011; Aubet Semmler 1977-1978; Cruz Andreotti 1987; González Wagner 1983; Schulten 2006).

Una vez hechas estas observaciones sobre lo que se entiende por Tartessos hoy, procederé con toda la cautela posible a comentar las noticias que tenemos de Tartessos en las fuentes y a contrastarlas con las principales características arqueológicas que tenemos en el registro. Una vez contextualizado, podré dar el paso e introducirme en el enigmático e irresoluto problema de la escritura tartésica.

5. 3. 1. *El periodo orientalizante en el suroeste peninsular*

Tartessos fue un tema tratado por varios autores clásicos que veían el extremo occidental del mundo conocido cargado de misterios y enigmas que despertaron su imaginación de tal forma que lo establecieron como escenario de múltiples relatos míticos

⁴¹ “Algunas cuestiones sobre el período orientalizante tartésico” en *Pyrenae* 13-14, pp. 81-107.

⁴² “Aproximación al proceso histórico de Tartessos” en *Archivo español de Arqueología* 56, pp. 3-35.

y pseudohistóricos. Pero más antiguas son treinta y una referencias bíblicas⁴³, la mayoría en *Reyes I*, sobre la misteriosa *Tarshish*, de la que tantas riquezas importaban las naves tirias al puerto de su ciudad desde el reinado de Hiram (siglo X a. C.). No obstante, en numerosos pasajes parece referirse más a un tipo de embarcación que a un lugar de destino. También se ha pretendido relacionar por parte de algunos autores modernos con los viajes que en los mismos libros se mencionan hacia el reino de Ofir, en el mar Rojo, por lo que tal vez cabría hablar más de un reino oriental, o incluso africano, si atendemos a que entre las importaciones se mencionan, además de metales, marfil y monos. Según mi parecer, tal vez al hablar de *Tarshish*, si se trata del extremo occidente, no se dejan de incluir en el término las tierras de más allá del Estrecho, incluyendo la costa marroquí. Esta concepción más amplia tal vez explique mejor la presencia de elementos africanos en las importaciones tirias. Si entendemos que las fechas para las que se propone este comercio son muy tempranas para la colonización, a día de hoy queda atestiguada una presencia precolonial en extremo occidente, como hemos observado en páginas anteriores. No obstante, las propuestas de lugares posibles siguen siendo múltiples dentro de la literatura científica: Tarso en Cilicia, Cartago, e incluso la India (González de Canales Cerisola 2004: 169-277).

A las referencias bíblicas de *Tarshish* se añaden las griegas sobre Tartessos, que dejan de suscitar múltiples dudas por lo impreciso de su significado y delimitación territorial. De entre todas las referencias, tienen más crédito aquellas que se refieren a episodios de cierta historicidad y no están mezcladas con relatos míticos, cuya carga imaginativa complica con creces la distinción entre realidad y ficción⁴⁴. Con mayor seriedad han sido tratados los textos de Heródoto (485-427 a. C.) referentes a Tartessos, por su proximidad cronológica con los hechos que narra y las intenciones de historicidad de su relato. En el primero de sus libros (cap. 163) comenta un viaje realizado por comerciantes foceos arribados a las costas del reino Tartessos, Argantonio –nombre de raíz griega entendido como “el de la plata”–, quien supuestamente reinó durante ochenta años y vivió ciento veinte. Este hospitalario y enriquecido rey invitó a sus huéspedes a instalarse en su tierra. Tras recibir una negativa a abandonar su suelo patrio, en la isla de

⁴³ La versión que conocemos actualmente de gran parte del Antiguo Testamento no se remonta más que al siglo VI a. C., según el ilustrador estudio en contraste con el registro arqueológico de los antiguos Israel y Judá realizado por Finkelstein y Silberman (2011).

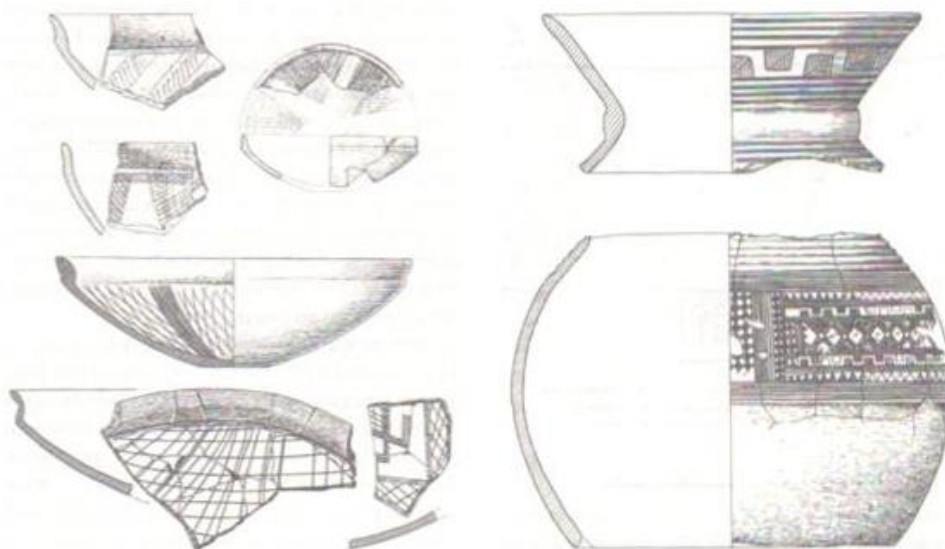
⁴⁴ Sirva de ejemplo la *Gerioneida* de Estesícoro (siglo VI a. C.), que establece un teórico río Tartessos como escenario del mito de Heracles y Gerión, o la *Ora Maritima* de Avieno (siglo VI a. C.) (González de Canales Cerisola 2004: 283-284).

Jonia, y recibir constancia del avance de los ejércitos persas hacia ella, les aportó capital –*chrémata*– para levantar un muro en su ciudad de origen. Se considera en este pasaje, como vemos, un reino independiente en el lejano occidente con un sistema monárquico poderoso y enriquecido (González de Canales Cerisola 2004: 283-286; Heródoto 1994: 130-131). La historicidad que pueda reflejar este relato podría situarse, a mi juicio, en los primeros años del siglo VI a. C., en los que comienza una cierta crisis del monopolio comercial fenicio en el suroeste peninsular y se inserta una gran cantidad de cerámica griega. También vimos que eran momentos de especial penetración focea en los mares del Mediterráneo central, motivo principal que estimulo la belicosidad de Cartago.

El mismo Heródoto volverá a mencionar el mítico reino de Tartessos (IV 152, 1-5) como lugar acogedor de viajeros aventureros internados en territorio inhóspito, desconocido y enigmático con el viaje de Coleo de Samos, en el marco contextual de la fundación de Cirene en Libia. Navegando rumbo a Egipto, la nave de Coleo se desvió a causa de los vientos de Levante, y atravesó las columnas de Heracles hasta llegar a Tartessos, *ese emporio comercial que estaba sin explotar* y que deparó grandes ganancias al navegante (González de Canales Cerisola 2004: 286).

En el registro arqueológico lo que prima a día de hoy es una serie de yacimientos relacionados con necrópolis concentrados en el suroeste peninsular, que se verán claramente marcados por una potente impronta fenicia en múltiples aspectos de su cultura material y estructura sociopolítica. Diferenciada de un área nuclear que a grandes rasgos coincidirá con las actuales provincias de Cádiz, Huelva y Sevilla, se observan también áreas periféricas que desarrollarán cambios similares, configurando un sistema de relaciones macroeconómicas centralizado en la actividad metalúrgica y su canalización hacia Gadir y las colonias fenicias. La base económica de las sociedades autóctonas seguirá siendo agropecuaria y centrada en el cultivo del cereal, aunque se observa la introducción de nuevas especies por parte de los fenicios –el almendro, el asno y la gallina entre otras–. No obstante, el elemento económico central que determina la razón de ser del mundo tartésico es la riqueza minera y metalúrgica del tercio occidental peninsular –oro, plata, cobre y estaño–. Aunque los afloramientos ya venían siendo explotados durante el Bronce final atlántico, será ahora cuando adquieran niveles “industriales” en su extracción. La dinámica económica que esta estimulación comercial provoca determinará la aparición de trabajadores especialistas a tiempo completo –artesanos, orfebres, alfareros, etc.–, que gracias a la introducción de técnicas novedosas –torno de

alfarero, granulado, filigrana– conocerán un avance significativo en el desarrollo de piezas de lujo. En definitiva, como veremos, se consolida una economía agropecuaria y sedentarizada en centros “urbanos” donde existirá un cuerpo social diversificado por sus especialidades de trabajo y papeles sociales, que además producirá excedentes canalizados a la exportación (Domínguez Monedero 2007: 235-236; Torres Ortiz 2002: 97-123). Los centros ya tenían sus precedentes, en su mayoría, en poblados del Bronce final que se convertirían en el germen de los posteriores centros “urbanos”, pasando sus cabañas de planta ovalada o circular a edificios sobre zócalos de piedra y paredes rectas organizados en torno a espacios de funcionalidad especial –zonas industriales, sacras, habitacionales...–. Al mismo tiempo, mientras se desarrollan novedades en el armamento –mayor uso de flechas con arcos compuestos– también se generaliza el alzado de fortificaciones, lo que indica de nuevo una fuerte impronta oriental (Torres Ortiz 2002: 261-271 y 273-316). Como veremos más adelante, el mundo sacro y religioso se verá fuertemente influido de nuevo por el mundo fenicio, con el levantamiento de numerosos santuarios o edificios complejos con una numerosa subdivisión de espacios interna, a lo largo de todo el territorio tartésico, así como también el mundo funerario –numerosas necrópolis de incineración basadas en urnas de tipo Cruz del Negro enterradas, ya bajo superficie plana o bajo estructuras tumulares– (Torres Ortiz 2002: 329-376).



Láms. CV y CVI: Cerámica de retícula bruñida y pintada estilo Carambolo

Fuente: Domínguez Monedero 2007: 248 y 249

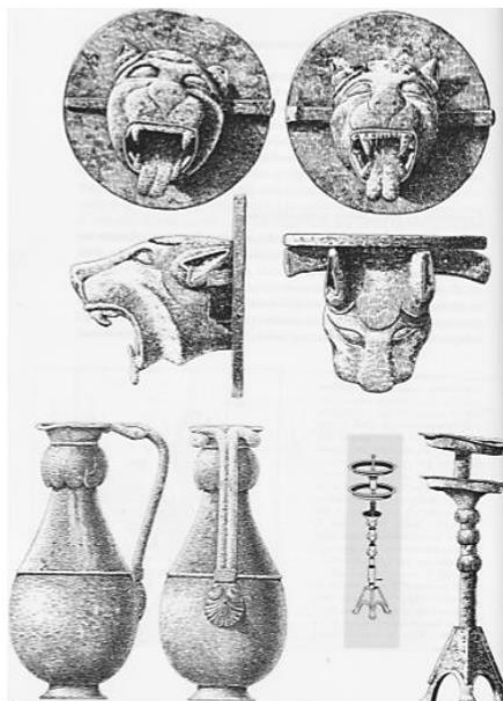
Aunque manteniendo estas características generales, el área tartésica se divide, como bien observa Domínguez Monedero (2007), en varias zonas que mantendrán cierta

personalidad. Las áreas nucleares, que mostrarán un mayor dinamismo de cambio en horizontes cronológicos más antiguos, serán el Valle bajo del Guadalquivir y la región onubense. En torno a Gadir se ha hallado, cercano a la necrópolis de Las Cumbres y a Doña Blanca, el poblado de El Campillo. Sobre fondos de cabaña del Bronce final, en este asentamiento se levantan estructuras rectangulares donde ya aparecen cerámicas a mano junto a fenicias y a torno lento, que se remontan posiblemente al siglo IX a. C. En la necrópolis ya vimos que el túmulo 1 se caracterizaba por la presencia de elementos indígenas como fenicios, lo que ha hecho pensar en su compartición (Domínguez Monedero 2007: 238-240).

En la orilla izquierda del antiguo *lacus*, en el estuario del Guadalete se encontraba el poblado de Mesas de Asta, del que se conoce bien la necrópolis, situada al oeste con más de 500 tumbas de la primera mitad del I milenio. El inicio de las importaciones fenicias se observa durante la primera mitad del siglo VIII a. C., y se multiplica durante los siglos VII-VI a. C. También destaca la presencia de cerámica autóctona propia del horizonte tartésico, como cerámicas bruñidas o pintadas tipo Guadalquivir o Carambolo. Al norte, en toda el área que bordeaba el antiguo golfo tartésico se han hallado numerosos poblados de cabañas con importaciones fenicias. Acrecentados en número durante el siglo VII a. C., introducirán zócalos de mampostería en sus edificaciones y verán multiplicarse la importación de elementos fenicios (Domínguez Monedero 2007: 241-242).

Ubicada en una antigua península entre el Tinto y el Odiel, rodeada por un amplio estuario se encontraba la antigua Onoba, la actual Huelva, sobre una serie de cabezos que dominaban el entorno y donde se asentó la población y las necrópolis. En el Cerro de San Pedro se observa ya ocupación anterior al horizonte colonizador que se verá reforzada en la primera mitad del siglo VIII a. C., con la llegada de nuevo material fenicio y la adopción de técnicas de construcción novedosas en la ladera occidental, como también se ha observado en las excavaciones en torno a la “Puerta de Sevilla” (Belén y Escacena 1993 y Domínguez Monedero 2007: 241-242). Es una importante ciudad que incluirá almacenes, talleres y santuarios en las zonas llanas, al pie de los cerros y de cara al mar. También se han detectado varias áreas funerarias, como la del cabezo de la Joya, que incluirá 19 tumbas de incineración simples e inhumaciones en fosa, destacando algunos casos con un exuberante ajuar (*ca.* 750-600 a. C.) La tumba 17 destacará por la presencia de una arqueta de marfil con bisagras de plata, un gran vaso de alabastro, un jarro, un brasero y un quemaperfumes rituales de bronce, así como un espejo de bronce con

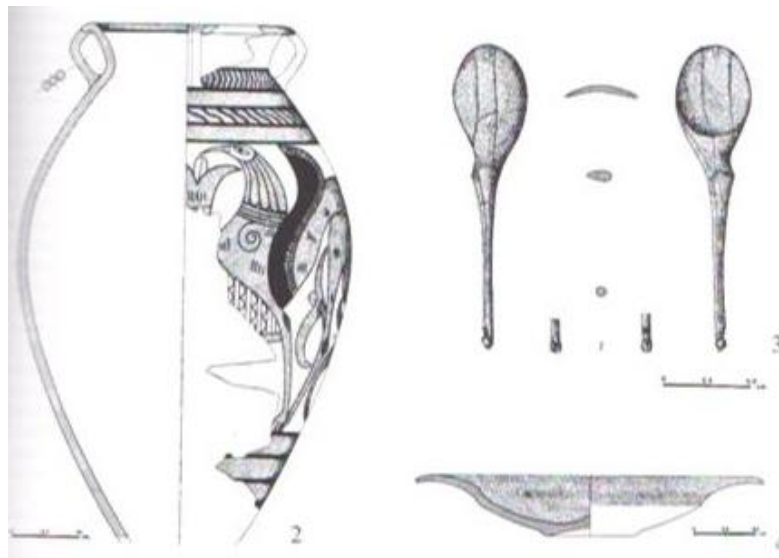
enmangue de marfil (Lám. CVII p. 170) (Domínguez Monedero 2007: 243-244; Harrison 1989: 83-87). Más al norte, sobre un recodo del río Tinto, el poblado de Niebla comunicaba Onoba con el área minera y con la antigua desembocadura del Guadalquivir. Al igual que en Onoba, la actividad metalúrgica es evidente en este poblado, cuyos niveles de hábitat se concentran en el siglo VII a. C., ya con el uso de una mampostería regular y de paredes rectilíneas. Quedará cercano el poblado amurallado y especialmente fortificado de Tejada la Vieja, siguiendo sistemas muy parecidos a los del Castillo de Doña Blanca –sobre zócalos, muralla de casamatas rellenas y reforzada con un talud exterior–. A unos 40 km, también en el poblado de San Bartolomé de Almonte, ocupado desde fines del siglo IX hasta inicios del VI a. C., se observa importación fenicia desde mediados del siglo VIII a. C. Por otro lado, en la zona minera de Aznalcóllar destacan poblados dedicados a la extracción de la plata y su trabajo metalúrgico –El Castillo, Los Castrejones...–. No cabe ignorar, pese a su defendido carácter fenicio, el asentamiento de Spal, bajo la actual Sevilla, y el cercano santuario del Carambolo. De éste se han distinguido cinco fases constructivas entre los siglos VIII-VI a. C., cada una de las cuales abarcando un mayor espacio y complejidad del mismo (Domínguez Monedero 2007: 245-249; Fernández Flores, A. y Rodríguez Azogue, A. 2005 y 2007).



Lám. CVII: Algunos de los objetos hallados en la tumba 17 de la Joya.

Fuente: Harrison 1989: 84

En el casco urbano de la actual Carmona, en el entorno de Los Alcores y sobre el afluente Corbones, se ha documentado una ocupación en la segunda mitad del siglo VIII a. C. que ya presenta importaciones fenicias, así como viviendas rectangulares en la Casa del Marqués del Saltillo. En el ámbito 6, una estancia rectangular con pavimento de tierra batida rojiza y con tres *píthoi* depositados bajo tres de las esquenas, decorados con temas florales y zoomorfos, junto a cerámica autóctona y fenicia muy variada. Se ha interpretado, por todo, como un posible santuario. Cerca se encuentra la necrópolis de Cruz del Negro, de la que nos ha sobrevivido un centenar de tumbas de cremación, con urnas *à chardon* y Cruz del Negro bajo túmulos (Lám. CVIII p. 171). Por la gran cantidad de importaciones orientales, ha sido considerada por muchos autores como una necrópolis fenicia, producto de una migración de campesinos que buscaban la potencialidad agrícola de los suelos de esta zona (Domínguez Monedero 2007: 250-253; Harrison 1989: 89).

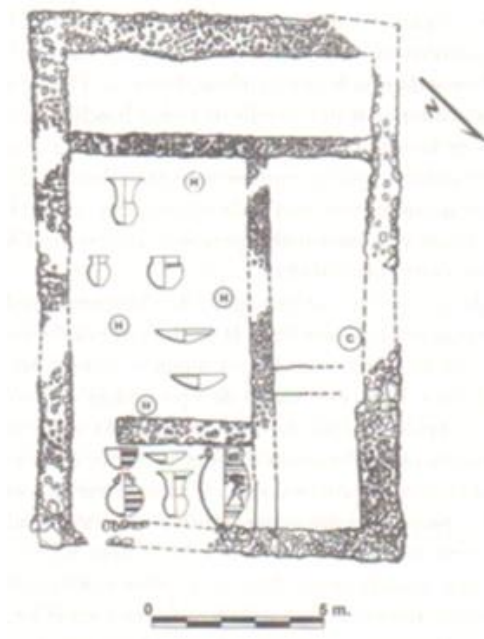


Lám. CVIII: Algunos de los materiales hallados en el ámbito 6 del palacio del marqués de Saltillo, Carmona (Sevilla): *píthos* con decoración polícroma, cucharas de marfil y plato de barniz rojo.

Fuente: Torres Ortiz 2002: 307

Sobre el mismo río Corbones, el poblado de Montemolín se encontrará en una magnífica posición estratégica que conecta Carmona con la depresión de Ronda y el Bajo Guadalquivir. Volvemos a encontrar diversos niveles de reconstrucción con edificios rectangulares con diversas estancias internas, desde el tránsito del siglo VIII al VII a. C. Como en otros casos, observamos una especial convivencia de cerámica a mano, orientalizante y fenicia, sobre todo en el edificio D, donde también se documenta una especial presencia de restos faunísticos sacrificados allí mismo. Al exterior del recinto,

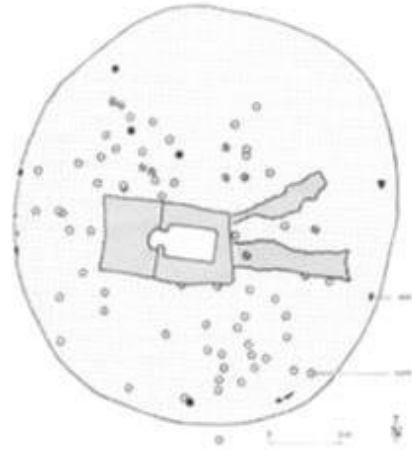
un pozo votivo con más restos óseos y cenizas (Lám. CIX p. 172) (Domínguez Monedero 2007: 254-256; Mancebo *et alii* 1992).



Lám. CIX: Estructura compleja y posible santuario de Montemolín.

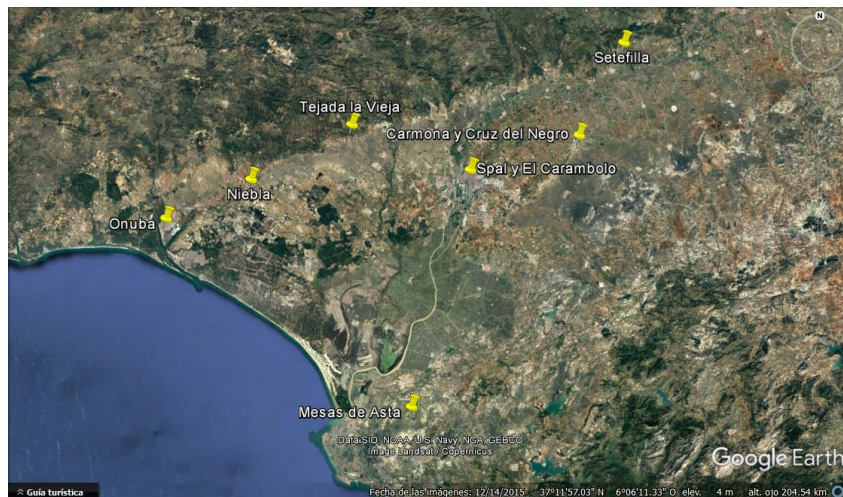
Fuente: Domínguez Monedero 2007: 254

Relacionada con el poblado en Mesa de Setefilla, destaca la necrópolis tumular de Setefilla por la aparición de enterramientos especialmente monumentales. Sobre enterramientos previos de urnas de incineración enterradas que se remontaban al Bronce final, en los túmulos A y B se construyen cámaras funerarias de mampostería donde se inhuman uno o varios personajes importantes, de fines del siglo VIII e inicios del VII a. C. (Lám. CX y CXI p. 173). Alrededor de las cámaras se reparten otros numerosos enterramientos en urna de condiciones mucho más humildes, algunos de los cuales, los anteriores, se verán incluso afectados por la construcción. El ajuar funerario que se halló en las cámaras, cubiertas por estructuras tumulares, es de especial exuberancia y riqueza, mostrando la relación tan estrecha que se mantuvo con la artesanía fenicia al servicio de los personajes de la élite autóctona. Más adelante se ha localizado una cámara similar en el túmulo E (Aubet Semmler 2009b; Domínguez Monedero 2007: 257-258; Harrison 1989: 89-92).



Láms. CX y CXI: Fotografía y planta del túmulo A de Setefilla.

Fuente: Harrison 1989: 90

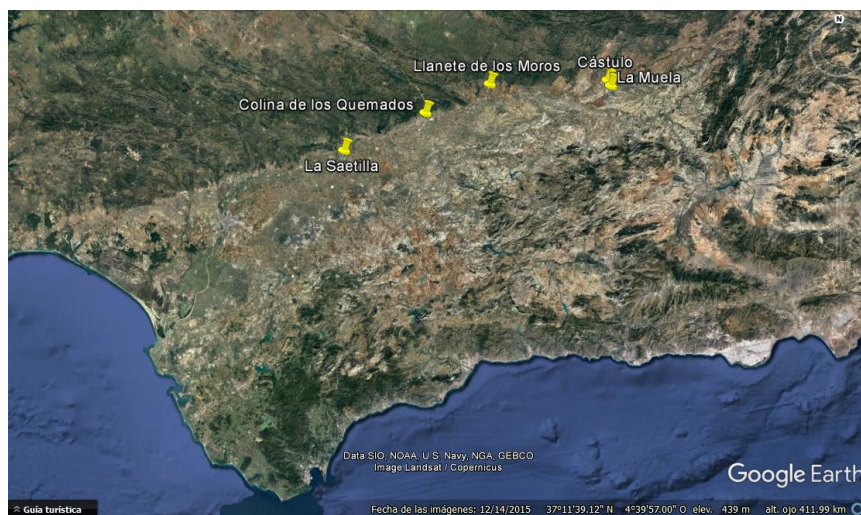


Lm. CXII: Localización de los principales yacimientos del Bajo Guadalquivir y el área onubense.

Fuente: elaboración propia a partir de los datos en Domínguez Monedero (2007) y el SIG en el programa informático *Google Earth*

El mundo orientalizante y sus influencias en la cultura material no acaban en esta región del Bajo Guadalquivir, sino que se extienden a una serie de áreas periféricas que quedarán, a su manera, interconectadas con el núcleo tartésico y fenicio, de tal forma que se sientan las bases para la futura cultura urbanizada ibérica. En el curso medio del Guadalquivir destaca una serie de importantes poblados –La Saetilla, Ategua, el Llanete de los Moros...– que reciben rápidamente la influencia cerámica y arquitectónica del Bajo Guadalquivir. De entre todos ellos destaca la Colina de los Quemados, en el casco urbano cordobés. Sobre un anterior poblado disperso de cabañas y zonas de cultivo sobre 50 hectáreas, el poblado orientalizante controlar ya un importante territorio de vocación

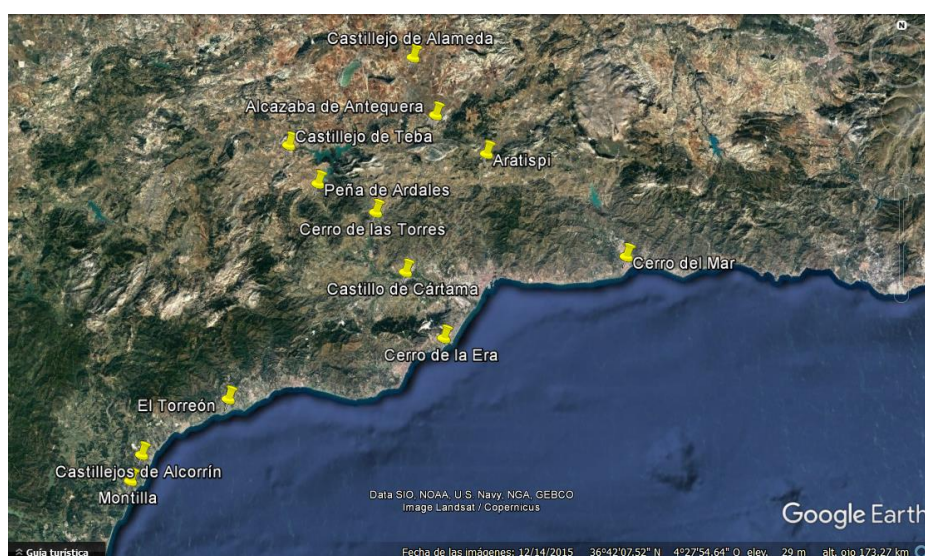
agropecuaria y el acceso a fuentes argentíferas de Sierra Morena. Más al interior, en el alto Guadalquivir también destaca otra serie de poblados que reciben influencia orientalizante desde el siglo VII a. C. El poblado más paradigmático de la zona es Cástulo, cuyo lugar muestra una potente estratigrafía de ocupación desde el Paleolítico hasta época andalusí. Relacionado con un importante terreno minero y argentífero, desarrolla una importante labor metalúrgica dentro del macrosistema económico tartésico. A poca distancia queda el poblado metalúrgico de la Muela, sobre el Guadalimar, que comienza a recibir influencias orientalizantes desde el siglo VIII a. C. para tan pronto como el siglo VII a. C. comenzar a incluir construcciones de carácter fenicio, incluyendo, más tardíamente, un edificio monumental con pavimentación de gujarros blancos y negros. La cerámica encontrada en el edificio es muy variada, aunque la mayor parte es indígena a mano, con paralelos en el Bajo Guadalquivir, el sureste, así como del valle del Duero y el Ebro. A mi juicio se trata de un edificio sacro con paralelos en el Bajo Guadalquivir y Oriente, de marcada impronta fenicia, aunque con una participación social proveniente de muchos rincones de la península, tal vez atraída por las posibilidades de un centro empórico tan relacionado con la actividad minera, metalúrgica y comercial. En la zona también destacan necrópolis como la de Estacar de Robarinas, la cual incluye elementos de cierto valor en sus ajuares –bronces de cinturón, una espada de hierro, figuras hathóricas, calderos con trípodes, una pátera de plata, un anillo de oro, etc.– (Domínguez Monedero 2007: 262-268).



Lám. CXIII: Localización de los yacimientos más importantes en el alto Guadalquivir.

Fuente: elaboración propia a partir de los datos en Domínguez Monedero (2007) y el SIG en el programa informático *Google Earth*

Más al sur, en el territorio actualmente malagueño, destaca una gran cantidad de asentamientos indígenas que entran en íntimo contacto con la colonización fenicia en la desembocadura de los principales ríos. En la costa oriental, en torno al río Vélez destacaban ya en el Bronce final el poblado de Capellanía, situado al interior, y el cerro sobre el que se eleva la Alcazaba de Vélez Málaga. En el valle del Guadalhorce, en torno al funcionamiento del Cerro del Villa y Malaka funcionan muchos asentamientos en el *Hinterland* que pronto reciben influencias fenicias –Aratispi, Cerro del Cabrero, Cerro de las Torres y Castillo de Cártama–. En la costa occidental también habrá una especial convivencia entre fenicios e indígenas⁴⁵, así como un importante poblamiento autóctono en el *Hinterland*: en la depresión de Antequera⁴⁶, en la de Ronda⁴⁷ y en torno a los valles del Guadalteba y el Turón⁴⁸ (García Alfonso 2007).



Lám. CXIV: Localización de los asentamientos más importantes en territorio malagueño.

Fuente: elaboración propia a partir de los datos en García Alfonso (2007) y el SIG en el programa informático de *Google Earth*

Especial importancia tendrá, por su parte, la extensa área entre el Guadalquivir y el Guadiana, muy prontamente integrado en el dinámico sistema tartésico y fenicio. Como vimos, esta vertiente atlántica peninsular participaba desde el Bronce final en un sistema

⁴⁵ Destacan, en la costa más próxima a Málaga, Cerro de la Era (Benalmádena), Cerro Torrón (Marbella) y el Torreón (Éstepona), en plena desembocadura del Guadalmanza. Más a occidente, en la desembocadura del Guadiaro destaca el asentamiento fortificado indígena de Castillejos de Alcorrín, muy interconectado a Montilla, donde la presencia fenicia es indudable (García Alfonso 2007: 153-178).

⁴⁶ Castillejo de Alameda y Alcazaba de Antequera (García Alfonso 2007: 184-191).

⁴⁷ Silla del Moro, Acinipo y Ronda (García Alfonso 2007: 248-271).

⁴⁸ Sobre un importante poblamiento del Bronce final se continúa la ocupación durante el Hierro antiguo en el Castellón de Gobantes, la Peña de Ardales y el Castillejo de Teba (García Alfonso 2007: 192-247).

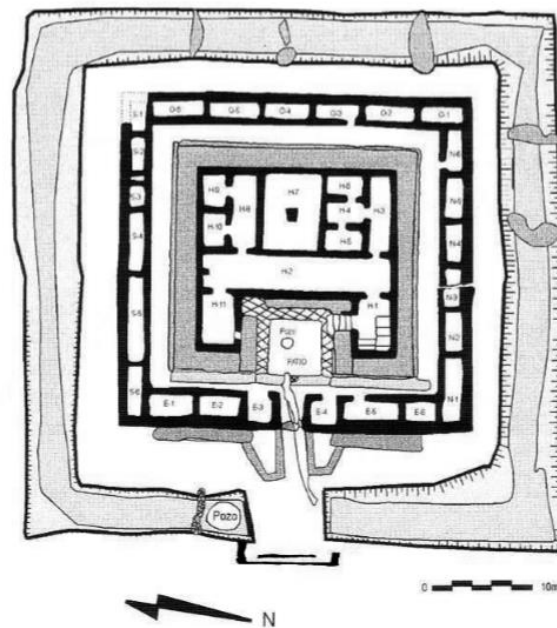
comercial que integraba todo el Atlántico europeo y que incluía diversos ítems metálicos. Partiendo desde el Aletenjo y el Algarve portugués hacia el norte, vemos ahora la introducción de productos fenicios y tartésicos en el interior de este sistema de relaciones comerciales, trayendo consigo una serie de novedades técnicas que deparará en el desarrollo de una orfebrería avanzada⁴⁹. En toda esta extensa región tendrá importancia una importante concentración de estelas decoradas, comentadas ya más arriba, con iconografías varias que incluyen figuras antropomorfas acompañadas de armamento e ítems de adorno personal que han sido hallados en contextos del Bronce final y el Hierro antiguo. Al encontrarse en su mayoría estas estelas descontextualizadas y desplazadas por el laboreo agrícola reciente, así como en algunos casos reutilizadas en el mismo periodo orientalizante con función arquitectónica o funeraria, su interpretación se ha vuelto un importante rompecabezas en cierto modo irresoluble. Por su distribución y los motivos representados se han adelantado hipótesis que, sin embargo, permanecen en su mayor parte sin validar⁵⁰. La importancia de estas estelas, sin embargo, es crucial para este trabajo, pues algunas son el soporte principal en el que se insertan los grabados de la escritura tartésica, que comentaremos más adelante (Celestino Pérez 2001; Costa Caramé 2013; Dóminguez Monedero 2007: 270-277; González Cordero *et alii* 1993; Mederos Martín 2008; Valerio *et alii* 2013).

De los poblados pertenecientes a esta área de gran potencialidad agrícola y ganadera destacan los ubicados en la actual comunidad de Extremadura. El asentamiento de Medellín, en un punto estratégico sobre el Guadiana, comunicaba el mundo tartésico con la Meseta. Como hito importante en la vía comercial hacia el estaño proveniente del noroeste peninsular, ya desde el siglo VIII a. C. se hallan importantes vínculos con el Bajo Guadalquivir –cazuelas carenadas de retícula bruñida, cerámica de estilo Carambolo...–, que dan paso, desde *ca.* 650 a. C. al desarrollo de su propia producción –estilo Medellín–, que comporta un incremento de las piezas hechas a torno y las importaciones fenicias que señalan una integración en el sistema de intercambio fenicio-

⁴⁹ Ejemplo de las joyas halladas en Villanueva de la Vera (Cáceres), o los distintos ítems metálicos encontrados en los ajuares de la necrópolis de Palhais (Beja, Portugal) (González Cordero *et alii* 1993; Valerio *et alii* 2013).

⁵⁰ Las principales explicaciones suelen señalar estos monumentos como hitos que señalarían rutas de paso, espacios reservados al pasto y, en definitiva, a una politización y diferenciación del territorio. Otros han observado más una relación funeraria que vendría a sustituir la especial ausencia de restos en el Bronce final del suroeste. En cualquier caso, falta aún estudios más completos que relacionen la disposición de las estelas mediante sistemas de información geográfica y relacionando los tipos de iconografía (Celestino Pérez 2001; Costa Caramé 2013; Mederos Martín 2008).

tartésico. Contamos con la existencia de una necrópolis con niveles orientalizantes –urnas de cremación enterradas en hoyos con ajuares diversos, algunos de los cuales también contarán con elementos de cierto valor, como peines de marfil, broches de cinturón o fíbulas metálicas–, en los que se han documentado grafitos de escritura tartésica sobre cerámica. Más importancia tendrá el poblado de Cancho Roano (Zalamea de la Serena) por el desarrollo de una arquitectura monumental de especial relevancia que se ha querido interpretar como un palacio regio o un santuario, desarrollada en los últimos momentos del periodo orientalizante (siglos VI a. C.) (Lám. CXV p. 177). Tiene, por su disposición y especialización en el uso de los diferentes espacios internos, paralelos importantes con el cercano asentamiento de La Mata, así como con los santuarios del resto del mundo tartésico y oriental (Almagro Gorbea y Domínguez de la Concha 1989; Almagro Gorbea *et alii* 2011; Jiménez Ávila 2005; Martín Bañón 2004).



Lám. CXV: Complejo monumental de Cancho Roano.

Fuente: Almagro Gorbea *et alii* 2011: 165

Para terminar, podemos observar que el mundo tartésico se interna en tierras tan interiores y norteñas en busca de los recursos mineros que se documenta una importante labor minero-metalúrgica en el cerro de San Cristóbal de Logrosán (Cáceres), situado entre los valles del Guadiana y el Tajo (Rodríguez Díaz *et alii* 2013), así como en la submeseta sur, donde el asentamiento de Bienvenida se relaciona también con importantes recursos mineros y argentíferos en el valle de Alcuía, al norte del Sierra

Morena, que canaliza hacia el medio y alto Guadalquivir, principal vía de comunicación hacia el núcleo tartésico río abajo. Si bien la relación con esa área será la principal durante la mayor parte del periodo, a partir de *ca.* 550 a. C., mientras el mundo tartésico entra en una importante recesión, la vinculación será mayor con la alta Andalucía, la Meseta y el Levante, al igual que en Cástulo. Son los momentos de transición al mundo ibérico, con la consolidación de centros de carácter urbano y politizados. Por otro lado, en el Levante no podemos dejar de señalar el importante asentamiento de Peña Negra (Crevillente), cuya actividad metalúrgica ya muestra un gran desarrollo durante el Bronce final, y que a partir de la presencia fenicia en la Fonteta-Rábita (Guardamar del Segura) adquirirá una dinámica mucho más consistente (Azuar *et alii* 1998; Domínguez Monedero 2007: 280-282).



Lám. CXVI: Localización de los asentamientos entre el Tajo y el Guadalquivir, y Peña Negra (Crevillente).

Fuente: elaboración propia a partir de los datos en Domínguez Monedero (2007) y el SIG en el programa informático *Google Earth*

El mundo tartésico y orientalizante, como vengo señalando, atravesará una importante fase de recesión, transición y reorganización a través del siglo VI a. C. Tradicionalmente, se ha querido relacionar con componentes externos vinculados a la política de Tiro, invadida por los ejércitos babilónicos de Nabucodonosor, y de Cartago. Uno de los nuevos elementos que aparecerá a partir de finales del siglo VII a. C. en gran parte de los asentamientos tartésicos, incluso los situados al interior, será una gran cantidad de importaciones griegas. Posiblemente sea este el contexto que sirviera de fuente de inspiración para los diferentes relatos griegos que hablaban sobre el mítico reino

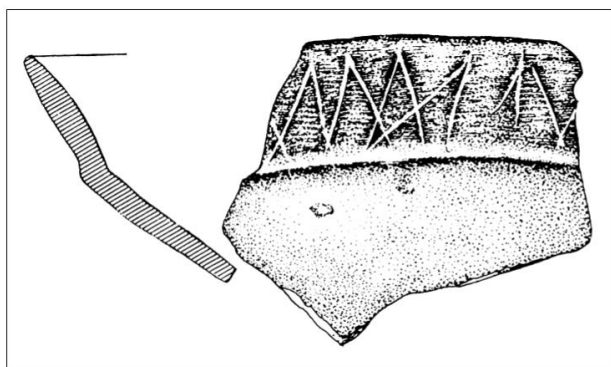
de Argantonio. En cualquier caso, vemos una cierta capacidad de la élite indígena para decidir qué oferta comercial le resulta más atractiva. Realmente, la presencia griega podría retrotraerse incluso a horizontes precoloniales del Bronce tardío y final –cerámica micénica en niveles del Bronce tardío en el Llanete de los Moros (Montoro) (López Castro 2008)–. Tampoco podemos olvidar la presencia de cerámica eubea en niveles del siglo IX a. C., así como un fragmento de ánfora corintia en Doña Blanca durante el siglo VIII a. C. Son importaciones, no obstante, mínimas y probablemente transportadas por fenicios relacionados con la población semita de Pitecusa, y no se corresponden con el nuevo horizonte de finales del siglo VII-inicios del VI a. C., con especial concentración de nuevo en Huelva y productos de alta calidad –copas de Camastas y ánforas de Quíos y Samos–. A partir de *ca.* 560 a. C., sin embargo, la calidad decrece y asistimos a una mayor uniformidad al tiempo que se acrecienta la presencia de piezas áticas. Entre *ca.* 560-530 a. C. se abandona plenamente el mercado tartésico por parte de los griegos en busca de otras zonas peninsulares –fundación focea de las colonias de Massalia, en el golfo de León, y Ampurias (Gerona)–. Pese a los intentos de explicar esta decadencia del suroeste peninsular atendiendo a factores externos (Schulten 2006), coincido con Domínguez Monedero (2007: 306-309) en señalar importantes transformaciones en el paisaje a causa de una intensa deforestación ocasionada por la explotación intensiva de la agricultura introducida por el horizonte colonial, así como un posible agotamiento de los filones superficiales de las minas onubenses, las cuales dejan de ser explotadas hasta época romana. Sí seguirá en explotación el resto de zonas mineras del interior y la periferia, que, al contrario que el área tartésica, protagonizarán un auge económico y urbanístico en estos años que desembocará en el mundo ibérico. El suroeste peninsular, así como las colonias fenicias, protagoniza un proceso de reorganización del hábitat y la economía en torno a grandes centros fortificados que caracterizarán el nuevo mundo turdetano del que ya nos informarán las fuentes clásicas (Torres Ortiz 2002: 93-95).

5. 3. 2. *La escritura tartésica: un enigma por resolver*

La escritura tartésica o del suroeste es un fenómeno que aún se mantiene en gran parte oscurecido por la incertidumbre. Tenemos constancia textual, a través de Estrabón (III, 1, 6), de que los turdetanos –sucesores culturales de los tartesios y habitantes del suroeste peninsular– disponían de una cultura escrita, al igual que el resto de pueblos íberos. El problema surge con el limitado registro arqueológico del que disponemos con los pocos soportes donde se desarrolla el tipo de escritura que pretendemos asignar a la cultura tartésica. Estos soportes principales son fragmentos de cerámica procedentes de numerosos asentamientos tartésicos donde se documenta la presencia de grafitos, muchas veces de dudosa clasificación, así como de estelas concentradas en el sur de Portugal, cuya funcionalidad, aunque suele relacionarse con el mundo funerario, permanece incierta por numerosos problemas de contextualización (Torres Ortiz 2002: 317-328; Rodríguez Ramos 2002; Hoz Bravo 2005).

Cabría hablar primero, por criterio territorial, tipológico y cronológico, de los grafitos, ya que en su mayoría parecen concentrarse en fechas algo más tempranas que las estelas. Ya comentamos en el apartado de los epígrafes fenicios en suelo peninsular la existencia de grafitos sobre fragmentos cerámicos en diversos lugares, como Huelva, el Carambolo (Camas, Sevilla), Cerro Macareno (La Rinconada, Sevilla), Medellín (Badajoz) y Peña Negra (Crevillente, Alicante), cuyas características formales no dejaban lugar a pensar en muchos casos en escritura tartesia tanto como fenicia. No obstante, la brevedad y parquedad de estas pequeñas inscripciones, en muchas ocasiones simples abreviaturas, letras aisladas, e incluso símbolos decorativos, dificultan sobremanera la adscripción cultural de mucho de este material. El caso más importante y antiguo, procedente del Cerro de san Pedro (Huelva), es el de un fragmento sobre un recipiente carenado de cerámica gris de retícula bruñida (Lám. CXVII p. 182); aunque se halló descontextualizado, por la tipología del soporte, que presenta paralelos en el Bronce final como en el Hierro I, se han pretendido elevar las fechas de su inscripción hasta finales del siglo IX-inicios del VIII a. C. Las implicaciones que tiene esta asignación cronológica son realmente importantes, ya que señalan un inicio para la escritura tartésica en fechas muy tempranas para lo que normalmente se propone. No obstante, según mi criterio, al hallarse la pieza descontextualizada podría pertenecer igual a una cronología más tardía. La existencia de materiales residuales en contextos posteriores a los de su cronología

convencional es un hecho habitualmente dado en la Arqueología. Además, la lectura de la pieza podría ser igualmente fenicia: [...]*šq lg*[...]. (Mederos Martín y Ruiz Cabrero 2001; Torres Ortiz 2002: 319). Hay casos en los que sí parece indudable la presencia de signos “tartésicos”, como el grafito 1 del nivel IIa de Puerto 6, de mediados del siglo VII a. C., con la *i* sobre un fragmento de ánfora fenicia. También es de destacar un grafito hallado en Méndez Núñez 5 sobre una copa milesia de *ca.* 600-550 a. C. –por cronología convencional–, que contiene el antropónimo *Niethoi* en alfabeto griego arcaico. El nombre no se encuentra documentado en ningún lugar de Grecia o sus colonias, por lo que podría bien ser indígena. Otra inscripción griega se ha documentado sobre un cuenco de cerámica gris, procedente de una intervención que se realizó en el Cabezo de san Pedro y de la que salieron otros dos vasos jónicos de mediados del siglo VI a. C. Ambos casos griegos concuerdan con las fechas en que el registro señala una presencia griega regular en las costas tartésicas, desde finales del siglo VII a. C. Por otro lado, en Medellín contamos con 9 fragmentos, cuatro de ellos con meras marcas decorativas. De los cinco restantes, uno es de escritura fenicia, y otro, dudoso. El resto es de escritura indudablemente tartésica y se enmarca en contextos del siglo VII a. C. También existen otros grafitos sobre cerámica en la primera fase de la necrópolis asociada al mismo poblado (primera mitad del siglo VI a. C.). En el sur de Portugal se han documentado grafitos, aunque sólo uno sobre fragmento cerámico en Monte Coito (Ourique), destacando, por otro lado, una inscripción de sólo dos letras sobre un asador de bronce en Fernão Vaz (Ourique) y una lámina de pizarra de la necrópolis de Fonte Velha en niveles del Hierro I (siglos VIII-VI a. C.) con un texto de muy difícil lectura e interpretación. Como último ejemplo que merece la pena señalar por su distancia territorial y aislamiento con respecto al resto de escrituras, es el de Peña Negra (Crevillente), en la fase 2.^a del período II (*ca.* 700/675-550/535). Se encuentra grabado sobre un ánfora procedente del suroeste, con tres signos tartésicos que dejan leer: [...]*nao*[...] (García Fernández *et alii* 2009; Hoz Bravo 2010: 362-367; Torres Ortiz 2002: 319-320).



Lám. CXVII: Grafito sobre el fragmento de cerámica gris bruñida procedente del Cerro de san Cristóbal con el que se han pretendido elevar las fechas de la escritura tartésica a los siglos IX-VIII a. C.

Fuente: Mederos Martín y Ruiz Cabrero 2001: 104



Lám. CVIII: Pieza de inventario A/CE03740 del Museo de Huelva: Fragmento cerámico con inscripción griega arcaica procedente de c/Botica 10-12 y datada a comienzos del siglo VI a. C.

Fuente: Acceso a fondos del Museo de Huelva a través del sistema Domus inserto en su página web dentro del portal de museos de Andalucía⁵¹

Sin embargo, a causa de la parquedad de este tipo de hallazgos y de la inexistencia de verdaderos textos sobre los que realizar un análisis riguroso de la escritura y la lengua que refleja, los grafitos cerámicos no hacen más que testimoniar un uso de la escritura “tartésica” en período orientalizante, probablemente desde fechas muy tempranas (siglos IX-VIII a. C.), aunque, según parece más apropiado señalar a día de hoy, no me atrevería a proponer una cronología más elevada que el siglo VII a. C. mientras no aparezcan casos con contextualización más segura. El segundo cuerpo epigráfico que tampoco está exento de problemas es el de una serie de “estelas” concentradas en suelo portugués, aunque con

⁵¹ Museo de Huelva: acceso a fondos: nº de inventario A/CE03740 (29/4/2017): <http://www.juntadeandalucia.es/cultura/WEBDomus/fichaCompleta.do?ninv=A/CE03740&volver=busquedaSimple&k=inscripci%F3n&lng=es>.

algunos casos aislados en suelo andaluz y extremeño. Estas estelas comenzaron a ser estudiadas durante el siglo XVIII por el obispo de Beja, Manuel do Cenáculo de Vilas-Boas, y desde entonces, el corpus ha ido en aumento. A causa de su vinculación general con necrópolis se han venido asociando a un uso funerario, aunque existen tesis alternativas como la de Ruiz-Gálvez, que, valiéndose de la posible reutilización y contexto secundario de algunas de las estelas, propone un uso original delimitador del espacio en la línea de las estelas decoradas anteriormente comentadas. También se ha propuesto un uso adaptativo de la escritura a la tradición autóctona previa del uso de las estelas. En cualquier caso, dado el uso recurrente de fórmulas generales acompañadas de una palabra inicial que suele ser única por estela –se suele presuponer que se trata de un nombre, tal vez identificador del hipotético difunto–, se ha pensado que las fórmulas tal vez identificaran, de algún modo, la función de la estela. No obstante, la lengua que se refleja detrás de estos signos permanece sin descifrar, por lo que no podemos validar aún hipótesis alguna. Como ya se ha comentado con respecto a la distribución espacial, contrasta mucho que la mayor concentración se dé en el sur portugués –en el Algarve y el Bajo Alentejo–, un área, en principio, periférica del mundo tartésico, y que haya tan pocos ejemplos en Andalucía⁵² occidental –cuatro estelas–, con otros casos en Extremadura⁵³ –otras cuatro–. Observando su distribución general en el área portuguesa, podemos observar que se concentran, en general, al sur de recursos mineros importantes, como los de Aljustrel. Con respecto a la cronología, los objetos hallados en los ajuares de las necrópolis son de un uso cronológico de amplia extensión, aunque en general parecen rondar los siglos VI-V a. C., y posiblemente se iniciaron en el siglo VII a. C., teniendo en cuenta la recurrente reutilización que a veces parece haber –caso paradigmático de Medellín, cuya estela aparece reutilizada como elemento de construcción de una estructura fechable a finales del siglo VI a. C.–. No obstante, los contextos arqueológicos no suelen estar claros, cuando se dispone de ellos. Aparecidas a veces formando parte de cistas funerarias y otras como tapaderas de las mismas, en otras ocasiones han aparecido directamente hincadas en el suelo, funcionando como verdaderas estelas –caso de Mealha Nova 3, la cual, desgraciadamente, se encuentra muy fragmentada e incompleta, aunque es de señalar que no se encontraba asociada a ninguna tumba–. El único recurso que nos

⁵² Higuera del Real (Huelva); Alcalá y Villamanrique (Sevilla) (Lám. CXIX p. 186); y Castellares (Córdoba) (Hoz Bravo 2010: 355).

⁵³ Almorquí, próximo al Tajo; y Siruela, Medellín y Cabeza del Buey, en la cuenca del Guadiana (Hoz Bravo 2010: 355).

queda para datar, pues, es el contexto cultural en el que se insertan las necrópolis, últimamente elevadas a los siglos VIII-VI a. C. En algunos casos sí podemos fechar más individualmente, como el caso de Pardreiro 1, cuya tumba asociada podría encuadrarse a finales del siglo VII o inicios del VI a. C., o el caso de Abóbada, que podría remontarse no más que al siglo V a. C. (Hoz Bravo 2010: 354-360; Rodríguez Ramos 2002; Torres Ortiz 2002: 317-319).

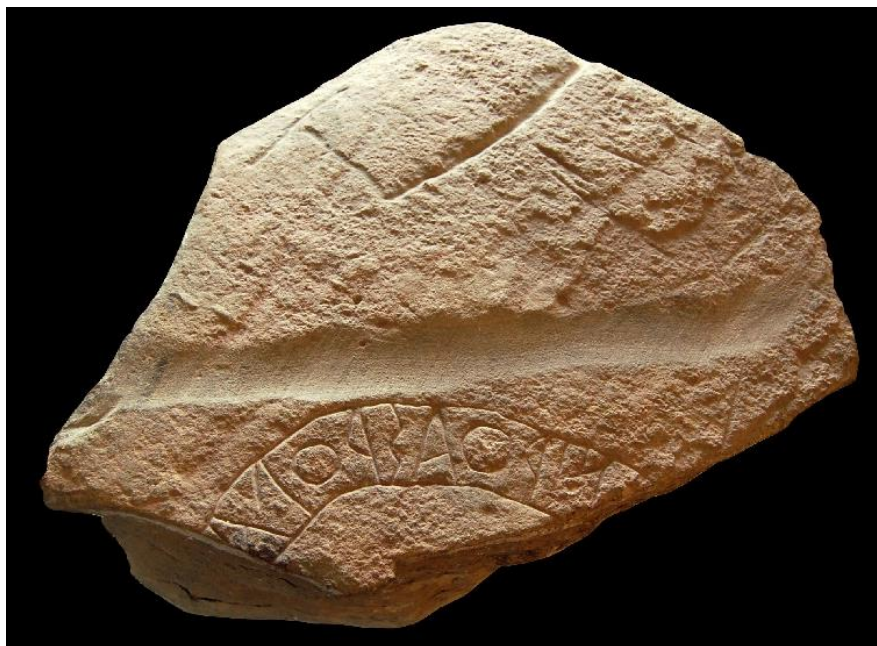
Con respecto a las características formales de estas estelas pétreas, suelen ser grandes losas de piedra preparadas para ser soporte de escritura, pudiendo medir desde 1,98x0,53 m –Ourique 2– a 0,82x0,34 m –Tavilhão 2–. Tenemos casos, como este último de Tavilhão, en que la preparación de uno de sus extremos para ser hincadas es evidente, aunque no siempre aparezcan de tal forma, mientras que otros casos son más aparentemente losas que estelas. En la superficie de estos soportes pétreos varios, la disposición de la escritura es también de los más variada, pudiendo ir en espiral –Fonte Velha 6– o en línea –Vale dos Vermelhos 3–. La dirección general es sinestrosa, aunque habrá casos en dextrosa, mixtos y en bustrófedon, con único separador hasta ahora constatado, una línea vertical –casos de Panedo y Siruela–. A veces también aparecen gráficos ajenos a la escritura, como en Abóbada 1. Encontramos, así mismo, cierta variedad en la longitud de la inscripción, que puede llegar a tener desde 14 grafos –caso de Almorquí– hasta 74 –caso de Fonte Velha 6– (Hoz Bravo 2010: 356-358).

El origen de la escritura del suroeste ha sido propuesto en varios modelos por parte de los investigadores más implicados en el tema. Untermann defiende un origen mixto greco-fenicio basándose en algunas características formales y en el uso de las vocales, aunque la tesis más consensuada a día de hoy sigue siendo un origen únicamente fenicio. Los signos identificados pueden ascender a una gran cantidad debido a la recurrencia de casos únicos, pero los más habitualmente usados no superan los 27. Para el análisis de estos signos y la tesis de la existencia o no de un sistema ordenado de escritura fue de gran valor el hallazgo del signario de Espanca. En él se observa la sucesión de dos líneas de escritura, la superior realizada con mayor destreza que la inscrita en la base, que muestran una sucesión de 27 signos de forma ordenada y se han interpretado como la prueba de una enseñanza del sistema que debía seguir la escritura del suroeste. En esta tabla de pizarra de hallazgo descontextualizado se observa que las 13 primeras letras coinciden con el orden secuencial de alfabeto fenicio. Otro segundo grupo de signos se basa en adaptaciones más o menos arbitrarias, así como otros casos deliberadamente

inventados –y es que los tartesios también adaptaron el sistema de escritura a sus necesidades lingüísticas tal cual hicieron etruscos y griegos–. No obstante, vista la relación formal que estas letras tienen con el resto de escrituras paleohispánicas posteriores, adscribimos valores fonéticos que en realidad no proceden del análisis interno de las inscripciones y que, por tanto, permanecen sin verificar; hablamos solo de meras hipótesis. Si para un gran número de signos existe un cierto consenso, no ocurre así con otros más problemáticos, lo que dificulta sobremanera la lectura fonológica de los textos. Sí ha logrado observarse que no se trata de una escritura alfabética en sentido estricto, ya que gran parte de los grafemas son de valor silábico. No obstante, se da la particularidad de la redundancia al incluir, siempre después de cualquier silabograma, la vocal correspondiente que se encontraba inserta en la sílaba –por ejemplo, tras el silabograma *ki* se sigue con la letra *i*– (Lám. CXX p. 186). Esta característica ha hecho pensar a algunos que se trate de un sistema verdaderamente alfabético. Pero teniendo en cuenta el modelo semisilábico ibérico que se toma como referencia para apostar por los valores fonéticos de estos signos, se les sigue adscribiendo normalmente un valor silábico. Así pues, suele presentarse la existencia de 5 vocales de adscripción consensuada: *a*, *e*, *i*, *o*, y *u*. La *a* procede, atendiendo a sus características formales, de la ‘*alef*’ fenicia, así como la *i* de la *yod* y la *u* de la *waw*. La *e*, con forma redonda, parece provenir de la ‘*ayin*’, mientras que la *o* es un caso más problemático sin referentes claros en el fenicio ni el griego, aunque se ha querido relacionar en ocasiones con una variante de la ‘*alef*’. Con respecto a las consonantes no oclusivas, vemos semejanzas con los respectivos signos fenicios, aunque con las formas invertidas, en la *l*, la *n* y la *r*. La *s* corresponde formalmente tanto con la *ksi* griega como con la *samek* fenicia, mientras que para otra sibilante con forma de M se han propuesto la *šin* o la *samek* fenicias. Las consonantes oclusivas suelen ser los casos supuestamente silábicos, a las que se añaden otros signos varios de valor y origen dudoso (Hoz Bravo 2010: 485-525 y 372-373; Torres Ortiz 2002: 325-326; Valério 2016).

El conocimiento de la lengua que queda reflejada es prácticamente nulo, aunque se han señalado varias propuestas de pertenencia familiar que no han sido aún validadas. Con respecto a la posible filiación indoeuropea, John J. Koch ha aportado un trabajo recientemente (2013) en el que trata de buscar paralelos fonéticos con diversas palabras de procedencia celta para plantear también posibles significados de las fórmulas más recurrentes. No obstante, parecidos fonológicos formales entre palabras pueden buscarse

entre multitud de lenguas que no pertenecen a la misma familia, por lo que la propuesta sigue sin ser de validez definitiva, más aún cuando ni siquiera estamos seguros del valor fonético de gran parte de los signos.



Lám: CXIX: Número de inventario CE2014/01 del Museo Arqueológico de Sevilla: Estela de Villamanrique (Sevilla).

Fuente: acceso a fondos del Museo Arqueológico de Sevilla a través del buscador Domus inserto en su página web dentro del Portal de Museos de Andalucía⁵⁴



Lám. CXX: Varios ejemplos del silabograma *pa* seguido de la *a*.

Fuente: Ferrer i Jané 2016: 50

⁵⁴ Museo Arqueológico de Sevilla: acceso a fondos: n° de inventario CE2014/01 (29/4/2017): <http://www.juntadeandalucia.es/cultura/WEBDomus/fichaCompleta.do?ninv=CE2014/01&volver=busquedaSimple&k=Inscripci%F3n&lng=es>.

Vogais	Ⲁ	Ⲑ	Ⲛ	Ⲟ	Ⲙ
	a	e	i	o	u
Consoantes oclusivas	Ⲅ	Ⲙ		Ⲡ	
	b/p^a	b/p^e		b/p^o	
	Ⲙ	Ⲛ	Ⲟ	Ⲙ, Ⲟ	
	k^a	k^e	kⁱ	k^o	
	Ⲙ	Ⲙ	Ⲟ	Ⲙ	Ⲙ
	t^a	t^e	tⁱ	t^o	t^u
Consoantes não oclusivas	Ⲛ	Ⲛ	Ⲛ	Ⲟ	Ⲛ
	n	l	r	s	ś

Tab. 4: Valor fonológico de los principales signos de la escritura del suroeste: Vocales, consonantes oclusivas y no oclusivas

Fuente: Valério 2016: 119

Abjad fenício			Escrita do SO	
Signo	Nome	Som	Signo	Som
Ⲅ	[ʔalp̄]	/ʔ/	Ⲁ	/a/
			Ⲟ	/o/
Ⲛ	[wāw]	/w/	Ⲙ	/u/
Ⲛ	[yōd]	/y/	Ⲛ	/i/
Ⲑ	[ʕēn]	/ʕ/	Ⲑ	/e/

Tab. 5: Correspondencias formales entre vocales fenicias y del suroeste

Fuente: Valério 2016: 129

Fenicio			Escrita do SO	
+	t	→	X	t ^a
⊕	h	→	H / 𐤇	t ^e
⊕	f	→	⊕	t ⁱ
△	d	→	△	t ^u
			△	t ^o
∧	g	→	∧	k ^a
∧	k	→	∧	k ^e
⊕	k	→	⊕	k ⁱ
			⊕	k ^o
			⊕	k ^u
ξ	m	→	ξ	p ^a
⊕	b	→	⊕	p ^e
			↑	p ⁱ (?)
∩	p	⊕→	∩	p ^o
			∩	p ^u (?)
L	l	→	↑	l
h	n	→	N	n
q	r	→	P	r
⊕	s	→	⊕	s
W	š	⊕→	W	š
∧	h	→	∧	f(?)
∩, 𐤍	s	⊕→	∩	f

Tab. 6: Propuesta de síntesis hecha por Valério para el origen fenicio formal de los signos consonánticos y silábicos de la escritura del suroeste.

Fuente: Valério 2016: 138

5. 3. 3. Conclusiones

Atendiendo al registro arqueológico del que disponemos, no parece existir, como pretendía señalar A. Schulten, un estado territorial centralizado que acaparara el control político de todo el sur peninsular y capitalizado en una ciudad llamada por los griegos Tartessos, cuya ubicación aún desconocemos. Si bien podemos relacionar las referencias en las fuentes griegas con el comercio greco-tartésico constatado arqueológicamente a partir de finales del siglo VII hasta mediados del VI a. C., me inclinaría a proponer, dada la concentración del material en este lugar, la ciudad de Huelva como posible Tartessos. No obstante, hablamos del reflejo literario de una realidad ante los ojos griegos que bien poco podía asemejarse a la que queda constatada a día de hoy. Según indica el registro, más que un estado territorial unificado observamos una convivencia estrecha, tanto en la

costa como en el interior, de fenicios y autóctonos orientalizados en sus nuevos modos de vida. De hecho, a mi modo de ver, no cabría hablar de fenicios en sentido estricto cuando, tras varias generaciones de convivencia estrecha en un mismo lugar, el mestizaje, el cruce genético y cultural debió de ser una realidad temprana. La interrelación entre las diversas comunidades del sur y occidente peninsular parece ser meramente comercial, obedeciendo a un patrón parecido al anteriormente existente durante el Bronce final atlántico, aunque ahora influido por nuevas reglas de funcionamiento netamente orientales. Esa interrelación comercial a partir de una red de santuarios-almacenes como los del Carambolo –cuya adscripción cultural puede resultar bajo el criterio ya señalado algo improcedente– es lo único que podemos atestiguar que existe. La existencia de una comunicación consistente y cohesionada es indudable dada la rapidez con que se uniformiza la cultura material y se extienden los productos fenicios y orientales hasta territorios situados muy al interior. Este sistema de movilización de recursos y uniformidad cultural es lo que conocemos convencional y erróneamente con el nombre de Tartessos o cultura tartésica. No obstante, conociendo el origen y las connotaciones del nombre en las fuentes griegas, tal vez sea oportuna una revisión de conceptos con los que aproximarse más a la realidad material que la investigación ha adelantado en los últimos años. Hablamos, en definitiva, de comunidades locales que parecen ser independientes políticamente, aunque interconectadas en un sistema comercial que abarca una gran extensión de terreno y se especializa en los productos metálicos surgidos de la gran riqueza minera, y especialmente argentífera, del suelo peninsular. Estos productos tan demandados se canalizan hacia los puertos de Huelva y Gadir, los cuales funcionan como filtros que integran este sistema comercial en el tráfico mediterráneo “monopolizado” por el sistema colonial fenicio. Si existe, pues, un centro organizador del complejo comercial, sería la red de centros fenicios en torno a la bahía gaditana y el golfo tartésico, tal vez centralizados en Gadir y su institución rectora, el templo de Melqart.

El funcionamiento de este sistema comercial no dejó intacta la organización social de las comunidades autóctonas. Pese a la existencia de cierta complejidad previa en horizontes del Bronce final, no puede negarse la nueva dinámica con que se revitaliza la producción económica de todos los sectores –agrícola, minero, metalúrgico y artesano– al tiempo que los pueblos se vuelven más sedentarios y desarrollan nuevos modelos de poblamiento con estructuras arquitectónicas y sistemas defensivos propios de Oriente. El desarrollo socioeconómico también queda reflejado en la construcción de grandes

complejos palaciales y monumentales, con paralelos en Chipre y otros lugares de Oriente, en horizontes tan lejanos como Cancho Roano. Al mismo tiempo, partiendo de la realidad aristocrática del Bronce final y la “conciencia de clase” observada en el control de la circulación de ciertos ítems en espacios reservados a la élite, la nueva introducción del elemento oriental acrecentará más aún el distanciamiento social una vez los revitalizados intercambios comerciales –gracias a la multiplicación de la producción excedentaria y, por ende, a la mayor inversión de fuerza de trabajo– propicien la concentración de beneficios en torno a los individuos rectores. Estos personajes, cuyas riquezas y posición social quedan cohesionadas, son reconocibles en numerosas necrópolis como la de Joya o la Setefilla gracias a la monumentalidad de sus recintos, a sus exuberantes ajuares y a su diferenciación para con el resto de tumbas de las que se rodean.

Pese a todos los problemas planteados, el uso de la escritura queda constatado en el suroeste de la península ibérica durante el periodo orientelizante. Lo que queda en gran parte sin dilucidar son los usos principales que se le asignan y si tiene algún tipo de funcionalidad social relevante. Teniendo en cuenta la verdadera complejidad socioeconómica que parece existir en los asentamientos tartésicos y la rigidez de la organización de recursos, cabría esperar el desarrollo de algún sistema de administración. La adopción de numerosos rasgos culturales fenicios en todos los ámbitos materiales, no dejan lugar a extrañarse por la posible adopción del sistema de escritura para fines burocráticos o administrativos sobre soportes cuya perduración no ha sido posible. En cualquier caso, esa posibilidad se mantendrá en la incertidumbre a no ser que en un futuro dispongamos de más referencias, directas o indirectas –para las que podría contar el texto de Estrabón III, 1, 6–. Los soportes escriturarios que han perdurado y que podemos interpretar como estrictamente tartésicos son los grafitos sobre fragmentos cerámicos. Los problemas de interpretación que plantean, no obstante, son casi irresolubles. En la mayoría de casos parecen tratarse de signos fenicios más que tartésicos, lo cual, sin embargo, no deja de ser razonable entendida la necesidad de una primera fase de aprendizaje y una continua convivencia entre ambos sistemas de escritura en espacios como Huelva. La dificultad de adscripción cultural de los signos puede deberse a la presencia de manos torpes no realmente alfabetizadas, o a la funcionalidad de los signos como meros símbolos identificatorios de la propiedad o autoría de las diferentes piezas. No es el caso de los grafitos encontrados en Doña Blanca, donde señalamos la pericia que parecían reflejar, por lo que podríamos estar ante la atestiguación de un proceso de

aprendizaje por parte de personal indígena que ha observado la funcionalidad práctica que adquiere la impresión de un signo o firma identificatorio. Esta función meramente pragmática alejada de un verdadero aprendizaje del sistema de escritura explicaría también la multiplicación de símbolos convencionales ágrafos, sin descartar una posible función simplemente decorativa. Con respecto a la cronología, ya he señalado que, aun teniendo en cuenta la posibilidad de una cronología elevada para el fragmento carenado del Cerro de san Pedro, la posible lectura fenicia de su inscripción, así como la descontextualización de la pieza, nos obligan a movernos en terreno más seguro atendiendo a otros casos más contextualizados en torno al siglo VII a. C. con más seguridad. No niego la posibilidad de una familiarización y aprendizaje alfabético por parte de indígenas –mal llamados así cuando ya he señalado que tanto “fenicios” como “indígenas” son ya autóctonos–, más bien al contrario. Según lo que refleja el parco registro cabría proponer la existencia de una fase de aprendizaje, adopción y adaptación que tardaría en desarrollarse hasta llegar a la escritura “tartésica”, en los primeros decenios de contacto.

El otro soporte sobre el que trabajamos, la estela, tampoco se encuentra exento de graves problemas. En primer lugar, la descontextualización de muchas dificulta saber si nos encontramos ante casos en horizonte tartésico o turdetano-ibérico. De hecho, la cronología calculada para algunos casos ronda los siglos VI-V a. C. La concentración de su aparición en un área entendida como periférica del núcleo tartésico y sus fechas tan tardías vienen a insertar este fenómeno escriturario en la fase cronológica de crisis y transformación del sistema comercial tartésico y en el inicio de una nueva fase sudlusitana en el sur de Portugal. Por tanto, es posible que no estemos hablando de una escritura tartésica en sentido estricto, aunque entiendo que la adscripción cultural con que organizamos las fases históricas es de carácter convencional ante los ojos de presente. Escritura tartésica o sudlusitana, lo cierto es que las fechas de su aparición casi la desplazan de nuestro marco de trabajo. No obstante, contando con la posibilidad de su reutilización, muchas veces señalada por los principales investigadores dedicados a su estudio, y de que estemos hablando de un contexto secundario y no primario, plantea la posibilidad de poder remontar a fechas más tempranas estas estelas y sus inscripciones. En este sentido, no contamos más que con fechas *ante quem* y la imposibilidad de precisar fechas. En cualquier caso, visto el origen formal de los signos en el sistema alfabético fenicio, no debe retrotraerse su uso más allá de los siglos VIII-VII a. C. No podemos, por

desgracia, conocer la funcionalidad primaria de estos soportes escriturarios, pese a su relación con ámbito funerario en sus contextos secundarios, aunque en ocasiones también primarios. Esto, unido a la diversidad de formas y usos aparentes –estelas y lápidas–, tal vez indique un uso diverso. En cualquier caso, la funcionalidad monumental de esta forma de escritura es indudable. Según mi parecer, visto el precedente tradicional de las estelas decoradas del suroeste, la escritura parece funcionar aquí como exhibición de prestigio añadida al resto de elementos en la iconografía de las estelas –carros, espadas y otros ítems relacionados con la élite aristocrática–. Un uso en ese sentido debería de contar con una fase previa de conocimiento de la escritura y sus posibles usos sociales. De cualquier modo, pese a todos los problemas dudosos y las ciertas lagunas de conocimiento que mantienen el tema de la escritura tartésica rodeado de un verdadero halo de incertidumbre, lo que no puede negarse es el atestiguado ejercicio de la escritura por parte de la sociedad tartésica, aunque no podamos concretar ni detallar el uso funcional de la misma.

5. 4. Conclusiones de la llegada del alfabeto a la península ibérica

Señaladas ya las conclusiones con respecto a la colonización fenicia y a su estrecha relación con el sistema comercial tartésico, entendemos que la llegada del alfabeto a la península ibérica es un fenómeno inseparable del fenómeno colonial y orientalizador. Cualquier teoría que haya tratado de desvincular estos fenómenos andará, según mi parecer, por sendas alejadas de la realidad reflejada en el registro arqueológico. El sistema de escritura alfabético se importa, así, al suelo peninsular, como elemento añadido a la multitud de importaciones culturales provenientes de Oriente y que vinieron a transformar por completo la idiosincrasia ideológica de las sociedades peninsulares. Vista la ausencia de material sobre el que apoyar mi hipótesis, la transformación social y económica sufrida por estas comunidades no debió de basarse en el alfabeto como elemento rector y axial en torno al cual funcionó todo el mecanismo transformador. No obstante, contando con la seguridad de que hubo más escritura de la que queda atestiguada –al menos, como mínimo, los fragmentos de estelas y cerámicos separados de los recuperados–, cabe la posibilidad de un uso más extenso que facilitaría la organización y administración de la ingente movilización de recursos que caracteriza al mundo tartésico. De hecho, un uso de estas características vendría a encajar mejor con la perfección con

que parece funcionar la especialización económica de cada poblado y sector del mismo, así como los destinos de los excedentes productivos almacenados en recipientes uniformados. Existen, en ese sentido, numerosos paralelos de funcionamiento con el mundo estatal oriental, al cual, de hecho, el mundo tartésico queda incorporado. No tendría sentido esperar una integración económica obedeciendo tan sólo a las características materiales que quedan reflejadas en el registro arqueológico. Para llegar a ese punto e integrarse de forma tan profunda en el sistema de comercio fenicio, donde el uso de la escritura con fines administrativos y burocráticos era tradicional y clave para el buen porvenir, la probabilidad de que la sociedad tartésica desarrollara un sistema de escritura para la organización interna de sus recursos es de términos mayores.

6. Recapitulación final: conclusiones definitivas sobre la extensión del alfabeto en el Mediterráneo durante la Edad del Hierro antiguo

Recapitulando la cuestión principal sobre el impacto social y comunicativo que significó el alfabeto en el Mediterráneo de la Antigüedad arcaica, éste queda demostrado en el análisis del registro arqueológico de todas sus regiones. Gracias al avance que ha significado la Arqueología para la investigación histórica y el pasado del ser humano, hoy somos capaces de llevar este tipo de análisis de los testimonios materiales y de ubicarlos en cronologías más o menos precisas para ayudarnos a trazar la realidad histórica de forma más detallada y cercana a cómo se desarrolló. Apoyándonos en todos los datos expuestos aquí, pese a las lagunas que quedan aún por rellenar, podemos responder afirmativamente a la cuestión. El sistema de escritura del alfabeto juega un papel primordial y adquiere una funcionalidad social de primer orden desde su vinculación con la administración económica y comercial, privada o pública. Su desarrollo institucional en las ciudades fenicias es un hecho atestiguado por importantes testimonios epigráficos que ya hemos señalado. Sin embargo, la posibilidad de otros usos alternativos de la escritura alfabética no queda del todo rechazado pese a la ausencia de evidencias positivas, y no es difícil vincular con las instituciones fenicias cuerpos de escribas especializados dedicados a la administración de los recursos siguiendo la tradición estatal del antiguo Oriente. Pese a todos los intentos por minimizarlo, aunque no parezca ser así en otros espacios del resto del pasillo siriopalestino, en las ciudades fenicias se mantienen en funcionamiento las instituciones estatales y no se produce paréntesis alguno tras la crisis del final del Bronce *ca.* 1200 a. C.

Otro caso será el uso dado al alfabeto atestiguado en las fechas más tempranas griegas. La multiplicidad de espacios donde aquí se desarrolla es una realidad consensuada por toda la investigación, aunque haya cierta discordancia en torno a un origen mono- o poligenético. De cualquier modo, ya he señalado la alta probabilidad con que uno de esos espacios de gestación del alfabeto griego fuera el colonial, concretamente, Pitecusa. La vinculación de esta isla con Calcis (Eubea) tampoco deja de estar en concordancia con las tesis mayoritarias que apuestan por el grupo epicórico rojo como el más arcaico y de cuyo seno emergería el grupo azul. En cualquier caso, el uso que se da a la escritura en el espacio griego es ciertamente innovador, no sólo por las características formales y los valores fonológicos, sino por su funcionalidad social,

desvinculada de una realidad institucional tan rígida como la vigente en el mundo fenicio. Aunque vinculado a un mundo aristocrático y elitista –no es necesario el Estado para la aparición de desigualdades sociales en ámbito material–, el alfabeto aparece aquí como un elemento de uso alternativo al ámbito burocrático monopolizado por escribas vinculados al palacio y otras instituciones estatales, que, de hecho, no parecen existir en Grecia con las características tan rígidas de Oriente. Aparecen desde fechas muy tempranas, en Atenas y Pitecusa, versos poéticos inscritos en copas y recipientes que denotan una funcionalidad vinculada al simposio y al recreo aristocrático de carácter homérico. Importante es que lo que aparezca inscrito no sean meras marcas de propiedad o iniciales de nombres propios o contenido, sino versos poéticos. Indica esto la tendencia temprana a la transcripción de la tradición oral poética griega y un precedente interesante de la compilación completa de los cantos homéricos en fechas algo más tardías, hacia el siglo VI a. C. Se encuentra así el alfabeto como un elemento identificador del espacio aristocrático. Además, se le da un uso más práctico por parte de artesanos y comerciantes en emporios como el de Pitecusa. La escritura en Grecia tenía importantes precedentes en las escrituras Lineal A y B de las culturas minoica y micénica del Bronce, pero tanto las características internas de cada sistema escriturario como la funcionalidad social quedan bien diferenciadas. Si los antiguos usos no se vinculaban más que a la administración centralizada de las instituciones estatales, queda atestiguado que en el Hierro la escritura ha trascendido a muchos otros espacios sociales. De hecho, tanto, que los usos comentados hasta ahora se verán complementados por otro de carácter filosófico con funcionalidad meramente erudita. Nacen en ciudades jonias, como Halicarnaso, nuevas formas de escritura desvinculadas del lenguaje rítmico de la oralidad. Me refiero al nacimiento de la prosa y los primeros pasos de erudición griega que quedarán, así, compilados en textos que alimentarán el ingenio de los filósofos clásicos que aún siguen constituyendo los pilares del pensamiento de Occidente.

En el Mediterráneo central el impacto del alfabeto no tendrá menor importancia. Si bien pudieron participar muchas otras variables aparte del alfabeto, la transformación socioeconómica general es un hecho indudable en el avanzado proceso de urbanización, institucionalización y estatalización de los mundos etrusco y latino. La formación de una clase dirigente sobre un sistema de organización gentilicio encabezado por grandes aristócratas es un hecho palpable en la documentación arqueológica que hemos recogido. La formación de esta nueva clase dirigente posicionada en el control de los recursos

económicos crea, además, un cuerpo dependiente de trabajadores de la tierra y artesanos. Si bien el uso de los grafitos por parte de estos es apreciable en los fragmentos cerámicos, también lo es otro uso vinculado al ámbito aristocrático fuertemente helenizado gracias al contacto con el comercio griego. Al menos, eso muestra la presencia de tanta importación de lujo en espacios de hábitat y funerarios, donde también destaca la presencia de soportes alfabéticos como la tablilla de Marsiliana d'Albegna, cuya importancia radica en demostrar el uso de soportes alternativos al cerámico o pétreo: tablillas de cera. La existencia de un contacto continuo y estrecho debió de ser un hecho para que se transmitiera en fechas tan tempranas el alfabeto hacia el núcleo etrusco y se le dieran usos tan variados. Por desgracia, la inmensa mayoría de epígrafes que han sobrevivido se limitan a estelas votivas o funerarias, relacionados, pues, con el mundo religioso. Y es que parece ser éste el único que mereció la pena para el desarrollo de una escritura monumental e inscrita en soportes que propiciaran su perdurabilidad en el tiempo. Otros usos que, sin duda, debieron de existir pese a su desaparición, quedan sin acceso posible. No obstante, el avance de la institucionalización, la urbanización y la complejidad social no pudo darse sin la ayuda de una herramienta de administración que, sin duda, debió de ser la escritura manejada por cuerpos sacerdotales y escribas vinculados a las instituciones sacras y estatales. La vinculación del alfabeto con el mundo sacro queda demostrada en las estelas votivas y funerarias, por lo que debió existir un cuerpo más o menos profesional en el ejercicio de la escritura.

Por otro lado, es de agradecer la mayor intensidad con que en ámbito cartaginés se elaboraron epígrafes, pese a la uniformidad de los mismos y los pocos ámbitos en que se encuentran, también religiosos. El uso de la escritura por parte de los fenicios era una habilidad ya desarrollada en las metrópolis de Oriente, y es conocido su uso sobre soportes como el papiro y tablillas de cera o arcilla. Sin embargo, en el material epigráfico que ha sobrevivido en Cartago se da la particularidad ya señalada de una gran proliferación de estelas votivas y funerarias en las necrópolis. En un ámbito mayor, en el que podemos incluir las islas de Cerdeña y Sicilia, destacan también estos usos religiosos, así como conmemorativos, atestiguados con la estela de Nora. Por desgracia, volvemos a chocar con la desaparición de gran parte del soporte sobre el que se desarrolló la escritura, aunque, de nuevo, no podemos negar el impacto que en estos espacios del Mediterráneo central produjo la presencia de la comunidad fenicia, en tanto tan rígidamente estatalizada y alfabetizada. No es baladí la reducida evidencia epigráfica, pues nos permite, al menos,

asegurar la existencia de un hábito escriturario que ya podemos presuponer en un ámbito fuertemente institucionalizado como el fenicio. El funcionamiento de este sistema institucional es clave para entender la canalización de tantos esfuerzos conjuntos hacia el exterior en aras de intereses políticos de tintes imperialistas a partir del siglo VI a. C. Sin escritura alfabética vinculada al mundo institucional cartaginés, ese desarrollo habría sido imposible, así como también lo habría sido en ámbito itálico.

Con respecto a la península ibérica, los resultados son muy distintos a los habidos en el Mediterráneo central. Ya hemos visto la casi ausencia de material epigráfico fenicio de cierta entidad en relación con el encontrado en las islas del Mediterráneo central y en Cartago. Es una obviedad que no puede negarse tal cual se encuentra el estado de investigación hoy. Pero no señala esto una mayor ausencia del ejercicio escriturario, mas ámbitos muy distintos. A mi parecer, las comunidades fenicias aquí asentadas debían de tener objetivos muy distintos a los que se desarrollan en Cartago, o pertenecían a oleadas de colonización muy diferentes. Si las inscripciones sobre soporte pétreo y monumental en Cartago se concentraban en ámbito religioso, en las colonias peninsulares se procede a la práctica habitual en todo el Mediterráneo de fijar iniciales o pequeñas inscripciones sobre material cerámico. Esta práctica ha solido asociarse a la intención por parte de artesanos y comerciantes de señalar la propiedad o el contenido del recipiente. No obstante, la aparición de *óstraca* cerámicos en Doña Blanca, sobre los que personal profesional de la escritura llevaba sus ejercicios habituales, testimonian de forma directa la posibilidad que podía presuponerse en comunidades tan complejas como las que dejan reflejar poblados como Gadir, Toscanos o la misma Doña Blanca: la existencia de una administración económica desarrollada por medio del método escriturario. En el caso de no documentarse este tipo de material, seguiría siendo difícil de sostener una hipótesis que rechazara la posibilidad de un uso administrativo de la escritura en este horizonte colonial fenicio. Pero, además, importante es que se trate de un sistema de escritura alfabético por todas las facilidades ya vistas en su transmisión directa hacia ámbitos muy variados que trascienden el espacio meramente burocrático y la funcionalidad puesta al servicio del centralismo estatal.

El alfabeto no es sólo fácil de transmitir a diferentes ámbitos de actividad, mas también hacia otros ámbitos culturales y étnicos que rápidamente observan la utilidad práctica de su uso. Según la constancia que hemos observado en el material cerámico donde aparecen grafitos *tartésicos*, parece claro que a esa transmisión no fueron ajenas

las comunidades indígenas de la península ibérica, con las que tan estrechamente colabora el sistema comercial fenicio. La existencia de artesanos y oficios especializados en el mundo autóctono ya era un hecho previo al horizonte colonial, así como la existencia de regulares y nutridas redes de intercambio y comunicación integradas en el sistema comercial del Bronce final atlántico. Pero pese a todo el desarrollo previo que podamos ver, es indudable que la presencia fenicia resultó una extraordinaria estimulación desde los primeros momentos de su llegada. De hecho, tan impactante resulta el estímulo que, por lo que hemos podido ver, se emula gran parte del funcionamiento socioeconómico fenicio y toda su cultura material. Se construyen edificios de planta rectangular sobre zócalos de mampostería y alzados de adobe, con pavimentación de tierra apisonada; se reproducen rápidamente piezas cerámicas a torno hechas con pasta local; se construyen grandes almacenes y complejos “palaciales”, donde se destina la producción excedentaria y la importación de objetos procedentes de grandes lejanías. Se desarrolla un cuerpo especializado en actividades varias, aumentan desafortunadamente la demografía, el número de poblados, la extensión de estos y su consistencia arquitectónica, que incluyen complejos sistemas de fortificación y defensa. Todo indica la transmisión, no de mera estilística en sus objetos, sino de todo un sistema de funcionamiento socioeconómico institucionalizado y politizado a la manera fenicia. Se centraliza la producción económica en torno a grandes personajes de una élite –observada en los exuberantes enterramientos de la Joya, Setefilla y otras necrópolis–, existente también con anterioridad al horizonte colonial, pero que ahora verá acrecentada su posición social gracias a la mayor dinámica económica. Este cuerpo social altamente posicionado parece ser el más indicado para acceder al control de las incipientes instituciones estatales que se desarrollan tan lejos como en Cancho Roano. Y, teniendo en cuenta la emulación tan fidedigna que se reproduce del mundo fenicio, nada rechaza la posibilidad de un uso administrativo de la escritura por parte de esta sociedad autóctona. Lo cierto es que, atendiendo al signario de Espanca, parece reflejarse la existencia de un cuerpo profesional en el ejercicio de la escritura que, además, cumple cierta función de enseñanza hacia personal que pretende formarse en el conocimiento de los 27 signos del sistema. Lo que no puede rechazarse es una necesaria fase previa de transmisión y adaptación del alfabeto fenicio a las necesidades lingüísticas indígenas, lo cual llevaría un tiempo de convivencia prolongado— nada impide pensar en individuos mestizos que dominaran a la perfección todas las lenguas existentes—. El modo, tiempo y espacio en que concretamente se produjera el nacimiento de la escritura tartésica nos es desconocido, pero es evidente que existió. La

funcionalidad social que debió adquirir la escritura en el ámbito tartésico es en gran parte desconocido y dudoso. Podemos constatar el uso por parte de artesanos y comerciantes onubenses y de otros lugares preocupados por señalar la propiedad y autoría de sus piezas, así como, en un horizonte algo más tardío, hacia los siglos VII-V a. C. en el sur lusitano, personal interesado en relacionar sus restos funerarios con un mensaje inscrito en sus estelas, que aún no hemos podido descifrar. Pese a la posible reutilización de una gran parte de estas estelas, la relación con el mundo funerario, al menos en gran parte de ellas, parece existir, aunque no rechazo la posibilidad de una funcionalidad más variada. Por un lado, la aparición de muchas integradas en cistas en forma de lápidas, incluso bocabajo, parece sugerir un uso algo diferente –aunque aquí también cabe la posibilidad de una reutilización práctica–. Por otro lado, las estelas decoradas del suroeste durante el Bronce final y la aparición de elementos iconográficos parecidos en las estelas con escritura, me hacen pensar en una mera inclusión de elementos de especial valor entre los ya habituales de signo aristocrático y guerrero –lanzas, escudos, espadas, carros, espejos, fíbulas, arcos, etc.–. Parece ser, pues, una adaptación a una tradición local de muy antigua usanza que se pretende revalorizar. Existe, no obstante, una discordancia importante entre el espacio en que se distribuyeron las estelas del Bronce final, mucho más amplio, y el de las estelas con escritura, concentradas en el Algarve y Alentejo portugués. Se debería esto a procesos migratorios habidos entre un horizonte cronológico y otro, o a la supervivencia de esta tradición cultural tan sólo en este reducido espacio temporal, con leves intrusismos en territorio más occidental.

En definitiva, queda probado en este trabajo la especial influencia que juega la extensión del alfabeto en la cuenca mediterránea durante la Antigüedad arcaica. No trato de exagerar la exclusividad de este elemento en el impacto socioeconómico que se produce en este espacio geográfico durante los siglos VIII-VI a. C., pero no puede negarse el acicate que significa, por un lado, en la práctica habitual de señalar la propiedad privada de recipientes, o de acrecentar el estatus social señalando la autoría; por otro, como herramienta clave de la administración económica de ámbito estatal y religioso. Complejos templarios y palaciales con funcionalidad de almacenamiento y redistribución de los recursos económicos se multiplican por doquier gracias al impulso que supone la colonización fenicia. La institucionalización y la burocratización del mundo mediterráneo es una consecuencia directa de la extensión de la herramienta escrituraria, pese a que gran parte de sus soportes se hayan perdido y no dispongamos de una gran cantidad de

evidencias positivas. Por otro lado, centrándonos en ámbito egeo, tampoco podemos negar la rapidez con que el alfabeto se hace eco en una gran variedad de sectores sociales griegos y funcionalidades. Abarcando desde el espacio funerario, el lúdico, el literario y el administrativo, el alfabeto griego se convertirá en la herramienta de una nueva prosa con funcionalidad erudita y al servicio de interrogantes de carácter filosófico y científico.

APÉNDICES: FUENTES ESCRITAS

Viaje de Unamón a Fenicia⁵⁵

AÑO V, IV ES DE LA III ESTACIÓN, DÍA 16: El día en que Unamón, Superior del Antepatio de la Casa de Amón [Señor de los Tronos] de los Dos Países, partió en busca de maderamen para la grande y augusta barca de Amón-Re, Soberano de los Dioses, que está en [el Río y que se llama] *Use-het-Amón*. El día que llegué a Tanis, lugar [donde Ne-su-Ba-neb]-Ded y Ta-net-Amón estaban, les entregué las cartas de Amón-Re, Soberano de los Dioses, e hicieron que se leyeran en su presencia. Y dijeron: *Sí haré lo que Amón-Re, Soberano de los Dioses, nuestro [Señor], ha dicho*. PASÉ EL IV MES DE LA III ESTACIÓN en Tanis. Y Ne-su-Ba-neb-Ded y Ta-net-Amón me despidieron con el capitán del barco Menget-bet, y me embarqué en el gran mar sirio. EL I MES DE LA III ESTACIÓN, DÍA 1.

Arribé a Dor, ciudad de los tjeker, y Beder, su príncipe, hizo que me trajeran 50 panes, una jarra de vino y una pata de buey. Y un hombre de mi barco huyó y robó una [vasija] de oro, [estimada] en 5 deben, cuatro jarras de plata, evaluadas en 20 deben, y un saco de 11 deben de plata. [Total de lo que] él [robó]: 5 deben de oro y 30 deben de plata.

Me levanté por la mañana y fui al lugar en que el príncipe estaba, y le dije: *Me han robado en vuestro puerto. Tú eres el príncipe de esta tierra, y tú eres el perquiridor que debería buscar mi plata. Esta plata pertenece a Amón-Re, Soberano de los Dioses, señor de los países; pertenece a Zakar Ba'al, el Príncipe de Biblos.*

Y él me dijo: *Seas importante o seas eminente, atiende: ¡No admito la acusación que me presentas! Supuesto que hubiera sido un ladrón de mi tierra el que fue a tu nave y robó tu plata, te hubiera compensado con mi tesoro hasta que hubiesen hallado a ese ladrón tuyo, sea quien fuere. ¡Pero el ladrón que te robó te pertenece! ¡Pertenece a tu barco! Estate visitándome algunos días para que pueda buscarle.*

Estuve nueve días anclado (en) su puerto, y fui a visitarle, y le dije: *Oye, no has encontrado mi plata. [Déja]me [ir] con los capitanes de barco y con aquello que se van al mar. Pero él me dijo: ¡Calla!... Salí de Tiro al romper el día ... Zakar Ba'al, el príncipe de Biblos, ... barco.*

Encontré 30 deben de plata en él y me apoderé de ellos. [Y dije a los tjeker: *¡Me he adueñado de] vuestra plata, y permanecerá conmigo [hasta que halléis mi plata o al ladrón] que la robó! Aunque vosotros no hayáis robado me la quedaré. Pero en lo que se refiere a vosotros... Se fueron y yo saboreé mi triunfo [en] una tienda (plantada) en la orilla del [mar], (en) el puerto de*

⁵⁵ Aubet Semmler 2009: 357-361.

Biblos. Y [oculté] a Amón-del-Camino y puse su propiedad en su interior.

Y el [Príncipe] de Biblos me envió un aviso, diciendo: *¡Sal [de mi] puerto!* Y le respondí, diciendo: *¿Adónde [iré]?... Si [tienes un barco] que me transporte, haz que me lleve de nuevo a Egipto.* Así pasé veintinueve días en su [puerto, mientras] él [invertía] el tiempo en enviarme diariamente a decirme: *¡Sal (de) mi puerto!*

PUES BIEN, MIENTRAS OFRECÍA a sus dioses, el dios se apoderó de uno de sus jóvenes y lo poseyó. Y él le dijo: *¡Trae [el] Dios! ¡Trae el mensajero que lo porta! ¡Amón es quien le envió! ¡Es quien le hizo venir!* Y en tanto que el (joven) poseso tenía aquella noche el frenesí, yo había encontrado (ya) un barco con destino a Egipto y cargado en él cuanto tenía. Estaba al acecho de la oscuridad, pensando que en cuanto cerrase también trasladaría al dios a bordo, para que no le viera otro ojo, cuando el jefe del puerto me encontró y dijo: *Espera a mañana, así dice el Príncipe.* Y yo le dije: *¿No eres tú, por ventura, quien pasa el tiempo viniendo a mí todos los días a decirme: “Sal (de) mi puerto”? ¿Me dices esta noche “Espera” para que zarpe el barco que he halado, y (después) vendrás de nuevo (a) decirme: “¡Vete!”.* Por tanto, se fue y contolo al Príncipe. Y el Príncipe envió orden al capitán de la nave, diciendo: *Espera hasta mañana, así dice el Príncipe.*

Cuando LLEGÓ LA MAÑANA, me mandó llamar y me hizo subir, pero el dios permaneció en la tienda, donde estaba, a orillas del mar. Y le hallé sentado (en) su habitación alta, dando la espalda a una ventana, de modo que las olas del gran mar sirio rompían contra la parte posterior de su cabeza.

Y le dije: *¡Favorézcate Amón!*, pero él me dijo: *¿Cuánto tiempo hace hasta hoy que viniste del lugar en que se halla Amón?* Por lo tanto, le dije: *Cinco meses y un día hasta ahora.* Y él me dijo: *¡Eres veraz! ¡Bien está! ¿Dónde está la carta de Amón que (deberías tener) en la mano? ¿Dónde el mensaje del sumo sacerdote de Amón que (deberías tener) en la mano?* Y le hablé así: *Los di a Ne-su-Ba-neb-Ded y a Ta-net-Amón.* Y se enfadó mucho, y me dijo: *¡Veamos! ¡Ni cartas ni mensajes tienes en la mano! ¿Dónde está el barco del cedro que Ne-su-Ba-neb-Ded te cedió? ¿Dónde su tripulación siria? ¿No te entregó a ese capitán de barca extranjero para que te matase y arrojase al mar? (Entonces) ¿a quién hubieran encargado buscar al dios? Y tú también... ¿a quién hubieran encargado buscarte?* Así me habló.

PERO YO LE DIJE: *¿Era o no una nave egipcia? ¡Pues bien, son egipcias las tripulaciones que navegan a las órdenes de Ne-su-Ba-neb-Ded! No tiene tripulaciones sirias.* Y él me dijo: *¿Acaso no hay veinte barcos en mi puerto que comercian (hubur) con Ne-su-Ba-neb-Ded? En cuanto a esa Sidón, el otro (lugar) por el que pasaste, ¿no hay cincuenta barcos más en ella que comercian con Werket-El, y que dependen de su casa?* Y a esto estuve callado largo rato.

Y él respondió y me dijo: *¿Qué asuntos te traen?* Y así le hablé: *Vine en busca de maderamen para la grande y augusta barca de Amón-Re, Soberano de los Dioses. ¡Tu padre (lo) hizo, tu*

abuelo (lo) hizo y tú también lo harás! Así le hablé. Pero él me dijo: ¡Ciertamente lo hicieron! Y si me das (algo) por ello, lo haré. En verdad, cuando mi gente cumplió ese encargo, el faraón -¡vida, prosperidad y salud!- envió seis naves cargadas de mercancía egipcias y las desembarcaron en los almacenes. Tú, ¿qué me traes tú de tu parte? E hizo que presentaran los rollos de los anales de sus padres, y ordenó que los leyeran en mi presencia, y hallaron un millar de deben de plata y todo género de cosas en sus rollos.

Por lo tanto, me dijo: Si el gobernante de Egipto fuera mi señor, y yo fuera su siervo, no hubiera mandado plata y oro, diciendo: “¡Cumple el encargo de Amón!” No transportarían una dádiva real, tal como solían hacer en el caso de mi padre. ¡En lo que me atañe, tampoco soy tu siervo! ¡Ni sirvo al que te envió! ¡Si grito al Líbano, los cielos se abren y los troncos descansan (en) la orilla del mar! ¡Dame las velas que traes para impulsar tus barcos, que contendrán los troncos para (Egipto)! Dame las cuerdas [que] traes [para atar los] troncos [de cedro] que debo talar para construir tu... que hará para ti (como) las velas de tus naves, y los remos serán (demasiado) pesados y e quebrarán, y tú morirás en medio del mar! He aquí, Amón atronó en el firmamento al colocar a Seth junto a él. Pues bien, Amón, cuando estableció todos los países, al fundarlos asentó ante todo la tierra de Egipto, de donde tú vienes; pues las artes salieron de ella para llegar al sitio en que estoy. ¿Qué son esos estúpidos viajes que te obligan a efectuar?

Y yo le dije: ¡No es cierto! ¡Mi diligencia no “son” estúpidos viajes! No hay un solo barco que navegue por el río que no pertenezca a Amón. El mar es suyo, y el Líbano del que dices: “Es mío”, suyo es. ¡Constituye el plantel de Userhet-Amón, señor de [todo] barco! Ciertamente, él habló -Amón-Re, Soberano de los Dioses- y dijo a Heri-Hor, mi señor: “¡Envíame!”. Por ello me hizo venir, portando este gran dios. Pero he aquí, hiciste que este gran dios estuviera estos veintinueve días anclado (en) tu puerto, aunque tú (lo) ignorabas. ¿No está aquí? ¿No es el (mismo) que fue? Estás estacionado (aquí) para continuar el comercio del Líbano con Amón, su señor. Sobre lo que dices que los reyes anteriores enviaron plata y oro, supón que hubiesen tenido vida y salud. En cambio, en cuanto a Amón-Re, Soberano de los Dioses, él es el señor de esa vida y de esa salud, y era el señor de tus padres. Dedicaron sus existencias a ofrendar a Amón. ¡Y tú, tú también eres siervo de Amón! Si dices a Amón “¡Sí (lo) haré!” y cumples su encargo, vivirás, serás próspero, estarás sano y serás causa de bienestar para toda tu tierra y tu pueblo. (Pero) no desees para ti nada perteneciente a Amón-Re (Soberano de) los Dioses ¡Cómo un león codicia su propiedad! Haz que venga tu secretario, para que yo le despache a Ne-su-Ba-neb-Ded y Ta-net-Amón, magistrados que Amón designó en el norte de su tierra, y ordenarán el envío de toda clase de cosas. Lo mandaré para que les diga: “Tráigase hasta que yo regrese otra vez al sur, y tendré (entonces) ocasión de llevaros cada Proción de deuda (que se os debe)”. Así le hablé.

Por lo tanto, confió mi carta a su mensajero, y cargó la quilla, la popa y la proa, amén de cuatro

otros troncos devastados -siete en total- e hizo que se lo llevaran a Egipto. Y en el primer mes de la segunda estación, el mensajero que había ido a Egipto volvió a mí en Siria. Y Ne-su-Baneb-Ded y Ta-net-Amón enviaban: 4 orzas y 1 kak-mem de oro; 5 jarras de plata, 10 piezas de vestido de lino real; 10 herd de buen lino del Alto Egipto; 500 (rollos) de papiro refinado, 500 pieles de vaca; 500 cuerdas; 20 sacos de lentejas y 30 canastas de pescado. Y ella me remitió (personalmente): 5 piezas de vestido de buen lino del Alto Egipto; 5 herd de buen lino del Alto Egipto; un saco de lentejas y 5 canastas de pescado.

Y el Príncipe se regocijó, y destacó trescientos hombres y trescientas bestias, nombró supervisores al frente de ellos. Y me mandó llamar, diciendo: *¡Ven!* Cuando me presenté a él, la sombra de su flor de loto cayó sobre mí. Y Pen-Amón, un mayordomo que le pertenecía, me atajó, diciendo: *La sombra del faraón -vida, prosperidad, salud-, tu señor, te ha cubierto. Pero se enfadó con él y dijo: ¡Déjale en paz!*

Por tanto, me acerqué a él, y respondió y me dijo: *¡He aquí, el encargo que mis padres cumplieron antaño, yo lo he cumplido (también), aunque no has hecho para mí lo que tus padres hubieran hecho, y que tú (debiste realizar)! He aquí, la última parte de tu maderamen ha llegado y está (ahí). Contenta mi deseo y cárgalo: ¿acaso no te lo darán? ¡No contemples el terror del mar! ¡Si contemplas el terror del mar, verás el mío (asimismo)! En verdad, no obré contigo lo que hice a los mensajeros de Ha-em-Waset, que pasaron diecisiete años en esta tierra: ¡murieron (donde) estaban!* Y dijo a su mayordomo: *Tómale y muéstrale la tumba en que yacen.*

Pero le dije: *¡No me la enseñes! En cuanto a Ha-em-Waset, te envió hombres por mensajeros, y él mismo era hombre. No tienes uno de sus mensajeros (en mí), al que digas: “¡Anda a ver a tus compañeros!” Ahora bien, deberías regocijarte y ordenar [que se hiciera] una estela para ti, diciendo en ella: Amón-Re, Soberano de los dioses, me envió Amón-del-Camino, su mensajero - ¡[vida], prosperidad, salud!- y Un-Amón, su mensajero humano, en busca de maderamen para la grande y augusta barca de Amón-Re, Soberano de los dioses. La talé. La transporté. La suministré con mis barcos y mis tripulaciones. Hice que arribaran a Egipto, a fin de suplicar cincuenta años de vida a Amón para mí mismo, sobre y por encima de mi hado. Y acaso ocurra que, al cabo del tiempo, llegue un mensajero de la tierra de Egipto que conozca la escritura, y que lea tu nombre en la estela. ¡Y tú recibirás agua (en) el Oeste, como los dioses que están allí!*

Y él me dijo: *¡Lo que me has dicho es un gran testimonio de palabras! Así le dije: Referente a lo mucho que me dijiste, si llego al lugar donde el sumo sacerdote de Amón y ve cómo (cumpliste este) encargo, será (el cumplimiento de este) encargo (lo que) obtendrá algo para ti.*

Y fui (a) la orilla del mar, al sitio en que estaba la madera, y divisé once naves de los tjeker aportando del mar, con el propósito de decir: *¡Prendedle! ¡Impedid que el barco suyo (vaya) a la tierra de Egipto!* Entonces me senté y lloré. Y el escriba epistolar del Príncipe vino a mí y me

dijo: *¿Qué tienes? Y le dije: ¿No has visto que los pájaros bajan a Egipto por segunda vez? ¡Míralos! ¡Cómo viajan hacia los frescos estanques! (Pero) ¡cuánto tiempo estaré yo aquí! ¿No adviertes que éstos vienen de nuevo a prenderme?*

Por lo tanto, se fue a referirlo al Príncipe. Y el Príncipe rompió a llorar a causa de las palabras que se le dijeron, porque eran dolorosas. Y me envió su escriba epistolar, y me trajo dos jarras de vino y un carnero. Y me envió Te-net-Not, cantora egipcia que estaba con él, diciendo: *¡Canta por él! ¡No permitas que su corazón se acongoje!* Y me envió a decir: *¡Come y bebe!*

No permitas que tu corazón se acongoje, pues mañana oirás lo que tengo que decir.

Llegada la mañana, convocó su asamblea, y se irguió en medio de ella, y dijo a los tjeker: *¿(Para) qué vinisteis?* Y ellos le dijeron: *¡Vinimos a perseguir los malditos barcos que tú envías a Egipto con nuestros adversarios!* Pero él les dijo: *No puedo prender al mensajero de Amón dentro de mi tierra. Dejar que le despida, y perseguidle y apresarle.*

Por lo tanto, me embarqué y me despidió desde el puerto del mar. Y el viento me arrojó a la tierra (de) Alashiya. Y los de la ciudad salieron a matarme, pero me abrí paso entre ellos hasta el lugar en que Heteb, princesa de la ciudad, estaba. La encontré cuando salía de una de sus casas y entraba en otra.

Así pues, la saludé y dije a la gente que había a su alrededor: *¿Ninguno de vosotros entiende el egipcio?* Y uno de ellos dijo: *Yo (lo) entiendo.* Por lo tanto, le dije: *Comunica a mi señora que oí, en la lejana Tebas, donde Amón se halla, que la injusticia se perpetra en todas las ciudades, pero, en cambio, que en el país de Alashiya se hace justicia. Pero ¡aquí se cometen injusticias a diario!* Y ella dijo: *¡Cómo! ¿Qué (significan) tus palabras?* Y le dije: *Si el mar está revuelto y el viento me lanza a tu tierra, no debiste consentir que me prendieran para matarme, pues soy un mensajero de Amón. Oye: en cuanto a mí, ¡me buscarán siempre para asesinarme! En cuanto a esta tripulación del Príncipe de Biblos que se disponen a matar, ¿no hallará su señor diez tripulaciones tuyas, que él matará?*

Ella convocó al pueblo, el cual se reunió. Y me dijo: *Pasa la noche...*

[El papiro se interrumpe en este punto].

Jueces IX 1-6⁵⁶

Abimélec, hijo de Yerubaal, se fue a Siquén para estar con los hermanos de su madre. Y les habló, a ellos y a toda la familia de la casa paterna de su madre, en estos términos: *Decid, por favor, a oídos de todos los principales de Siquén: “¿Qué es mejor para vosotros, que reinen sobre vosotros setenta hombres, hijos todos ellos de Yerubaal, o que reine sobre vosotros uno solo?” Y tened en cuenta que soy hueso vuestro y carne vuestra.* Los hermanos de su madre hicieron llegar estas palabras a todos los principales de Siquén, cuyo corazón se inclinó hacia Abimélec, pues se decían: *Es nuestro hermano.* Le dieron setenta siclos de plata del templo de Baal Berit, con los que Abimélec tomó a sueldo a maleantes y aventureros que le siguieron. Se dirigió entonces a casa de su padre, en Ofrá, y asesinó a sus hermanos, hijos de Yerubaal, setenta hombres, sobre una misma piedra. Sólo se salvó Jotán, el hijo menor de Yerubaal, porque logró ocultarse. Reuniéronse luego todos los principales de Siquén y todo Bet Miló y proclamaron rey a Abimélec junto a la encina de la estela que hay en Siquén.

⁵⁶ *Jueces* (*sofetim* en hebreo: “jefes” o “príncipes”) designa a jefes carismáticos dirigentes de las tribus de Israel, que aún conservaban costumbres seminómadas. Continúa la historia de Israel a partir de la muerte de Josué, abarcando los siglos XII-XI a. C., en los que el asentamiento del pueblo de Israel en Canaán no había logrado aún hacer desaparecer a todos sus enemigos. Las tribus se mantenían independientes unas de otras y en trato continuo con la población cananea del país, adoptando, a veces, sus cultos. El libro asigna a las tentaciones de esos cultos idólatras las derrotas sufridas por una u otra tribu. Está compuesto de tradiciones y documentos que pueden remontarse a la contemporaneidad de los hechos narrados, pero con manipulaciones de la escuela deuteronomista, de manera que su redacción final quedó fijada, tal cual la conocemos hoy, no antes del siglo V a. C. (Serafín de Ausejo 2004: 275 y 288).

Samuel XXI-XXII⁵⁷

(XXI): David se levantó y partió, y Jonatán se volvió a la ciudad.

Llegó David a Nob, ante el sacerdote Ajimélec, que salió atemorizado a su encuentro, y le

preguntó: *¿Por qué vienes tú solo, sin que nadie te acompañe?*

Respondió David al sacerdote Ajimélec: *El rey me ha confiado una orden y me ha dicho: “Que nadie sepa nada del asunto a que te envió y lo que te ordeno”. Por eso he citado a los criados en cierto lugar.*

Y ahora, ¿qué tiene a mano? Dame cinco panes o lo que encuentres.

Respondió el sacerdote a David: *No tengo a mano pan común, únicamente pan sagrado, siempre que los jóvenes se hayan guardado de trato con mujeres.*

Replicó David al sacerdote: *Las mujeres nos están prohibidas desde anteayer, como siempre que salgo a campaña; así que los cuerpos de los jóvenes están puros. Y aunque éste sea un viaje profano, es seguro que hoy están purificados.*

Dióle entonces el sacerdote pan sagrado, pues no había allí otra cosa que los panes de la presencia que habían sido retirados de delante de Yahveh, para colocar los panes recientes el día en que los otros tenían que ser reemplazados.

Aquél día estaba allí uno de los servidores de Saúl, detenido ante Yahveh; llamado Doeg, edomita, mayoral de los pastores de Saúl.

También preguntó David a Ajimélec: *¿No tienes aquí a mano una lanza o una espada? Pues era tanta la urgencia de la orden del rey que no pude tomar mi espada y mis armas.*

Respondió el sacerdote: *Aquí tienes la espada de Goliat, el filisteo que tú mataste en el valle del Terebinto, envuelta en un paño detrás del efod. Si la quieres tomar, tómala, pues no hay otra aquí.* Dijo entonces David: *¡Ninguna mejor! Dámela.*

David salió y ese mismo día huyó lejos de Saúl, y llegó a donde Aquís, rey de Gat.

Los servidores de Aquís le dijeron: *¿No es éste David, rey del País? ¿No es él aquel de quien cantaban a coro: “Saúl mató a mil, y David a diez mil”?*

David reflexionó seriamente sobre estas palabras y empezó a sentir gran temor de Aquís, rey de

⁵⁷ La historia contenida en el libro de Samuel es la del inicio de la monarquía israelita hasta el reinado de David, centrada en los siglos XI-X a. C. Por entonces, los filisteos se internaban en continuas incursiones hasta las montañas habitadas por las tribus israelitas, con lo que estimularon en estos la necesidad de abandonar su organización tribal para convertirse en una unidad política estatal. Samuel fue quien llevó a cabo la tarea de instituir la monarquía, eligiendo como candidato más apto a Saúl, reprobándole después y estableciendo en su lugar a David, quien consolida la institución monárquica y elimina la amenaza filisteas. No sabemos quién fue el autor de este libro, pero seguramente su origen radique en multitud de piezas sueltas. Se producen duplicados, repeticiones y contradicciones que hacen pensar en la autoría de varias manos. La compilación definitiva, en su forma actual, se fijó en un período de ideales deuteronomistas (hacia el siglo VII a. C.), poco antes de la cautividad en Babilonia (Serafín de Ausejo 2004: 311 y 337-339).

Gat.

Entonces simuló ante ellos haber perdido el juicio y se hizo pasar por loco entre ellos:
tamborileaba en los batientes de las puertas y dejaba resbalar la baba por la barba.
Dijo entonces Aquís a sus servidores: *Como veis, este hombre está loco. ¿Por qué me lo habéis traído?*
¿Es que yo ando escaso de locos, para que me traigáis a éste a que me haga demostración de sus locuras ante mí? ¿Queréis que entre en mi casa?

(XXII): Se fue de allí David y se refugió en la caverna de Adulán. Se enteraron de ello sus hermanos y todos los de su familia y bajaron allí junto a él. Se le unieron, además, todos los oprimidos, los entrampados y los amargados, de los que llegó a ser caudillo. Y así reunió a su lado a unos cuatrocientos hombres. De allí se trasladó David a Mispá de Moab y dijo al rey de Moab: *Te ruego que mi padre y mi madre puedan acogerse a vosotros hasta que yo sepa lo que Dios va a hacer conmigo.* Y los puso bajo el amparo del rey de Moab, con quien vivieron todo el tiempo que David estuvo en la fortaleza.

Dijo entonces el profeta Gad a David: *No te quedes en la fortaleza, vete y vuélvete al país de Judá.* David se fue y se refugió en el bosque de Jéret. Se enteró Saúl de que David y los hombres que le seguían habían ido descubiertos. Hallábase Saúl en Guibeá, sentado bajo el tamarisco de la colina, lanza en mano rodeado de sus servidores. Dijo entonces Saúl a los servidores que estaban con él: *Escuchadme, hijos de Benjamín; es que el hijo de Jesé os va a dar a todos campos y viñas y a nombraros jefes de mil y de cien, para que todos os conjuréis contra mí y no me hayáis revelado la alianza de mi hijo con el hijo de Jesé? Ninguno de vosotros se ha compadecido de mí ni me ha hecho saber que mi hijo ha sublevado contra mí a un súbdito que me pone asechanzas, como lo está haciendo.* Respondió Doeg el edomita, que estaba entre los servidores de Saúl: *Yo he visto al hijo de Jesé llegar a Nob, a casa de Ajimélec, hijo de Ajitub, quien consultó a Yahveh por él, le dio provisiones y además le entregó la espada de Goliat, el filisteo.*

El rey mandó a llamar al sacerdote Ajimélec, hijo de Ajitub, a toda la familia de su padre, y a los sacerdotes que había en Bob. Todos vinieron ante el rey.

Dijo Saúl: *Escúchame, hijo de Ajitub.* Y este respondió: *Aquí estoy, señor.* Le dijo Saúl: *¿Por qué os habéis conjurado contra mí, tú y el hijo de Jesé, cuando le diste alimentos y una espada y le consultaste a Dios por él para que él se sublevara contra mí y me pusiera asechanza, como lo está haciendo?* Respondió Ajimélec al rey: *¿Y quién entre todos tus súbditos hay como David: fiel, yerno del rey, agregado a tu guardia personal y honrado en tu casa?*

¿Acaso es hoy la primera vez que he consultado a Dios por él? ¡Lejos de mí todo eso! No impute el rey semejante cosa a su siervo ni a toda la casa de su padre, pues en todo este asunto tu siervo nada sabe, ni poco ni mucho.

Pero el rey declaró: *Vas a morir irremisiblemente, Ajimélec, tú y toda la casa de tu padre.* Luego ordenó a la guardia que estaban a su lado: Cercad a los sacerdotes de Yahveh y dadles muerte, pues también ellos han tendido la mano a David; porque aun sabiendo que él era fugitivo, no me lo avisaron. Pero los servidores del rey no quisieron extender sus manos para herir a los sacerdotes de Yahveh.

Etonces dijo el rey a Doeg: Acércate tú y hiere a los sacerdotes. Se acercó Doeg, el edomita, e hirió a los sacerdotes; y mató aquél día a ochenta y cinco hombres que vestían el *efod* de lino. Y Saúl, por su parte, pasó a filo de espada a Nob, la ciudad de los sacerdotes: hombres y mujeres, muchachos y niños de pecho, bueyes, asnos y ovejas cayeron al filo de la espada. Sólo un hijo de Ajimélec, hijo de Ajitub, llamado Abiatar, pudo escapar y huyó al lado de David.

Abiatar comunicó a David que Saúl había asesinado a los sacerdotes de Yaveh. Y David dijo a Abiatar: *Y sabía yo aquél día que, estando allí Doeg, el edomita, ciertamente habría de informar a Saúl. Y soy el responsable de la muerte de todas las personas de tu familia.*

Quédate conmigo y nada temas, pues el que atenta contra mi vida atenta contra la tuya. Tú estarás bien guardado a mi lado.

I Reyes V y IX 10-14⁵⁸

(V): Dominaba Salomón sobre todos los reinos, desde el Río hasta el país de los filisteos y los confines de Egipto: todos le pagaban tributo y le estaban sometidos durante todo el tiempo que vivió.

Las provincias de Salomón para cada día eran: treinta *koros* de flor de harina corriente, diez bueyes cebados y veinte de pasto, cien ovejas, sin contar ciervos, gacelas, gamos y aves cebadas.

Dominaba sobre toda la tierra de al lado de acá del Río, desde Tafsaj hasta Gaza, sobre todos los reyes de este lado del Río, y estaba en paz con todos los países limítrofes.

Durante la vida de Salomón, Judá e Israel vivían tranquilos, cada cual bajo su parra y su higuera, desde Dan hasta Berseba.

Salomón tenía cuatro mil establos para los caballos de sus carros y doce mil caballos de montar.

Los intendentes, cada uno un mes, proveían al rey Salomón y a cuantos se sentaban a la mesa real; no permitían que les faltara nada.

Y cada uno según su turno, hacían llegar también hasta el punto señalado la cebada y la paja para los caballos de tiro.

Dios concedió a Salomón sabiduría y discreción inmensas y un corazón tan dilatado como la arena que hay a orillas del mar.

La sabiduría de Salomón aventajaba a la de todos los hijos de oriente y a toda la sabiduría de Egipto.

Era el hombre más sabio de todos los hombres: más que Etán, el ezrajita, y que Hemán, Calcol y Dardá, hijos de Majol. Su fama se extendió por todas las naciones de alrededor.

Compuso tres mil proverbios y mil cinco cánticos.

Disertó acerca de los árboles, desde el cedro del Líbano hasta el hisopo que brota en las paredes; trató, además, acerca de las bestias, las aves, los reptiles y los peces.

Acudían para escuchar la sabiduría de Salomón desde todos los pueblos y de parte de todos los

⁵⁸ *Reyes* continúa la historia religiosa y civil del pueblo de Israel, desde el final de *Samuel* hasta la cautividad babilónica. Son cuatro siglos de historia accidentada (siglos X-VI a. C.), desde que Salomón sube al trono ca- 970 a. C. hasta la destrucción de Jerusalén por Nabucodonosor, ca. 587 a. C. En cuanto al primer tema principal, Salomón, se describen la grandeza de su reinado y la sabiduría del monarca, que aplica una nueva organización estatal y comienza la construcción del gran templo de Jerusalén, único centro de culto en toda la nación entre 93 y 721 a. C. No se sabe quién fue el autor de estos libros, aunque posiblemente algún escritor de la escuela deuteronomista, en Babilonia, durante la cautividad, pues conoce bien de cerca la corte del rey desterrado, Jeconías, muerto hacia 562 a. C., pero no refiere el final del destierro. Para las antiguas historias de Salomón, parece que utiliza varias fuentes y anales, y las descripciones del templo, tal vez se basaban en fuentes sacerdotales. Todo el relato se inserta dentro de una tesis religiosa concreta: si el pueblo, encabezado por el monarca, cumple los preceptos de Yahveh en su alianza, tendrá paz y prosperidad. En caso contrario, será exterminado por sus enemigos (Serafín de Ausejo 2004: 381, 388-390 y 397).

reyes de la tierra que habían oído hablar de su sabiduría.

Cuando Jirán, rey de Tiro, supo que habían ungido a Salomón rey para suceder a su padre, le envió una embajada, porque siempre había sentido afecto por David. Entonces Salomón envió a decir a Jirán de Tiro: *Tú sabes que David, mi padre, no pudo edificar un templo en honor del nombre de Yahveh, su Dios, a causa de las guerras en que se vio envuelto hasta que Yahveh le puso a sus enemigos baja la planta de su pies. Pero ahora Yahveh, mi Dios, me ha concedido paz por toda partes, pues no tengo enemigos ni conflictos.*

Por ello he decidido edificar un templo al nombre de Yahveh, mi Dios, conforme a lo que prometió Yahveh a mi padre David cuando le dijo: “El hijo tuyo, al que yo pondré en tu lugar sobre tu trono, ése construirá el templo a mi nombre”. Ahora, pues, ordena que se corten para mí cedros del Líbano. Mis siervos se unirán a los tuyos y yo te pagaré como salario de tus siervos lo que tú determines, pues bien sabes tú que no hay entre nosotros nadie que se talar árboles como los sidonios.

Cuando Jirán oyó el mensaje de Salomón se alegró mucho y exclamó: *¡Bendito sea hoy Yahveh, que ha concedido a David un hijo tan sabio sobre ese numeroso pueblo!* Jirán envió a decir a Salomón: *He oído el mensaje que me has enviado. Cumpliré todos tus deseos en lo concerniente a las maderas de cedro y de ciprés.*

Mis siervos la bajarán del Líbano hasta el mar, con ellas yo haré balsas que vayan por mar hasta el lugar que tú me indiques. Allí, una vez desatadas, te harás cargo de ellas. Por tu parte, cumplirás mis deseos proveyendo de víveres a mi casa.

De este modo, Jirán suministraba a Salomón madera de cedro y de ciprés, todas las que éste deseaba.

Salomón, por su parte, entregaba a Jirán, para el abastecimiento de su casa, veinte mil *koros* de trigo y veinte mil *batos* de aceite puro de olivas. Esto era lo que Salomón entregaba a Jirán cada año.

Y como Yahveh había concedido prudencia a Salomón conforme le había prometido, hubo paz entre Jirán y Salomón, quienes pactaron alianza entre sí.

Decretó el rey Salomón una leva de prestación personal en todo Israel. La leva alcanzó los treinta mil hombres, que eran enviados al Líbano por turnos de diez mil cada mes. Un mes estaban en el Líbano, y dos en sus casas. El supervisor de la leva era Adonirán. Además, tenía Salomón setenta mil hombres dedicados al transporte y ochenta mil canteros en la montaña, sin contar los tres mil trescientos capataces de los intendentes de Salomón, que estaban al frente de las obras y de las gentes que trabajaban en ellas.

Ordenó el rey extraer grandes piedras, piedras escogidas, piedras sillares, para los cimientos del templo.

Los obreros de Salomón y los de Jirán, juntamente con los guiblititas, cortaron y prepararon las maderas y las piedras para la construcción del templo.

(IX 10-14): Al cabo de veinte años, durante los cuales construyó Salomón las dos casas – el templo de Yahveh y el palacio real-, para las que Jirán, rey de Tiro, había suministrado a Salomón madera de cedro y de ciprés y todo el oro que quiso, Salomón entregó a Jirán veinte ciudades en la región de Galilea. Salió Jirán de Tiro para ver las ciudades que Salomón le había dado, pero no le gustaron. Por lo que exclamó: *¿Qué ciudades son estas que me has dado, hermano mío?* Y las llamó “Tierra de Cabul”, denominación que tienen hasta el día de hoy. Jirán había enviado al rey ciento veinte talentos de oro.

II Crónicas VIII 1-10; y IX 10-23⁵⁹

(VIII 1-10): Al cabo de veinte años que empleó Salomón en edificar el templo de Yahveh y su propio palacio, reconstruyó Salomón las ciudades que Jirán le había dado, y estableció en ellas a los israelitas. Después marchó Salomón contra Jamat de Sobá y se apoderó de ella. Reconstruyó Tadmor, en el desierto, y todas las ciudades de aprovisionamiento de la región de Jamat.

Reconstruyó también Bet Jorón de Arriba y Bet Jorón de Abajo, ciudades fortificadas con muros, puertas y cerrojos; y también Baalat, y todas las ciudades de aprovisionamiento que pertenecían a Salomón, todas las ciudades de acuartelamiento de los carros y las de caballería, y todo cuanto Salomón quiso reedificar en Jerusalén, en el Líbano y en todo el territorio de su dominio.

Y a toda la gente que había quedado de los hititas, de los amorreos, de los perizeos, de los jiveos, y de los jebuseos, que no pertenecían a Israel, o sea, a aquellos de sus descendientes que habían quedado en el país y no habían sido aniquilados por los israelitas, los sometió Salomón a prestación personal hasta el día de hoy.

En cambio, a los israelitas no los empleó en trabajos serviles, sino como guerreros, jefes y oficiales, jefes de sus carros y de su caballería.

Los jefes de los capataces del rey Salomón eran doscientos cincuenta. Ellos estaban al frente del pueblo.

⁵⁹ Al igual que Samuel y Reyes, los dos libros de Crónicas eran originalmente uno dividido en dos rollos de papiro para las versiones griega y latina. Con el nombre griego *Paralelipómenos*, se referían a los hechos omitidos en los libros históricos anteriores. La historia comprendida va desde Adán hasta el final del destierro babilónico (538 a. C.), aunque narrada desde una perspectiva concreta, exponiendo reducidamente lo anterior a David, explayándose acto seguido con este monarca y Salomón y asignándoles la introducción del verdadero culto a Dios en el templo de Jerusalén. No se mencionan monarcas del reino del norte (Israel) a no ser que sea necesario. A los monarcas se los critica sólo desde el punto de vista religioso, es decir, si mantienen estable la alianza con Yahveh. Del autor tampoco sabemos nada, aunque si narra el final del destierro, ya tenemos el año 538 a. C. como *terminus post quem*. No obstante, la obra parece haber sufrido diversas manipulaciones hasta haber llegado a la versión actual. Las fuentes de la que el autor se sirvió debieron ser múltiples, pues se observan paralelos de libros bíblicos anteriores, además de otros escritos no canónicos, que abundaron en la época de la monarquía israelita. Por supuesto, la escuela deuteronomista y sacerdotal ha dejado franca huella en la interpretación teológica de los fenómenos narrados. A la altura del regreso de los desterrados, del reino israelita del norte no quedaba nada, y los repatriados iniciaron una difícil restauración de Jerusalén y su templo, como parte de una iniciativa netamente religiosa, pues políticamente dependían del imperio persa. Para sobrevivir como pueblo y entidad, no disponían de recurso nacional ninguno, y los judíos se aferraron a una identidad de carácter religioso, basada en la ley y el templo único, evitando, al mismo tiempo, todo contacto racial y religioso con extranjeros. El autor de Crónicas considera todos los aspectos desde esta perspectiva, e incide continuamente en la existencia del único Dios (Serafín de Ausejo 2004: 455-456 y 495-498).

(IX 10-23): Los súbditos de Jirán y los de Salomón, que habían traído oro de Ofir, trajeron también madera de sándalo y piedra preciosa. Con esta madera de sándalo hizo el rey paneles para el templo de Yahveh y para el palacio real, así como cítaras y arpas para los cantores. Nunca se había visto nada semejante en el país de Judá.

Por su parte, el rey Salomón regaló a la reina de Sabá todo cuanto a ella se le antojó pedirle, mucho más de lo que ella había traído al rey. Después, ella emprendió el regreso a su país con sus servidores.

El peso del oro que cada año le llegaba a Salomón era de seiscientos sesenta y seis talentos de oro, sin contar los impuestos de los mercaderes y del tráfico de mercancías y las contribuciones de todos los reyes de Arabia y de los gobernadores del país, que traían oro y plata a Salomón. Hizo el rey Salomón doscientos grandes escudos de oro batido, para cada uno de los cuales empleó seiscientos siclos de oro batido.

También hizo trescientos pequeños escudos de oro batido, en cada uno de los cuales empleó trescientos siclos de oro. El rey los colocó en la sala “Bosque del Líbano”.

Hizo además el rey un gran trono de marfil y lo recubrió de oro finísimo. El trono tenía seis gradas y un respaldo redondo, con dos brazos, uno a cada lado del asiento, y dos leones de pie junto a los brazos.

Sobre las seis gradas había doce leones de pie, uno a cada lado de las gradas. Nada semejante se había hecho en ningún reino.

Toda la vajilla del rey Salomón era de oro, y de oro fino todos los utensilios de la sala “Bosque del Líbano”. En los días de Salomón no se hacía aprecio de la plata, porque el rey tenía en el mar una flota de Tarsis, juntamente con la de Jirán; y cada tres años llegaba la flota de Tarsis, que traía oro, plata, marfil, monos y pavos reales.

El rey Salomón superó a todos los reyes de la tierra en opulencia y sabiduría. Y todos los reyes de la tierra deseaban ver a Salomón para oír la sabiduría que Dios había puesto en su corazón.

Isaías XXIII⁶⁰

Gemid, naves de Tarsis; que está devastado vuestro puerto.

Mientras volvían del país de Quitín se les dio la noticia.

Enmudeced, habitantes de la costa.

Los traficantes de Sidón, cruzando el mar, te llenaban
a través de las aguas caudalosas. Los granos de Sijor, la cosecha del Nilo era su riqueza y fue el
emporio de los pueblos.

Avergüénzate, Sidón, -fortaleza del mar- que el mar dice así:

“No engendré ni di a luz, no crié jóvenes ni eduqué a doncellas”.

Cuando la noticia llegue a Egipto, se estremecerán por la noticia de Tiro.

Seguid hasta Tarsis; gemid, habitantes de la costa.

¿Es ésta vuestra alegre ciudad, cuyo origen data de los días de antaño, cuyos pies la llevaban a
establecerse lejos?

¿Quién planeó eso contra Tiro, la distribuidora de coronas, cuyos traficantes eran príncipes, sus
mercaderes, magnates del país?

Yahveh Sebaot lo planeó para profanar el orgullo, para envilecer toda la gloria de todos los
magnates del país.

Atraviesa tu tierra, come el Nilo, hija de Tarsis; ya el puerto no existe.

Extendió su mano sobre el mar, estremeció los reinos. Yahveh ordenó respecto a Canaan
destruir sus fortalezas.

⁶⁰ Isaías predicó en Judá, sobre todo en Jerusalén, durante los reinados de Jotán (740-736 a. C.), Ajaz (736-716 a. C.) y Ezequías (716-687 a. C.). Según parece, la elevada posición económica de la familia de dónde provenía le permitió mantener una política activa en la corte. De las tres partes claramente diferenciadas en su libro, en la primera destaca una gran colección de capítulos (13-23) que dedica a proferir oráculos contra naciones. Entre éstas, arremete contra las ciudades fenicias, por entonces, en el auge de su política colonial y comercial, a pesar de la sombra de la presencia asiria, cuyas consecuencias futuras el profeta parece vaticinar. Estos textos pudieron ser redactados en Judá durante el período de dominación persa, y la falta de homogeneidad formal indica que pudieron ser varios extractos pertenecientes a varias manos. Como valor teológico e ideológico, vuelve a centrarse en el Dios único y en la inquebrantable fe en Él, única fuente de salvación para Israel (Serafín de Ausejo 2004: 954-956 y 980-981).

Dijo: “no volverás ya a alegrarte, virgen deshonrada, hija de Sidón. Levántate, pasa a Quitín,
que ni aún allí tendrás reposo.

Mira el país de los caldeos: no existía como pueblo. Asiria lo fundó para las fieras. Alzaron
torres de asalto, desmantelaron sus palacios, lo hicieron escombrera.

Gemid, naves de Tarsis, que está devastado vuestro puerto.

Sucedirá en aquél día que Tiro será olvidada setenta años, como los días de un rey. Al cabo de
setenta años sucederá en Tiro como en la canción de la ramera:

“Toma la cítara, recorre la ciudad, ramera olvidada; táñela bien, redobla el canto, para que seas
recordada”.

Sucedrá, pues, que, al cabo de los setenta años, Yahveh visitará Tiro, y ella volverá a su lucro,
prostituyéndose con todos los reinos del mundo que hay sobre la superficie de la tierra.

Su ganancia y su lucro serán consagrados a Yahveh, no serán almacenados ni guardados, sino
que su tráfico será para los que moran ante Yahveh, para que coman a saciedad y se vistan
espléndidamente.

Ezequiel XXVI-XXVIII⁶¹

(XXVI): El año undécimo, el día primero del mes, Yahvé me dirigió su palabra en estos términos:

Hijo de hombre, Tiro se ha burlado de Jerusalén: “Ahí está hecha pedazos la puerta de las naciones; todo ha pasado a mí, su riqueza; está en ruinas”.

Por eso, esto dice el Señor Yahvé: *Aquí estoy contra ti, Tiro. Voy a hacer que suban contra ti numerosas naciones, como el mar hace subir sus olas.*

Derruirán las murallas de Tiro y abatirán sus torres. Yo barreré de ella hasta el polvo y la dejaré como roca pelada.

Quedará, en medio del mar, como un secadero de redes. Yo mismo lo he dicho –oráculo del Señor Yahvé–. Tiro será presa propicia para el concierto de las naciones.

Sus hijas, que están tierra adentro, serán víctimas de la espada. Y sabrán que yo soy Yahvé.

Pues esto dice el Señor Yahvé: *Voy a traer contra Tiro, por el Norte, a Nabucodonosor, rey de Babilonia, rey de reyes, con caballos, carros y jinetes, y gran número de tropas.*

A tus hijas, tierra adentro, las hará caer a espada. Te atacará con torres de asalto, levantará contra ti un terraplén, alzará contra ti un testudo, lanzará los golpes de su ariete contra tus murallas, demolerá tus torres con sus máquinas.

Sus numerosos caballos te cubrirán de polvo; el estrépito de su caballería, de sus carros y carretas, hará que trepiden tus murallas, cuando entre él por tus puertas como se entra en una ciudad en la que han abierto brecha; los cascos de sus caballos hollarán todas tus calles. Pasará a cuchillo a tu gente, y tus grandiosas estelas se desplomarán en tierra.

Se llevarán como botín tus riquezas, saquearán tus mercancías, destruirán tus murallas, demolerán tus casas suntuosas. Tus piedras, tus vigas y tus escombros los echarán al fondo de las aguas.

Yo mismo pondré fin a la armonía de tus canciones; ya no se oirá el son de tus cítaras.

Te convertiré en roca pelada, quedarás como secadero de redes; no volverás a ser reconstruida, porque yo, Yahvé, he hablado –oráculo del Señor Yahvé–.

⁶¹ El texto procede de Abrego 2011: 153-161. Ezequiel nació en el siglo VII a. C., y formó parte de la masa de deportados por Nabucodonosor en 597. Halló asiento en las orillas del Quedar, donde recibió su misión profética en 523 a. C. para con los desterrados. Todo su libro se basa en oráculos contra los reinos de su contexto histórico, a excepción del grupo de capítulos final, basado en la descripción del futuro reino y de su templo. Una serie de interrupciones del hilo argumental, duplicados y adiciones se deben a una serie de añadidos y ampliaciones sobre el libro primigenio por parte de la “escuela de Ezequiel”. Ezequiel es sacerdote y, por tanto, el templo es el núcleo de su preocupación, así como el plano moral y simbólico de las acciones y acontecimientos, dentro de la perspectiva netamente religiosa en torno al culto exclusivo hacia Yahveh como Dios único y redentor del pueblo elegido (Serafín de Ausejo 2004: 1128-1129).

Esto dice el Señor Yahvé a Tiro: *Al estruendo de tu caída, cuando giman las víctimas y hierva la carnicería dentro de ti, ¿no temblarán las islas?*

Bajarán de sus tronos todos los príncipes del mar, se quitarán sus mantos y dejarán sus vestidos recamados; se vestirán de pavor, se sentarán en tierra, temblarán sin parar y quedarán pasmados al verte.

Entonarán por ti esta elegía: ¡Cómo has quedado destruida, desaparecida de los mares, la otrora ciudad famosa! Fuiste poderosa en el mar, con tus habitantes, que infundían terror en todo el continente.

Ahora tiemblan las islas, ahora que presencian tu caída; las islas del mar están aterradas al ver en qué has acabado.

Porque esto dice el Señor Yahvé: *Cuando yo te convierta en una ciudad en ruinas como las ciudades despoblada; cuando yo empuje sobre ti el océano y te cubran sus aguas caudalosas, entonces te haré bajar a la fosa con los muertos, con la gente de antaño; te haré habitar en el mundo subterráneo (parecido a unas ruinas de antaño), con los que ya han muerto, para que no vuelvas a ser restablecida en la tierra de los vivos.*

Haré de ti un objeto de espanto, y no existirás más. Te buscarán, pero ya nunca te encontrarán—oráculo del Señor Yahvé—.

(XXVII): Yahvé me dirigió su palabra en estos términos:

Y tú, hijo de hombre, entona una elegía sobre Tiro.

Dirás a Tiro, la ciudad sentada a la entrada del mar, centro del tráfico de los pueblos hacia islas sin cuento: Esto dice el Señor Yahvé: Tiro, tú decías: “Yo soy un navío de perfecta hermosura”.

En el corazón de los mares estaban tus fronteras. Tus constructores hicieron perfecta tu hermosura.

Con cipreses de Senir construyeron todas tus planchas. Del Líbano tomaron un cedro para erigirte un mástil.

Con encinas de Basán fabricaron tus remos. El puente lo construyeron de marfil incrustado en cedro de las islas de Quitín.

Tu vela, de lino egipcio recamado, te servía de enseña. Púrpura y escarlata de las islas de Elisá formaban tu toldo.

Los habitantes de Sidón y de Arvad eran tus remeros. Tus sabios, que iban a bordo, servían como timoneles.

Llevabas a los ancianos de Guebal, cuyos expertos reparaban tus averías. Contabas con todas las naves del mar y sus marineros, para asegurar tu comercio.

Los de Persia, Lud y Put servían en tu ejército como soldados; colgaban en ti sus escudos y yelmos, y así te daban esplendor.

Los hijos de Arvad, con tu ejército, guarnecían por todas partes tus murallas, y los gamadeos tus torres. Colgaban sus escudos en torno a tus murallas y hacían perfecta tu hermosura. Tarsis era cliente tuya, debido a la abundancia de tus riquezas; a cambio te daba plata, hierro, estaño y plomo.

También Yaván, Túbal y Mésec traficaban contigo, y te daban a cambio hombres y utensilios de bronce.

Los de Bet Togarmá daban por tus mercancías caballos de tiro y de silla, y mulos.

Los hijos de Rodán traficaban también contigo; numerosas islas eran clientes tuyos, que te pagaban con colmillos de marfil y madera de ébano.

La abundancia de tus productos atraía asimismo a Edom, que, a cambio de tus mercancías, te daba malaquita, púrpura, recamados, batista, coral y rubíes.

Judá y la tierra de Israel traficaban también contigo: te daban a cambio trigo de Minit, pannag, miel, aceite y resina.

La abundancia de tus productos atraía igualmente a Damasco; debido a la abundancia de tus riquezas, te proveía de vino de Jelbón y lana de Sajar.

Dan y Yaván, desde Uzal, daban por tus mercancías hierro forjado, canela y caña.

Dedán traficaba contigo en sillas de montar.

Arabia y todos los príncipes de Quedar eran también tus clientes: pagaban con corderos, carneros y machos cabríos.

Los mercaderes de Sabá y de Ramá traficaban también contigo; a cambio de tus mercancías te daban aromas de primera calidad y toda clase de piedras preciosas y oro.

Jarán, Cané y Edén, los mercaderes de Sabá, de Asiria y de Quilmad traficaban contigo; traían a tu mercado vestidos de lujo, mantos de púrpura y brocado, tapices multicolores y maromas trenzadas.

Las naves de Tarsis formaban tu flota comercial.

Pero estabas repleta y pesada en el corazón de los mares.

A alta mar te condujeron los que a remo te llevaban. El viento de oriente te ha quebrado en el corazón de los mares.

Tus riquezas, mercancías y fletes, tus marineros y timoneles, tus calafates y agentes comerciales, todos los guerreros que llevas, toda la tripulación que transportas, se hundirán en el corazón de los mares el día en que naufragues.

Al oír los gritos de tus marinos, se asustarán las costas; entonces desembarcarán de sus naves todos los remeros; los marineros, todos los hombres de mar, se quedarán en tierra.

Lanzarán gritos por ti, gemirán amargamente; se echarán polvo en la cabeza, se revolcarán en la ceniza;

se raparán el pelo por tu causa, se ceñirán de sayal. Llorarán por ti repletos de amargura; su

lamento será amargo.

Entonarán por ti, en su duelo, una elegía; se lamentarán así por ti: «¿Quién era semejante a

Tiro en medio del mar?

Cuando tus mercancías se desembarcaban, saciabas a muchos pueblos; con la abundancia de tus riquezas y productos enriquecías a los reyes de la tierra.

Mas ahora estás ahí, quebrada por las olas, en las profundidades del mar. Tu carga y toda tu tripulación se han hundido contigo.

Todos los habitantes de las islas están pasmados por tu causa. Sus reyes están estremecidos de terror; tienen el rostro descompuesto.

Los mercaderes de los pueblos silban asombrados por ti, porque te has convertido en objeto de espanto, y has desaparecido para siempre.

(XXVIII): Yahvé me dirigió su palabra en estos términos:

Hijo de hombre, di al príncipe de Tiro: Esto dice el Señor Yahvé: Tu corazón se ha engrdeído y has dicho: “Soy un dios, sentado en un trono divino, instalado en el corazón del mar”. Tú que eres un hombre y no un dios, equiparas tu mente a la de Dios.

¡Claro, eres más sabio que Danel; ningún sabio se te puede comparar!

Con tu sabiduría y tu inteligencia te amasaste una fortuna; amontonaste tesoros de oro y plata.

Tu gran sabiduría y tu comercio multiplicaron tu fortuna, y tu fortuna fue la causa del engrimiento de tu corazón.

Por eso, esto dice el Señor Yahvé: Por haber equiparado tu mente a la mente de Dios, he decidido traer extranjeros contra ti, los más bárbaros entre las naciones. Desenvainarán la espada contra tu linda sabiduría, y profanarán tu esplendor;

te precipitarán en la fosa, y morirás de muerte violenta en el corazón de los mares.

¿Podrás decir “Soy un dios” estando ante tus verdugos? ¡Sólo serás un hombre, no un dios, en manos de los que te traspasen!

Morirás como los incircuncisos, a manos de gente extranjera. Yo soy quien ha hablado – oráculo del Señor Yahvé– ».

Yahvé me dirigió su palabra en estos términos:

Hijo de hombre, entona una elegía sobre el rey de Tiro. Le dirás: Esto dice el Señor Yahvé:

Eras el sello de una obra maestra, colmado de sabiduría, de consumada belleza.

Morabas en Edén, en el jardín de Dios. Toda suerte de piedras preciosas engalanaba tu manto: rubí, topacio, diamante, crisólito, piedra de ónice, jaspe, zafiro, malaquita, esmeralda; en oro estaban labrados los aretes y pinjantes que llevabas, preparados desde el día de tu creación.

Hice de ti un querubín protector, centelleante; estabas en el monte santo de Dios, caminabas entre piedras de fuego.

Tu conducta fue perfecta desde el día de tu creación, hasta el día en que se halló en ti

iniquidad.

Por la amplitud de tu comercio te llenaste de violencia, y pecaste. Y yo te degradé del monte de Dios; te eliminé, querubín protector, de en medio de las piedras de fuego.

Tu belleza te hizo altanero, corrompiste tu sabiduría por causa de tu esplendor. Y yo te precipité por tierra, convertido en espectáculo de reyes.

Por tantas y tantas culpas, por la inmoralidad de tu comercio, profanaste tus santuarios. Y yo he sacado de ti mismo el fuego que te ha devorado; te he reducido a ceniza sobre la tierra, a los ojos de cuantos te miraban.

Todos los pueblos que te conocían quedaron pasmados por ti. Eres un objeto de espanto; has desaparecido para siempre.

Yahvé me dirigió su palabra en estos términos:

Hijo de hombre, vuelve tu rostro hacia Sidón y profetiza contra ella.

Dirás: Esto dice el Señor Yahvé: Aquí estoy contra ti, Sidón; en medio de ti seré glorificado.

Sabrán que yo soy Yahvé, cuando yo haga justicia de ella y manifieste en ella mi santidad.

Mandaré contra ella la peste, habrá sangre en sus calles; caerán víctimas en medio de ella, pues será cercada por la espada. Y sabrán que yo soy Yahvé.

Ya no padecerá la casa de Israel pinchazos de espina ni heridas de zarza, de todos sus vecinos que la desprecian. Y sabrán que yo soy el Señor Yahvé.

Esto dice el Señor Yahvé: Cuando yo reúna a la casa de Israel de en medio de los pueblos donde está dispersa, manifestaré en ellos mi santidad a la vista de las naciones. Habitarán en la tierra que yo di a mi siervo Jacob;

habitarán allí con seguridad, construirán casas y plantarán viñas. Vivirán seguros cuando yo haga justicia de todos sus vecinos que los desprecian. Y sabrán que yo soy Yahvé su Dios.

Odisea IV 611-619; XIV 287-300 y XV 415-429⁶²

Hijo querido, eres de sangre noble, según hablas. Te cambiaré el regalo, pues puedo. Y de cuantos objetos hay en mi palacio que se pueden conservar, te daré el más hermoso y el de más precio. Te daré una cratera bien trabajada, de plata toda ella y con los bordes pulidos en oro. Es obra de Hefesto; me la dio el héroe Fedimo, rey de los sidonios, cuando me alojé en su casa al regresar. Esto es lo que quiero regalarte.

(IV 611-619).

Allí me quedé siete años y conseguí reunir mucha riqueza entre los egipcios, pues todos me regalaban. Pero cuando se acercó el octavo año cumpliendo su ciclo llegó un hombre fenicio conocedor de mentiras, un laña que ya había causado perjuicios a muchos hombre. Éste me convenció para marchar a Fenicia, donde tenía su casa y posesiones. Allí permanecí durante un año completo junto a él, pero cuando pasaron meses y días en el ciclo del año y pasaron las estaciones me envió a Libia en una nave surcadora del ponto, tramando falacias para que llevara con él una mercancía, pero en realidad con intención de venderme y cobrar inmensa fortuna. La seguía en la nave a la fuerza, pues ya barruntaba yo algo. Ésta corría impulsada por un Bóreas fresco, agradable, a la altura del centro de Creta. Y Zeus nos preparaba la perdición.

(XIV 287-300).

Conque un día llegaron allí unos fenicios, célebres por sus naves, unos lañas, llevando en su negra nave muchas maravillas. Mi padre tenía en palacio una mujer fenicia, hermosa y grande, conocedora de labores brillantes. Entonces los muy taimados fenicios la sedujeron. Cuando estaba lavando, un fenicio se unió con ella en amor y lecho junto a la cóncava nave, cosa que trastorna la mente de las hembras, incluso de la que es laboriosa. Luego le preguntó quién era y de dónde procedía, y ella le habló enseguida del palacio de elevado techo de su padre: “Me precio de ser de Sidón, abundante en bronce, y soy hija del poderoso y rico Arybante, pero me raptaron unos piratas de Tafos cuando volvía del campo y me trajeron a casa de este hombre para venderme, y él pagó un precio digno de mí”.

(XV 415-429).

⁶² Homero 2013: 108-109; 253-254; 271-272

Ilíada XXIII 740-749⁶³

El Pelida al momento propuso otros premios de velocidad: una argétea cratera labrada, que tenía seis medidas de capacidad y en belleza superaba a todas las de la tierra en mucho: los industriosos sidones la habían elaborado y los fenicios la habían transportado por el brumoso ponto, y exhibido en los puertos y dado como regalo a Toante. En pago por Licaón, hijo de Príamo, se la había entregado al héroe Patroclo el Jasónida Euneo. Aquiles la fijó como premio en los juegos en honor de su compañero para el más rápido y raudo en la carrera pedestre.

⁶³ Canto XXXIII de la *Ilíada*, sobre los funerales de Patroclo (Homero 2001: 476).

Tucídides I 13, 6, VI 2, 6 y VI 3⁶⁴

Mucho después los jonios poseyeron una flota, en época de Ciro el primer rey de los persas, y de su hijo Cambises, y por algún tiempo lucharon con Ciro y ejercieron el control del mar que baña su región. Y Polícrates, que fue tirano en Samos en tiempos de Cambises, gracias al poder de su flota sometió a vasallaje a otras islas, tomó la isla de Renea y la ofrendó a Apolo Delio. Por su parte, los foceos fundaron Marsella y derrotaron en una batalla naval a los cartagineses.

(I 13, 6)

También los fenicios tenían asentamientos en todo el contorno de Sicilia, ya que se habían adueñado de los promontorios que dominan el mar, así como de las pequeñas islas vecinas de la costa, con vistas a sus intercambios comerciales con los sículos. Sin embargo, cuando los griegos comenzaron a arribar por mar en gran número, abandonaron aquéllos la mayor parte de sus posesiones y se limitaron a habitar, en las cercanías de los élimos, Motia, Solunte y Panormo. Y ello tanto porque confiaban en la alianza de los élimos, como porque desde allí es más corta la travesía desde Cartago a Sicilia. Así pues, éstos son los bárbaros que habitaron Sicilia y ésta la forma en que lo hicieron.

(VI 2, 6).

De entre los griegos, fueron los calcídeos los primeros que haciéndose a la mar desde Eubea con el fundador Tucles fundaron Naxos y erigieron un altar en honor de Apolo Arquegeta, altar que en la actualidad se encuentra fuera de la ciudad y sobre el cual, cuando van a salir teoros de Sicilia, ofrecen previamente sacrificios.

Al año siguiente, Arquias, uno de los heraclidas de Corinto, fundó Siracusa, tras haber expulsado antes a los sículos del islote (hoy en día ya no está rodeado totalmente por las aguas del mar) en el que se encuentra la parte interior de la ciudad. En efecto, en una época posterior la parte de fuera quedó unida a ella mediante una fortificación, formándose así un conjunto muy populoso.

Cuatro años después de la fundación de Siracusa, Tucles y los calcídeos partieron de Naxos, y después de desalojar por las armas a los sículos, fundaron Leontinos, y a continuación Catania.

Mas los catanenses, por su parte, hicieron nombrar fundador a Evarco.

(VI 3).

⁶⁴ Tucídides 1989: 44 y 461

Heródoto I 163, IV 152, 1-5⁶⁵ y V 58-61⁶⁶

Los tales foceos fueron los primeros helenos que se dedicaron a largas navegaciones; y el Adriático y Tirrenia e Iberia y Tartesos, son éstos los lugares que las dieron a conocer. Navegaban no con naves de transporte, sino con penteconteros. Llegados a Tartesos se hicieron amigos del rey de los tartesios, cuyo nombre era Argantonio: reinó sobre Tartesos durante ochenta años y vivió en total ciento veinte. Pues bien, de este hombre se hicieron ciertamente tan amigos los focenses que, en primer lugar, a ellos, abandonando Jonia, les animó a asentarse en la parte que quisiesen de su país; y luego -ya que lo anterior no convencía a los focenses- y después de enterarse por ellos de que el medo estaba en auge, les entregó riquezas para que una muralla rodeara su ciudad; y se las dio espléndidamente, pues, en efecto, el perímetro de la muralla no pocos estadios son y todo él de grandes piedras y bien ensambladas. La muralla, pues, de los focenses de tal modo fue construida (...).

(I 163).

Pero, al estar éstos ausentes más tiempo del convenido, a Corobio le faltó todo. Después, una nave samia, cuyo patrón era Coleo, que navegaba en dirección a Egipto, fue desviada hasta la tal Platea. Y tras informarse los samios por boca de Corobio de toda la historia, le dejaron alimentos para un año y ellos, habiendo partido de la isla y estando ansiosos de Egipto, navegaban siendo arrastrados por el viento, tras atravesar las columnas de Heracles, llegaron a Tartesos, gozando de la protección divina. Este centro comercial estaba virgen en aquel tiempo, de modo que al volver ellos de regreso, de sus mercancías, hicieron las mayores ganancias de entre todos los helenos cuya historia exacta conocemos, después, por supuesto, del egipeta Sótrato, hijo de Laodamante, pues no es posible que otro rivalice con él. Los samios, apartando el décimo de sus ganancias -seis talentos-, hicieron una vasija de bronce a modo de una cratera argólica; alrededor de ella hay cabezas de grifos dispuestas en fila. Y la dedicaron en el Hereo, habiendo puesto debajo de ella tres colosos de bronce de seis codos, apoyados sobre sus rodillas.

A raíz de este hecho, por los cireneos y tereos se trabaron fuertes lazos de amistad con los samios.

(IV 152, 1-5).

Y por cierto que, al instalarse en la región que he citado, esos fenicios que llegaron con Cadmo -entre quienes se contaban los Gefireos- introdujeron en Grecia muy diversos conocimientos, entre los que hay que destacar el alfabeto, ya que, en mi opinión, los griegos hasta entonces no

⁶⁵ Heródoto 1994: 130-131 y 426-427

⁶⁶ Heródoto 1981: 105-110.

disponían de él. En un principio se trató del alfabeto que siguen utilizando todos los fenicios; pero, posteriormente, con el paso del tiempo, a la vez que introducían modificaciones en el sonido de las letras, lo hicieron también en su grafía. Por aquellas fechas, en la mayoría de las regiones, sus vecinos eran griegos de raza jonia, que fueron quienes adoptaron las letras del alfabeto, que los fenicios les habían enseñado, y las emplearon introduciendo en ellas ligeros cambios; y, al hacer uso de ellas, convinieron en darles -como, por otra parte, era de justicia, ya que habían sido fenicias quienes las habían introducido en Grecia- el nombre de “caracteres fenicios”. Semejantemente, los jonios, desde tiempos remotos, denominaban “pieles” a los rollos de papiro, dado que antaño, ante lo raro que eran los rollos de papiro, utilizaban pieles de cabra y de ovejas. Y, todavía en mis días hay muchos bárbaros que, para escribir, siguen empleando este tipo de pieles.

Precisamente, en el santuario de Apolo Ismenio, en Tebas de Beocia, he visto con mis propios ojos, grabados sobre tres trípodas, caracteres “cadmeos”, la mayoría de los cuales son similares a los caracteres jónicos. Uno de los trípodas tiene la siguiente inscripción:

Anfitrión me consagró de entre el botín que a los Teléboas tomara.

Este hecho, en cuanto a su datación, podría situarse en época de Layo, hijo de Lábdaco, nieto de Polidoro y bisnieto de Cadmo.

Un segundo trípode dice en versos hexámetros:

El pugilista Esceo, tras su victoria, me consagró -ofrenda primorosa- para honrarte, diestro arquero Apolo.

Esceo podría tratarse del hijo de Hipocoonte (si es que realmente fue ese sujeto el oferente, y no otra persona que tuviera el mismo nombre que el hijo de Hipocoonte), que vivió en época de Edipo, hijo de Layo.

El tercer trípode dice, también en hexámetros:

Laodamante en persona, en tiempos de su reinado consagró un trípode -ofrenda primorosa- para honrarte a ti, Apolo, dios de certero tino.

Justamente durante el reinado del tal Laodamante, hijo de Eteocles, los cadmeos se dirigieron al país de los enqueleos. Por su parte los Gefireos se quedaron donde estaban, pero, posteriormente, fueron obligados por los beocios a retirarse a dirección a Atenas (en Atenas, precisamente, tienen erigidos unos santuarios, de cuyo culto están rigurosamente excluidos los demás atenienses; entre otros templos, cuyas ceremonias difieren de las de los demás recintos sagrados, cuentan, en concreto, con un santuario y unos misterios consagrados a Deméter *Acaya*).

(V 58-61)

Veleyo Patérculo I 2. 1-3 y Estrabón III 1. 6 y 5. 5.⁶⁷

Así pues, más o menos en el año octogésimo tras la captura de Troya, y en el centésimo vigésimo tras la subida de Heracles a los dioses, la progenie de Pélope que una vez expulsados los heraclidas se había hecho dueña del Peloponeso, fue a su vez expulsada por la progenie de Heracles. Los jefes designados para recuperar el poder fueron Temeno, Cresfonte y Aristodemo, de los que aquél fue el bisabuelo. Más o menos por la misma época, en Atenas dejaron de estar bajo los reyes, de los cuales el último fue Codro, hijo de Melanto, varón cuya historia no puede dejar de contarse (...) Su hijo Medonte fue el primer arconte de Atenas; a partir de él los que vinieron después fueron llamados medóntidas por los atenienses: éste y los arcontes que le siguieron hasta Carope, ocupaban ese cargo mientras vivieran. Los peloponesios, al retirarse de los confines áticos, fundaron Mégara, situada entre medias de Corinto y Atenas. En ese periodo, una flota tiria, sumamente poderosa en el mar, fundó Gades en el último tramo de Hispania, en el confín último de nuestro mundo, en una isla rodeada por el Océano, separada del continente por un estrecho paso.

(Veleyo Patérculo I 2. 1-3)

(...) turdetanos (...) son los tenidos por más cultos de entre los íberos, puesto que no sólo utilizan escritura, sino que de sus antiguos recuerdos tienen también crónicas históricas, poemas y leyes versificadas de seis mil años, según dicen. También los otros pueblos íberos utilizan escritura, cuyos caracteres no son uniformes, como tampoco es una la lengua.

(Estrabón III 1. 6)

Entre los relatos de esta clase acerca de la fundación de Gades, los gaditanos recuerdan un oráculo que según dicen les aconteció a los tirios, y les ordenaba que enviasen una colonia hacia las Columnas de Heracles. Cuando los que fueron enviados para el reconocimiento llegaron al estrecho de Calpe, consideraron que los cabos que conformaban el estrecho eran los límites de la tierra habitada y de la expedición de Heracles, y que éstos eran también las columnas que había mencionado el oráculo; se detuvieron en un lugar más acá de los estrechos donde en la actualidad se encuentra la ciudad de los exitanos, y realizaron allí un sacrificio, y como las víctimas no les resultaron favorables, regresaron de nuevo. Tiempo después, los enviados avanzaron más allá del estrecho, en torno a los mil quinientos estadios hacia una isla consagrada a Heracles, situada junto a la ciudad de Onuba en Iberia, consideraron que las columnas se hallaban allí e hicieron un sacrificio al dios; pero como de nuevo las víctimas no resultaron

⁶⁷ Veleyo Patérculo y Estrabón III 5. 5., en Domínguez Monedero 2012: 157-158 y 167-168. Estrabón III 1. 6., en Mederos Martín y Ruiz Cabrero 2001: 98.

favorables, regresaron a casa. Y los que llegaron con la tercera expedición fundaron Gades y erigieron el santuario en la parte oriental de la isla y la ciudad en la occidental.

(Estrabón III 5. 5.)

BIBLIOGRAFÍA

- ABREGO, J. M. (2011): *Ezequiel. Comentarios a la nueva Biblia de Jerusalén*. Bilbao: Desclée de Brouwer.
- ALBANESE PROCELLI, R. M. (2008): “La Sicilia tra Oriente e Occidente: interrelazioni mediterranee durante la Protostoria recente” en S. Celestino, N. Rafel y X.-L. Armada (eds.), pp. 403-415.
- ALMAGRO GORBEA, M.; DOMÍNGUEZ DE LA CONCHA, A. (1989): “El palacio de Cancho Roano y sus paralelos arquitectónicos y funcionales” en *Zephyrus* 41, pp. 339-382.
- ALMAGRO GORBEA, M.; TORRES ORTIZ, M.; GÓMEZ RINCÓN, A.; HERNÁNDEZ VIVANCO, S. (2011): “El personal del palacio tartésico de Cancho Roano (Badajoz, España)” en *Zephyrus* 68, pp. 163-190.
- ÁLVAREZ MARTÍ-AGUILAR, M. (2005): *Tarteso. La construcción de un mito en la historiografía española*. Málaga: Centro de Ediciones de la Diputación de Málaga.
- ÁLVAREZ MARTÍ-AGUILAR, M. (2011): “Tartesos: mito y realidad” en *Uciencia: revista de divulgación científica de la Universidad de Málaga* 8, pp. 42-45.
- AMADASI GUZZO, M. G. (1990): *Iscrizioni fenicie e puniche in Italia*. Roma: Libreria dello stato. Istituto poligrafico e zecca dello stato.
- ANTONACCIO, C. (1998): “The Archaeology of Ancestors” en C. Dougherty y L. Kurke (eds.), pp. 46-72.
- AUBET SEMMLER, M. E. (1977-1978): “Algunas cuestiones sobre el período orientalizante tartésico” en *Pyrenae* 13-14, pp. 81-107.
- AUBET SEMMLER, M. E. (2009a): *Tiro y las colonias fenicias de Occidente*. Barcelona: Bellaterra Arqueología.
- AUBET SEMMLER, M. E. (2009b): “Una sepultura de incineración del túmulo E de Setefilla” en *Spal* 18, pp. 85-92.

- AZUAR, R.; ROUILLARD, P.; GAILLEDROT, E.; MORET, P.; SALASELLES, F.;
 BADIE, A. (1998): “El asentamiento orientalizante e ibérico antiguo de “la Rábida”, Guardamar del Segura, (Alicante). Avance de las excavaciones 1996-1998” en *Trabajos de Prehistoria* 55 (2), pp. 111-126.
- BAINES, J. (1996): “On the aims and methods of Black Athena” en M. Lefkowitz y G. Maclean Rogers (eds.), pp. 27-48.
- BALLESTER, X.; BELTRÁN LLORIS, F.; FERNÁNDEZ NIETO, F. J.; JORDÁN CÓLERA, C.; SILES, J. (eds.) (2013): *Acta Palaeohispanica XI. Actas del XI coloquio internacional de lenguas y cultura prerromanas de la península ibérica. Valencia, 24-27 de octubre de 2012*. Zaragoza: Institución “Fernando el Católico” y Acadèmia valenciana de la llengua.
- BARANDIARÁN, I. (2012): “El Paleolítico y el Mesolítico” en VV. AA.: *Prehistoria de la Península Ibérica*. Barcelona: Ariel Historia, pp. 17-154.
- BATE, L. F. (1998): *El proceso de investigación en Arqueología*. Barcelona: Crítica.
- BELÉN, M. y ESCACENA, J. L. (1993): “Influencia fenicia en la arquitectura antigua de Niebla (Huelva)” en *Trabajos de Prehistoria* 50, pp. 139-158.
- BELTRÁN LLORIS, F.; JORDÁN CÓLERA, C.; VELAZA FRÍAS, J. (eds.) (2005): *Acta Palaeohispanica IX: actas del IX coloquio sobre lenguas y culturas paleohispánicas. Barcelona, 20-24 de octubre de 2004*. Zaragoza: Institución “Fernando el Católico” (CSIC), Excma. Diputación de Zaragoza y Universitat de Barcelona.
- BELTRÁN LLORIS, F.; JORDÁN CÓLERA, C. (dirs.) (2016): *Palaeohispanica 16: revista sobre lenguas y culturas de la Hispania antigua*. Zaragoza: Institución “Fernando el Católico” (CSIC) y Excma. Diputación de Zaragoza.
- BERNAL, M. (1996) [Orig. 1991]: *Black Athena. The afroasiatic roots of classical civilization II: The archaeological and documentary evidence*. New Brunswick: Rutgers University Press.
- BERNAL, M. (2001): *Black Athena Writes Back. Martin Bernal responds to his critics*. Durham y Londres: Duke University Press.

- BERNARDINI, P. (2008): “Dinamiche della Precolonizzazione in Sardegna” en S. Celestino, N. Rafel y X.-L. Armada (eds.), pp. 161-181.
- BIERLING, M. R. (ed.) (2001): *The Phoenicians in Spain. An archaeological review of the eighth-sixth centuries B. C. E.: A collection of articles translated from Spanish*. Winona Lake: Eisenbrauns.
- BOTTO, M. (2007): “I rapporti fra la Sardegna e le coste medio-tirreniche della penisola italiana: la prima metà del I milenio a. C.” en G. M. Della Fina (ed.), pp. 75-136.
- BOTTO, M. (2008): “I primi contatti fra i fenici e la popolazione dell’Italia peninsulare” en S. Celestino, N. Rafel y X.-L. Armada (eds), pp. 123-148.
- CALVET, L.-J. (2007): *Historia de la escritura. De Mesopotamia hasta nuestros días*. Barcelona: Paidós Ibérica.
- CAMPOREALE, G. (2007): “Vetulonia tra Mediterraneo e Baltico nel corso dell’VIII secolo a. C.” en G. M. Della Fina (ed.), pp. 33-73.
- CANSECO VINCOURT, J. (2008). *Mesopotamia*. México D. F: Editorial Miguel Ángel Porrúa.
- CANO GARCÍA, J. A. (ed.) (2011): *Almería, un museo a cielo abierto. La importancia de nuestra provincia en la historia de la Arqueología*. Almería: Instituto de Estudios Almerienses.
- CASTRO MARTÍNEZ, P.; LULL, V.; MICÓ, R. (1996): *Cronología de la Prehistoria Reciente de la Península Ibérica y Baleares (c. 2800-900 cal ANE)*. Oxford: BAR International Series.
- CELESTINO PÉREZ, S. (2001): *Estelas de guerrero y estelas diademadas. La precolonización y formación del mundo tartésico*. Barcelona: Bellaterra Arqueología.
- CELESTINO PÉREZ, S.; JIMÉNEZ ÁVILA, J. (eds.) (2005): *El periodo orientalizante. Actas del III simposio Internacional de Arqueología de Mérida: Protohistoria del Mediterráneo occidental*, vol. 1. Mérida: CSIC, Instituto de Arqueología de Mérida y AEspA.

- CELESTINO PÉREZ, S.; RAFEL, N.; ARMADA, X.-L. (eds.) (2008): *Contacto cultural entre el Mediterráneo y el Atlántico (siglos XII-VIII a.n.e.). La precolonización a debate*. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas y Escuela Española de Historia y Arqueología de Roma.
- CLINE, E. H. (ed.) (2010): *The Oxford Handbook of the Bronze Age Aegean*. Oxford: Oxford University Press.
- CRUZ ANDREOTTI, G. (1987): “Un acercamiento historiográfico al Tartessos de Schulten” en *Baetica. Estudios de Arte, Geografía e Historia* 10, pp. 227-240.
- COLDSTREAM, N. (1993): “Mixed marriages at the frontiers of the Early Greek World” en *Oxford Journal of Archaeology* 12 (1), pp. 89-107.
- CORDANO, F. (2007): “Inscrizioni greche arcaiche in Etruria: il caso delle anfore” en G. M. della Fina (ed), pp. 25-32
- Corpus Inscriptionum Semiticarum*, pars prima, tomus II (1890). París: Academia Inscriptionum et litterarum humaniorum cunditum atque digestum.
- CORTÉS COPETE, J. M. (ed.) (1999): *Epigrafía griega*. Madrid: Cátedra.
- CORTÉS COPETE, J. M. (1999): “3. Alfabetos epicóricos” en J. M. Cortés Copete (ed.), pp. 51-83.
- COSTA CAMARÉ, M. A. (2013): “Las estelas del Suroeste en el Valle del Guadalquivir y Sierra Morena: distribución espacial y nuevas perspectivas de investigación” en *Trabajos de Prehistoria* 70 (1), pp. 76-94.
- CUNCHILLOS, J. L y ZAMORA, J. A. (1997): *Gramática fenicia elemental*. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas.
- DELLA FINA, G. M. (ed.) (2007): *Etruschi, greci, fenici e cartaginesi nel Mediterraneo centrale: Atti del XIV convegno internazionale di studi sulla storia e l'Archeologia dell'Etruria*. Roma y Orvieto: Fondazione per il Museo "Claudio Faina" y Edizioni Quasar.
- DICKINSON, O. (2010): *El Egeo. De la Edad del Bronce a la Edad del Hierro*. Barcelona: Bellaterra Arqueología.

- DOMÍNGUEZ MONEDERO, A. J. (2001) [Orig. 1993]: *La Polis y la expansión colonial griega. Siglos VIII-VI*. Madrid: Editorial Síntesis.
- DOMÍNGUEZ MONEDERO, A. J. (2006): “Fundación de ciudades en Grecia: colonización arcaica y helenismo” en M. J. Iglesias Ponce del León, R. Valencia Rivera y A. Ciudad Ruiz (eds.), pp. 311-330.
- DOMÍNGUEZ MONEDERO, A. J. (2007): “Tarteso” en E. Sánchez Moreno (coord.), pp. 227-315.
- DOMÍNGUEZ MONEDERO, A. J. (2012): “Gadir” en C. Fornis (coord.), pp. 153-197.
- DONNER, H. y RÖLLIG, W. (2002): *Kanaanäische und aramäische Inschriften*. Wiesbaden: Harrassowitz Verlag.
- DOUGHERTY, C. (1998): “It’s murder to found a colony” en C. Dougherty y L. Kurke (eds.), pp. 178-200.
- DOUGHTERY, C.; KURKE, L. (eds.) (1998) [Orig. 1993]: *Cultural poetics in Archaic Greece: cult, performance, politics*. New York: Oxford University Press.
- ELVIRA, M. A. (1994): *El enigma etrusco*. Madrid: Historia 16.
- ERNOUT, A. (1964): “Sur la langue étrusque” en *Revue de Philologie, de Littérature et d’Histoire Anciennes* 38, pp. 12-23.
- FANTAR, M. H. (1993): *Carthage, approche d’une civilisation* (vol. II). Tunis: Les Éditions de la Méditerranée.
- FELIU, L (2016): *La escritura cuneiforme*. Barcelona: Editorial UOC.
- FERRER I JANÉ, J. (2016): “Una aproximació quantitativa a l’anàlisi de l’escriptura del sud-oest” en F. Beltrán Lloris y C. Jordán Cólera (dirs.), pp. 39-79.
- FERNÁNDEZ FLORES, A.; RODRÍGUEZ AZOGUE, A. (2005): “El complejo cultural del Carambolo Alto, Camas (Sevilla). Un santuario orientalizante en la paleodesembocadura del Guadalquivir” en *Trabajos de Prehistoria* 62 (1), pp. 111-138.
- FERNÁNDEZ FLORES, A.; RODRÍGUEZ AZOGUE, A. (2007): *Tartessos desvelado. La colonización fenicia del suroeste peninsular y el origen y ocaso de Tartessos*. Córdoba: Almuzara.

- FERNÁNDEZ JURADO, J.; GARCÍA SANZ, C.; RUFETE TOMICO, P. (coords.) (2004): *Actas del III Congreso español de Antiguo Oriente Próximo. Huelva, del 30 de septiembre al 3 de octubre de 2003*. Huelva: Diputación Provincial de Huelva. Sección de Arqueología.
- FINKELSTEIN, I.; SILBERMAN, N. A. (2011): *La Biblia desenterrada: una nueva visión arqueológica del antiguo Israel y de los orígenes de sus textos sagrados*. Madrid: Siglo XXI.
- FORNIS, C. (ed.) (2012): *Mito y Arqueología en el nacimiento de ciudades legendarias de la Antigüedad*. Sevilla: Secretariado de publicaciones de la Universidad de Sevilla.
- GARCÍA ALFONSO, E. (2007): *En la orilla de Tartessos. Indígenas y fenicios en las tierras malagueñas. Siglos XI-VI a. C.* Málaga: Fundación Málaga.
- GARCÍA ALFONSO, E. (ed.) (2012): *Diez años de Arqueología fenicia en la provincia de Málaga (2001-2010)*. Sevilla: Consejería de Cultura y Deporte, Junta de Andalucía.
- GARCÍA FERNÁNDEZ, M.; DOMÍNGUEZ MONEDERO, A. J.; GONZÁLEZ DE CANALES, F.; SERRANO PICHARDO, L.; LLOMPART GÓMEZ, J. (2009): “Una inscripción griega arcaica hallada en el Cabezo de San Pedro (Huelva)” en *Spal* 18, 93-103.
- GARCÍA MENÁRGUEZ, A.; PRADOS MARTÍNEZ, F. (2014): “La presencia fenicia en la Península Ibérica: el Cabezo Pequeño del Estaño (Guardamar del Segura, Alicante)” en *Trabajos de Prehistoria* 71 (1), pp. 113-133.
- GIL ORDUÑA, E. (2016): *La Precolonización Fenicia en la Península Ibérica*. Trabajo Fin de Grado en Historia (inédito). Almería: Universidad de Almería.
- GONZÁLEZ CORDERO, A.; ALVARADO GONZALO, M.; BLANCO FERNÁNDEZ, J. L. (1993): “Las joyas orientalizantes de Villanueva de la Vera (Cáceres)” en *Trabajos de Prehistoria* 50, pp. 249-262.
- GONZÁLEZ DE CANALES DE CERISOLA, F. (2004): *Del Occidente mítico griego a Tarsis-Tarteso. Fuentes escritas y documentación arqueológica*. Madrid: Biblioteca Nueva.

- GONZÁLEZ WAGNER, C. (1983): “Aproximación al proceso histórico de Tartessos” en *Archivo Español de Arqueología* 56, pp. 3-35.
- HARRISON, R. J. (1989): *España en los albores de la historia*. Madrid: Nerea.
- HAVELOCK, E. A. (1996) [Orig. 1986]: *La musa aprende a escribir. Reflexiones sobre la oralidad y escritura desde la Antigüedad hasta el presente*. Barcelona: Paidós Ibérica.
- HERÓDOTO (1981) [trad. C. Schrader]: *Historia V-VI*. Madrid: Editorial Gredos.
- HERÓDOTO (1994) [ed. De A. González Caballo]: *Historias I-IV*. Madrid: Akal.
- HIRSCHFELD, N. (2010): “Cypro-minoan” en E. H. Cline (ed.), pp. 373-384.
- HOMERO (2001) [trad. E. Crespo Güemes]: *Ilíada*. Madrid: Editorial Gredos.
- HOMERO (2010) [trad. O. Martínez García]: *Ilíada*. Madrid: Alianza Editorial.
- HOMERO (2013) [trad. J. L. Calvo]: *Odisea*. Madrid: Cátedra.
- HOZ BRAVO, J. (2005): “La recepción de la escritura en Hispania como fenómeno orientalizante” en S. Celestino Pérez y J. Jiménez Ávila (eds.), pp. 363-381.
- HOZ BRAVO, J. (2010): *Historia lingüística de la Península Ibérica en la Antigüedad I: Preliminares y mundo meridional prerromano*. Madrid: CSIC.
- IGLESIAS PONCE DEL LEÓN, M. J.; VALENCIA RIVERA, R.; CIUDAD RUIZ, A. (eds.) (2006): *Nuevas ciudades, nuevas patrias. Fundación y relocalización de ciudades en Mesoamérica y el Mediterráneo Antiguo*. Madrid: Sociedad Española de Estudios Mayas.
- JASANOF, J. H.; NUSSBAUM, A. (1996): “Word games. The linguistic evidence in Black Athena” en M. Lefkowitz y G. Maclean Rogers (eds.), pp. 177-205.
- JEFFERY, L. H. (1963): *The local scripts of archaic Greece. A study of the origin of the greek alphabet and its development from the eighth to the fifth centuries B. C.* Oxford: Clarendon Press.
- JIMÉNEZ ÁVILA, L. (2005): “Cancho Roano: el proceso de privatización de un espacio ideológico” en *Trabajos de Prehistoria* 62 (2), pp. 105-124.

- KARAGEORGHIS, V. (2004): *Chipre. Encrucijada del Mediterráneo oriental 1600-500 a. C.* Barcelona: Bellaterra Arqueología.
- KIRCHHOFF, A. (1877): *Studien zur Geschichte des griechischen Alphabets.* Berlin: Ferd. Dümmler's Verlagsbuchhandlung.
- KOCH, J. T. (2013): "La fórmula epigráfica tartesia a la luz de los descubrimientos de la necrópolis de Medellín" en X. Ballester, F. Beltrán Lloris, F. J. Fernández Nieto, C. Jordán Cólera y J. Siles (eds.), pp. 347-357.
- LEFKOWITZ, M. (1997): *Not out of Africa. How Afrocentrism became an excuse to teach myth as History.* New York: Basic Books.
- LEFKOWITZ, M.; MACLEAN ROGERS, G. (eds.) (1996): *Black Athena Revisited.* Chapel Hill: The University of North Carolina Press.
- LO SCHIAVO, F. (2008): "La metalurgia sarda: relazioni fra Cipro, Italia e la penisola Iberica. Un modelo interpretativo" en S. Celestino, N. Rafel y X.-L. Armada (eds.), pp. 417-436.
- LÓPEZ CASTRO, J. L. (ed.) (2007): *Las ciudades fenicio-púnicas en el Mediterráneo Occidental:* Almería: Editorial Universidad de Almería y Centro de Estudios Fenicios y Púnicos.
- LÓPEZ CASTRO, J. L. (2007): "Abdera y Baria. Dos ciudades fenicias en el extremo sureste de la Península Ibérica" en J. L. López Castro (ed.), pp. 157-185.
- LÓPEZ CASTRO, J. L. (2008): "Las relaciones mediterráneas en el II milenio AC y comienzos del I en la Alta Andalucía y el problema de la 'precolonización' fenicia" en S. Celestino, N. Rafel y X.-L. Armada (eds.), pp. 273-288.
- LÓPEZ CASTRO, J. L.; FERJAOU, A.; MEDEROS MARTÍN, A.; MARTÍNEZ HAHNMÜLLER, V.; JERBANIA, I. B. (2016): "La colonización fenicia inicial en el Mediterráneo Central: nuevas excavaciones arqueológicas en Utica (Túnez)" en *Trabajos de Prehistoria* 73 (1), pp. 68-89.
- LÓPEZ MONTERO, R. (2010): "La afinidad anatólica de la lengua etrusca: trayectoria de una hipótesis" en *Diálogo de la Lengua* 2, pp. 66-74.
- LORRIO ALVARADO, A. (2011): "Las sepulturas almerienses del Bronce Final excavadas por Luis Siret", en J. A. Cano García (ed.), pp. 37-76.

- LORRIO ALVARADO, A.; MONTERO RUIZ, I. (2004): “Reutilización de sepulcros colectivos en el Sureste de la Península Ibérica: la colección Siret” en *Trabajos de Prehistoria* 61 (1), pp. 99-116.
- MALDONADO LÓPEZ, G. (2013): *Las ciudades fenicio púnicas en el norte de África. Datos para su información y comunicación*. Trabajo Fin de Máster en Comunicación Social (inédito). Almería: Universidad de Almería.
- MANCEBO, J.; DE LA BANDERA, M., L.; GARCÍA, J. M. (1992): “La cerámica gris a torno del yacimiento orientalizante de Montemolín (Sevilla)” en *Trabajos de Prehistoria* 49, pp. 277-293.
- MARÍN AGUILERA, B. (2012): “Del colonialismo y otros demonios: fenicios en el sur peninsular entre los siglos VIII y VII/VI a. C.” en *Complutum* 23 (2), pp. 147-161.
- MARTÍN BAÑÓN, A. (2004): “Los antecedentes peninsulares de la arquitectura y funcionalidad de los edificios de Cancho Roano. Algunas cuestiones sobre su origen y evolución” en *Trabajos de Prehistoria* 61 (1), pp. 117-140.
- MAYA, J. L. (2012) [revisión y actualización por F. J. López Cachero]: “El Bronce final y los inicios de la Edad del Hierro”, en VV. AA.: *Prehistoria de la Península Ibérica*. Madrid: Ariel, pp. 385-490.
- MEDEROS MARTÍN, A. (2008): “Carros micénicos del Heládico final III en las estelas decoradas del Bronce final II-IIIa del suroeste de la península Ibérica” en S. Celestino, N. Rafel y X.-L. Armada (eds.), pp. 437-463
- MEDEROS MARTÍN, A. y RUIZ CABRERO, L. (2001): “Los inicios de la escritura en la Península Ibérica: grafitos en cerámicas del Bronce final III y fenicias” en *Complutum* 12, pp. 97-112.
- MORANDI, A. (1984): *Le ascendenze indoeuropee nella lingua etrusca*. Roma: Gruppo Archeologico Romano.
- MORRIS, I. (1998): “Poetics of power. The interpretation of ritual action y Archaic Greece” en C. Dougherty y L. Kurke (eds.), pp. 15-45.
- MORRIS, S. P. (1996): “The legacy of Black Athena” en M. Lefkowitz y G. M. Rogers (eds.), pp. 167-174.

- NEIL, K. (2015): “Materializing the Etruscans. The Expression and Negotiation of Identity during the Orientalizing, Archaic and Classical Periods” en B. Sinclair y A. A. Carpino (eds.), pp. 15-28.
- OBER, J. (1998): “The Athenian Revolution of 508/7 B. C. E. Violence, Authority, and the origins of democracy” en C. Dougherty y L. Kurke (eds.), pp. 215-232.
- O’CONNOR, D. (1996): “Egypt and Greece. The Bronze age evidence” en M. Lefkowitz y G. Maclean Rogers (eds.), pp.49-61.
- PALAIMA, T. G. (2010): “Linear B” en E. H. Cline (ed.), pp. 356-372.
- PAPPA, E. (2013): *Early Iron age exchange in the west: Phoenician in the Mediterranean and the Atlantic*. Ancient Near Eastern Studies, supplement 43. Leuven, Paris y Walpole, MA: Peeters.
- PITTAU, M. (1997): *La Lingua Etrusca*. Nùoro: Libreria Koinè - Sassari
- PLÁCIDO SUÁREZ, D.; ALVAR, J.; GONZÁLEZ WAGNER, C. (1993): *La formación de los estados en el Mediterráneo occidental*. Madrid: Editorial Síntesis.
- POWELL, B. B. (1991): *Homer and the origin of the greek alphabet*. Cambridge: Cambridge University Press.
- POMEROY, S.; BURNSTAIN, S.; DONLAN, W.; TOLBERT, J. (2012) [Orig. 1999]: *La Antigua Grecia. Historia política, social y cultural*. Barcelona: Crítica.
- PRADOS MARTÍNEZ, F. (2007): *Los fenicios. Del monte Líbano a las columnas de Hércules*. Madrid: Marcial Pons.
- RAFEL, N.; VIVES-FERRÁNDIZ, J.; ARMADA, X.-L.; GRAELLS, R. (2008): “La comunidad de la Edad del Bronce entre el Empordà y el Segura: espacio y tiempo de los intercambios” en S. Celestino, N. Rafel y X.-L. Armada (eds.), pp. 239-271.
- RIDGWAY, D. (1996): “Greek letters at Osteria dell’Osa” en *Opuscula Romana* 20, pp. 87-97.
- RODRÍGUEZ MUÑOZ, R. (2008): *El hábitat fenicio-púnico de Cádiz en el entorno de la bahía*. Oxford: BAR International Series.

- RODRÍGUEZ RAMOS, J. (2002): “Las inscripciones sudlucitano-tartésias. Su función, lengua y contexto socioeconómico” en *Complutum* 13, pp. 85-95.
- RUIZ-GÁLVEZ PRIEGO, M. (2008): “Writing, Counting, Self-awareness, Experiencing Distant Worlds. Identity Processes and Free-Lance Trade in the Bronze Age/Iron Age Transition”, en S. Celestino, N. Rafel y X.-L. Armada (eds.), pp. 27-40.
- RUIZ-GÁLVEZ PRIEGO, M. (2009): “¿Qué hace un micénico como tú en un sitio como este? Andalucía entre el colapso de los palacios y la presencia semita” *Trabajos de Prehistoria* 66 (2), pp. 93-118.
- RUIZ-GÁLVEZ PRIEGO, M. (2013): *Con el fenicio en los talones. Los inicios de la Edad del Hierro en la cuenca del Mediterráneo*. Barcelona: Bellaterra Arqueología.
- RUIZ MATA, D. (2001a): “Tartessos” en M. Almagro-Gorbea, O. Arteaga, m. Blech y D. Ruiz Mata: *Protohistoria en la Península Ibérica*. Barcelona: Ariel Prehistoria, pp. 45-66.
- RUIZ MATA, D. (2001b): “The ancient phoenician of the 8th and 7th centuries B. C. in the Bay of Cadiz: State of the research” en M. R. Bierling (ed.), pp. 155-198.
- RUIZ MATA, D.; GÓMEZ TOSCANO, F. (2008): “El final de la Edad del Bronce en el Suroeste ibérico y los inicios de la colonización fenicia en Occidente”, en S. Celestino, N. Rafel y X.-L. Armada (eds.), pp. 323-353.
- SÁNCHEZ MORENO, E. (coord.) (2007): *Protohistoria y Antigüedad de la Península Ibérica, vol. I: las fuentes y la Iberia colonial*. Madrid: Sílex
- SÁNCHEZ-SÁNCHEZ MORENO, V. M.; GALINDO SANJOSÉ, L.; JUZGADO NAVARRO, M.; DUMAS PEÑUELAS, M. (2012): “El asentamiento fenicio de la Rebanadilla a finales del siglo IX a. C.” en E. García Alfonso (ed.), pp. 67-86.
- SCHMITZ, P. C. (2011): *The Phoenician diaspora: epigraphic and historical studies*. Winona Lake, IN: Eisenbrauns.
- SCHULTEN, A. (2006) [Orig. 1922]: *Tartessos. Contribución a la historia más antigua de Occidente*. Sevilla: Renacimiento. Biblioteca histórica.

- SERAFÍN DE AUSEJO, P. (2004) [revisada y actualizada por M. Villanueva]: *La Biblia*. Barcelona: Herder Editorial.
- SHAPIRO, H. A. (1998): “Hipparchos and the rhapsodes” en C. Dougherty y L. Kurke (eds.), pp. 92-107.
- SHAW, I. (2014) [Orig. 2000]: “11. Egipto y el mundo exterior” en I. Shaw (ed.), pp. 410-429.
- SHAW, I. (ed.) (2014) [Orig. 2000]: *Historia del Antiguo Egipto*. Madrid: La Esfera de los Libros.
- SIGNES CORDOÑER, J. (2004): *Escritura y literatura en la Grecia arcaica*. Madrid: Akal.
- SINCLAIR, B.; CARPINO, A. A. (eds.) (2015): *A Companion to the Etruscan*. Chichester: Wiley Blackwell.
- SNODGRASS, A. M. (1990): *Arqueología de Grecia: presente y futuro de una disciplina*. Barcelona: Crítica.
- SZEGEDY-MASZAK, A. (1998): “Thucydides’s Solonian Reflections” en C. Dougherty y L. Kurke (eds.), pp. 201-214.
- TAMAYO, A. (2012): *Historia de la escritura latina e hispánica*. Gijón: Trea.
- TOMAS, H. (2010): “Cretan hieroglyphic and Linear A” en E. H. Cline (ed.), pp. 340-355.
- TORRES ORTIZ, M. (2002): *Tartessos*. Madrid: Real Academia de la Historia.
- TUCÍDIDES (1989) [trad. A. Guzmán Guerra]: *Historia de la Guerra del Peloponeso*. Madrid: Alianza Editorial.
- URÍAS MARTÍNEZ, R. (1999): “2. El alfabeto griego” en J. M. Cortés Copete (ed.), pp. 33-50.
- VALÉRIO, M. (2016): “Reflexões sobre a origem e formação da escrita paleo-hispânica do sudoeste e o seu lugar na história dos sistemas de escrita” en F. Beltrán Lloris y C. Jordán Cólera (dirs.), pp. 115-151.

- VALERIO, P.; MONGE SOARES, A. M.; FÁTIMA ARAÚJO, M.; SILVA, R. J. C.; SANTOS, F. J. C. (2013): “The distinctive grave goods from Palhais (Beja, Portugal). New insights into the metallurgical evolution under Orientalizing influence in the southwestern end of Iberia” en *Trabajos de Prehistoria* 70 (2), pp. 361-371.
- VERMEULE, E. T. (1996): “The world turned upside down” en M. Lefkowitz y G. Maclean Rogers (eds.), pp. 269-279.
- VILAÇA, R. (2008): “Reflexões em torno da «presença mediterrânea» no centro do territorio português, na charneira do Bronze para o Ferro”, en S. Celestino, N. Rafael y X.L. Armada (eds.), pp. 371-400.
- VITA, J. P. (2004): “Alfabetos lineal y cuneiforme: relaciones en el II milenio a. C.” en J. Fernández Jurado, C. García Sanz y P. Rufete Tomico (coords.), pp. 9-40.
- WALLACE, R. E. (2015): “Language, Alphabet, and Linguistic Affiliation” en B. Sinclair y A. A. Carpino (eds.).
- WOODARD, R. D. (1997): *Greek writing from Knossos to Homer. A linguistic interpretation of the origin of the greek alphabet and the continuity to ancient greek literacy*. New York: Oxford University Press.
- ZAMORA LÓPEZ, J. (2005a): “El nuevo corpus epigráfico fenicio y las inscripciones fenicias halladas en la Península Ibérica: estado actual y primeras consideraciones” en S. Celestino Pérez y J. Jiménez Ávila (eds.), pp. 511-518.
- ZAMORA LÓPEZ, J. (2005b): “La práctica de escribir entre los primeros fenicios peninsulares y la introducción de la escritura entre los pueblos paleohispánicos” en, F. Beltrán Lloris, C. Jordán Cólera y J. Velaza Frías (eds.), pp. 155-194.

WEBGRAFÍA

- Museo Arqueológico de Sevilla: acceso a fondos: nº de inventario CE11136 [5/6/2017]:

<http://www.juntadeandalucia.es/cultura/WEBDomus/fichaCompleta.do?ninv=CE11136&volver=busquedaSimple&k=Astart%E9&lng=es>

- Museo de Huelva: acceso a fondos: nº de inventario A/CE03740 [29/4/2017]:

<http://www.juntadeandalucia.es/cultura/WEBDomus/fichaCompleta.do?ninv=A/CE03740&volver=busquedaSimple&k=inscripci%F3n&lng=es>

- Museo Arqueológico de Sevilla: acceso a fondos: nº de inventario: CE2014/01 [29/4/2017]:

<http://www.juntadeandalucia.es/cultura/WEBDomus/fichaCompleta.do?ninv=CE2014/01&volver=busquedaSimple&k=Inscripci%F3n&lng=es>